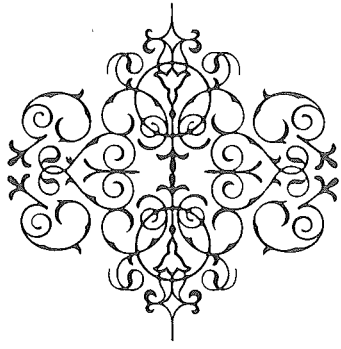
PUBLIO VIRGILIO MARÓN

Eneida

VIRGILIO

LA ENEIDA

INTRODUCCION
BARTOLOME SEGURA RAMOS



CIRCULO DE LECTORES

GRANDES CLASICOS UNIVERSALES

DIRECTOR DE LA
EDICION ESPAÑOLA

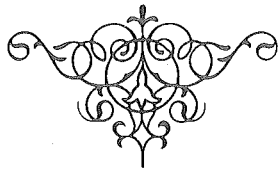
DON JOAQUIN CALVO-SOTELO

DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA

DIRECTOR DE LA
EDICION HISPANOAMERICANA

DON JORGE LUIS BORGES

DE LA ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS



Título del original latino, Aeneis
Traducción, Bartolomé Segura Ramos
Cubierta, Yzquierdo

Círculo de Lectores, S.A.
Valencia, 344 Barcelona
7 8 9 10 11 12 13 0 8 12

Edición no abreviada

© Círculo de Lectores, 1981
Depósito legal B. 8995-1984
Compuesto en Garamond 11
Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa
Sant Vicenç dels Horts 1984
Printed in Spain
ISBN: 84-226-1229-1

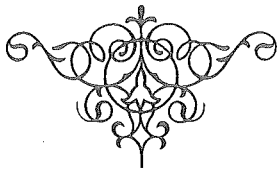
Public Domain

ÍNDICE

Bartolomé Segura Ramos
INTRODUCCIÓN
Página 7

Virgilio
LA ENEIDA
Página 33

ÍNDICE POR LIBROS
Página 423



INTRODUCCIÓN

El poeta romano Publio Virgilio Marón nació en Mantua, junto al río Po, en el año 70 a. C., y murió en Brindis, costa oriental de Italia, el año 19 a. C.; vivió, pues, 51 años.

Como habían hecho otros poetas provincianos, Virgilio marchó a Roma en su juventud, donde entraría a formar parte del círculo de Mecenas, ministro de Augusto, círculo que éste alentaba y al que también pertenecían el poeta lírico Horacio, y los elegíacos Tibulo y Propercio, y otros más. La república romana acababa de fenecer a manos de Cayo Julio César que en reñida lucha con Pompeyo, tras ganar la guerra, se había erigido en dictador. Mas el año 43, el día de las idus de marzo (día 15 del mes) César caía asesinado por obra de Bruto y Casio, cabecillas de la conspiración que trataba de restaurar la república. César Octavio Augusto, hijo adoptivo del dictador, constituyó el segundo triunvirato militar junto a Marco Antonio y Lépido. Muerto éste, los dos primeros volvieron a enfrentarse en una nueva guerra civil que sólo habría de terminar el año 31 a. C. en la batalla de Actio, de la que escapó huyendo Marco Antonio con su esposa egipcia Cleópatra. Augusto iniciaría su famoso principado, constituido en monarca absoluto, procediendo a la reorganización del Estado Romano, período de la historia de Roma que se conoce con el

nombre de Restauración. Al final de su largo reinado (murió el 14 d. C.) el régimen político por él instaurado subsistiría en los emperadores romanos, Tiberio, primero, y luego, Calígula, Claudio, Nerón, etc.

Por su parte, Virgilio vivió como los demás aquellos largos años de la guerra civil (43-31), período durante el cual y dependiente del círculo a que nos hemos referido anteriormente, compuso primero diez poemas de tema pastoril y bucólico a imitación del poeta greco-siciliano Teócrito. Son las Bucólicas o Églogas *(primera edición: año 39, en número de nueve; la décima parece ser del año 37), en las que describe el mundo rural y pastoril, agrícola y amoroso de la Italia de su tiempo, dentro de una atmósfera idealizante, siguiendo de cerca, como exigían las normas literarias de la época y como haría en sus demás obras, a su modelo griego. Esta obra responde al gusto literario del período helenístico alejandrino, que una generación anterior a nuestro poeta, habían implantado en Roma los llamados «poetas nuevos», y cuya influencia se dejaría notar hondamente en él, especialmente en esta obra de juventud.*

A continuación escribiría en cuatro libros un largo poema rústico, las Geórgicas, *en el que cantó la vida campesina. En el libro I trata de la elección, preparación y cultivo de labrantíos; en el II de la plantación y árboles (olivo y vid); en el III de los ganados, rebaños, vacadas y yeguadas; en el IV exclusivamente de las abejas. El poeta provinciano seguía pegado a la tierra.*

Para este poema didáctico contaba igualmente con una buena tradición, tanto en lo que respecta a la forma como al tema en sí; el viejo Catón el Censor (s. II a. C.) había escrito tratados sobre el campo; el poeta epicúreo Tito Lucrecio Caro, un poema didáctico-filosófico, Sobre

el Ser de las Cosas; *asimismo contaba con modelos griegos como Arato, y otros.*

Por fin, respondiendo, al parecer, a un antiguo anhelo del poeta, de un lado, y al deseo del emperador Augusto, muy especialmente, por el otro, Virgilio se embarcó en un poema de largo alcance: La Eneida.

Inició los preparativos de la obra el año 29 y cuando en el año 19 moría de una enfermedad crónica de pecho o estómago, o ambos a la vez, fue su deseo, según cuenta la tradición, que se quemase la obra porque le faltaba la última mano. Tres años consideraba Virgilio a su muerte, según testimonia el historiador Suetonio (s. I d. C.) en su Vida de Virgilio, *que le hubiesen sido necesarios para llevar a feliz término el poema acorde con su gusto. Es el caso que algunas señales de semejante imperfección parecen detectarse en aquél.*

La Eneida *está escrita en hexámetros, verso latino cuantitativo, compuesto de seis pies (cada pie son dos o tres sílabas, ni más ni menos), cada uno de los cuales lleva un golpe rítmico, o* ictus. *El poema tal como lo poseemos consta de 9996 hexámetros, divididos en 12 libros de extensión variable (el más largo, el último, consta de 952 versos).*

En la Antigüedad los géneros literarios se hallaban nítidamente distinguidos con reglas, normas y tradición, forma y temas, lo que contribuía a la individualidad de cada uno. Naturalmente, lo mismo que hemos insinuado de pasada respecto a las dos obras anteriores de Virgilio, para el género de La Eneida, *la épica, el peso de la tradición actuaba decisivamente.*

Es así como dicha tradición épica, al menos la escrita, se remonta al siglo VIII a. C., con las obras de Homero,

Ilíada *y* Odisea, *que marcarían la pauta para toda la épica posterior. Debemos, sin embargo, advertir que media una importante diferencia entre esa épica homérica y la épica posterior griega y latina, y, en general, de la Cultura occidental. Aquélla, la de Homero, encuentra en éste el primero que fijó el poema por escrito, por cuanto hasta él, las baladas o leyendas que él reunió, y a las que dio forma definitiva, eran recitadas por bardos o aedos profesionales en las ciudades antiguas, en las plazas públicas y los palacios reales, y como tales, respondían a las necesidades y prácticas del recitado oral, vivo e inmediato. No es éste el caso de la épica posterior, de la Cultura occidental, quiero decir.*

A imitación de Homero, el poeta Apolonio de Rodas (s. III a. C.) compuso sus Argonáuticas, *siguiendo de cerca el patrón, incluso en el uso artificial del lenguaje. En Roma, los poetas Nevio y Ennio siguieron la tradición, implantando en lengua latina la poesía épica de los griegos. Ambos poetas son de los siglos III/II a. C.; el primero escribió una* Guerra Púnica, *sobre acontecimientos relativamente recientes; el segundo, unos* Anales, *sobre acontecimientos históricos asimismo. Es este último, Ennio, el que aclimataría el género en latín, como* otro Homero *que él se sentía.*

Pues bien, a esta tradición debe Virgilio no sólo la línea general de composición y la forma, sino el uso prolijo de contextos, situaciones, expedientes literarios, etc. Y por lo que respecta a los poetas romanos épicos, buena parte de la lengua e invenciones que aquéllos emplearon.

Como se ve, el mundo literario antiguo ofrece unas características sorprendentes en lo tocante a la llamada originalidad, que no parece que radicase sino exclusiva-

mente o poco menos, en la combinación nueva de unos elementos tradicionales utilizados por anteriores escritores.

Sobre el molde tradicional del género literario de la épica, Virgilio se propuso contar en su Eneida *lo que para los romanos constituía una especie de prehistoria de Roma, entretejida de leyendas oscuras y contradictorias, bajo las cuales, no obstante, siempre se escondía alguna parte de verdad. De este modo Virgilio, junto a su inspiración poética, su larga preparación de versificador, su profundo conocimiento de la literatura griega y latina, hubo de agregar todavía la labor del erudito, recabando información de los datos históricos allí donde había que ir a buscarlos: en las obras de los historiadores romanos o griegos, en los Registros que los pontífices romanos iban elaborando de los sucesos importantes, en las obras de antigüedades romanas, a las que con tan particular empeño y eficacia se habían dedicado muchos estudiosos de la época, entre los que naturalmente descollaría el polígrafo Varrón (116-27 a. C.).*

En particular la leyenda de Eneas era bastante conocida y había sido contada múltiples veces; a ella habían aludido los mismos épicos a que nos hemos referido arriba: Nevio y Ennio. Asimismo Catón en sus Orígenes; *Varrón en sus* Antigüedades *y* Familias Troyanas *habían contado las peregrinaciones de Eneas, y ligado la fundación de la nación romana a su llegada a Italia. Por otra parte, muchas familias de Roma aspiraban a hallar ancestros en los troyanos.*

Conviene que el lector moderno se prepare, a la hora de enfrentarse con la lectura de una obra clásica romana o griega, y especialmente, si ésta es una epopeya, a entrar

en un mundo espiritual algo diferente al que conoce y que una larga tradición cristiano-occidental le ha configurado. Encontrará en La Eneida *un olimpo de dioses, numeroso, chocante, cuyo jefe supremo es Júpiter, padre de los dioses y rey de los hombres, a cuyo lado aparece una abigarrada caterva de otros dioses, cada uno de los cuales tiene asignado un cometido: Juno, esposa del dios supremo, a la vez que hermana; Minerva, diosa de las artes y la sabiduría; Apolo, también llamado Febo; Diana, su hermana; Mercurio, Venus, Vulcano, Plutón, Neptuno, Prosérpina, etc. Tienen sus atributos, sus lugares de culto por toda la tierra. Además, una pléyade de semidioses, ninfas, sátiros; todavía, una mayor caterva de héroes: Hércules, Teseo, Pirítoo, Prometeo; titanes y gigantes.*

Los antiguos deificaban fuerzas de la naturaleza: el Sol, la Luna, la Tierra, la Noche; había dioses-ríos; ninfas de los montes, de los árboles, de las fuentes, de los ríos, de los mares. En fin, todo el complejo mundo de la mitología que los lectores habrán podido conocer de alguna forma por las pinturas del Renacimiento y Barroco, que a buen seguro han debido admirar en los museos y galerías. De todo ello se le irá informando a lo largo de la lectura de la obra con las notas.

Asistirá el lector sorprendido a la intervención de los dioses en los asuntos de los hombres y de la tierra; a sus pasiones, idénticas a las de los mortales, pues que a hechura de éstos fueron soñados.

Por otra parte, debe estar prevenido respecto a la religión antigua, los ritos, ceremonias, oráculos, prodigios, etc. Virgilio se complace en describir muchas de estas ceremonias, con sacrificios de animales, que varían en especie, tamaño y color según la divinidad a la que se

ofrendan. Y verá cómo se quema incienso en sus altares, cómo se celebran banquetes sacrificiales con la carne y grasa de las víctimas, de las que las primicias son ofrecidas a la divinidad; cómo se ejecutan libaciones de vino; cómo se citan múltiples templos con la dedicatoria a los diversos dioses, cómo las ruinas de muchos de esos templos puede el lector moderno hallarlas en el mundo que abarcó el imperio romano, puede verlas en España, en Italia, en Francia, en el norte de África.

En general, toda la obra llamará la atención del lector moderno por el lejano mundo que describe (lejano, incluso para los propios romanos del tiempo de Virgilio); llamarán su atención las invocaciones divinas; llamará su atención cómo el autor, mientras habla en tercera persona, se vuelve de pronto y sin transición a la segunda, apostrofando al personaje del que habla en ese momento. Sin duda llamará también la atención al lector moderno un curioso expediente de la épica antigua que consiste en las comparaciones. Ilustran éstas los momentos descriptivos, la acción o el pensamiento, parangonándolos a un cuadro detallado que pertenece por lo general al conocimiento común de los hombres. Así, por ejemplo, si un guerrero ataca un fortín sin conseguir penetrar en él, y merodea desesperado a su alrededor, el poeta lo comparará a un lobo que ronda en torno de un aprisco. En el símil el poeta insertará todos los pormenores y circunstancias que en tales suelen tener lugar. El lector encontrará en La Eneida *97 casos de estas comparaciones, de longitud variable.*

Verá el lector traslucirse en La Eneida *la organización política, militar y jurídica de la Roma eterna; las jerarquías de poder, la administración, las pompas y honores*

de la capital del mundo. Y sobre todo advertirá la exaltación de Roma, de Augusto y su estado.

Los doce libros de La Eneida *se dividen tajantemente en dos mitades de seis y seis libros cada una. La primera mitad narra las peripecias y errar de Eneas hasta su llegada a suelo itálico, por lo que tradicionalmente se identifica esa parte con la* Odisea *de Homero; la segunda parte describe los combates que tienen lugar a su llegada al Lacio, por lo que se le identifica igualmente con la* Ilíada *de Homero. La primera parte dura idealmente unos siete años; la segunda, aparentemente, unos pocos días.*

Virgilio comienza su obra exponiendo brevemente cuál es el contenido de la misma, sin entrar en demasiados detalles; luego, como es preceptivo en el género y habitual en toda la poesía antigua, invoca a las musas, a las que se considera inspiradoras del poema. Se nos revela entonces que una divinidad, Juno, persigue con su odio a Eneas y sus compañeros, escapados de las ruinas de Troya. Ahora bien, la guerra de Troya había sido el tema de la Ilíada, *y los avatares de los héroes griegos posteriormente a su caída, o mejor dicho, de uno de esos griegos, Ulises, el tema de la* Odisea. *De momento, Juno es la patrona de Cartago, la ciudad fenicia que andando el tiempo sería la gran rival de Roma, a la que harían falta tres grandes guerras para acabar con ella. La diosa ve que la flota en que marchan Eneas y sus troyanos sale de Sicilia para dirigirse a la tierra itálica, la tierra prometida por el destino. Llena de ira pide a Éolo, el dios de los vientos, que hunda la escuadra en el mar. Una tremenda tempestad se desencadena, tempestad que Virgilio describe pormenorizadamente, inspirándose en la descrita*

en la Odisea. *La escuadra es dispersada; se hunden algunos barcos, y los hombres nadan desesperadamente en el oleaje. Neptuno, el dios del mar, se indigna de que sin su permiso se haya creado revuelo en su reino y calma la tempestad, y Eneas y sus compañeros consiguen llegar a la costa de Libia, cerca de Cartago.*

Si Juno es la enemiga encarnizada de los troyanos y lo será hasta casi el final de La Eneida, *aquéllos cuentan, al margen del favor del destino, con una valedora divina, no menos distinguida: Venus, madre de Eneas, precisamente, al que tuvo uniéndose al mortal Anquises. Venus se dirige a Júpiter con lágrimas en los ojos recordándole el destino que su hijo tiene, y que ahora se ve interrumpido con el naufragio. Eneas, acompañado del fiel Acates se echa a explorar el territorio y se le aparece una bella cazadora, su propia madre disfrazada como tal, que le revela cuál es el lugar donde se hallan: se trata de Cartago, que está fundando Didó, una fenicia que había escapado de su país, por miedo a su hermano Pigmalión, asesino de su marido, Siqueo. Venus le anuncia asimismo que los compañeros y barcos que creía perdidos va a recuperarlos.*

Eneas y Acates entran en Cartago, envueltos en una nube. Todo el mundo está allí trabajando. Llegan al templo de Juno, en cuyos muros están pintadas escenas de la guerra de Troya. En tanto, Didó llega al templo a administrar justicia. En esto ve que se le acercan los compañeros de Eneas, que éste creía perdidos. Ilioneo expone a la reina su situación: han perdido a su rey Eneas; le piden que les dé medios para volver a Sicilia, donde el rey Acestes, un viejo emigrante semitroyano, les puede ofrecer hospitalidad. En esto se descubre Eneas, y la reina lo invita a un banquete espléndido. Eneas

manda venir a su hijo Ascanio, también llamado Julo, pero Venus manda en su lugar a su hijo Cupido, o el Amor, transformado con el aspecto de Ascanio, para que enamore a la reina y no haga daño a Eneas. La fiesta se prolonga toda la noche, mientras canta el aedo Yopas; la reina pregunta sobre la caída de Troya y pide a Eneas que le cuente su historia. Así termina el primer libro. Los dos siguientes están dedicados a la narración que Eneas hace a Didó de los siete años de vagabundeo que lleva por el mar y por la tierra. El libro II abarca entero la narración de la última noche de Troya; el III, los viajes de los troyanos por el mar y los avatares sufridos durante ellos.

Eneas se resiste a contar la dolorosa caída de Troya: los griegos, atacantes de la ciudad, habían construido un caballo de madera y lo habían dejado en el llano. El sacerdote Laocoonte ruega que no se le introduzca en la ciudad. Llega en esto un prisionero griego, Sinón, encargado de contar una falsa historia a los troyanos: los griegos se han marchado, pero antes querían sacrificarle a él; se escapó; habían dejado el caballo como exvoto a Minerva, temiendo con todo que los troyanos lo introdujesen en Troya, puesto que en ese caso aquéllos dominarían en el futuro a los griegos. Sinón jura que dice verdad. Se produce entonces un prodigio que invita a los troyanos a creer más en él: dos serpientes salen del mar y asfixian al sacerdote Laocoonte y sus dos hijos. Ahora bien, Laocoonte les había dicho que no metiesen el caballo en Troya. Los troyanos proceden a introducirlo en la ciudad; mas, ¡ay!, dentro del caballo van griegos armados, entre ellos, el astuto Ulises. Al llegar la noche los griegos salen del caballo. Héctor se aparece en sueños a Eneas y le avisa que Troya está a punto de caer, que no

hay salvación; debe recoger los dioses penates, o dioses patrios de Troya, y partir a toda prisa para fundar una nueva ciudad lejos de allí. Se describen las batallas. Han entrado en el palacio del rey Príamo, al que da muerte Pirro, hijo de Aquiles. Los soldados arrastran a Casandra, hija del rey, y adivina. En un rincón descubre Eneas a Hélena, oculta, la culpable de la guerra. Hélena, en efecto, era una griega, esposa de Menelao, hermano de Agamenón, comandante en jefe de las tropas griegas que asediaban a Troya. Paris, hijo del rey Príamo, la había raptado y se había casado con ella. Los griegos habían venido a Troya a vengar este deshonor. Eneas siente deseos de darle muerte, pero su madre Venus se lo prohíbe: no hay salida posible, porque los mismos dioses están contribuyendo a la destrucción de Troya: Neptuno, Juno, Palas Atenea, el propio Júpiter. Advierta el lector cómo Neptuno y Júpiter contribuyen a la ruina de Troya y después auxiliarán a los troyanos, como ya hemos visto en el libro primero. Eneas debe partir con los objetos del culto, su padre, Anquises, su mujer, Creúsa, y su hijo, Ascanio. Anquises se resiste primero. Por fin arrancan y parten de Troya. Mas Creúsa desaparece, por lo que Eneas vuelve a las ruinas humeantes de Troya y la busca por todo lugar. Se le aparece la sombra de su mujer para profetizarle que ella no debe acompañarle, que ha sido convertida en una ninfa, y que él, Eneas, llegará a una tierra llamada Hesperia y fundará una ciudad junto al río Tíber. Allí encontrará otra esposa. Eneas parte y se une a los suyos en las montañas.

Comienza el libro III con la construcción de la flota para hacerse a la mar en busca de la tierra prometida. Van a Tracia, creyendo que ése era el lugar, mas la aparición de la sombra de Polidoro, hijo de Príamo, les

hace ver que no era ésa la tierra. Reembarcan y en la isla de Delos el oráculo de Apolo les anuncia que donde tienen que ir es donde comenzó su linaje; Anquises cree que se trata de Creta. Una peste los echa de allí; los dioses penates revelan en sueños a Eneas que el lugar de destino es Hesperia, es decir, Ausonia y el Lacio (Italia). Suben hacia el Norte: islas Estrófades, donde la harpía Celeno predice a Eneas que no encontrarán la ciudad hasta que se vean obligados a comerse las mesas; a continuación, bordean Zacinto, Ítaca, Leucate, Actio. Llegan al Epiro y arriban a Butroto. Aquí unos troyanos desterrados han fundado una falsa Troya con sus ritos y templos. Allí se encuentra el héroe a Andrómaca, la mujer de Héctor, que tras la caída de Troya se vio obligada a casarse con Pirro; muerto éste, era ahora la mujer de Héleno, hijo de Príamo, adivino, que vaticina a Eneas que hallará la tierra prometida cuando vea una cerda que ha parido treinta lechones. Parten del Epiro y costean el golfo de Tarento al sur de Italia, suben hasta el estrecho de Mesina, y descienden para rodear la isla de Sicilia, costeándola en todo su contorno. Atrás van quedando el Etna, donde se salvan de la aparición del ciclope Polifemo, episodio similar al que vivió Ulises; luego, Mégara, el cabo Paquino, al sur, Camerina, Gela, Agrigento, Selinunte, arribando a Trápani, al noroeste de la isla, donde muere Anquises. Aquí termina el libro tercero y la narración retrospectiva de La Eneida. *La narración enlaza de nuevo en el momento actual donde se había quedado: el palacio de la reina Didó en Cartago.*

Didó se enamora de Eneas; Juno, en su afán por apartar a los troyanos de Italia, propone a Venus casar a Didó con Eneas; aquélla acepta aparentemente con una sonrisa. Se organiza una cacería, y en una cueva

donde han buscado refugio al desencadenarse una tempestad, Didó se entrega a Eneas. Cunde el rumor; Yarbas, un rey númida que había pretendido a Didó, monta en cólera. Júpiter envía a Mercurio para que sacuda la pereza de Eneas, recordándole cuál es su destino; no puede seguir en Cartago con la reina; debe partir hacia Italia. Eneas ordena preparar los barcos inmediatamente y en secreto. Didó lo presiente y entre ambos enamorados tiene lugar una escena de despecho amoroso ciertamente impresionante; a la pasión indomeñable de la reina, Eneas, obligado a disimular, responde con frialdad. Didó le injuria; estalla en amargos sollozos y desesperación; váse a su palacio, mas está dispuesta a humillarse e implorar a su infiel amante que se quede siquiera un corto tiempo más. Eneas no acepta. Didó sufre alucinaciones y decide quitarse la vida. Pide a su hermana Ana que prepare una pira, diciéndole que se lo ha aconsejado una hechicera para curar su mal. La mañana que la flota partía, encaramada en la pira se atraviesa el pecho con una espada, maldiciendo primero a los troyanos. Las consecuencias de dicha maldición se verían más tarde en las tres guerras púnicas.

Comienza el libro V con la llegada de nuevo a Sicilia, al reino de Acestes. Se ha cumplido un año de la muerte de Anquises, y Eneas quiere celebrar el aniversario; primero, con ofrendas y ceremonias religiosas, a continuación, con unos juegos fúnebres en honor del muerto, al igual que en la Ilíada *Aquiles celebra tales juegos en honor del difunto Patroclo. Los juegos son: regatas, carrera a pie, combate de boxeo, tiro al arco y un desfile a caballo. Mientras tienen lugar los juegos, por instigación de Juno, las mujeres troyanas incendian las naves, que se salvan gracias a una lluvia providencial. El viejo*

Nantes aconseja a Eneas que deje en la isla las mujeres, niños y ancianos y parta con la juventud hacia Italia. De noche, la sombra de Anquises advierte a Eneas que al llegar a tierra itálica debe visitar a la Sibila de Cumas, que le abrirá las puertas del mundo de las sombras. Acestes consiente en que los que se queden funden una ciudad que traza el propio Eneas. Zarpa la flota y el dios Neptuno promete bonanza; sólo se cobra una víctima: el piloto Palinuro que se ahoga en el mar. Eneas empuña el timón.

Se abre el libro VI con el desembarco en Cumas, ciudad de la costa napolitana, en cuya acrópolis están los templos de Apolo y Diana. Eneas busca a la Sibila. Apolo por boca de su sibila predice a Eneas guerras sangrientas en el Lacio: encontrará ayuda en una ciudad griega precisamente. El héroe pide a la Sibila que le conduzca al mundo infernal, a lo que ella se pliega con la condición de que entierre primero al trompetero Miseno, que ha muerto y se halla insepulto, y encuentre la rama de oro. Se prepara la ceremonia fúnebre con todo lujo de detalles; Eneas busca y encuentra con la ayuda de dos palomas (aves de su madre Venus) la rama de oro, y durante toda la noche sacrifica víctimas negras a las deidades infernales. Al amanecer, un temblor de tierra les advierte que está abierta la puerta del Averno. Eneas y la Sibila descienden al reino de las sombras (imitación otra vez del descenso de Ulises en la Odisea*) por parajes siniestros, y salen al río Cocito, en que la multitud de almas espera que Caronte las pase en el río. Pasan Eneas y la Sibila, para atravesar distintas regiones: primero una especie de Limbo, en el que se hallan los niños, los inocentes condenados injustamente, los suicidas; luego, las víctimas del amor, entre las cuales aparece Didó, a la*

que Eneas habla, sin que ella se digne responderle: vive ahora con su antiguo esposo Siqueo. Vienen los guerreros muertos en acción de guerra: los héroes griegos, y también Deífobo, otro hijo de Príamo, tercer esposo de Hélena, al que habían mutilado atrozmente Menelao y Ulises. La Sibila mete prisa al héroe y pasan al lado del lugar de los tormentos, de donde llegan escalofriantes alaridos. Por último depositan la rama de oro. Llegan a la parte que podíamos denominar cielo, unas praderas felices en las que los bienaventurados juegan, cantan y danzan; héroes, poetas, grandes hombres, bienhechores de la humanidad. También hay almas que revolotean en torno al río del olvido, el Leteo, esperando que pasen mil años para volver a un nuevo cuerpo. Anquises le revela a Eneas el futuro glorioso de sus descendientes desde el albano Silvio, hasta Marcelo, el hijo de Octavia, hermana de Augusto, muerto en plena juventud. El viejo Anquises acompaña a Eneas hasta la puerta de los sueños, por donde el héroe sale y se junta con su flota.

Con el libro VII se inicia la segunda parte de La Eneida, *de bien distinta naturaleza, como ya hemos apuntado. Muere la nodriza de Eneas, Gaeta, que dará nombre a un lugar, al igual que antes Palinuro y Miseno. Parte hacia el norte; por la mañana llegan a la desembocadura de un río, el Tíber, donde desembarcan. Virgilio invoca a la musa Erató para que le inspire ahora que va a narrar las guerras en el Lacio. El rey Latino tenía una hija, Lavinia, cuya mano había pedido Turno, rey de los rútulos, pero diversos portentos predicen que está reservada para Eneas; el rey acude a consultar el oráculo de su padre, Fauno. En la playa los troyanos comen unas tortas hasta el borde, con lo que se cumplía la predicción de*

comerse las mesas (dada la similitud entre tortas y mesas) y comprueban que han llegado por fin al final de su viaje. Eneas envía una embajada a Latino, quien les ofrece su hospitalidad y amistad. Se intercambian regalos entre los embajadores y el rey, que sin embargo está preocupado con el oráculo. Juno, por su parte, decide encender la guerra, creando enemistad entre los troyanos y los latinos. La furia Alecto embruja a la reina, Amata, que defiende el matrimonio de su hija con Turno, y organiza una bacanal en los montes a la que atrae a las mujeres latinas. Asimismo, Alecto visita a Turno para exhortarlo a la guerra contra Eneas. Los rútulos se ponen en pie de guerra. En una cacería Ascanio mata una cierva de un mayoral de Latino; se traba una primera escaramuza. Turno exige a Latino que declare la guerra a los troyanos; el viejo rey se resiste y suelta las riendas de los acontecimientos. La guerra es inevitable. El poeta pasa revista de los principales jefes itálicos: Mecencio, con su hijo Lauso; Aventino, Céculo, Mesapo, con un contingente del sur de Etruria; Clauso; Haleso; Ébalo viene de la Campania; Ufente manda los ecuos; Umbrón, los marsos; Virbio, hijo de Hipólito; y por último, a estas fuerzas se une el propio Turno, con sus rútulos, al tiempo que la heroína Camila, con la caballería volsca. Aquí se imita el famoso catálogo de las naves del canto II de la Ilíada.

La guerra empieza al inicio del libro VIII; los rútulos envían una embajada al griego Diomedes, héroe de la guerra de Troya, asentado en suelo itálico, para que se una a ellos contra Eneas. Mientras éste duerme se le aparece el dios-río Tíber, que le reafirma respecto al lugar donde ha llegado, le indica que busque la alianza con el rey arcadio Evandro, y que se concilie el favor de

Juno. Tras encontrar a la cerda con sus treinta lechones, los sacrifican a Juno y emprenden la navegación por el Tíber en busca de Evandro, al que encuentran realizando un sacrificio, junto con su hijo Palante. El rey arcadio acepta la alianza, recuerda una vieja amistad con Anquises y le narra parte de la historia de la vieja Roma, pues el arcadio tiene su ciudad, el Palanteo, en lo que más tarde sería una de las siete colinas de Roma, el Palatino. Le cuenta la historia de Hércules, al que se realizan sacrificios acto seguido, y en el viaje a la ciudad, le narra detalles de la topografía de Roma: la puerta Carmental, el Asilo, el Capitolio y el Foro. Esa noche Venus pide a Vulcano, su divino esposo, que fabrique unas armas para Eneas, lo cual se lleva a efecto por medio de los ciclopes.

Evandro comunica a Eneas que dispone de pocos efectivos, pero que puede garantizarle la ayuda de los etruscos, así como la intervención de su propio hijo, Palante, con unas pocas tropas propias. Eneas se dispone a partir para el campamento etrusco, a ponerse al frente de esas tropas. Evandro se despide compungido de su hijo Palante, y el héroe recibe las armas celestiales que le dejan maravillado, en especial el escudo, en que había representadas varias escenas sobre la vida de la nación romana: Rómulo y Remo con la loba, el rapto de las sabinas, Manlio en el Capitolio sorprendido por los galos, Catilina en el Tártaro y Catón en el Elíseo o cielo, el mar y la batalla de Actio, y la victoria de Augusto en dicha batalla. Con la descripción del escudo de Eneas termina el libro octavo. En este motivo del escudo y sus leyendas Virgilio sigue igualmente el ejemplo de Homero con el escudo de Aquiles.

Durante la ausencia de Eneas, Turno ataca el campa-

mento troyano, situado, como ya sabemos, en la desembocadura del Tíber. Iris, la diosa mensajera de los dioses, se lo anuncia a Turno. Los troyanos se resisten a salir a campo abierto. Turno intenta quemar las naves, pero la madre de los dioses, Cíbele, convierte a aquéllas en ninfas del mar. Turno piensa entonces que los dioses dejan atrapados a los troyanos en el campamento sin la escapatoria del mar. En torno del campamento se monta la guardia de noche: los rútulos asedian, los troyanos vigilan. Dos jóvenes, Niso y Eurídalo deciden enlazar con Eneas en el Palanteo, atravesando las fuerzas rútulas; los generales les dan permiso, y Ascanio promete a Eurídalo atender a su madre en su ausencia. Los jóvenes hacen una matanza en el campamento de los rútulos que se hallan durmiendo borrachos; parten con el yelmo de Mesapo. Son descubiertos por un destacamento que llega al amanecer, a cuyas manos perecen. Después los enemigos clavan sus cabezas en lanzas y las muestran delante del campamento troyano; la madre de Eurídalo se desmaya ante la noticia. Los rútulos atacan hasta que dos troyanos abren las puertas, preparándose para salir. Turno penetra y queda atrapado en el interior del campamento en el que ejecuta una espantosa carnicería, hasta que reaccionan los troyanos y lo obligan a salvarse arrojándose al río, de donde vuelve a unirse con los suyos.

Igual que Homero en los libros cuatro y ocho, por ejemplo, de la Ilíada, *Virgilio abre el décimo de* La Eneida *con una asamblea de los dioses, convocada por Júpiter para poner un fin a la guerra y a las rivalidades que median entre algunos de los celestiales. Venus ruega a Júpiter que, si así lo desea, muera Eneas, pero que le deje vivo a Ascanio y que los troyanos se establezcan de*

nuevo en las ruinas de Troya. Juno responde que ella tiene derecho a defender a los suyos. Los discursos constituyen una pieza oratoria al estilo romano. Júpiter interviene afirmando que cada hombre tiene su destino y fortuna y nadie debe interferir en ello.

Eneas, que se ha atraído la alianza de los etruscos con Tarcón a la cabeza, regresa en busca de su seguidores. Pequeño catálogo de ciudades etruscas que contienden a favor de Eneas: Másico, Abante, Asilas. Ástur; Ciniras, Cúpavo y Ocno. Las naves de Eneas transformadas en ninfas se presentan ante el héroe para animarlo; Eneas implora a Cíbele y se dispone a atracar, mientras Turno trata de sorprenderlo en el desembarco. Se narran las hazañas y matanzas de Eneas, Clauso, Haleso y Mesapo. En otro lugar del campo de batalla, Palante ejecuta una matanza entre el enemigo, hasta que traba combate singular con Turno quien le da muerte y entrega el cadáver para que lo entierren, aunque quedándose con su cinturón, hecho que más adelante tendrá terribles consecuencias. Eneas libera a los troyanos. Juno, para librar a Turno de una muerte inminente, hace una figura fantasmal de Eneas con la que engaña al campeador rútulo, sacándolo del combate. Hazañas de Mecencio que da muerte a muchos héroes. Cuando Eneas va a darle muerte interviene el hijo de Mecencio, Lauso, que salva de momento a su padre, muriendo él en el combate con Eneas. Al enterarse Mecencio sale al encuentro de Eneas y muere asimismo a sus manos.

El libro XI se inicia con la erección de un trofeo a Marte por la victoria sobre Mecencio y la preparación para marchar contra el Lacio, mientras se da sepultura a los muertos. Se prepara una procesión fúnebre para despedir el cadáver de Palante, al que Eneas dice el

último adiós. Los latinos piden mediante una embajada una tregua para enterrar a sus muertos; Eneas la concede, y un latino principal, Drances, muestra su enemistad frente a Turno, con el que propone Eneas un combate singular para terminar la guerra. Evandro se entera de la muerte de su hijo y, desesperado, pide a Eneas venganza. Los troyanos queman sus muertos con los ritos tradicionales, al igual que hacen los latinos. Surgen dos bandos entre los latinos: los que atacan a Turno, y los que lo defienden. Vuelven los embajadores enviados a Diomedes, que se ha negado a ayudarles, harto de guerras, al tiempo que invita a los rútulos y latinos a atraerse a Eneas. Latino propone, entonces, conceder a los troyanos una parte del reino o proporcionarles naves para que se marchen. Drances, el enemigo de Turno, ataca a éste duramente e invita a Latino a que ofrezca su hija a Eneas. Responde violentamente Turno, ofreciéndose a acabar con Eneas. Suena la alarma: Eneas avanza sobre la ciudad. Turno se prepara a salirle al encuentro. Acuerda con Camila que ella frene a los etruscos que avanzan por el llano, mientras va a tenderle una emboscada a Eneas en las montañas. Opis protege a Camila por orden de Diana; la caballería rútula y troyana entablan combate. Hazañas de Camila que da muerte a muchos troyanos y aliados. Hazañas de Tarcón. Arrunte mata a traición a Camila, a la que da cumplida venganza Opis, eliminando a Arrunte sin que nadie hubiese sabido que era el autor de la muerte de la heroína. Derrota de los rútulos que regresan a la ciudad. Enterado Turno, levanta la emboscada y regresa aprisa; Eneas pasa inmediatamente detrás.

El libro XII y último gira en torno a Turno y su combate con Eneas, que acuerdan para el día siguiente.

Mas Juno exhorta a la ninfa Yuturna, hermana de Turno, para que invente alguna treta y salve a su hermano. Eneas y Latino se ponen de acuerdo sobre las condiciones del combate: si vence Turno, los troyanos se marcharán; pero si vence él, se unirán los troyanos y los latinos. Yutura excita a los rútulos a romper el pacto; el augur Tolumnio lanza una jabalina y mata un contrario, con lo que se reanuda el combate. Una flecha hiere a Eneas que se retira del combate, con lo que Turno se desata en una brutal carnicería. Venus cura milagrosamente la herida de Eneas, que se reintegra a la batalla, buscando sólo a Turno, al que su hermana Yuturna, que conduce su carro, lo va apartando del troyano. Matanza de Eneas. El campeador troyano dirige sus fuerzas contra la ciudad, a instigación de su madre divina. La reina Amata se suicida. Turno se prepara para afrontar su destino. Empieza el combate singular; se parte la espada de Turno, que era la de su auriga Metisco y que había tomado por error; el héroe rútulo sale corriendo. Eneas recoge su lanza, mientras que Turno consigue por fin su propia espada y vuelven a la pelea. Diálogo entre Júpiter y Juno, en el que ésta consiente finalmente abandonar a su suerte a Turno, a cambio de que los troyanos no impongan su nombre al Lacio, y éste mantenga el nombre. Júpiter manda una furia para apartar a Yuturna de su hermano: la suerte de éste estaba echada. En la prosecución del combate Eneas hiere a Turno en un muslo con la lanza, y éste implora al troyano. Eneas vacila, hasta que ve el cinturón de Palante en los hombros de Turno y, encendido en justa cólera, asesta el golpe fatal. La vida de Turno huyó a las tinieblas, que es el final de La Eneida.

La epopeya de Eneas persigue un fin, probablemente impuesto por Augusto: servir a la Restauración que el príncipe romano se propuso llevar a cabo en el Imperio cuando se quedó como señor absoluto. De este modo, La Eneida *constituye un monumento de glorificación del Estado romano. Roma es la protagonista del comienzo al final de la obra, que es toda una anticipación del glorioso Futuro romano. El héroe Eneas aparece como un instrumento ciego de los dioses; no parece que sea el héroe típico de la épica, por otra parte.*

Carácter vacilante, ambiguo, frío, Eneas no despierta simpatía alguna en ningún momento. De todas maneras, lo más chocante es la gran frialdad de su creador, Virgilio. Diríase que en la forma como éste parece respetar la tradición, las costumbres, las leyes, la religión, la razón de Estado, en último término revélase el carácter de una personalidad autoritaria y represora, en la que, como quizás acontezca frecuentemente, se une una contrapartida lacrimosa y sentimental, excesivamente ruborizante. Es de notar, en efecto, cómo frente a la dureza e impasibilidad del héroe Eneas, por doquier manan las lágrimas por fútiles motivos, al parecer sentimentales.

Ahora bien, en ese defecto de carácter *del héroe se abre una gran puerta al ataque del mismo héroe y del monumento épico, que sobre él parece sustentarse: una especie de venganza del melancólico Virgilio, como si nos dijese que así son las cosas, es decir, un castillo de arena, expuesto con suma fragilidad a cualquier vendaval, a ser derribado, como acontece cada día, por un niño que juega en la playa, contradiciendo al mismo tiempo esa soberbia grandeza y fastuosidad.*

Por otra parte, al lector moderno puede producirle un

cierto mal regusto la facilidad excesiva que se concede a la causa de los troyanos, es decir, a la causa de Roma; tanta protección divina, tanto augurio, tanto oráculo a favor de Eneas, que le guía como la estrella de Belén; tanta piedad en tan impío carácter, por un lado; tanta maldad, tanta desventaja, en el bando contrario, por la otra. ¿Y cómo no ha de vencer aquel a quien el Destino ha elegido para dar comienzo a la raza romana? ¿Cómo no ha de llegar a Roma si los dioses le están continuamente indicando el camino, si calman la mar, si Venus lo envuelve en su maternal nube cada vez que hace falta? ¿Cómo no ha de vencer Eneas a Turno, si posee aquél las armas que le fabricó el dios Vulcano, si a Turno, como a un enfermo deshauciado, lo abandonan los mismos dioses? Pero, en fin, quizá sean estas consideraciones excesivamente humanas, que posiblemente sólo en parte tienen que ver con el poema. Y, sin embargo, también llama Virgilio a Eneas cruel, y sabe poner de relieve la valentía y el amor de sus enemigos: Mecencio, personaje que, a mi parecer, es de lo más llamativo y turbador, dibujado como está con unos cuantos rasgos extremos: su extraordinaria crueldad, por un lado, patentizada con la brutalidad y salvajismo con que siendo rey de los etruscos se ganó el odio general de sus compatriotas, y, por el otro, el tierno e ilimitado amor por su hijo Lauso. Y, simultáneamente, queda caracterizado por otro par de rasgos: es despreciador de los dioses, cosa que el guerrero recuerda cuando se halla con la espada de Eneas apuntándole a la garganta, así como que no teme a la muerte, y al mismo tiempo acaba de dirigirse a su caballo Roebo, *viejo compañero de mil batallas, al que anima a sucumbir con él en la última pelea: no estaría bien, en efecto, que él, su caballo, aceptase otros dueños. Así como en otros perso-*

najes: Lauso, Camila, el propio Turno, enamorado de Lavinia. Si Eneas parte de Cartago, bien que lo sintió, y el impresionante amor de Didó lo acusará eternamente. Mas nuestra indignación vuelve otra vez si recordamos a los jóvenes Niso y Eurialo, mandados a morir gloriosamente e invocados como dichosos por haber muerto matando enemigos. Mas Eneas se enternece una vez a lo largo del poema: cuando el joven Lauso cae herido de muerte por la espada del héroe, al contemplar éste su cara pálida tiende hacia él la mano y le habla, y parece querer devolverle la vida, lleno de desesperación.

Pone la crítica de relieve la hábil composición del poema. Su alternancia rítmica en libros y episodios, en partes rápidas y partes morosas y lentas. Si pensamos, por otra parte, en libros independientes: el II no es sino una puesta en escena de una tragedia romana apuntalada en sus mínimos detalles; el IV, que describe el amor de Didó, es igualmente otra tragedia con las partes que las caracterizan; el VI es un ensueño mágico, escalofriante. ¿Qué decir de las escenas de combate? ¿Qué del arte oratorio de los parlamentos? Habría que poner de relieve asimismo la atención minuciosa que este campesino del Norte de Italia prestaba al mundo exterior: el color y el sonido de las cosas están omnipresentes en su obra; la exactitud y precisión en la descripción de los lugares naturales es asimismo considerable. El miedo y el terror planean por la La Eneida *de cabo a cabo: las serpientes aparecen en* La Eneida *con frecuencia, como si se tratase de alucinantes visiones del propio poeta, y símbolo de lo absolutamente, inevitablemente, desconocido.*

Diríase que cada palabra ha sido medida y ponderada

largamente. Y, sin embargo, los numerosos versos truncos o incompletos que salpican el original parece que son índice de lo que decíamos más arriba respecto a la no terminación de la obra, así como algún que otro detalle que sólo al estudio detenido y microscópico se hacen perceptibles.

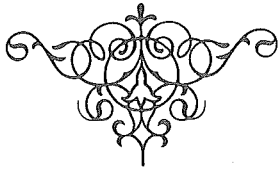
La influencia de La Eneida *ha sido naturalmente inmensa; mientras Virgilio la escribía, Augusto le pedía insistentemente los fragmentos que iba componiendo. El poeta Propercio saluda su aparición (esto es, el conocimiento de que Virgilio la estaba escribiendo, porque ya sabemos que murió sin darle la última mano y él, lógicamente, no la vio publicada; serían Tuca y Vario, por orden de Augusto, los que llevarían a cabo la publicación, con permiso para suprimir alguna cosa si les parecía, pero con orden de no añadir absolutamente una palabra) con la frase: «Algo más grande que* La Ilíada *está naciendo.» En el siglo I de nuestra era los escritores latinos épicos Silio Itálico y Estacio la tuvieron por espejo donde mirarse continuamente; en la Edad Media, Dante la tomaría como modelo para su* Divina Comedia, *en la que el protagonista es precisamente Virgilio. La épica moderna,* Os Lusiadas *de Luis de Camoens, la* Araucana, *de nuestro Don Alonso de Ercilla, el* Paraíso Perdido, *de Milton, etc., hallarían su modelo en ella. En general, podría afirmarse que la Literatura de Occidente es* otra cosa *después de ella.*

Toda traducción es generalmente una traición; además, si como es el caso de La Eneida, *la obra está escrita en verso, la traición aumenta comprensiblemente. Todavía es de advertir que la lengua de Virgilio es variada*

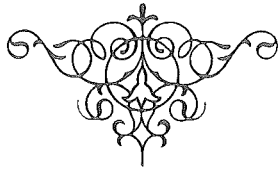
y rica, llena de matices y de resonancias que sólo se advierten en el original. Podemos mantener en la traducción los distintos nombres, pongamos por caso, con que el poeta llama a los troyanos o la ciudad de Troya, o a los griegos, que serán, además, argivos, aqueos, argólicos, etc. Pero ¿cómo reflejar las doce o catorce formas diferentes que emplea Virgilio para la noción de «decir» o «hablar»? Sólo podemos decir que hemos intentado que la traducción sea, como mal menor, una traducción, es decir, que no sea una interpretación, una refundición, una reelaboración, o cosas por el estilo. Como norma hemos procurado fundamentalmente recoger, cuando menos dentro de lo posible, el movimiento sintáctico del original.

Bartolomé Segura Ramos

Sevilla, octubre de 1979



LA ENEIDA



LIBRO PRIMERO

Canto las armas y al héroe que llegó primero de las riberas de Troya a Italia y las costas de Lavinio[1] desterrado en razón de su destino, después de salir incesantemente malparado en la tierra y en el mar por la violencia de los dioses, la cólera de la cruel Juno[2] que no olvidaba, y de sufrir mucho asimismo en la guerra, hasta fundar la Ciudad e introducir los dioses en el Lacio,[3] de donde provienen la raza latina y los padres albanos y las murallas de la alta Roma.

Cuéntame, Musa, las causas: por haber ofendido qué privilegio suyo o doliéndose de qué, la reina de los dioses empujó a un héroe distinguido por su piedad a rodar en medio de tantos avatares, a pasar tantas calamidades. ¿Tan grande es la cólera de los espíritus celestes?

Había una ciudad antigua (la habitaban colonos de Tiro),[4] Cartago, enfrente de Italia y, a lo lejos, de la desembocadura, del Tíber, rica en recursos y muy violenta por su afición a la guerra. Se dice que Juno, anteponiéndola a Samos,[5] la había habitado a ella sola más que al resto de las tierras. Allí estaban sus armas,

1. Ciudad fundada por Eneas en el Lacio en honor de su esposa Lavinia, hija del rey Latino.
2. Diosa, hermana y esposa de Júpiter, caracterizada en *La Eneida* por su odio a los troyanos.
3. Región de Italia habitada por los latinos donde luego se asentaría Roma y también Albalonga.
4. Ciudad costera de Fenicia.
5. Isla del mar Egeo frente a la costa de Asia Menor.

allí, su carro. Ya entonces pretende la diosa y abriga la esperanza de que ésta sea la reina de las naciones, si es que los hados lo permiten. Pues es el caso que tenía noticias de que crecía una rama de sangre troyana que andando el tiempo destruiría a los alcázares tirios. De allí vendría un pueblo muy dominador y orgulloso en la guerra, para destruir a Libia:[6] así lo iban hilando las Parcas[7].

Temerosa de esto la hija de Saturno, y acordándose de la pasada guerra, que ella en primer término había hecho al pie de Troya en favor de su querida Argos[8] (y todavía no se habían borrado de su alma los motivos de la cólera y el cruel resentimiento: sigue clavado en el fondo de su corazón el juicio de Paris[9] y la injusticia de que hubiese despreciado su belleza, y la raza odiada, y las honras del arrebatado Ganimedes[10]), encendida con estas razones, además,* apartaba lejos del Lacio, maltratándolos en todo el mar, a los troyanos, restos de los dánaos y del sanguinario Aquiles,[11] y llevaban errantes muchos años, perseguidos por el destino, de uno en otro mar. Tan gran esfuerzo requería fundar la estirpe romana.

Apenas izaban felices velas a alta mar, a la vista de la tierra siciliana, y surcaban con las quillas la espuma marina, cuando Juno, que guardaba en el pecho una herida eterna, se puso a pensar: «¿Que yo tenga que desistir de mi propósito, dándome por vencida, y no

6. Parte septentrional de África.
7. Divinidades del destino. Son tres hermanas, hilanderas, que limitan el destino de los hombres a su antojo.
8. Nombre poético de Grecia.
9. Elegido como juez para decidir sobre la belleza de Venus, Juno y Minerva, le dio el premio a Venus.
10. Héroe troyano arrebatado por el águila de Júpiter que lo llevó al Olimpo.
11. Héroe griego famoso en la guerra de Troya.

* Con este relativo cambio de construcción en el original.

pueda apartar de Italia al rey de los teucros?[12] De manera que me lo impiden los hados. ¿No pudo Palas quemar la escuadra argiva y sumergir a sus hombres en el mar por culpa de uno solo, la locura de Áyax,[13] hijo de Oileo? Ella misma, lanzando desde las nubes el fuego arrebatado de Júpiter, dispersó las embarcaciones y revolvió el mar con los vientos; a él, que respiraba llamas de su pecho atravesado, lo agarró en un remolino y lo incrustó en un agudo escollo. En cambio yo, que circulo como reina de los dioses, esposa y hermana de Júpiter, libro batalla tantos años con un solo pueblo. ¿Es que alguien va a implorar en lo sucesivo la protección de Juno o va a depositar sus ofrendas en los altares para suplicarme?»

La diosa, revolviendo consigo misma en su encendido corazón tales pensamientos, llegó a Eolia,[14] la patria de las tempestades, un lugar preñado de austros furiosos. Aquí, en una vasta cueva, el rey Éolo contiene con su autoridad y refrena con ataduras y prisiones a los vientos rebeldes y a las tempestades sonoras. Ellos mugen indignados con intenso murmullo en las cárceles del monte. Éolo está sentado con el cetro en la elevada fortaleza, y suaviza sus ímpetus y apacigua su rabia. Porque de no hacerlo se llevarían consigo arrebatadoramente y barrerían por los aires los mares y las tierras y el cielo profundo. Pero el Padre Todopoderoso, temiendo esto, los encerró en cuevas negras, colocando encima la mole de elevados montes, y les dio un rey que supiese, según leyes fijas y según sus órdenes, darles rienda suelta a tirar de ella. En esta ocasión Juno hizo uso de estas palabras en su presencia para suplicarle: «Éolo, pues que

12. Troyanos.
13. Otro héroe griego de la guerra de Troya.
14. Residencia de Éolo dios de los vientos.

a ti te ha concedido el padre de los dioses y rey de los hombres apaciguar las olas o levantarlas con el viento: un pueblo, enemigo mío, navega por el mar Tirreno, transportando a Italia Ilión[15] y los penates[16] vencidos; imprime fuerza a los vientos y hunde las naves, aplástalas; o dispérsalos en distintas direcciones y disemina sus cuerpos por el mar. Tengo catorce ninfas de singular figura; la más hermosa de ellas, Deiopea, la uniré a ti en matrimonio estable y te la asignaré por propia, para que por tal servicio pase contigo toda su vida y te haga padre de hermosa descendencia.»

Éolo le replicó con esto: «Tarea tuya es, reina, averiguar lo que deseas; lo que a mí me permiten las leyes es cumplir las órdenes. Tú me procuras este reino, cualquiera que sea su alcance, tú, el cetro y la simpatía de Júpiter, tú me facilitas sentarme en el banquete de los dioses y me granjeas el poder sobre las nubes y las tempestades.»

Cuando dijo estas palabras, echó a un lado el hueco monte con la punta de la lanza; y los vientos, como un batallón en orden de combate, se abalanzan por donde les abren la puerta y empiezan a soplar sobre la tierra como un huracán. Se abatieron sobre el mar, y a una lo remueven todo de su profunda base el Euro[17] y el Noto[18] y el Ábrego,[19] fecundo en tempestades, y hacen rodar vastas olas a la costa. Se sucede el clamor de los hombres y el crujir de las jarcias. Las nubes quitan al instante de los ojos de los teucros el cielo y el día; una noche negra se cierne sobre el mar. Retumbaron los polos y el

15. Troya.
16. Dioses romanos del hogar y del estado.
17. Viento del sudoeste.
18. Dios del viento sur.
19. Viento muy cálido procedente de África.

firmamento resplandece con continuos relámpagos y todo porfía por traer la muerte inmediata a los hombres. A Eneas al punto se le abren las carnes de miedo. Da un suspiro, y extendiendo a las estrellas las palmas de sus dos manos, se expresa en tales términos: «¡Oh, felices tres y cuatro veces, quienes tuvieron la suerte de morir al pie de las altas murallas de Troya ante la cara de sus padres! ¡Oh hijo de Tideo,[20] el más esforzado del pueblo de los dánaos! ¿Que no haya podido yo sucumbir en la llanura de Ilión y perder mi vida a tus manos, donde yace el cruel Héctor, alcanzado por la lanza del Eácida,[21] donde el corpulento Sarpedón,[22] donde el Simunte[23] arrastra, engulléndolos bajo sus aguas, tantos escudos y yelmos y cuerpos de héroes valientes?»

Mientras profiere tales palabras, el vendaval, mugiendo con el Aquilón,[24] golpea de frente el velamen y levanta las olas a las estrellas. Los remos se parten; luego, vira la proa y ofrece el costado a las aguas; se sucede una montaña escarpada de agua con toda su masa. Unos flotan en la cresta de la ola; a otros, el agua, al retirarse, les descubre la tierra entre el oleaje. La marea se embravece con la arena. El Noto agarra tres naves y las estrella contra las rocas invisibles (las rocas en medio de las olas que los ítalos llaman «Altares»), descomunal espinazo en la superficie del mar; el Euro arrastra tres de alta mar a la zona de bajura de las sirtes (espectáculo digno de compasión) y las encalla en los bajíos y las cerca con un banco de arena. A una que transportaba a los

20. El hijo de Tideo es Diomedes.
21. Aquiles, hijo de Peleo y nieto de Éaco.
22. Troyano con un importante papel en la guerra de Troya. Muere a manos de Patroclo.
23. Río de la llanura troyana.
24. Viento del norte.

licios[25] y al fiel Orontes[26] la golpea una gran masa de agua ante sus propios ojos de arriba abajo. El piloto es desplazado y cae de cabeza dando vueltas boca abajo. A la nave, a su vez, la hace girar el oleaje tres veces, impulsándola circularmente en el mismo sitio, y un rápido remolino de agua la engulle. Aparecen nadadores dispersos en el vasto abismo, armas de los héroes, y pinturas, y el tesoro de Troya entre las aguas. Ya la tempestad había vencido la resistente nave de Ilioneo;[27] ya, la del valiente Acates,[27] y en la que iba Abante y en la que el provecto Aletes.[27] Con el ensamblaje de los flancos aflojado todas reciben el agua enemiga, y se les abren rendijas.

Entretanto Neptuno,[28] gravemente afectado, se dio cuenta de que el mar se agitaba con gran murmullo y que se había desatado la tempestad y que el agua retrocedía en el abismo profundo; y echando una visual desde lo alto, sacó su placentera cabeza por encima del agua. Ve la escuadra de Eneas dispersa por todo el mar, a los troyanos aplastados por las olas y la descarga del cielo, y no engañaron al hermano el ardid y la cólera de Juno. Llama a su presencia al Euro y al Céfiro y les dice a continuación lo que sigue: «¿Tanta confianza tenéis en vuestro linaje? ¿Ya os atrevéis, vientos, a agitar sin mi consentimiento el cielo y la tierra, y levantar tan grandes moles? ¡Yo a vosotros...!* Pero más vale arreglar las olas removidas. En otra ocasión me pagaréis lo que habéis hecho con un castigo bien diferente. Daos prisa a huir

25. Licia es una provincia de Asia Menor.
26. Compañero de Eneas que capitaneaba a los licios.
27. Compañeros de Eneas.
28. Dios del mar, hijo de Saturno.

* Esta interrupción expresiva se denomina en la Retórica antigua aposiopesis.

y decid esto a vuestro rey: "No ha sido a él sino a mí a quien el sorteo ha dado el imperio sobre el mar y el terrible tridente.[29] Él manda en las rocas descomunales, vuestras casas, Euro; que Éolo se pavonee en aquella corte y reine en la cárcel cerrada de los vientos."»

Así habla, y antes de lo que se tarda en decirlo calma el mar revoltoso y ahuyenta las nubes que se habían juntado y hace volver el sol. Cimótoe[30] y Tritón,[31] haciendo fuerzas a un tiempo, sacan las naves de los escollos agudos; él las levanta con el tridente, y les da salida de las vastas sirtes, y tiempla el mar; y con ligero rodar se desliza por la superficie de las aguas. Y como cuando tantas veces surge un levantamiento en un gran pueblo y los ánimos de la muchedumbre anónima se envenenan, y ya vuelan las antorchas y las piedras (la locura suministra armas), luego, si acaso vislumbran un señor respetable por su piedad y su prestigio, guardan silencio y se ponen a su lado con los oídos atentos; él encauza los ánimos con sus palabras y apacigua los corazones: así decayó todo el estruendo del piélago, después que el padre, mirando el mar y paseándose por el cielo despejado, guía los caballos y les da rienda suelta volando con el rápido carro.

Los compañeros de Eneas, agotados, se esfuerzan por llegar a la carrera al cercano litoral, y se dirigen a las riberas de Libia.

Hay un sitio recogido en una profunda bahía; una isla forma un puerto con sus laderas, en las cuales rompe todo el oleaje de alta mar y se reparte en ensenadas remansadas. A uno y otro lado amenazan el cielo

29. Atributo de Neptuno.
30. Una de las Nereidas.
31. Dios marino, hijo de Neptuno.

enormes rocas y dos picachos gemelos, dominadas por cuya altura las aguas guardan silencio seguras a todo lo ancho; luego hay encima, como fondo de escena, unas selvas relucientes, y un bosque oscuro cuelga con su sombra espeluznante. En el frente de la fachada hay una cueva de estalactitas; dentro, agua dulce y sitiales en la roca viva, casa de las ninfas; aquí no se precisan amarras para los sufridos barcos, el ancla no tiene que sujetarlos con sus retorcidos dientes.

Aquí entra Eneas con las siete naves que había reunido de su número. Y, desembarcando con gran deseo de tierra, los troyanos toman posesión de la ansiada arena y dejan caer sus cuerpos en la playa, entumecidos por el agua salada. Y, lo primero, Acates hizo saltar una chispa del pedernal y prendió fuego en las hojas y colocó a su alrededor madera seca, y consiguió fuego con esta materia combustible. Luego, sacan el trigo estropeado por el agua y los instrumentos para moler, cansados de pasar fatigas, y se disponen a tostar al fuego el grano recuperado y triturarlo en la piedra.

Entretanto Eneas trepa a un picacho y contempla el panorama a lo ancho del mar, por si ve en alguna parte a Anteo[32] arrastrado por el viento y las birremes frigias,[33] o a Capis[32] o las armas de Caíco[32] en la elevada popa. Ninguna nave a la vista; en la playa ve errando tres ciervos; toda la manada les sigue detrás, y la larga fila pace por los valles. En este punto se detuvo y agarró con la mano el arco y las veloces flechas, las armas que llevaba el fiel Acates, y abate primero a los propios guías que llevaban alta la cabeza con sus cuernos arbóreos; luego perturba a los restantes y a todo el grupo,

32. Compañeros de Eneas.
33. Relativo a Frigia, parte de Asia Menor donde se hallaba Troya.

acosándolos a tiros entre los bosques frondosos. Y no cesa hasta abatir por tierra victoriosamente siete enormes ejemplares, igualando el número de las naves. Después, se dirige al puerto y los reparte entre todos los compañeros. A continuación, distribuye el vino que había trasegado en toneles el bueno de Acestes[34] y les había dado el héroe en la costa trinacria[35] cuando se marchaban, y consuela sus corazones entristecidos con estas palabras:

«¡Oh compañeros! (Pues que tampoco somos desconocedores de las desgracias antes de ahora.) ¡Oh vosotros, que habéis sufrido cosas aún más graves! La divinidad pondrá fin también a éstas. Vosotros estuvisteis cerca de la rabia de Escila[36] y de los escollos que resonaban intensamente; vosotros habéis sufrido también las pedradas del Ciclope;[37] recobrad el ánimo y quitaos el triste temor: puede que incluso esto nos agrade recordarlo un día. En medio de múltiples avatares, en medio de tantas situaciones críticas, nos encaminamos al Lacio, donde el Destino nos revela un asentamiento en paz; allí quiere la providencia que resurja el reino de Troya. Aguantad, y reservaos para los tiempos felices.»

Tales palabras profiere, y apesadumbrado por las enormes preocupaciones finge esperanza en la cara, en su corazón sofoca un profundo dolor. Ellos se aplican a la presa y a la comida venidera; despellejan los lomos y las costillas y descubren las entrañas. Algunos las

34. Rey de Sicilia.

35. Sicilia, llamada Trinacria por sus tres promontorios: Peloro, Paquino y Lilibeo.

36. Monstruo marino situado en el estrecho de Mesina, con forma de mujer cuyo cuerpo está rodeado de perros feroces.

37. El ciclope Polifemo, famoso en la Odisea. Horrible gigante que, furioso por el engaño de Ulises, arrojó contra su barco enormes peñascos sin alcanzarlo.

cortan en trozos que pinchan temblando en los asadores; otros disponen calderas de bronce en la playa y les prenden fuego. Luego recobran fuerza con la viandas, y tumbados en la hierba se hartan de vino añejo y de sabrosa carne de ciervo. Así que saciaron el hambre con el banquete y retiraron las mesas, pasan revista con una larga conversación a los compañeros perdidos, indecisos entre la esperanza y el miedo, entre creer que siguen vivos o que se hallan en las últimas y ya no oyen que los están nombrando. En especial el justo Eneas ora lamenta entre sí la mala fortuna del activo Orontes, ora de Ámico, y el cruel destino de Lico, y al valeroso Gias y al valeroso Cloanto[38].

Y ya habían llegado al final, cuando Júpiter mirando del alto firmamento el velero mar y las tierras tendidas y las costas y las anchas ciudades, detúvose en esa actitud en la cima del cielo y clavó sus ojos en los reinos de Libia. Y cuando él daba vueltas en su pecho a tales preocupaciones, muy triste y con sus ojos brillantes bañados en lágrimas le dice Venus: «Oh tú que gobiernas con poderes eternos el quehacer de los hombres y de los dioses y con tu rayo los atemorizas, ¿qué falta tan grande ha podido cometer contra ti mi hijo Eneas, qué falta los troyanos, a quienes después de haber sufrido tantas calamidades, el mundo entero se les acaba frente a Italia? Tú prometiste por cierto que andando el tiempo, con el paso de los años, de ellos nacerían los romanos, de ellos, de la sangre rediviva de Teucro,[39] nacerían los rectores que someterían a su autoridad el mar, que someterían todas las tierras. ¿Qué te hizo cambiar de parecer, padre? Con esto precisamente me

38. Compañeros de Eneas.
39. Primer rey de Troya.

consolaba de la caída de Troya y de sus tristes ruinas, equilibrando el destino adverso con el nuevo destino. Ahora bien, la misma suerte siguen corriendo los hombres que han sido arrastrados por tantas desventuras. ¿Qué límite pones, gran rey, a sus sufrimientos? Anténor[40] pudo, escabulléndose de en medio de los aqueos,[41] pasar seguro por el golfo de Iliria[42] y el corazón del reino de los Liburnos[43] y franquear la fuente del Timavo,[44] desde donde éste marcha como un mar desbordado, con gran fragor del monte, a través de nueve bocas, y con su piélago sonoro baña los campos de labor. Él, sin embargo, levantó aquí la ciudad de Pátavo[45] y el solar de los teucros, y dio nombre a su pueblo, y clavó las armas troyanas; ahora descansa bien acomodado en la plácida paz. Nosotros, que somos descendencia tuya, a quienes concedes el alcázar del cielo, después de perder las naves (¡Oh sacrilegio!), se nos abandona por la cólera de una sola persona y se nos aparta lejos de las riberas de Italia. ¿Es ésta la recompensa de nuestro amor por ti? ¿Así nos devuelves el cetro?»

Sonriéndole el sembrador de los hombres y de los dioses con la cara con que serena el cielo y las tempestades, rozó con los labios a su hija, y a continuación le dice lo siguiente: «Ahórrate esos temores, Citerea;[46] el destino de los tuyos permanece inalterable según tu deseo: verás la ciudad y las murallas prometidas de Lavinio, y llevarás bien alto, hasta las estrellas del cielo, al

40. Anciano troyano consejero de Príamo.
41. Habitantes de una región de Grecia al norte del Peloponeso, pero en *La Eneida* aparece para nombrar a todos los griegos.
42. Región costera del Adriático, hoy Bosnia y Dalmacia.
43. Situados entre Istria y Dalmacia.
44. Río de Venecia.
45. Padua, ciudad de Venecia.
46. Epíteto de la diosa Venus, nacida del mar cerca de la isla de Citeres.

magnánimo Eneas; y yo no he cambiado de parecer. Eneas, según tu deseo (voy a confesártelo, pues, dado que te concome esta preocupación, y a revolver buscando bien lejos el secreto del destino), hará en Italia una gran guerra y aplastará sus pueblos bravíos, y dará leyes y murallas a sus hombres, hasta que vea reinando el tercer verano y hayan pasado tres inviernos desde la pacificación de los rútulos.[47] Pero es que el niño Ascanio, que ahora lleva el sobrenombre de Julo (Ilo era mientras lo de Troya se sostuvo con su reino) cumplirá con su mandato treinta grandes revoluciones con la procesión de sus meses[48] y trasladará el reino desde el solar de Lavinio y fortificará con gran eficacia Albalonga.[49] Ya aquí, el linaje de Héctor reinará tres veces cien años enteros, hasta que Ilia,[50] la reina sacerdotisa, encinta de Marte,[51] tenga un parto de dos gemelos. Más tarde, Rómulo, amamantado a las ubres nutricias de una loba pelirroja, se hará cargo de la nación y fundará las murallas de Marte y los llamará romanos por su nombre propio. A éstos no les pongo yo límite ni a su poder ni a su duración; les he concedido un imperio sin fin. Es más, la áspera Juno, que ahora hace sufrir con el terror el mar y las tierras y el cielo, enmendará sus propósitos, y amparará junto a mí a los romanos, dueños de la situación, y a la nación de la toga. Ésta es mi decisión. Tiempo vendrá con el paso de los lustros cuando la casa de Asáraco[52] someterá a su servidumbre a Ftía[53] y la

47. Pueblo del Lacio.
48. Es decir, treinta años.
49. Ciudad muy antigua del Lacio y primer emplazamiento de Roma.
50. Frecuente nombre de Rea Silvia, madre de Rómulo y Remo.
51. Dios romano de la guerra.
52. Rey de Troya, bisabuelo de Eneas.
53. Ciudad de Tesalia patria de Aquiles.

ilustre Micenas[54] y será la dueña de la vencida Argos.[55] Nacerá de la hermosa línea de los troyanos César que llevará las fronteras del imperio hasta el Océano y su fama a las estrellas, llamado Julio, como nombre derivado del gran Julo. En el futuro le recibirás tú despreocupada en el cielo, cargado con los despojos del Oriente. También a éste se le invocará en las plegarias. Entonces se suavizarán los ásperos siglos con el abandono de las guerras. Darán leyes la canosa Fidelidad y Vesta y Quirino[56] junto con su hermano Remo. Con hierro y con barras apretadas se cerrarán las maléficas puertas de la guerra. En el interior, el Furor impío sentado sobre las armas sanguinarias y atado a la espalda con cien nudos de bronce bramará espeluznado con la boca ensangrentada.»

Esto dice, y despacha de lo alto al nacido de Maya,[57] a fin de que las tierras y las nuevas ciudadelas de Cartago abran las puertas de la hospitalidad a los teucros, no fuera que Didó,[58] ignorante del destino, les cerrase sus fronteras. Aquél vuela por la vasta atmósfera con los remos de sus alas, y pronto se plantó en las riberas de Libia. Y ya ejecuta las órdenes, y los cartagineses dulcifican su carácter bravío por voluntad del dios. En especial la reina adopta una actitud mansa para los troyanos y una intención benévola.

Por su parte el justo Eneas, dando vueltas a muchas cosas durante la noche, tan pronto como se le ofreció la luz nutricia, dispone salir y explorar los parajes nuevos, investigar a qué riberas les ha llevado el viento, quiénes

54. Ciudad de la Argólida, reino de Agamenón.
55. Capital de la Argólida.
56. Sobrenombre de Rómulo.
57. Mercurio, el emisario de los dioses, fue engendrado por Maya.
58. Reina de Cartago.

las habitan (pues ve las tierras baldías), hombres o alimañas, y comunicar lo descubierto a los compañeros. En un entrante del bosque, bajo una cueva roqueña, encierra y oculta la escuadra entre árboles y sombras espeluznantes. Él se pone a andar acompañado únicamente por Acates, agarrando en sus manos dos lanzas de ancho filo. Su madre le salió al encuentro en medio de la selva con cara y aspecto de una muchacha, y las armas de una muchacha espartana, por ejemplo, o como la tracia Harpálice[59] agota a sus caballos y aventaja en velocidad al rápido Hebro.[60] Pues había colgado de sus hombros a la manera habitual de una cazadora el arco manejable, y había dejado flotar al viento su cabello, desnuda hasta la rodilla y con los pliegues volanderos recogidos con un nudo. Y se anticipó a decir: «Eh, jóvenes, indicadme si por casualidad habéis visto dando vueltas por aquí a alguna de mis hermanas con el carcaj a cuestas y la piel de un lince moteado, o levantando a gritos de su madriguera un jabalí cubierto de espuma.»

Así dijo Venus; y a su vez el hijo de Venus empezó de esta manera: «No he oído ni visto a ninguna de tus hermanas, ¡oh!... ¿cómo llamarte, muchacha? Pues no tienes cara mortal, ni tu voz suena a voz humana. ¡Oh diosa sin duda! ¿Hermana de Febo? ¿O una del linaje de las ninfas? Bienaventurada seas, y ojalá alivies nuestro sufrimiento, quienquiera que seas, y nos enseñes en fin bajo qué cielo, a qué riberas del mundo hemos venido a parar: andamos errantes sin conocer los habitantes ni los lugares, traídos aquí por el viento y el vasto oleaje. Ante tus altares caerán muchas víctimas sacrificadas por nuestra mano.»

59. Heroína tracia, hija del rey Harpálico y educada por éste en el manejo de las armas.
60. Río de Tracia.

Dijo entonces Venus: «Yo, desde luego, no me siento acreedora a semejante honor. Las muchachas de Tiro tienen la costumbre de llevar carcaj y enfundar sus pantorrillas en altos coturnos de púrpura. Estás viendo el reino cartaginés, los tirios y la ciudad de Agenor.[61] Pero el país de alrededor es Libia, un pueblo invencible en la guerra. Didó detenta el poder desde que salió de la ciudad de Tiro, huyendo de su hermano. Larga es la historia de la injuria, largos los pormenores; pero voy a seguir los puntos esenciales de los hechos. Didó tenía un esposo, Siqueo,[62] el más rico en oro de los fenicios, querido por la desgraciada con gran amor; el padre se la había entregado virgen y la había unido a él en primeras nupcias. Pero el reino de Tiro lo poseía su hermano Pigmalión, un criminal más desaforado que todos los demás. Entre ambos medió el enojo. Aquél, despiadado y ciego por la codicia del oro, abate con la espada a Siqueo, sorprendiéndole a traición delante del altar, sin preocuparse del amor de su hermana. Y durante largo tiempo ocultó el hecho y, fingiendo muchas excusas el malvado, engañó con vana esperanza a la melancólica enamorada. Pero la propia imagen de su insepulto esposo se le presentó en sueños, mostrando la cara maravillosamente pálida. Descubrió el cruel altar y el pecho traspasado por el hierro, y reveló todo el crimen secreto de su casa. Luego la convence para que se dé prisa a huir y se marche de la patria, y para ayudarla en el camino desentierra un viejo tesoro, una gran cantidad de plata y oro de la que nadie sabía. Sobresaltada con esta revelación, Didó preparaba la huida y los acompañantes. Se juntan los que sentían un odio atroz o un temor

61. Primer rey de Fenicia, ancestro de los cartagineses.
62. Príncipe fenicio esposo de Didó y asesinado por el hermano de ésta, Pigmalión.

intenso contra el tirano. Se apoderan por sorpresa de unos barcos que casualmente estaban aparejados, y los cargan con el oro. Las riquezas del codicioso Pigmalión viajan por el piélago; una mujer capitanea la hazaña. Llegaron al lugar donde ahora ves levantarse las colosales murallas y la fortaleza de la nueva Cartago, y adquirieron un solar de la extensión que podían abarcar con la piel de un toro, que por el nombre de la operación se llama *byrsa*.[63] Pero, en fin, ¿quiénes sois vosotros? ¿De qué riberas llegáis? ¿Adónde os encamináis?» Suspirando y sacando la voz de lo profundo de su pecho, le replicó él a sus preguntas con las siguientes palabras:

«Oh diosa, si fuese a remontarme al primer origen y tuviese tiempo de escuchar los anales de nuestros sufrimientos, antes Véspero escondería el día encerrándolo en el Olimpo. A nosotros, que surcamos mares lejanos desde la antigua Troya, si acaso el nombre de Troya llegó a vuestros oídos, la tempestad con su ciego azar nos empujó a las costas de Libia. Soy el justo Eneas, el que lleva consigo en las naves los penates que salvó del enemigo, conocido por la fama hasta más allá de las estrellas. Busco Italia, mi patria, y mi linaje desciende del altísimo Júpiter. Me eché al mar frigio con veinte naves, cumpliendo el destino que se me había confiado, y mi madre, una diosa, me señalaba el camino. Apenas quedan siete salvadas de las olas y del Euro.[64] Yo mismo, ignorado, indigente, recorro los desiertos de Libia, rechazado de Europa y de Asia.»

Venus, sin dejarle quejarse más interrumpió su dolor diciendo así: «Quienquiera que seas, no respiras el aire de la vida, según creo, odiado por los celestiales, puesto

63. Piel, cuero.
64. Viento, generalmente del sudeste.

que has llegado a la ciudad tiria. Únicamente, sigue y llega al umbral de la reina. Pues te comunico que han vuelto tus compañeros y ha regresado la escuadra y ha llegado a buen puerto al cambiar los aquilones, si mis padres, engañándose, no me profetizaron el augurio en vano. Mira los doce cisnes regocijados en su escuadrón, a los que el ave de Júpiter, planeando desde la zona del éter, dispersaba a cielo abierto. Ahora en larga hilera parecen escoger una tierra o mirar desde arriba la que han escogido. Igual que ellos juegan a buen recaudo con sus alas rumorosas, y recorrieron en círculo el cielo y se pusieron a cantar, de la misma manera tus bajeles y los jóvenes tuyos están en el puerto o entran en él a toda vela. Únicamente, sigue, y dirige tus pasos por donde guía el camino.»

Dijo, y al alejarse refulgió su cuello de rosa y su pelo de ambrosía exhaló de la cabeza un olor divino; su vestido cayó hasta los mismos pies, y en sus andares manifestó ser una diosa de verdad.

Cuando él reconoció a su madre, la siguió escapándose ya con estas palabras: «¿Por qué te burlas tantas veces de tu hijo con falsas imágenes, tú también cruel? ¿Por qué no cabe estrechar la mano con la mano y escuchar y replicar con verdaderas palabras?» Estos reproches le hace, y encamina sus pasos a las murallas.

Pero Venus envolvió a los caminantes con un vapor oscuro y difundió a su alrededor un gran velo de niebla, para que nadie pudiese verlos, para que nadie pudiese tocarlos, o forzarles a retrasarse o preguntarles los motivos de su llegada. Por su parte, ella se marchó por el aire a Pafos,[65] y volvió a ver contenta su sede, donde

65. Ciudad de Chipre dedicada a Venus.

tiene un templo y cien altares queman incienso sabeo[6] por ella y huelen a guirnaldas frescas.

Entretanto emprendieron el camino por donde muestra el sendero. Y ya subían por la colina que domina ampliamente la ciudad y de cuya cima se contemplan enfrente las ciudadelas. Eneas admira los vastos edificios, en otro tiempo cabañas de pastores, admira las puertas y el ajetreo y las calzadas. Los tirios se aplican con pasión, los unos en levantar los muros y construir el alcázar y subir sillares arrastrándolos con los brazos, los otros en escoger un sitio para la casa y enmarcarlo con un surco. Crean leyes y eligen magistrados y el santo senado. Aquí dragan unos los puertos; allí colocan otros los profundos cimientos del teatro y labran enormes columnas de las rocas, alta decoración del futuro escenario. Como el interés que guía a las abejas al sol por los campos floridos al llegar el verano, cuando sacan las crías bien alimentadas de la especie, o cuando hacen la miel líquida y ensanchan las celdillas con el dulce néctar, o recogen las cargas de las que llegan, o alejan de la colmena formando un pelotón a los zánganos, animalitos inútiles; rebulle la colmena y las mieles fragantes huelen a tomillo. «¡Oh, afortunados quienes ven levantarse sus murallas!», exclama Eneas, y mira los altos tejados de la ciudad. Se introduce rodeado de la niebla (causa maravilla decirlo) en medio de la gente y se mezcla con ella, y nadie lo ve.

Había en medio de la ciudad un bosque de sombra frondosa, lugar en que los cartagineses, después de vagar por las olas y las corrientes del mar, hallaron cavando por primera vez la señal que les había indicado la regia

66. Eran famosos el incienso y la mirra de Saba, ciudad de Arabia Feliz.

Juno: la cabeza de un caballo fogoso; pues de esta manera el pueblo descollaría en la guerra y se alimentaría fácilmente durante siglos. Aquí la sidonia Didó levantaba un enorme templo a Juno, poderoso por sus ofrendas y la protección de la diosa, cuyo umbral se alzaba de bronce con las escaleras, y las vigas estaban ajustadas con clavos de bronce; los goznes chirriaban en puertas broncíneas. El insólito espectáculo que se le ofrecía en este bosque rebajó por primera vez su temor, aquí tuvo ánimos Eneas para esperar por primera vez la salvación y poner más confianza en la situación todavía adversa. Mientras mira todos los detalles en el enorme templo, aguardando a la reina, mientras se queda arrobado ante la suerte de la ciudad, y las brigadas de obreros, rivalizando entre sí, y la laboriosidad de las obras, ve por su orden las batallas de Ilión y las guerras divulgadas ya por la fama en todo el orbe, a los Atridas,[67] y a Príamo,[68] y a Aquiles,[69] dañino con ambos. Se detuvo, y dijo, derramando lágrimas: «¿Qué lugar, Acates, qué rincón de la tierra, no está empapado ya de nuestra desventura? Mira a Príamo. También aquí tiene sus recompensas la virtud, se lloran los infortunios y las cosas de los hombres llegan al corazón. Abandona tu temor; esta fama nuestra te reportará algún tipo de salvación.» Así dice, y alimenta su espíritu con la pintura vana, lamentándose sin cesar y riega su cara con un río de lágrimas. Pero veía cómo los griegos, batallando alrededor de Pérgamo,[70] huían por aquí y les hostigaba la juventud troyana; por aquí los frigios, y les acosaba con el carro el

67. Los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, contendientes en la guerra de Troya.
68. Rey de Troya.
69. Otro héroe griego frente a los troyanos.
70. Troya.

empenachado Aquiles. Y no lejos de aquí reconoce con lágrimas la tienda de Reso[71] con su lona blanca como la nieve, tienda que le traicionó en el primer sueño, y que el hijo de Tideo devastaba ensangrentado con la ingente carnicería, y desviaba sus caballos alazanes al campamento antes de que hubiesen probado el pasto de Troya y hubiesen bebido en el Janto.[72] En otra parte Troilo[73] huyendo después de perder las armas, infortunado muchacho que se midió en desventaja con Aquiles, es llevado por los caballos, y cuelga boca arriba en el carro vacío, pero sosteniendo las riendas; su cuello y su pelo arrastran por tierra, y la lanza barre y escribe en el polvo. Mientras tanto las mujeres de Troya iban al templo de la inicua Palas con el pelo suelto, y llevaban un peplo, a fuer de suplicantes, entristecidas y golpeándose el pecho con las manos. La diosa de espaldas mantenía los ojos clavados en el suelo. Tres veces había arrastrado a Héctor en torno de los muros de Ilión y vendía su cuerpo sin vida a precio de oro Aquiles. Entonces es cuando arranca de lo hondo del pecho un tremendo gemido, cuando contempló los despojos, y el carro, cuando contempló el propio cadáver del amigo, y a Príamo extendiendo sus manos indefensas. También se reconoció a sí mismo mezclado entre los caudillos aqueos, y el ejército del oriente y las armas del negro Memnón.[74] Pentesilea,[75] enloquecida, guía el escuadrón de las Amazonas con sus rodelas en forma de media luna, y se enardece en medio de sus mil compañeras,

71. Rey de Tracia muerto por Ulises y Diomedes.
72. Río de Troya también llamado Escamandro.
73. Hijo de Príamo.
74. Rey fabuloso de Etiopía.
75. Amazona, hija de Marte. Auxilió a Príamo y murió a manos de Aquiles.

ciñéndose aguerrida con un cinturón dorado por debajo del seno expuesto, y muchacha como es se atreve a enfrentarse con los hombres.

Mientras el dardanio[76] Eneas observa estas maravillas, mientras se halla atónito y está fijo únicamente en su contemplación, avanzó hacia el templo la reina, Didó, de belleza sin par, acompañada de un grupo numeroso de jóvenes. Como Diana dirige sus coros en las riberas del Eurotas[77] o por las colinas del Cinto;[78] mil Oréades[79] la siguen y se juntan a ambos lados suyos; ella lleva al hombro el carcaj y sobresale andando entre todas las diosas: el gozo bulle en el pecho silencioso de Latona.[80] Tal estaba Didó, así avanzaba dichosa por medio de la gente, metiendo prisas a las obras que iban a ser su reino. Luego se sentó a la puerta de la diosa, a mitad de camino bajo la bóveda del templo, cercada por las armas y reclinada por arriba en el trono. Repartía justicia entre la gente y distribuía en partes equitativas el trabajo de las obras o lo echaba a suertes, cuando de repente ve Eneas acercarse en medio de una gran concurrencia a Anteo y a Sergesto y al valeroso Cloanto,[81] y otros de los teucros que la tromba negra había dispersado en el mar y había desviado a costas bien distintas. A un tiempo quedóse atónito él, a un tiempo quedó conmocionado Acates de alegría y de miedo. Ardían en deseos de estrecharles las manos; pero lo desconocido de la situación les azara el ánimo. Se reprimen, y velados por la hueca nube, aguardan a ver qué suerte han corrido los

76. Dárdano fue el fundador de Troya, de ahí que a los troyanos se les llama dardanios.
77. Río de Laconia.
78. Monte de la isla de Delos dedicado a Diana (o Cintia).
79. Ninfas de las montañas.
80. Latona es la madre de Apolo y Diana.
81. Compañeros de Eneas.

héroes, en qué litoral se habían quedado sin naves, a qué venían; pues venían unos representantes de todas las naves a pedir favor, y se encaminaban al templo con algarabía.

Después que estuvieron en el interior y se les dio permiso para hablar allí delante, el mayor de ellos, Ilioneo comenzó del siguiente modo con ánimo tranquilo: «Oh reina, a quien Júpiter ha dado fundar una ciudad y refrenar con la justicia unos pueblos salvajes; los desgraciados troyanos que hemos recorrido todos los mares a impulso de los vientos te lo suplicamos: aleja de las naves el fuego nefasto, respeta una raza justa y mira más de cerca nuestra situación. No hemos venido nosotros ni a asolar con el hierro los penates líbicos ni a conducir a la costa el botín que apresamos. No va con nuestro modo de ser esa violencia ni puede haber tanta soberbia en unos vencidos. Hay un lugar (los griegos le dan la denominación de Hesperia),[82] una tierra antigua, poderosa con las armas y por la fertilidad del suelo; la habitaron hombres de Enotria;[83] ahora es fama que los descendientes la han llamado nación de Italia por el nombre de su caudillo. Este rumbo llevábamos, cuando de repente, levantándose el tormentoso Orión[84] con sus olas, nos llevó a bajíos impracticables y nos dispersó con los austros impetuosos en el agua, con el mar sobre nuestras cabezas, y por los escollos intransitables. Desde allí hemos llegado nadando unos pocos a vuestras riberas. ¿Qué género de hombres es éste? ¿Qué patria tan bárbara permite esta costumbre? Se nos niega la hospitalidad de la arena. Promueven guerras y nos

82. Así llamaban los griegos a las tierras colocadas al occidente de Grecia.
83. Región situada en el sudeste de Italia.
84. Constelación.

impiden pisar en el borde de su tierra. Si despreciáis el género humano y las armas de los hombres, ¡ay!, aguardad por el contrario a los dioses que no olvidan lo bueno ni lo malo. Nuestro rey era Eneas, más justo que el cual no existía otro ni había uno más grande por su justicia ni en la guerra y las armas. Si el destino nos guarda este héroe, si respira el aire del cielo y no yace aún en las crueles sombras, no tenemos qué temer. Y no te arrepentirás de competir con tus buenos oficios antes que nosotros. Tenemos además ciudades y armas en las comarcas de Sicilia, y el preclaro Acestes, de sangre troyana. Danos licencia para sacar a la playa las naves desarboladas por el viento y afanarnos maderos de las selvas y pelar los remos: si es posible dirigirnos a Italia, recuperando a nuestros compañeros y a nuestro rey, para dirigirnos felices a Italia y al Lacio; pero si se ha perdido la esperanza de salvación y te posee, óptimo padre de los teucros, el mar de Libia, y ya no queda esperanza de Julo, ¡ay!, pues para dirigirnos, cuando menos, al estrecho de Sicilia y al solar de que disponemos junto al rey Acestes, y que es desde donde hemos venido a parar aquí.»

Con estas palabras habló Ilioneo; al mismo tiempo todos los dardánidas dejaban escapar murmullos de su boca. Entonces Didó, bajando la cabeza, habla ante ellos brevemente: «Quitaos el miedo del corazón, teucros, dejaos de preocupaciones. Circunstancias difíciles y la novedad del reino me obligan a tomar tales medidas, y vigilar mi territorio en toda su extensión con guardias. ¿Quién no conocerá la raza de los Enéadas? ¿Quién no conocerá la ciudad de Troya, y sus virtudes y a sus hombres, y el incendio de una guerra tan grande? No tenemos los cartagineses una mente tan roma ni el sol

unce sus caballos tan apartado de la ciudad de Tiro. Tanto si elegís la gran Hesperia y los campos de labor de Saturno[85] como si el territorio de Érice[86] y el rey Acestes, os despediré protegidos con mi auxilio y os ayudaré con mis recursos. ¿Queréis también estableceros conmigo en este reino en igualdad de condiciones? La ciudad que estoy construyendo es vuestra; varad las naves; troyano y tirio los trataré sin diferencia alguna. ¡Y ojalá estuviese aquí vuestro propio rey empujado por el mismo Noto! Desde luego voy a enviar por las costas a algunos hombres de confianza y les ordenaré repasar los confines de Libia por si anda errante, arrojado del mar, en alguna selva o ciudad.»

Cobrando ánimos con estas palabras el valeroso Acates y el padre Eneas hacía tiempo que ansiaban prorrumpir fuera de la nube. Acates el primero interpela a Eneas: «Hijo de diosa, ¿qué idea brota ahora de tu mente? Ves que todo es seguro, que hemos recuperado la escuadra y los compañeros. Sólo falta uno que nosotros mismos vimos hundirse en medio del oleaje; lo demás se corresponde con las palabras de tu madre.»

Apenas había dicho esto cuando de repente se hiende la nube, difuminándose a su alrededor y se disipa en el cielo despejado. Reapareció Eneas y resplandeció a la clara luz, parecido a un dios en la cara y en los hombros; pues la propia madre había insuflado en el hijo una hermosa cabellera y el purpúreo relumbre de la juventud y una risueña gracia en los ojos: como el adorno que añaden al marfil las manos, o cuando se cerca la plata o el mármol pario con oro. Entonces se dirige así a la reina,

85. Antiquísimo dios itálico. Se instaló en el monte Capitolio, emplazamiento futuro de Roma, llamado también reinos saturnios.

86. Sicilia.

y dice de repente a todos, que no le habían visto: «Aquí delante está el que andáis buscando, yo, Eneas el troyano, salvado de las aguas líbicas. Oh tú, la única que se ha apiadado de los inenarrables sufrimientos de Troya, que nos asocias en tu ciudad y en tu casa a nosotros, restos de los dánaos,[87] que hemos agotado ya todas las desventuras de la tierra y del mar, que carecemos de todo; no está en nuestro poder darte las gracias que te mereces, Didó, ni en el de todo el pueblo dardanio que se ha dispersado por todas partes a lo largo del ancho mundo. Que los dioses (si es que alguna potencia divina toma en consideración a los piadosos, si en algún lugar representan algo la justicia y la conciencia que sabe en su interior lo que es la rectitud) te den el premio que te mereces. ¿Qué siglos tan felices te criaron a ti? ¿Qué magníficos padres te engendraron como eres? Mientras los ríos corran al mar, mientras las sombras de los montes vaguen por los valles, mientras el firmamento alimente a las estrellas, siempre tu honor y tu nombre y alabanzas subsistirán, cualesquiera que sean las tierras que me llamen.» Así diciendo dirige la mano derecha a su amigo Ilioneo y la izquierda a Seresto; luego, a los demás, el valeroso Gias, el valeroso Cloanto.

Se quedó estupefacta la sidonia Didó, primero, al verle, después, con tan gran aventura, y abrió la boca para decir: «¿Qué desventura te persigue, hijo de diosa, a través de riesgos tan grandes? ¿Qué fuerza te empuja a riberas salvajes? ¿No eres tú aquel Eneas que la nutricia Venus engendró para el dardanio Anquises[88] junto a las aguas del Simunte frigio? Y precisamente recuerdo que Teucro vino a Sidón, expulsado de su

87. Griegos.
88. Padre de Eneas.

tierra patria, a buscar un reino nuevo con el auxilio de Belo. Mi padre Belo asolaba entonces la riquísima Chipre y la sometía victorioso a su potestad. Ya desde aquella época conocía yo la catástrofe de la ciudad troyana y tu nombre y los reyes pelasgos.[89] Él mismo, a pesar de ser enemigo, ensalzaba con insignes alabanzas a los teucros y pretendía tener su origen en la antigua estirpe de los teucros. De manera que, ¡vamos oh jóvenes!, entrad en nuestras casas. También a mí, arrastrada en medio de muchos sufrimientos, una fortuna parecida quiso que me estableciese finalmente en esta tierra. No es desconociendo el mal como he aprendido a socorrer a los desgraciados.»

Así termina su historia; al mismo tiempo conduce a Eneas al palacio real, a la vez que ordena hacer sacrificios en los templos de los dioses. Sin perjuicio de ello, envía mientras tanto a la costa veinte toros para los compañeros, cien cerdos con sus lomos erizados, cien corderos cebados, junto con las madres, alegres regalos de un día de fiesta.

Por su parte, el interior del palacio lo preparan espléndidamente con lujo regio, y disponen el banquete en medio del edificio: vestidos artísticamente trabajados en soberbia púrpura, enorme cantidad de plata en las mesas, y grabados en oro los hechos valerosos de los padres, una serie larguísima de acontecimientos, prolongada a través de tantos héroes desde el remoto origen de la raza.

Eneas (pues su amor de padre no dejaba descansar su mente), se anticipa a enviar a las naves al rápido Acates, para que lleve estos regalos a Ascanio y lo traiga a las

89. Griegos.

murallas. Toda la preocupación de su querido padre radica en Ascanio. Le ordena además que se traiga los regalos salvados de las ruinas de Ilión: una túnica bordada con figuras de oro, un velo con un festón de azafranado acanto, adornos de la argiva Hélena, que ella había sacado de Micenas cuando se encaminaba a Pérgamo y a su matrimonio ilegítimo, admirable don de su madre Leda.[90] Además, un cetro que en otro tiempo había llevado Ilíone, la hija mayor de Príamo, y una ajorca de perlas para el cuello, y una corona doble de perlas y de oro. Para hacer aprisa estos encargos, Acates llevaba camino hacia las naves.

Ahora bien, la Citerea ensaya en su pecho nuevas artimañas, nuevos planes: que Cupido,[91] cambiado de aspecto y de cara, venga en lugar del dulce Ascanio e inflame y apasione a la reina con regalos y le meta el fuego en los huesos. Y es que teme la casa equívoca y a los tirios traicioneros. La diabólica Juno la está quemando, y al llegar la noche vuelve la preocupación. Conque habla al alígero Amor con estas palabras: «Hijo, fuerza mía, mi gran poder, sólo tú, hijo, quien desprecias las armas de Tifóeo[92] del gran padre, en ti busco refugio y reclamo suplicante tu poder. Tú sabes cómo tu hermano Eneas vaga errante por el piélago de costa en costa por el odio de la amarga Juno, y muchas veces te apenaste con mi pena. Ahora le retiene la fenicia Didó y le hace perder el tiempo con blandas palabras; y me temo adónde puede ir a parar la hospitalidad de Juno; no permanecerá ociosa en una oportunidad tan

90. Leda tuvo con Tindáreo a Helena, Clitemnestra y los Dióscuros. Aunque la leyenda más corriente cuenta que se metamorfoseó en oca huyendo de los amores de Júpiter y que de la unión con él como cisne tuvo dos huevos, de cada uno de los cuales surgirían las dos parejas de hijos.

91. Dios del amor, hijo de Marte y Venus.

92. Uno de los gigantes, hijo de Hera y enterrado bajo el Etna por mediación de Júpiter.

grande. Por eso estoy pensando conquistar antes a la reina con engaños y coronarla de fuego, para que no cambie con ninguna otra potencia divina, sino que permanezca a mi lado con el gran amor de Eneas. Escucha ahora mi intención para que puedas hacer esto: por la llamada de su querido padre, se prepara para ir a la ciudad sidonia el niño real, mi más grande preocupación, llevando los regalos que quedaron del piélago y de las llamas de Troya; yo lo esconderé, sepultado en el sueño, en un rincón sagrado, en la alta Citera[93] o en la Idalia,[94] para que no pueda enterarse del engaño ni interponerse en él. Tú finge con fraude el aspecto de él no más de una noche, y niño como eres, adopta la cara conocida del niño, para que cuando Didó lo acoja en su regazo contentísima junto a las mesas reales y el licor de Baco, cuando le dé abrazos y le estampe dulces besos, le inspires un fuego secreto y la envenenes sin que se dé cuenta.»

El Amor obedece la orden de su querida madre, y se despoja de las alas, y se pone a andar con el paso de Julo. Venus, por su parte, riega los miembros de Ascanio de plácida quietud, y amparado en su regazo la diosa lo sube a los altos bosques de Idalia, donde la blanda mejorana lo abraza perfumándolo con sus flores en la dulce sombra.

Y ya marchaba Cupido cumpliendo su encargo y llevaba los regalos reales, satisfecho con la guía de Acates. A su llegada, la reina se acomodó en el lecho dorado entre soberbias cortinas, colocándose en el centro. Ya el padre Eneas, ya la juventud troyana acuden y se tumban en los asientos cubiertos de púrpura. Los criados dan

93. Isla de Venus en el mar Egeo.
94. Ciudad de la isla de Chipre.

agua a las manos y reparten pan en canastillos y traen servilletas de pelados hilos. En el interior hay cincuenta criadas, cuya misión consiste en tener ordenada una bien provista despensa, y honrar a los penates quemando perfumes. Hay otras cien y un número igual de camareros de la misma edad, para colocar los manjares en las mesas y servir las copas. Los tirios, asimismo, acudieron en gran número por el festivo umbral invitados a tumbarse en los pintados lechos. Admiran los regalos de Eneas, admiran a Julo y el resplandeciente rostro del dios y sus palabras fingidas, y la túnica y el velo pintado con acanto azafranado. En especial la infortunada fenicia, ofrecida en holocausto de una perdición futura, no consigue saciar su interés y se apasiona mirando y queda afectada igualmente por el niño y por los regalos. El niño después de colgarse del cuello de Eneas abrazándole y de satisfacer el gran amor de su falso padre, se dirige a la reina. Ésta queda prendida de él con su mirada, con todo su corazón, y de vez en cuando lo atrae a su regazo, sin saber la desdichada Didó qué gran dios está sentado a su lado. Y él, acordándose de su madre Acidalia, comienza a borrar poco a poco a Siqueo, y prueba a cambiar con un amor vivo su ánimo ya hacía tiempo apagado y su corazón desacostumbrado.

Tan pronto como se dio tregua al banquete y se retiraron las mesas, disponen unas grandes crateras[95] y coronan el vino. Se forma el estruendo en el palacio y las palabras circulan por los anchos zaguanes; cuelgan lámparas encendidas de los artesonados dorados, y las antorchas vencen con sus llamas a la noche. En este punto la reina pidió un velicomen pesado con las perlas

95. Grandes vasijas para mezclar el vino con el agua.

y el oro y lo llenó de vino puro, que era el que acostumbraba Belo y todos después de él. Entonces se hizo el silencio en la casa. «Júpiter, pues dicen que tú confieres el derecho de hospitalidad, ten a bien que este día sea dichoso para los tirios y para los que salieron de Troya, y que nuestros descendientes se acuerden de él; que esté presente Baco, el dispensador de la alegría, y la buena Juno. Y vosotros, oh tirios, celebrad la reunión con amabilidad.» Dijo, e hizo la libación del licor en la mesa, y después de libar, probó ella la primera con la superficie de la boca; luego se la pasó a Bitias, chasqueando los dedos, el cual ni corto ni perezoso se tragó la espumosa copa y se bañó en el oro lleno; después, los restantes próceres. El melenudo Yopas, a quien enseñó el grandioso Atlas,[96] deja escapar las notas de su dorada cítara. Canta las revoluciones de la luna y los trabajos del sol; de dónde proviene el género humano y los animales; de dónde la lluvia y el fuego; Arturo[97] y las lluviosas Híades[98] y los dos Triones.[99] Por qué el sol se da tanta prisa por bañarse en el Océano en el invierno, o qué tardanza entorpece las lentas noches. Redoblan sus aplausos los tirios, y los troyanos les siguen. De la misma manera la desdichada Didó pasaba la noche en variada conversación, y bebía un largo amor, preguntando sin cesar detalles sobre Príamo, detalles sobre Héctor; ora con qué armas había llegado el hijo de la Aurora, ora qué tal eran los caballos de Diomedes, o bien qué terrible resultaba el corpulento Aquiles. «Pues ¡ea!», dijo, «cuéntanos, huésped, desde su mismo

96. Uno de los gigantes.
97. Estrella de la constelación del Boyero.
98. Constelación.
99. Las dos osas: la mayor y la menor.

origen las estratagemas de los dánaos, y las desventuras de los tuyos, y tu andar errante; pues ya es el séptimo verano que te pasas errando por todas las tierras y mares.»

LIBRO SEGUNDO

Todo el mundo se calló manteniendo los rostros tensos. Así que desde su alto asiento el padre Eneas comenzó de la siguiente manera: «Un dolor indecible, reina, me mandas reavivar: cómo los dánaos echaron por tierra el poderío troyano y su desgraciado reino, y las cosas tan penosas que yo mismo vi y de las que fui parte importante. Al contarlas, ¿qué soldado mirmidón[1] o de los dólopes o del duro Ulises podría contener las lágrimas? Y ya la noche húmeda pasa rápidamente en el cielo y los astros al ponerse invitan al sueño. Pero si tanto es tu deseo de conocer nuestras desventuras y oír brevemente el último sufrimiento de Troya, aunque el alma se horripila al recordarlo y da marcha atrás de pena, voy a empezar.

Quebrantados por la guerra y rechazados por los hados los caudillos de los dánaos, así que pasaban ya tantos años, construyen con el arte divino de Palas[2] un caballo como una montaña, y entretejen sus costillas con abeto aserrado. Fingen que es una ofrenda por el regreso; éste es el rumor que se extiende. En él, sorteándolos, encierran a escondidas las figuras señeras de los héroes en su ciego costado, y llenan a tope con soldados armados sus enormes cavernas y el vientre.

1. Habitantes de Tesalia cuyo rey era Aquiles.
2. La diosa Palas Atenea o Minerva para los latinos.

A la vista queda Ténedos,[3] una isla muy conocida por la fama, rica en recursos, mientras subsistió el reino de Príamo, ahora una ensenada sólo y un fondeadero poco de fiar para las naos. Trasladándose a ella se esconden en su desierta playa.

Nosotros pensamos que se habían marchado y se habían dirigido a favor del viento a Micenas. De manera que toda la Teucria se sintió liberada del largo duelo; se abren las puertas; da gusto ir a ver los campamentos dóricos[4] y los parajes desiertos y la costa abandonada. Aquí estaban los contingentes de los dólopes, aquí tenía la tienda el cruel Aquiles; éste era el lugar de las escuadras, aquí acostumbraban a pelear los ejércitos. Algunos se quedan boquiabiertos ante el regalo de perdición de la soltera Minerva y admiran la mole del caballo. Y Timetes[5] es el primero en aconsejar que se lo introduzca dentro de los muros y se lo coloque en el alcázar, quizá por engaño o que ya el destino de Troya así lo quería. En cambio Capis[6] y los que tenían mayor lucidez mental insisten en echar de cabeza al mar el ardid de los dánaos y el sospechoso regalo o aplicarle fuego por debajo y quemarlo, o perforar los huecos escondrijos del vientre y examinarlos. La gente desconcertada se divide en bandos contrarios.

Allí, el primero, antes que nadie, Laocoonte[7] baja enardecido del alto alcázar, acompañado de un grupo numeroso, y grita de lejos: «¡Oh desgraciados ciudadanos, qué locura tan grande! ¿Creéis que se han marchado los enemigos? ¿Pensáis que algún regalo de los

3. Isla situada frente a Troya.
4. Griegos.
5. Uno de los hijos de Príamo.
6. Troyano, compañero de Eneas.
7. Sacerdote troyano de Apolo.

dánaos está al abrigo de engaños? ¿Así es como conocéis a Ulises? O en este madero se ocultan encerrados los aqueos, o esta máquina se ha construido contra nuestros muros, para inspeccionar nuestras casas y llegar a la ciudad por encima, o se esconde cualquier artimaña. No fiaros del caballo, troyanos. Sea lo que fuere, temo a los dánaos hasta cuando hacen regalos.» Después de expresarse así arrojó con gran fuerza una lanza enorme contra el costado y el vientre de tablones alabeados del animal. La lanza se quedó recta vibrando, y por el impacto las huecas cavernas retumbaron en el interior del vientre y profirieron un lamento. Y si lo hubiesen querido los hados celestiales, si nuestra razón no hubiese estado embotada, nos habría empujado Laocoonte a desbaratar con el hierro los escondrijos argólicos, y Troya estaría de pie ahora, y tú subsistirías, alta fortaleza de Príamo.

He aquí que en esto los pastores dardánidas arrastraban con gran griterío ante el rey a un joven con las manos atadas a la espalda, un desconocido que se les había presentado espontáneamente cuando venían, para maquinar esto mismo y abrir Troya a los aqueos; individuo era de ánimo confiado y dispuesto a todo, fuese tramar engaños, fuese sucumbir a una muerte segura. Por todas partes se dejan venir diseminándose a su alrededor los jóvenes troyanos con la curiosidad de verlo, y rivalizan en mofarse del cautivo. Escucha ahora las insidias de los dánaos y aprende lo que son todos por uno solo de sus crímenes.

Conque así que quedó en medio del espectáculo, turbado, inerme, y recorrió con su vista la aglomeración de los frigios a su alrededor, dijo: «¡Ay! ¿Qué tierra, qué mar pueden acogerme ahora? ¿Qué me queda ya a la postre, desgraciado de mí, que ni entre los dánaos

encuentro un lugar, y encima los mismos dardánidas reclaman hostilmente mi castigo con sangre?» Ante esta lamentación se mudaron los ánimos y toda la violencia quedó reprimida. Le exhortamos a que nos diga de qué raza es, qué es lo que trae; que nos cuente qué tiene que decir en su favor el prisionero. «A buen seguro», dice, «voy a confesarte, rey, toda la verdad pase lo que pase; y no voy a negar que soy de raza argólica. Esto, lo primero. Y si la fortuna ha hecho un desgraciado de Sinón, no me va a hacer también por mala que sea vano y embustero. Quizás ha llegado a tus oídos por habladurías el nombre de Palamedes,[8] descendiente de Belo, y de su gloria celebrada por la fama; bajo una falsa acusación los pelasgos lo mandaron matar inocente con criminal delación, porque se oponía a la guerra, y ahora lo lloran sin vida; para acompañarle a él y como pariente suyo que era mi pobre padre me envió aquí, a la guerra, en mi primera juventud. Mientras estaba a salvo su reino y tenía influencia en las juntas de los reyes también yo tuve algún nombre y honor. Después que por el odio del artero Ulises (no estoy hablando de cosas desconocidas) desapareció de la faz de la tierra, yo arrastraba afligido una vida tenebrosa y de dolor, y en mi interior me sentía indignado por el infortunio de mi inocente amigo. Y no me estuve callado, loco de mí, y prometí vengarme si la suerte me acompañaba, si alguna vez volvía victorioso a Argos, mi patria, y con mis palabras provoqué su odio acerbo. A partir de entonces se precipitó mi desgracia; a partir de entonces Ulises me atemorizaba con acusaciones nuevas cada vez, propalaba entre la gente frases equívocas y buscaba pelea lleno de remordimientos.

8. Uno de los discípulos del centauro Quirón, famoso por su ayuda a los griegos y después por su muerte injusta a manos de los mismos.

Y no descansó en efecto hasta que por mediación del adivino Calcante...[9] Pero ¿por qué remuevo yo otra vez inútilmente estas cosas desagradables? ¿Por qué os estoy entreteniendo? Si tenéis en el mismo concepto a todos los aqueos y si es suficiente oír esto, infligidme el castigo ya desde ahora: esto es lo que querría el itacense,[10] esto lo pagarían los Atridas a alto precio.»

Entonces es cuando deseamos ardientemente interrogarle y preguntar las causas, ignorantes de crímenes tan monstruosos y del estilo pelasgo. Prosigue aterrorizado y dice con falso corazón: «Muchas veces ansiaron los dánaos emprender la huida abandonando Troya y marcharse cansados de la larga guerra. ¡Y ojalá lo hubiesen hecho! Muchas veces cuando ya se iba se lo impidió la aspereza del mar proceloso y los asustó el austro. Especialmente cuando ya se levantaba aquí el caballo entretejido con maderos de acebuche, retumbaron las nubes en todo el cielo. Sobrecogidos enviamos a interrogar el oráculo de Febo a Eurípilo,[11] y éste transmite del sagrario estas amargas palabras: «Con sangre y con la muerte de una doncella aplacasteis los vientos, dánaos, cuando llegasteis por primera vez a las riberas ilíacas: con sangre debéis ganaros la vuelta ofreciendo en holocausto la vida de un griego.» Cuando estas palabras llegaron a oídos de la gente los ánimos se quedaron paralizados y un estremecimiento helado corrió por lo profundo de los huesos. ¿A quién destinarían a la muerte? ¿Cuál pedía Apolo? En esto el itacense arrastra en medio de todos con gran revuelo al adivino Calcante;

9. Adivino muy hábil de Micenas o tal vez de Mégara. Fue el augur titular de la expedición griega contra Troya.

10. Ulises, pues era de Ítaca.

11. Jefe tesalio, participante en la guerra de Troya.

le pregunta cuál es el deseo de los dioses. Y ya muchos me vaticinaban el cruel crimen del inventor de enredos, y sin decir una palabra veían lo que iba a pasar. Durante diez días Calcante guarda silencio dentro de su caparazón y se niega a dejar salir de su boca el nombre de nadie para destinarlo a morir. Finalmente, apremiado por los grandes gritos del itacense, rompe a hablar con fingida desgana y me señala a mí para el sacrificio. Todos dieron su consentimiento y lo que cada cual temía para sí lo dirigieron de consuno a la perdición de un solo desgraciado. Y ya había llegado el día nefasto. Preparaban la ceremonia para mí, la harina con sal y las cintas en torno de mis sienes.[12] Me escapé de la muerte, lo confieso, y rompí las ataduras, y pasé la noche amparado en la oscuridad entre las ovas de una charca cenagosa hasta que izasen las velas si es que las izaban. Y ya no me queda esperanza alguna de ver mi vieja patria, ni a mis dulces retoños ni a mi anhelado padre, a quienes ellos tal vez irán a exigir el castigo por haberme puesto yo a salvo y castigarán mi culpa con la muerte de los desgraciados. Por ello, por los dioses celestiales y por las potencias que saben de la verdad, por la fe sin mancha, si alguna queda todavía en algún lugar entre los mortales, te ruego que te apiades de tan grandes sufrimientos, que te apiades de mi espíritu que padece lo que no es digno de él.»

Ante estas lágrimas le concedemos la vida y, encima, nos compadecemos de él. El propio Príamo es el primero en ordenar que quiten al sujeto las esposas y las apretadas ligaduras, y le habla del siguiente modo con palabras amistosas: «Quienquiera que seas, olvídate ya

12. Ritual para un sacrificio.

desde ahora de los griegos ausentes; serás de los nuestros. Y respóndeme con la verdad a esto que te pregunto: ¿Con qué objeto levantaron la mole de este caballo descomunal? ¿De quién fue la idea? ¿Qué pretenden? ¿Cuál es su motivo religioso? ¿Es alguna máquina bélica?»

Aquél, instruido en los engaños y el estilo de los pelasgos, levantó las palmas de las manos despojadas de las ataduras a las estrellas, diciendo: «A vosotros, fuegos eternos, y a vuestro poder inviolable, pongo por testigos; a vosotros altares y espadas nefandas, de las que escapé, y a vosotras, cintas de los dioses, que llevé cuando víctima: lícito me es romper los sagrados juramentos de los griegos, lícito me es odiar a esos hombres y soltar al aire todo lo que ocultan. Ni a las leyes de la patria ni a ninguna ley me hallo sujeto. Tú, Troya, sólo tienes que estar a tus promesas y, guardada tú, guardar tu lealtad si aporto una información veraz, si contribuyo por mi parte con cosas importantes.

Todas las esperanzas de los dánaos y la confianza en la guerra emprendida radicaron siempre en el auxilio de Palas. Pero es que desde que el impío hijo de Tideo y Ulises, maquinador de crímenes, pusieron mano a desmontar de su sagrado templo el Paladio,[13] símbolo del destino, dando muerte a los guardianes de la alta ciudadela, se apoderaron de la sagrada imagen y osaron tocar con sus manos ensangrentadas las cintas virginales de la diosa, desde ese instante se tambalearon las esperanzas de los dánaos, y al derrumbarse fueron retrocediendo, se quebrantaron sus fuerzas, la diosa apartó de ellos sus pensamientos, y la hija de Tritón[14] dio señales

13. Estatua divina con poderes mágicos que representaba a la diosa Palas Atenea.
14. Dios marino considerado padre de Palas.

de ello con prodigios indudables. Apenas instalado el icono en el campamento, en sus ojos enfurecidos ardieron llamas chispeantes y un sudor salado corrió por sus miembros y por tres veces saltó la diosa espontáneamente por el suelo (lo que causa maravilla decirlo) con la rodela y la lanza vibrando. Calcante vaticina que debemos arriesgarnos a huir inmediatamente por mar, y que las armas griegas no pueden abrir brecha en Pérgamo[15] si no vuelven a buscar los augurios en Argos y a traerse la potencia celestial que se habían llevado consigo por el mar en las curvadas naos. Y ahora que se han dirigido a favor del viento a Micenas, la patria, se están haciendo con armas y con la compañía de los dioses, y luego que hayan surcado el mar de nuevo se presentarán de improviso. Así interpreta los augurios Calcante. Alertados por él levantaron esta efigie en sustitución del Paladio, por la potencia celestial que ofendieron, para expiar con ella el sombrío sacrilegio. Esta mole de robles unidos, desmedida por lo demás, mandó levantarla Calcante y elevarla hasta el cielo, para que no cupiese por las puertas ni pudiese ser introducida dentro de las murallas, ni amparar al pueblo bajo su antigua eficacia religiosa. Pues si vuestras manos violasen el don de Minerva, entonces se originaría una gran perdición (¡que los dioses la dirijan antes contra el propio augurio!) para el imperio de Príamo y los frigios. Pero si trepase a vuestra ciudad por vuestras propias manos, por propia voluntad Asia llegaría con una gran guerra a las murallas de Pélope[16] y ese sino alcanzaría a nuestros nietos.»

Con tales estratagemas y el arte del perjuro Sinón fue

15. Fortaleza de Troya.
16. Atenas.

creída la historia, y los engaños y las lágrimas forzadas conquistaron a quienes no habían domeñado ni el hijo de Tideo ni Aquiles de Larisa[17] ni diez años de mil bajeles.

A la sazón otro suceso mayor y mucho más estremecedor se abate sobre los desgraciados, conmocionando por sorpresa sus espíritus. Laocoonte, sacado a suerte como el sacerdote de Neptuno, se halla sacrificando un toro gigantesco ante los solemnes altares. He aquí, pues, que dos serpientes gemelas de desmedidos anillos (se me ponen los pelos de punta al contarlo) se echan a la mar desde Ténedos por las tranquilas aguas. Sus pechos erguidos sobre las olas y sus crestas sangrientas sobresalen de las aguas; la parte trasera restante toca en el mar retorciendo sus desmedidos lomos curvilíneamente. Se produce un chapoteo en la espumosa agua salada. Y ya se tendían por la playa; sus ojos ardientes estaban bañados de sangre y de fuego y con sus lenguas vibrátiles se relamían la boca que silbaba. Nos dispersamos huyendo pálidos por la visión. Ellas sin titubear se dirigen en formación hacia Laocoonte; y las dos serpientes, abrazando primero los pequeños cuerpos de sus dos hijos, se enroscan en ellos y devoran a dentelladas sus miserables miembros. Luego lo agarran a él, que acudía en su auxilio portando sus armas, y lo entrelazan con sus enormes espirales; y abrazándole por partida doble la cintura, rodeando por partida doble su cuello con sus troncos escamosos ya sacan por encima la cabeza y las altas cervices. Él intenta a un tiempo deshacer con las manos los nudos, con las cintas empapadas en sangre hedionda y negro veneno, y a un tiempo eleva a los

17. Ciudad de Tesalia y patria de Aquiles.

astros escalofriantes alaridos: igual que el bramido de un toro cuando escapa herido del altar y sacude de su cerviz el hacha insegura. El par de dragones, por su lado, escapan deslizándose a los altos santuarios, y se dirigen a la ciudadela de la cruel hija de Tritón, y se recogen a los pies de la diosa bajo el redondel del escudo. Entonces es cuando se desliza en el corazón estremecido de todos un nuevo pavor, y propalan la especie de que Laocoonte ha pagado su crimen merecidamente por haber lanzado su criminal lanza al lomo del caballo y haber lastimado con su punta el roble sagrado. Gritan a una que hay que conducir el icono a su aposento e implorar la protección de la diosa.

Hendemos los muros y abrimos la fortificación de la ciudad. Todos ponen mano a la obra y acoplan a los pies rodillos de deslizamiento y enganchan del cuello cables de estopa. La máquina, símbolo de nuestro destino, franquea los muros preñada de armas. A su alrededor los muchachos y las muchachas solteras entonan cánticos religiosos y se sienten gozosos de tocar con la mano el cable. Aquélla penetra y se desliza amenazadora por medio de la ciudad. ¡Oh patria! ¡Oh Ilión, morada de los dioses, y murallas dardánicas, famosas en la guerra! Cuatro veces se detuvo en el mismo umbral de la puerta y cuatro veces las armas hicieron ruido en el interior del vientre. Sin embargo insistimos, sin acordarnos de nada, ciegos de furor, y emplazamos el infortunado monstruo en la sagrada ciudadela. Todavía entonces Casandra[18] abre a nuestro sino futuro por imperativo de la divinidad su boca, a la que jamás dieron crédito los teucros. Nosotros, desgraciados, para quienes aquél era el último

18. Hija de Príamo y Hécuba que poseía el don divino de la profecía.

día, cubrimos por la ciudad de guirnaldas festivas las capillas de los dioses.

Gira entretanto la bóveda celeste y sobreviene la noche desde el Océano envolviendo con su gran sombra la tierra, el firmamento, y los engaños de los mirmídones. Diseminados entre las murallas, los teucros habían enmudecido; el sueño se apodera de sus cuerpos cansados. Y ya salía de Ténedos la armada argiva con las naves en formación, arrumbando a las costas conocidas en el silencio cómplice de la luna callada, cuando la nao real sacó las antorchas, y Sinón protegido por los injustos hados divinos suelta furtivamente las trancas de pino y a los dánaos encerrados en el vientre. Abierto el caballo de par en par los devuelve al aire libre, y encantados se echan fuera del hueco roble los capitanes Tesandro[19] y Esténelo[20] y el maléfico Ulises, que se deslizaron por un cable tendido al suelo, y Acamante[21] y Toante[22] y Neoptólemo,[23] descendencia de Peleo y asimismo Macaon[24] y Menelao[25] y el propio inventor de la estratagema, Epeo.[26] Invaden la ciudad sepultada en el sueño y en el vino. Dan muerte a los centinelas, y abriendo las puertas acogen a todos los compañeros y se reúnen los dos bandos cómplices.

Era la hora en que entra el primer sueño a los sufridos

19. Del linaje de Edipo y Adrasto.

20. Hijo de Capaneo. En Troya mandaba un contingente de veinticinco naves. Estaba al servicio de Diomedes.

21. Hijo de Teseo y Fedra.

22. Aparece en *La Ilíada* como jefe de un destacamento eolio.

23. Hijo de Aquiles y Deidamía. Realizó numerosas hazañas en Troya, entre ellas matar a Astianacte el hijo de Héctor, al cual, a su vez, había dado muerte Aquiles.

24. Hijo de Asclepio, dios de la medicina. Con el arte heredado de su padre realizó en Troya numerosas curaciones a los combatientes.

25. Hermano de Agamenón y esposo de Hélena, a causa de cuyo rapto, como sabemos, se originó la guerra de Troya.

26. Hijo de Panopeo. No era un guerrero muy valioso, pero alcanzó gloria por haber construido el caballo de Troya.

mortales y se infiltra agradabilísimo por el don de los dioses. He aquí que en sueños me pareció que se presentaba ante mis ojos Héctor[27] muy triste, y que derramaba copioso llanto, arrastrado por un carro de dos caballos como en aquella ocasión, ennegrecido por el polvo ensangrentado y con una correa dada la vuelta alrededor de sus pies hinchados. ¡Ay de mí, cómo estaba! ¡Qué cambiado de aquel Héctor que regresó vestido con los despojos de Aquiles, o el que arrojó el fuego de los frigios a las naos de los dánaos! Llevaba la barba sucia y los cabellos amasados con sangre, y aquellas heridas que en tan número recibió en torno a las murallas patrias. Me parecía, mientras yo también lloraba con naturalidad, que interpelaba al héroe y profería amargas palabras: «¡Oh luz de Dardania! ¡Oh la más fiel esperanza de los teucros! ¿Qué tardanzas tan importantes te retuvieron? ¿De qué riberas llegas, esperado Héctor? ¡Cómo te vemos, cansados después de las muchas muertes de los tuyos, después de los múltiples sufrimientos de los hombres y de la ciudad! ¿Qué causa indigna de ti ha afeado tu cara serena? ¿Y por qué estoy contemplando estas heridas?» Él, nada; y no me atiende cuando le hago estas vanas preguntas, sino que echando pesadamente unos gemidos del fondo de su pecho, dice: «¡Ay! Huye, hijo de diosa, y sustráete a estas llamas. El enemigo tiene las murallas. Troya se derrumba desde su alta cumbre. Bastante hemos dado a la patria y a Príamo. Si se pudiese defender Pérgamo con la diestra, también con la mía habría sido defendida. A ti te encarga Troya su culto y sus penates. Tómalos como compañeros del destino, búscales unas murallas grandes, las que levanta-

27. Héroe troyano, hijo de Príamo y Hécuba, muerto a manos de Aquiles.

rás cuando finalmente hayas terminado de vagar por el mar.» Así dice y saca con sus manos de lo más íntimo del sagrario las cintas y la poderosa Vesta[28] y el fuego eterno.

Entretanto nace la confusión y el duelo en una y otra parte de las murallas, y, aunque la casa de mi padre Anquises estaba apartada y protegida por los árboles, el ruido se hace más y más claro y el horror de las armas se avecina. Me sacudo el sueño y trepando gano la vertiente de la alta casa, y me quedo quieto con los oídos atentos: como cuando la llama cae sobre un trigal a impulso de los furiosos austros o el torrente voraz de un río de montaña arrasa los campos, arrasa los sembrados lozanos y las labores de los bueyes y se lleva de raíz las selvas; el pastor que no lo sabe se queda pasmado oyendo el ruido en el alto picacho de una roca. Entonces es cuando se pone de manifiesto la verdad y quedan patentes las insidias de los dánaos. Ya la casa espaciosa de Deífobo[29] se había venido abajo con la victoria de Vulcano,[30] ya arde el cercano Ucalegón;[31] las aguas del Sigeo relucen extensamente con el fuego. Se levanta el clamor de los hombres y el sonar de las trompetas. Cojo las armas perdido el juicio, y no sé a santo de qué las armas, pero mi ánimo se enardece por juntar un grupo para luchar y correr con los compañeros a la fortaleza. El furor y la rabia dan al traste con mi razón, y se me ocurre que morir con las armas es cosa hermosa.

He aquí que a su vez Panto, que se había escabullido de entre los tiros de los aqueos, Panto, hijo de Otris, sacerdote de la ciudadela y de Febo, arrastra en sus

28. Es decir, el fuego, en cuanto Vesta es la diosa romana que preside el fuego del altar doméstico.
29. Hijo de Príamo y Hécuba.
30. Es decir, el fuego. Vulcano es el dios del fuego.
31. Ciudadano troyano.

propias manos los objetos del culto y los dioses vencidos, y a su pequeño nieto, y se dirige corriendo fuera de sí a los umbrales: «¿En qué situación se halla nuestro Estado, Panto? ¿Qué ciudadela estamos ocupando?» No bien hube dicho esto cuando me responde suspirando lo siguiente: «Llegó el último día y el momento inexorable de Dardania. Troyanos fuimos, fue Ilión y la gran gloria de los teucros. El fiero Júpiter ha trasladado todo a Argos. Los dánaos son los dueños en la ciudad incendiada. El elevado caballo, plantado en medio de las murallas, va soltando hombres armados, y Sinón, saltando victorioso de un lado a otro, va sembrando incendios. Otros asoman por las puertas abiertas de par en par, a millares, cuantos llegaron de la gran Micenas. Otros, formando un frente, han bloqueado con sus armas las calles estrechas; una línea de hierro construida de filos brillantes está inmóvil dispuesta a morir. Apenas intentan combatir los primeros centinelas de las puertas, y resisten en una lucha a ciegas.»

Tales palabras del hijo de Otris y la voluntad de los dioses me empujan a las llamas y a las armas, adonde llama la amarga Erinis,[32] adonde llaman el estruendo y el griterío que sube hasta el cielo. Se me unen para acompañarme Ripeo y Épito, el más grande con las armas, con quienes me topé a la luz de la luna, e Hípanis y Dimas se enrolan también a nuestro lado, y el joven Corebo, hijo de Migdón (por azar había llegado aquellos días a Troya encendido en el insensato amor de Casandra, y como yerno prestaba auxilio a Príamo y los frigios. ¡Desdichado, que no escuchó las premoniciones de su sibilina prometida!).

32. Una de las Furias. Su misión es la venganza de los crímenes.

Cuando los vi apiñados, atreviéndose a combatir, empiezo a decirles estas palabras: «Jóvenes, corazones en vano tan valerosos, si tenéis un deseo seguro de seguir al que osa llegar al final, ya veis la suerte que corre nuestra causa. Todos los dioses por quienes este imperio había estado en pie se han marchado, abandonando los sagrarios y los altares. Salís en socorro de una ciudad incendiada. Muramos lanzándonos en medio de las armas. La única salvación de los vencidos es no esperar ninguna salvación.» De esta manera cobraron ánimos y valor los jóvenes. Acto seguido, como lobos rapaces en la oscura niebla a los que ha estimulado ofuscándolos la rabia perversa del estómago y a quienes esperan con las fauces secas sus cachorros abandonados, avanzamos entre disparos y enemigos a una muerte indudable y nos encaminamos al centro de la ciudad. La noche negra revolotea a nuestro alrededor con su permeable sombra. ¿Quién describiría con palabras las muertes, o podría igualar con lágrimas los sufrimientos? Se derrumba una ciudad antigua que ha dominado durante muchos años. Por todas partes se amontonan numerosísimos cuerpos sin vida en las calles, en las casas y los sagrados umbrales de los dioses. Y no sólo los teucros sufren el castigo a costa de su sangre; a veces vuelven también los redaños y el valor a los vencidos y caen los dánaos victoriosos. Por todas partes, desgarradas lamentaciones, por todas partes, el terror y la imagen omnipresente de la muerte.

El primero que se topa con nosotros es Andrógeo, acompañado de un pelotón de dánaos, creyendo en su desconocimiento, que éramos tropas aliadas, y sin más nos interpela con palabras amistosas: «¡Daos prisa, soldados! ¿Pues qué pereza tan inoportuna os retarda? Los demás están pillando y llevándose la incendiada

Pérgamo. ¿Vosotros llegáis ahora por primera vez de las elevadas naves?» Dijo, y al momento (pues no se le daba una respuesta de suficiente confianza) se dio cuenta de que se había colado en medio de los enemigos. Se quedó boquiabierto y dio marcha atrás al tiempo que dejaba de hablar. Como el que con todo su peso sobre la tierra pisa en los ásperos zarzales una serpiente que no ha visto, y temblando huye al instante de ella que amenaza con su furia e hincha el cuello azulenco, no de otro modo se marchaba Andrógeo estremecido al vernos. Nos abalanzamos y desplegamos a su alrededor con numerosas armas, y los abatimos a mansalva porque ignoraban el lugar y eran presa del espanto.

La fortuna rueda favorable a nuestra primera acción y entonces Corebo con el ánimo exultante por el éxito dice: «Oh, compañeros, sigamos por donde el primer golpe de suerte señala el camino de la salvación y se muestra favorable. Cambiemos los escudos y adoptemos las insignias de los dánaos. Engaño o valor, ¿quién lo va a investigar tratándose de enemigos? Ellos mismos nos proporcionarán las armas.» Así hablando, se pone a renglón seguido el casco penachudo de Andrógeo, y el escudo grabado decorativamente, y ajusta a la cintura la espada argiva. Esto hace Ripeo, esto, el propio Dimas, y todos los jóvenes encantados: cada cual se equipa con el botín reciente. Avanzamos mezclados con los dánaos sin la protección de la divinidad y trabamos muchos combates chocando en la ciega noche; a muchos de los dánaos los mandamos al Orco.[33] Algunos se escapan a las naves y buscan a la carrera las costas seguras; otros trepan de nuevo con bochornoso miedo al gigan-

33. Demonio de la muerte, incluso morada de los muertos o Infierno.

tesco caballo y se esconden en el vientre conocido.

¡Ay, no permite la providencia que nadie confíe en nada contra la voluntad de los dioses! He aquí que arrastraban con el pelo enmarañado a la hija de Príamo, Casandra, desde el templo y el sagrario de Minerva, dirigiendo en vano sus ojos ardientes al cielo, sus ojos, pues las ataduras maniataban sus tiernas manos. No soportó este espectáculo Corebo, perdida la razón, y se lanzó en medio de la comitiva dispuesto a morir. Todos le seguimos y nos precipitamos en las apretadas filas. Aquí desde la alta cumbre de un templo nos acribillan a tiros, primero los nuestros, originándose una matanza desgraciadísima por el aspecto de las armas y el error de los penachos griegos. Luego, acometen los dánaos, acudiendo de todas partes, doloridos y encolerizados porque les quitábamos la virgen: el acérrimo Áyax y los dos Atridas y todo el ejército de los dólopes. Como cuando chocan de frente los vientos con abruptos remolinos, el Céfiro,[34] el Noto y el Euro, encantado con sus caballos orientales; silban las selvas y el espumoso Nereo[35] se enfurece con el tridente y remueve los mares desde sus entrañas profundas. También aparecen aquellos a los que a la sombra de la noche oscura pusimos en fuga con nuestra estratagema y corrimos por toda la ciudad; son los primeros en reconocer los escudos y las armas mentirosas y en consignar la discordancia del sonido de nuestra lengua. No hay que decir que el número nos aplastó. El primero en sucumbir es Corebo a manos de Peneleo ante el altar de la diosa, patrona de las armas. Cae también Ripeo, el hombre más singularmente justo y observante de la equidad que hubo entre

34. Viento dulce y tibio del oeste.
35. Dios del mar.

los teucros (los dioses fueron de otro parecer). Perecen también Hípanis y Dimas, acribillados por sus compañeros; y tampoco a ti, Panto, te protegieron cuando te doblabas tu infinita piedad ni las ínfulas de Apolo. ¡Cenizas de Ilión y llama postrema de los míos, por testigos os pongo de que en vuestro ocaso no escurrí el bulto ante los disparos ni ante vicisitud alguna, y de que hice merecimientos para caer a manos de los dánaos, si mi sino hubiese sido caer!

Arrancamos de allí Ífito, Pelias y yo (de ellos, Ífito ya muy entorpecido por la edad, Pelias tardo también por una herida de Ulises). El griterío nos llama justo en dirección a la mansión de Príamo. Aquí observamos un combate ciertamente colosal, como si en ninguna otra parte hubiese guerra, como si nadie estuviese muriendo en toda la ciudad: así de indómito vemos a Marte y a los dánaos abalanzándose contra el palacio, y la entrada bloqueada por las operaciones de tortuga.[36] Hay escaleras adosadas a las paredes y al pie de las propias jambas de las puertas patean las gradas y, parapetándose con los escudos en la izquierda, los interponen en la trayectoria de los tiros, y con la derecha tratan de afianzarse en los aleros.

Los dardánidas a su vez arramblan con las torres y los tejados enteros de las casas: con estas armas, puesto que se ven en las últimas, al borde ya de la muerte, se disponen a defenderse. Y dejan caer rodando las vigas doradas, altos ornamentos de nuestros viejos padres. Otros empuñando la espada coparon las puertas más interiores; en apretadas filas las están guardando. Recobrados los ánimos corríamos a defender el palacio real,

36. Formación militar según la cual un grupo de soldados con los escudos dispuestos en los flancos y sobre sus cabezas avanzaban hasta el pie de la muralla.

a quitar un peso con nuestro auxilio a los soldados y reforzar las energías a los vencidos.

Había un porche y las hojas de una puerta falsa y la posibilidad de comunicarse de una parte a otra detrás del palacio de Príamo, puerta que había quedado desierta y por donde acostumbraba a pasar tantas veces, mientras permaneció incólume el reino, sin compañía alguna, la desdichada Andrómaca,[37] a ver a sus suegros, y llevaba al abuelo a su hijo Astianacte.[38] Trepo a la vertiente del alto tejado desde donde los desgraciados teucros lanzaban sin parar con las manos dardos inútilmente. Una torre que se levantaba sobre el vacío y que se elevaba con la última techumbre hasta los astros, desde donde se acostumbraba a ver toda Troya y las naves de los dánaos y los campamentos aqueos, la atacamos con hierro en todo su perímetro por donde la parte superior de las tablas presentaba las junturas sueltas, la arrancamos de su profundo emplazamiento y la empujamos. Desplomándose de repente la torre arrastró sus escombros en medio del fragor, y cayó esparciéndose sobre las tropas de los dánaos. Ahora bien, los demás continúan, y mientras tanto no cesan las piedras ni ningún género de proyectil.

Delante del propio vestíbulo, al principio de la entrada, Pirro[39] se envalentona resplandeciendo con sus armas y el brillo del bronce: igual que una culebra a la luz que ha ingerido hierbas venenosas, a la que retenía hinchada debajo de la tierra el frío invierno, ahora, nueva y lustrosa por la juventud, después de cambiar la piel, desenrosca su escurridizo tronco, irguiéndose al sol

37. Esposa del fallecido Héctor.
38. Hijo de Héctor y Andrómaca.
39. Sobrenombre de Neoptólemo, hijo de Aquiles.

con el pecho levantado, y su boca relampaguea con la lengua partida en tres. A un tiempo el colosal Périfas y el auriga de Aquiles, su escudero Automedonte, a un tiempo toda la juventud de Esciros,[40] se aproximan al palacio y arrojan sin parar antorchas a los tejados. El propio Pirro entre los primeros, agarrando una dura hacha de doble filo, destroza la entrada y saca del quicio el marco broncíneo de la puerta. Y después de hender una viga perforó el resistente roble y consiguió una gran ventana de ancha boca. Aparece la casa por dentro y quedan a la vista los largos zaguanes; aparecen las venerables habitaciones de Príamo y de los antiguos reyes y ven en el primer umbral hombres apostados con armas.

Mas, ¡ay!, en el interior de la casa crece la confusión, las lamentaciones y el mísero revuelo, y las concavidades del edificio resuenan hasta el fondo con los plañidos de las mujeres. El griterío hiere los astros dorados. A poco las madres despavoridas se echan a deambular por las enormes dependencias y se agarran a las puertas, abrazándose a ellas, y estampan allí sus besos. Pirro arremete con la fuerza de su padre. Ni los cerrojos ni los mismos guardianes son capaces de resistirle; la puerta se tambalea con los continuos golpes del ariete, y las hojas se vienen al suelo arrancadas del quicio. Se abren camino por la fuerza; los dánaos que han penetrado rompen las entradas y degüellan a los primeros y llenan el lugar de soldados a todo lo ancho. No de ese modo llega con su masa furiosa de agua a las tierras de labor el río espumoso y arrastra por todo el campo los ganados y establos, cuando se desborda rompiendo la pre-

40. Ciudad de Pirro. La juventud de Esciros son los soldados de Pirro.

sa y la tromba supera los bloques que la contenían.

Yo mismo vi a Neoptólemo enloquecido en la matanza y a los dos Atridas en el umbral; vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo manchando con su sangre en los altares los fuegos que él mismo había consagrado. Aquellas cincuenta alcobas, tan seria esperanza de nietos, sus jambas orgullosas por el oro y los despojos de los bárbaros se vinieron al suelo. Los dánaos dominan por donde no ha llegado el fuego.

Quizá querrías preguntarme cuál fue el destino de Príamo. Cuando vio la conquista y la caída de la ciudad y que arrasaban los umbrales del palacio y al enemigo metido en sus habitaciones venerables, él tan viejo echa en vano sobre su espalda que temblaba por la edad las armas hacía tiempo inhabituales, y se ciñe la inútil espada, y se mete entre los apiñados enemigos, dispuesto a morir. En el centro del palacio y bajo la desnuda bóveda celeste había un enorme altar y a su lado un viejísimo laurel sobre el altar y que cubría con su sombra a los penates. Aquí, como palomas espantadas por la negra tempestad, se hallaban sentadas inútilmente en torno del altar Hécuba y sus hijas, apelotonadas y abrazando las imágenes de los dioses. Mas cuando vio al mismísimo Príamo empuñando las armas de su juventud, le dijo: «¿Qué idea tan siniestra, desgraciadísimo esposo, te impelió a portar estas armas? ¿Para dónde tiras? No precisa la ocasión de un auxilio de esa clase ni de defensores como tú; no, incluso si estuviese aquí mi hijo Héctor. Vente para acá de una vez; este altar nos protegerá a todos, o tú morirás con nosotros.» Así que hubieron salido estas palabras de su boca, acogió a su lado al anciano y lo acomodó en el lugar sagrado.

He aquí que a su vez Polites, uno de los hijos de

Príamo, que se había escabullido de la matanza de Pirro en medio de los tiros y de los enemigos, va huyendo por los largos pórticos y recorre herido los zaguanes vacíos. Pirro enardecido lo va persiguiendo para asestarle el golpe, y ya casi le echa mano y lo acosa con la lanza. Cuando llegó a pasar por fin a la vista y ante la cara de sus padres, se desplomó y dejó la vida en un charco de sangre. Entonces Príamo, aunque ya tiene la muerte encima, no se contuvo sin embargo ni desistió de gritar con ira: «¡Ah! Pero a ti por tu crimen, por semejante osadía, ojalá que los dioses si algún sentimiento hay en el cielo para cuidarse de tales cosas, te den las gracias que te mereces y te recompensen con los premios debidos, a ti, que me hiciste ver la muerte de mi hijo delante de mí y con su muerte manchaste la cara de su padre. Mas aquel, de quien tú afirmas ser hijo, aunque eres un bastardo, Aquiles, no se portó así con su enemigo Príamo, antes bien, respetó con pudor los derechos y la fe del suplicante y me devolvió el cuerpo sin vida de Héctor para sepultarle, y a mí me volvió a dejar en mi reino.» Así habló el venerable anciano y arrojó sin fuerza un dardo inofensivo, que el ronco bronce repelió de inmediato, y quedó colgando inútil a flor de piel en la abolladura del escudo. Y Pirro le dijo: «Pues bien, irás de mensajero y le contarás esto a mi progenitor, el Pelida.[41] Acuérdate de contarle mis amargas obras y la degeneración de Neoptólemo. Ahora, prepárate a morir.» Diciendo esto lo arrastró temblando y resbalando en la abundante sangre de su hijo hasta el mismo altar, y le agarró el pelo con la izquierda y con la derecha desenvainó la espada brillante y se la hundió en el

41. Aquiles era hijo de Peleo.

costado hasta la empuñadura. Éste fue el fin del destino de Príamo, este desenlace le tocó en suerte, viendo a Troya incendiada y a Pérgamo derrumbándose, él, otrora monarca de Asia, orgulloso con sus pueblos y sus tierras. En la costa está tirado su tronco colosal, y su cabeza arrancada de los hombros, y su cadáver sin nombre.

Y entonces me sobrecogió por primera vez a mí un lacerante terror. Me quedé perplejo. Me vino a la imaginación la figura de mi querido progenitor cuando vi al rey de la misma edad exhalando la vida por una cruel herida; me vino a la imaginación el abandono de Creúsa[42] y el saqueo de mi casa y la suerte del pequeño Julo.[43] Miro atrás y reviso qué posibilidades tengo a mi alcance. Todos me habían abandonado exhaustos y se habían dejado caer de un salto al suelo o se habían arrojado malheridos al fuego.

Y ya quedaba yo solo únicamente, cuando veo a la hija de Tindáreo[44] que se ha recogido en el umbral de Vesta, silenciosa y escondida en el lugar apartado. Los claros resplandores me dan luz al caminar dirigiendo la vista a todas las partes y a todas las cosas. Ella temiendo con antelación que los teucros le serían hostiles por la destrucción de Pérgamo, y el castigo de los dánaos y las iras de su esposo abandonado, las Erinias comunes de Troya y de su patria, se había escondido y estaba sentada, la muy odiosa, en los altares. Se encendió una hoguera en mi alma. Me entra la rabia por vengar a mi patria que estaba sucumbiendo y darle castigo a la criminal. «¡Claro! ¿Va ésta a ver sana y salva Esparta y la

42. Hija de Príamo y Hécuba y esposa de Eneas.
43. Julo Ascanio, hijo de Eneas y Creúsa.
44. Hélena, hija de Tindáreo.

Micenas de su padre, y a marchar como una reina con el triunfo alcanzado, y verá a su esposo y la casa de su padre y a sus hijos acompañada de una corte de troyanos y de sirvientes frigios? ¿Va a haber ardido Troya con el fuego? ¿Va a haber sudado sangre tantas veces la costa dardania? No, en mis días. Pues aunque el castigo de una mujer no es ningún timbre de gloria digno de mención y la victoria no es loable, sin embargo me alabarán por haber eliminado un monstruo y haber dado un castigo a quien lo merece, y me daré el gusto de saciar el alma de la llama vengadora y haber dado satisfacción a las cenizas de los míos.» Tales bravatas lanzaba y me dejaba llevar por la razón extraviada cuando mi madre nutriz se ofreció a mi contemplación nunca antes tan clara a mis ojos, y de noche como era refulgió en la luz pura, confesándose diosa y con el aspecto y la estatura con que suele mostrarse a los habitantes del cielo, y cogiéndome la mano derecha, me contuvo, y me dijo además estas palabras, con su boca de rosa: «Hijo mío, ¿qué dolor tan grande despierta tu ira indomeñable? ¿Por qué desvarías? ¿Adónde ha ido a parar tu desvelo por mí? ¿No irás a ver antes dónde dejaste a tu padre Anquises, agobiado por la edad, y si sobrevive tu esposa Creúsa y el niño Ascanio? Alrededor de todos ellos los ejércitos griegos circulan por todas partes y si mi cuidado no fuese permanente ya se los hubiesen tragado las llamas y los habría traspasado la espada enemiga. Sábete que no es la odiosa cara de la lacedemonia hija de Tindáreo, ni el inculpado Paris; es la inclemencia de los dioses, de los dioses, la que destruye este poderío y echa por tierra a Troya desde la cumbre. Mira (pues voy a disipar toda la nube que, interpuesta ahora delante de tu mirada, hace borrosa tu visión mortal y crea a tu alrededor una boira

húmeda; tú no temas mandato alguno de tu madre ni rehúses obedecer sus indicaciones): aquí, donde ves los materiales resquebrajados y las piedras arrancadas de las piedras, y salir el humo a oleadas mezclado con el polvo, Neptuno es el que sacude los muros y los cimientos, removiéndolos con el gran tridente, y arruina toda la ciudad desde la base. Aquí, la cruelísima Juno es la que ocupa en primer término las puertas Esceas[45] y, ciñendo las armas, llama de las naves enloquecida a la tropa aliada. Mira detrás de ti: ya la Tritonia Palas se ha instalado en lo más alto del alcázar despidiendo fulgor en la nube y amenazando con la Górgona.[46] El propio padre da ánimos a los dánaos y secunda sus fuerzas; él mismo incita a los dioses contra las armas dardanias. Emprende la huida, hijo mío, y pon fin a tu sufrimiento. Jamás faltaré de tu lado y te dejaré a buen recaudo en el umbral de la patria.» Había terminado, y se adentró en las espesas sombras de la noche. Aparecen rostros maléficos y las grandes potencias divinas enemigas de Troya.

Entonces es cuando me pareció que toda Ilión era pasto de las llamas y que la Troya de Neptuno se ponía boca abajo. Y como cuando en la cima de los montes bregan los campesinos porfiando por derribar un viejo olmo al que han dado numerosos tajos con el hacha de doble filo, el árbol amenaza sin cesar, y como la copa recibe el impacto, se cimbrea temblándole las ramas, hasta que vencido poco a poco por las heridas da el último crujido y arrastra su mole arrancado de la cima. Desciendo y con la guía divina hallo camino expedito

45. Las puertas de Troya.

46. Hay tres Górgonas o monstruos rodeados de serpientes y de mirada que petrifica. Generalmente se refiere a Medusa, una de las tres y la única mortal.

entre las llamas y los enemigos. Las armas me abren paso y las llamas retroceden.

Y cuando ya hube llegado al umbral del solar paterno y la vieja casa, mi progenitor, a quien yo deseaba subir el primero a los altos montes y que buscaba primero, se niega a prolongar su vida, con Troya asolada, y a sufrir el destierro. «¡Oh!, vosotros que tenéis la sangre sin afectar por la edad», dice, «y cuyas fuerzas permanecen sólidas en su vigor, vosotros, emprended la huida. Si los habitantes del cielo hubiesen querido que yo siguiera viviendo, me hubieran preservado este solar. Bastante es y más que bastante haber visto una destrucción y haber sobrevivido a la conquista de la ciudad. ¡Oh!, marchaos, pues que habéis orado ante un cuerpo que así, así, está enterrado. Yo mismo buscaré la muerte peleando. El enemigo tendrá piedad y buscará mis despojos. De la sepultura hago gracia sin dificultad. Ya hace tiempo que vivo odiado por los dioses, retardando años inútiles, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres hizo soplar contra mí los vientos del rayo y me tocó con su fuego.» Persistía en exponer tales razones y permanecía agarrado a ellas. Yo, a mi vez, y mi esposa Creúsa y Ascanio y toda la casa, suplicábamos a mi padre, deshechos en lágrimas, para que no lo echase todo a perder con él y no fuese una carga en una situación tan crítica. Sigue negándose y se mantiene aferrado a su propósito y al mismo suelo.

De nuevo me voy a las armas y ansío, desgraciadísimo de mí, la muerte. Pues, ¿qué plan o qué suerte nos quedaba ya? «¿Esperabas, padre mío, que yo pudiese dar un paso abandonándote? ¿Tamaña monstruosidad pudo salir de la boca de un padre? Si los dioses han dispuesto que no quede nada de una ciudad tan grande,

y está aposentado esto en su corazón, y es tu gusto sumarte tú y los tuyos a Troya al borde de la extinción, la puerta de esa muerte está abierta, y después de dejar cubierto de sangre a Príamo ya se presentará por aquí Pirro, que degüella a un hijo ante la cara del padre y al padre delante de un altar. ¿Para esto es, madre nutriz, para lo que me sacas entre disparos y llamas, para ver al enemigo en el interior de las alcobas y para ver a Ascanio y a mi padre y a Creúsa con ellos, sacrificados el uno sobre la sangre del otro? ¡Las armas, camaradas, traed las armas! El último día llama a los vencidos. Reintegradme a los dánaos; dejad que vuelva a ver los combates que había emprendido. No todos moriremos hoy sin vengarnos.»

A renglón seguido, empuño de nuevo el acero, y ya ajustaba el escudo a mi mano izquierda y me encaminaba fuera de la casa. Mas he aquí que mi esposa se interponía en el umbral abrazada a mis pies y tendía a su padre al pequeño Julo: «Si te vas para morir llévanos contigo a nosotros también para lo que sea; pero si después de tu experiencia pones alguna esperanza en las armas que has empuñado, defiende primero esta casa. ¿Para quién queda el pequeño Julo, para quién tu padre y yo, que alguna vez fui llamada tu esposa?»

Profiriendo a gritos tales palabras en medio de lamentaciones llenaba con ellas toda la casa, cuando surge un fenómeno de súbito, que causa maravilla contar. Pues he aquí que entre los brazos y las caras de sus tristes padres apareció encima de la cabeza de Julo un ligero cono que despedía fuego, y la suave llama, inofensiva al tacto, lamía su cabellera y se alimentaba en las proximidades de las sienes. Nosotros temblábamos de miedo asustados y le sacudíamos el pelo que estaba ardiendo, y tratába-

mos de apagar el sagrado fuego con agua de una fuente. Pero mi padre Anquises levantó entusiasmado los ojos a las estrellas y extendió las palmas de las manos al cielo, al tiempo que decía: «Júpiter todopoderoso, si eres accesible a alguna plegaria, míranos, sólo esto te pido, y, si nuestra piedad lo merece, danos auxilio enseguida, padre, y confirma estos augurios.»

Apenas había dicho esto el venerable viejo y con súbito fragor tronó a la izquierda, y una estrella caída del cielo corrió por las sombras arrastrando una cola de inmensa luz. Deslizándose por encima del alto tejado de la casa la vimos perderse brillando en la selva del Ida[47] y trazar un camino; luego, sigue un surco de largo recorrido emitiendo luz, y los lugares próximos emanan humo de azufre en toda su extensión. Entonces es cuando mi progenitor, dándose por vencido, se yergue a los vientos y habla a los dioses y adora la santa estrella. «Ya, ya no hay motivo de tardanza. Os sigo y allá voy por donde me conducís, dioses de la patria. Guardad mi casa, guardad a mi nieto. Vuestro es este augurio, y bajo vuestra protección está Troya. Cedo de verdad, y no rehúso acompañarte, hijo mío.»

Había terminado él. Y ya se oye más claro el fuego por las murallas, y las oleadas del incendio prorrumpen más cerca. «Vamos, pues, querido padre; súbete a mis hombros; yo te cargaré sobre mis espaldas y ese esfuerzo no me será enojoso. Comoquiera que rueden los acontecimientos, uno solo y común será el riesgo para los dos, una sola la salvación. El pequeño Julo vendrá a mi lado y mi esposa seguirá nuestras huellas de lejos. Vosotros, criados, meteos bien en la cabeza lo que os

47. Célebre monte de Frigia.

voy a decir. Hay a la salida de la ciudad un túmulo y un templo antiguo de Ceres,[48] solitario, y a su lado un viejo ciprés escrupulosamente venerado por nuestros padres durante muchos años. En este lugar nos reuniremos desde distintos caminos. Tú, padre, toma en tus manos los objetos del culto y los penates patrios: no quiere la Providencia que yo los toque, que vuelvo de una guerra tan grande y de la reciente carnicería, hasta que me bañe en agua corriente.»

Diciendo esto, me revisto las anchas espaldas y el cuello que iba a agachar con una prenda, la piel de un león rojizo, y me echo la carga encima. El pequeño Julo se agarró a mi mano, y sigue a su padre con sus cortos pasos. Detrás viene mi esposa. Avanzamos por lugares ensombrecidos, y a mí, a quien poco antes no inquietaban los tiros que disparaban del frente contrario ni el grueso de las tropas de los griegos, ahora me aterra cualquier brisa, cualquier ruido me pone en vilo, temeroso al mismo tiempo por mi compañero y por la carga.

Y ya me acercaba a las puertas y parecía que había superado todo el camino cuando de repente pareció meterse en nuestros oídos un continuo rumor de pies. Mi padre atisbando en la sombra grita: «Hijo mío, huye, hijo: se acercan. Distingo los resplandecientes escudos y los bronces chispeantes.» En este punto no sé qué deidad poco amiga me arrebató la razón, temblando como estaba, confundiéndomela. Pues mientras emprendo una carrera hacia caminos desviados y me salgo del trazado conocido de las calles, ¡ay desgraciado de mí!, mi esposa Creúsa se quedó atrás no sé si llevada por la fatalidad o si se equivocó de camino o si se sentó

48. Diosa romana de la agricultura.

agotada. Luego, no volvió a aparecer a nuestros ojos, y no miré atrás por si se perdía, ni puse atención en ella, hasta que llegamos al túmulo y la sede sagrada de la antigua Ceres; reunidos todos aquí finalmente, sólo ella faltaba y ni los compañeros del camino ni su hijo ni su marido se habían dado cuenta. ¿Qué dios o qué hombre no llené de reproches fuera de mí? ¿Qué crueldad mayor vi en la ciudad destruida? Confío a los compañeros a Ascanio y a mi padre Anquises y a los penates teucros, dejándoles escondidos en un valle profundo. Yo regreso a la ciudad y me ciño las armas refulgentes. Estoy decidido a revivir todas las calamidades y a revolver toda Troya y exponer de nuevo mi cabeza a los peligros. Primero vuelvo a los muros y a los oscuros umbrales de la puerta por la que habíamos salido fuera y sigo en sentido contrario las huellas impresas buscándolas con mis ojos a través de la noche. En todas partes se horroriza mi ánimo; el mismo silencio a la vez me aterra. Después me traslado de nuevo a casa, por si acaso había dirigido sus pasos allí, por si acaso. Los dánaos habían irrumpido en ella y ocupaban toda la mansión. El fuego voraz naturalmente trepa a favor del viento hasta lo alto del tejado; sobresalen las llamas; las lenguas de fuego se embravecen con el viento. Continúo adelante y vuelvo a ver la morada y el alcázar de Príamo. Ya guardaban el botín en los pórticos vacíos del templo-asilo de Juno Fénix[49] y el maléfico Ulises, que habían sido elegidos como guardianes. Aquí se concentra de todas partes el tesoro de Troya saqueado en los templos incendiados, y las mesas de los dioses y las crateras de oro macizo y la ropa incautada. A su alrededor están de pie

49. Fue compañero de Aquiles y luego de Neoptólemo.

en larga hilera los niños y las madres aterrorizadas.

Todavía más: me atreví a dar voces en la sombra alcanzando con mis gritos a todas las calles, y, repitiendo en vano entristecido el nombre de Creúsa, la llamé una y otra vez. Cuando la buscaba y andaba rodando sin fin por las casas de la ciudad apareció ante mis ojos la infortunada imagen y la sombra de la propia Creúsa y su figura, mayor que la conocida. Me quedé boquiabierto y se me pusieron los pelos de punta y la voz no me salía de la garganta. Entonces me hablaba así y me quitaba las preocupaciones con estas palabras: «¿De qué te vale, mi dulce esposo, entregarte de ese modo a una aflicción insensata? Estas cosas no pasan sin el consentimiento de los dioses. Ni la providencia quiere que te lleves de aquí a Creúsa por compañera, ni lo permite el monarca del Olimpo soberano. Has de pasar un largo destierro y la llanura inmensa del mar, y llegarás a la tierra de Hesperia, donde el lidio Tíber[50] fluye con perezosa corriente entre las fértiles tierras de labor de los hombres: allí te aguarda una vida feliz y un reino y una esposa real. Enjúgate las lágrimas por tu querida Creúsa. Yo no veré el suelo soberbio de los mirmídones ni de los dólopes ni iré a servir a las madres griegas, dardania como soy y nuera de la divina Venus.[51] Pero la gran madre de los dioses me retiene en estas riberas. Y ahora, adiós; conserva el amor de nuestro hijo común.»

Cuando hubo dicho estas palabras, me dejó derramando lágrimas y con deseos de decir muchas cosas, y se difuminó en la brisa sutil. Tres veces intenté allí rodear su cuello con mis brazos; tres veces escapó de mis manos la imagen en vano prendida, ligera como el viento

50. Río que pasa por Roma.
51. La diosa Venus con el mortal Anquises engendró al héroe Eneas.

y parecidísima al sueño alado. De este modo, transcurrida la noche, vuelvo a ver finalmente a mis compañeros.

Y aquí hallo, quedándome admirado, que ha afluido un enorme número de compañeros nuevos, madres y esposos, jóvenes reunidos para el destierro, una muchedumbre digna de compasión. De todas partes habían acudido con sus pertenencias y el ánimo hecho a partir hacia cualquier tierra a la que yo quisiera llevarles a través del mar. Y ya el lucero de la mañana salía por los cerros del alto Ida trayéndonos el día, y los dánaos tenían bloqueadas puertas y entradas, y no quedaba esperanza alguna de ayuda. Me resigné y echándome a cuestas a mi padre empecé a caminar hacia los montes.

LIBRO TERCERO

Después que los dioses dispusieron la destrucción del imperio de Asia y del pueblo inocente de Príamo y cayó la orgullosa Ilión, y toda la Troya de Neptuno exhala humo de su suelo, nos vemos abocados por los augurios de los dioses a un lejano destierro y a buscar tierras desiertas. Al pie de la propia Antandro[1] y en los montes del Ida frigio construimos una escuadra sin saber adónde nos llevaría el destino, dónde nos concedían establecernos, y reunimos a los hombres. Apenas habían llegado los primeros días del verano y apenas mi padre Anquises mandaba izar velas a la ventura, cuando abandono llorando las costas de la patria y los puertos y los campos donde estuvo Troya. Me voy desterrado a alta mar con los compañeros y mi hijo y los grandes dioses penates.

Lejos queda la tierra de Marte habitada en sus vastas llanuras (los tracios[2] la aran), en la que antaño reinó el activo Licurgo,[3] antigua hospitalidad de Troya y penates amigos, mientras su buena suerte duró. Aquí vengo a parar, y entrando en ella por mi destino inicuo establezco las primeras murallas en la curva del litoral y a partir de mi nombre propio les doy el nombre de Enéadas.

1. Ciudad de Misia, provincia de Asia Menor.
2. Habitantes de Tracia, comarca al norte de Grecia.
3. Rey de Tracia.

Yo hacía un sacrificio a la madre Dionea[4] y a los dioses en auspicio de las obras emprendidas, y sacrificaba en la playa un toro lustroso al rey superior de los habitantes del cielo. Por casualidad había cerca un túmulo en cuya cima crecían unas retamas de cornejo y mirto erizado en densas varetas. Me acerqué, y cuando intentaba arrancar de la tierra el verde matorral para cubrir los altares con ramas frondosas, advierto un fenómeno escalofriante, y que causa pavor contarlo. Pues al primer árbol que arranco del suelo con las raíces partidas le salen gotas de sangre negra que manchan la tierra con su viscosidad. Un escalofrío de horror sacude mi cuerpo y la sangre se me hiela de miedo. Insisto de nuevo en arrancar la rama flexible de otro y buscar a fondo la oculta razón: también de la corteza del segundo árbol fluye sangre negra. Dándole vueltas a muchas cosas en mi mente, adoraba a las Ninfas[5] del campo y al padre Gradivo[6] que preside los campos de labor de los getas[7] para que propiciasen solemnemente las visiones e hiciesen leve el augurio. Pero cuando ataco con mayor esfuerzo la tercera retama y me apoyo en las rodillas bregando con la arena (¿debo decirlo o callarme?) se oye desde la profundidad del túmulo un gemido que provoca lágrimas y a mis oídos llegan las palabras que salían: «¿Por qué maltratas a un desgraciado, Eneas? Deja ya de dañar a quien está sepultado, evita manchar con un crimen tus manos piadosas. No me crió Troya extraño a ti ni esta sangre mana de una raíz. ¡Ay!, huye de esta tierra cruel, huye de esta costa avara: pues soy

4. Es decir, Venus, que se tenía por hija de la diosa Dione y Júpiter.
5. Divinidades secundarias, espíritus de los campos y de la naturaleza en general. Pasan por ser hijas de Júpiter.
6. Uno de los nombres del dios Marte.
7. Pueblo establecido sobre el Danubio.

Polidoro.[8] Una siembra de hierro me ha cubierto aquí acribillado a tiros y ha crecido en dardos puntiagudos.» Entonces es cuando, presa mi mente de un miedo indefinido, me quedé boquiabierto y se me pusieron los pelos de punta y la voz no me salía de la garganta.

A este Polidoro había enviado antaño subrepticiamente el infortunado Príamo con una gran cantidad de oro a que se criara con el rey de Tracia, cuando ya no tenía confianza en las armas de Dardania y veía que el asedio cercaba a la ciudad. Cuando el poder de los teucros se resquebrajó y la fortuna le volvió la espalda, el tracio siguió el partido de Agamenón y las armas vencedoras, rompiendo con todo deber sagrado. Degüella a Polidoro y se apodera del oro por la fuerza. ¿A qué no obligas tú al corazón de los hombres, maldita sed de riquezas? Cuando el miedo abandonó mis huesos, relato la revelación divina a determinados próceres del pueblo y en primer lugar a mi padre, y les pido cuál es su parecer. La opinión de todos es unánime: alejarse de la tierra asesina, abandonar una hospitalidad manchada por el crimen y confiar la escuadra a los austros. De manera que organizamos el funeral de Polidoro; arrojamos en el túmulo gran cantidad de tierra; se levanta a los manes[9] un altar, ensombrecido con cintas azuladas y oscuro ciprés; a su alrededor están las troyanas con el pelo suelto a la manera tradicional. Traemos unas jarras de espumosa leche tibia y vasos de sangre sagrada, y enterramos el ánima en su sepulcro y en voz alta la evocamos por última vez.

Después, tan pronto como podemos confiar en el

8. Hijo de Príamo y Hécuba.
9. Eran para los romanos las almas de los muertos.

piélago y los vientos dejan el mar tranquilo y el austro nos invita con suave murmullo a las profundidades, los compañeros botan las naves y llenan el litoral. Nos alejamos del puerto, y las tierras y las ciudades van quedando atrás. Hay en medio del mar una sagrada tierra habitable muy grata a la madre[10] de las Nereidas[11] y a Neptuno Egeo,[12] la cual, cuando erraba de costa en costa, el piadoso mantenedor del arco[13] la amarró entre la excelsa Mícono[14] y Gíaro,[14] y la dio para que la habitasen inmóvil, y despreciase los vientos. Aquí vengo a parar: esta isla[15] nos acoge complacidísima en puerto seguro, cansados como estamos. Desembarcamos; veneramos la ciudad de Apolo. El rey Anio, a un tiempo rey de los hombres y sacerdote de Febo, nos sale al encuentro con la frente ceñida con cintas y el sagrado laurel. Reconoce a su viejo amigo Anquises. Nos estrechamos las manos en señal de hospitalidad, y entramos bajo cubierto.

Yo suplicaba al dios en su templo construido con viejo granito: «Danos, Timbreo,[16] una casa propia; da a quienes estamos exhaustos unas murallas y un linaje y una ciudad perdurable; salva la otra Pérgamo de Troya, restos de los dánaos y del sanguinario Aquiles. ¿A quién seguimos? ¿Adónde nos mandas ir? ¿Dónde echar los cimientos? Danos, padre, tu oráculo e insúflate en nuestro espíritu.»

Apenas tuve tiempo de decir esto: de repente pareció

10. Dóride.
11. Divinidades marinas, hijas de Nereo y Dóride y nietas de Océano.
12. Es decir, el mar Egeo.
13. Se refiere al dios Apolo.
14. Dos de las islas Cícladas.
15. Delos, isla del mar Egeo donde nació Apolo que agradecido le dio el nombre de Delos, «la Brillante».
16. Epíteto de Apolo pues tenía en Timbra, ciudad de la Tróade, un santuario en su honor.

que todo temblaba, el umbral y el laurel del dios, y que todo el monte se movía alrededor y que, abriéndose el sagrario, el trípode mugía. Inclinándonos a tierra nos arrodillamos, y una voz llega a nuestros oídos: «Duros descendientes de Dárdano, la tierra donde creció primero la estirpe de vuestros padres, esa misma os acogerá cuando volváis en su pecho nutricio. Buscad bien a vuestra antigua madre. Aquí, la casa de Eneas ejercerá su dominio en todas las riberas, y los hijos de sus hijos, y los que nazcan de ellos.» Esto dijo Febo,[17] y brotó una gran alegría en medio del tumulto, y todos preguntan cuáles son esas murallas, adonde los llama Febo errabundos y les ordena retornar. Entonces, mi padre, dándole vueltas a las advertencias de los hombres antiguos, dijo: «Escuchadme, oh próceres, y conoced qué podéis esperar. En medio del mar está Creta,[18] la isla del gran Júpiter, donde se halla el monte Ida y la cuna de nuestra raza. Habitan cien grandes ciudades, un reino esplendoroso, desde donde, si recuerdo escrupulosamente lo que contaron, nuestro padre mayor Teucro se trasladó por primera vez a las costas de Reto[19] y escogió el lugar para su reino. Todavía no se habían alzado Ilión y la ciudadela de Pérgamo; habitaban en las profundidades de los valles. De aquí procede la madre habitante del Cíbele[20] y los instrumentos de bronce de los Coribantes[21] y el bosque del Ida; de aquí el fiel secreto del culto, y el hecho de que leones uncidos tiren del carro de la Señora. Así que, ¡venga!, vayamos por donde nos guían los mandatos de los dioses; aplaquemos a los vientos

17. Sobrenombre de Apolo; ésta es una palabra griega que significa «el brillante».
18. Isla del Mediterráneo.
19. Reto es un promontorio de la Tróade sobre el Helesponto.
20. Se refiere a la diosa Cíbele, adorada en el monte Cíbele de Frigia.
21. Los Coribantes son los servidores de Cíbele que bailaban haciendo entrechocar sus armas.

y encaminémonos al reino de Cnosos.[22] Y no es largo el trayecto que dista. Sólo con que Júpiter nos asista, al tercer día se pondrá la escuadra en las costas de Creta. Después de hablar así sacrifico en los altares con los honores de rigor un toro a Neptuno, un toro a ti, hermoso Apolo, una oveja negra a la Tempestad, y una blanca a los Céfiros bonancibles.»

Se extiende la noticia de que el caudillo Idomeneo[23] ha sido expulsado del reino de su padre y ha salido de él, y que las costas de Creta estaban desiertas, que la casa estaba libre de enemigos, y que la sede seguía en pie abandonada. Dejamos los puertos de Ortigia[24] y recorremos volando por el mar Naxos[25] con sus colinas llenas de bacantes[26] y la verde Donusa,[27] Oléaro[27] y la nivosa Paros[27] y las Cícladas[27] dispersas en el mar, y sorteamos estrechos agitados entre continuas tierras. La tripulación levanta el griterío redoblando sus esfuerzos; los compañeros se animan rumbo a Creta, donde nuestros antepasados. Con la popa a barlovento, el viento nos acompaña en la marcha, y finalmente nos deslizamos a las antiguas riberas de los Curetes.[28] Conque construyo anhelante los muros de la ciudad prometida y la llamo Ciudad de Pérgamo, e invito a mi gente, satisfecha con la denominación, a amar los hogares y levantar las casas de la fortaleza.

Y precisamente habían sacado las naos en la playa seca; la juventud se ocupaba del matrimonio y de las

22. Ciudad de la isla de Creta.
23. Rey de Creta, hijo de Deucalión y nieto de Minos.
24. Otro nombre de la isla de Delos.
25. Isla del mar Egeo, la más grande de las Cícladas.
26. Mujeres que celebraban las Bacanales o misterios de Baco.
27. Islas del mar Egeo.
28. Genios del séquito de Júpiter durante su estancia en Creta. Bailaban ruidosas danzas guerreras.

nuevas tierras de labor, y yo daba leyes y casas, cuando de repente, perturbándose el sistema climático, se presentó un año mortífero, una peste que dejaba el cuerpo purulento, y resultó desgraciada para los árboles y los sembrados. Los hombres perdían la dulce vida o arrastraban sus cuerpos enfermos.

Encima, Sirio[29] abrasaba los campos estériles, las hierbas se secaban y las cosechas perdidas negaban el alimento. Mi padre sugiere que volvamos a recorrer el mar y vayamos de nuevo al oráculo de Ortigia, a Febo, y le imploremos perdón, preguntándole qué fin le va a dar a las calamidades, dónde nos manda probar para socorrer los sufrimientos, dónde poner rumbo.

Era de noche y el sueño embargaba a los seres de la tierra. Sepultado en el sueño me pareció que ante mis ojos se ponían de pie, visibles a la intensa luz, las sagradas imágenes de los dioses y los penates frigios que yo había sacado conmigo de Troya, de en medio del fuego de la ciudad, donde la luna llena se colaba por las ventanas abiertas; luego, me hablaban así, y me quitaban las preocupaciones con estas palabras: «Lo que iba a decirte Apolo cuando te trasladaras a Ortigia, aquí te lo vaticina, enviándonos por añadidura, ya ves, al umbral de tu propia casa. Nosotros que, después del incendio de Dardania, te hemos seguido a ti y tus armas, nosotros, que hemos recorrido con la escuadra en tu poder el mar encrespado, ensalzaremos también a las estrellas a los nietos que están por venir y daremos un imperio a la ciudad. Tú prepara grandes murallas para los grandes y no cejes en el largo calvario del destierro. Tienes que cambiar tus reales. No son éstas las costas

29. La canícula.

que te aconsejó el Apolo de Delos, ni te sugirió que te asentaras en Creta. Hay un lugar (los griegos le dan la denominación de Hesperia), una tierra antigua, poderosa con las armas y por la fertilidad del suelo; la habitaron hombres de Enotria; ahora es fama que los descendientes la han llamado la nación de Italia por el nombre de su caudillo. Éste es nuestro asentamiento propio; de aquí salieron Dárdano y el padre Yasión,[30] con el que da principio nuestro linaje. ¡Venga!, levántate y comunica satisfecho estas palabras que no ofrecen duda a tu longevo padre: que vuelva a buscar a Córito[31] y las tierras ausonias;[32] Júpiter te niega los campos dicteos[33].»

Atónito con tales visiones y la voz de los dioses (aquello no era sueño, sino que me parecía reconocer su cara delante de mí, y sus veladas cabelleras, y sus bocas allí presentes; entonces un sudor frío me corría por todo el cuerpo) levanto el cuerpo del camastro y extiendo al cielo las manos boca arriba al tiempo que hablaba, y hago una inmaculada ofrenda en los hogares. Satisfecho de haber cumplido con este honor, informo a Anquises y le revelo el asunto punto por punto. Él reconoció la ambigüedad de nuestro linaje y a los dos padres, y que le había engañado el extraño espejismo de los viejos lugares. Luego, se pone a recordar: «Hijo mío, acosado por los hados de Ilión: Casandra fue la única que me vaticinaba tales desventuras. Ahora me acuerdo de que manifestaba que esto correspondía a nuestra estirpe, y que muchas veces nombraba Hesperia, muchas veces, el reino de Italia. Pero ¿quién podía creer que

30. Hijo o nieto de Júpiter y hermano de Dárdano.
31. Hijo de Júpiter y padre de Dárdano.
32. Antiguo nombre de una parte de Italia que en Virgilio aparece referido a toda Italia.
33. Es decir, cretense, porque Dicté es una montaña de Creta.

los teucros habían de llegar a las costas de Hesperia? ¿A quién iba a mover entonces la adivina Casandra? Cedamos ante Febo y por su consejo sigamos el mejor camino.»

Así dijo, y todos nos plegamos a su dictamen llenos de euforia. Abandonamos este solar también, dejando a unos pocos, e izamos velas y nos echamos a correr por la vasta llanura en las cóncavas naves.

Cuando los barcos llegaron a alta mar, y ya no aparece tierra alguna en absoluto (por doquier se ve el cielo, por doquier se ve el mar) se formó sobre mi cabeza un nubarrón azulado, portador de la noche y de la tempestad, y el agua se encrespó en medio de las tinieblas. Inmediatamente, los vientos revuelven el mar y se levantan grandes olas; somos juguete, dispersos, de los vastos remolinos. Los nubarrones cubrieron el día y una noche húmeda barrió el cielo; estallan las nubes en una sucesión de relámpagos. Perdemos el rumbo y andamos a la deriva en las aguas impenetrables. El propio Palinuro[34] afirma que no distingue el día de la noche en el cielo y que se ha extraviado en medio de las olas. Sí, tres días inciertos por la impenetrable oscuridad andamos a la deriva por el piélago, y otras tantas noches sin estrellas. Al cuarto día pareció por primera vez que emergía la tierra finalmente, que a lo lejos se divisaban los montes y salían volutas de humo. Se recogen las velas y nos ponemos a remar; sin dilación los marineros baten con tesón la espuma y barren la masa azulada.

Las costas de las Estrófades[35] me reciben primero salvado de las aguas. Las islas llamadas con nombre griego Estrófades emergen en el gran mar jónico. Las

34. Piloto de la nave de Eneas.
35. Dos islas del mar Jónico, residencia de las Harpías.

habitan la maléfica Celeno[36] y otras harpías,[37] desde que fue cerrada la casa de Fineo[38] y dejaron por miedo las mesas anteriores. No ha surgido en las aguas del Éstige[39] monstruo más siniestro que ellas, ni una peste más cruel o cólera de los dioses existe. El rostro de estas aves es de doncella, la correncia de su vientre es espantosa, sus manos son ganchudas y sus caras están siempre amarillas de hambre.

Cuando llegamos allí a la deriva y entramos en el puerto, he aquí que vemos por todas partes en los campos manadas de bueyes lustrosos y ganado cabrino sin pastor alguno en la hierba. Nos abalanzamos con las armas e invocamos a tomar parte en el botín a los dioses y al propio Júpiter; luego, hacemos un montón para sentarnos en la playa sinuosa y nos atracamos del exquisito manjar. Mas, ¡ay!, de repente se presentan las harpías planeando en forma escalofriante desde los montes y batiendo las alas con gran ruido, y saquean los manjares y lo ensucian todo con su inmundo contacto; luego, dejaron oír su maléfica voz entre el hedor nauseabundo. De nuevo colocamos las mesas en un escondite distante, bajo una gruta roqueña y reponemos el fuego en los altares. De nuevo, desde distintas partes del cielo y de sus escondrijos cegados, el ruidoso tropel revolotea en torno a la presa con sus patas ganchudas, y babosea los manjares con la boca. Entonces indico a mis compañeros que empuñen las armas, que nos vemos en la precisión de librar una batalla con la maléfica especie.

36. Nombre de una Harpía.

37. Las Harpías o Raptoras son genios alados hijas de Taumante y Electra. Son raptoras de niños y de almas.

38. Rey de Tracia. Los Argonautas ahuyentaron de su reino a las Harpías que le robaban y ensuciaban los alimentos cuando él se los iba a tomar.

39. Río de los infiernos.

No de otro modo a como les ordené obran, y disponen las espadas tapadas por la hierba y dejan ocultos los escudos. De modo que cuando dejaron oír su estruendo bajando en picado sobre el litoral sinuoso, Miseno[40] da la señal con una trompeta desde su alta atalaya. Avanzan los compañeros y emprende un combate nunca visto: liquidar con la espada las sucias aves del mar. Pero ni las plumas encajan golpe alguno ni heridas su espalda, y, remontándose en rápida huida hacia las estrellas, dejaron la presa medio comida y sus feas huellas. Sólo Celeno, adivina de males, se posó en una roca elevada, y saca de su pecho estas palabras: «¿Encima de la matanza de los bueyes y del derribo de los novillos tenéis valor, descendientes de Laomedonte, tenéis valor de hacernos la guerra y expulsar de su reino patrio a las inocentes harpías? Escuchad, pues, y meteos en la cabeza estas palabras mías, que el Padre Todopoderoso predijo a Febo, Febo Apolo a mí, y que yo, la mayor de las Furias, os revelo a vosotros. Vais rumbo a Italia, e invocando los vientos llegaréis a Italia, y tendréis permiso para entrar en sus puertos. Pero no cercaréis de murallas la ciudad prometida hasta que un hambre horrorosa y la injusticia de habernos atacado os obliguen a comer y consumir a dentelladas las mesas.» Dijo y se refugió en la selva, llevada por las alas.

Mas a los compañeros se les heló la sangre de súbito terror. Los ánimos decayeron, y ya no piden más concertar la paz con las armas sino con ruegos y plegarias, fuesen diosas o aves maléficas y repugnantes. Y mi padre Anquises invoca desde el litoral el gran poder de los dioses y les ofrece el sacrificio de rigor: «Dioses,

40. Compañero de Héctor que siguió a Eneas en su viaje. Era el corneta del ejército. Por desafiar a los dioses, Tritón lo arrojó al mar. Su cuerpo lo enterraron en la costa que aún hoy lleva su nombre.

alejad las amenazas; dioses, apartad tal desventura y salvad complacientes a los piadosos.» Entonces ordena recoger aprisa las gúmenas de la playa y soltar las tensas amarras. Los notos hinchan las velas; salimos huyendo por las aguas espumosas adonde el viento y el piloto ponían rumbo.

Ya aparecen en medio del oleaje la boscosa Zacinto[41] y Duliquio[42] y Same[43] y Nérito,[44] de escarpadas rocas. Rehuimos los escollos de Ítaca, reino de Laertes,[45] y maldecimos la tierra que crió al perverso Ulises. Pronto se descubren las cumbres, coronadas de nubes, del monte Leucate[46] y Apolo,[47] temido por los marineros. Agotados, nos dirijimos a éste y atracamos en la pequeña ciudad. Arrojan el ancla de la proa; los bajeles quedan varados en la playa.

Conque tomamos posesión finalmente de la tierra en la que no habíamos puesto esperanza alguna y nos purificamos en honor de Júpiter y quemamos ofrendas en el altar, y celebramos juegos troyanos en las costas de Actio. Los compañeros, desnudándose, practican los deportes de la patria, chorreando de aceite: sienten el gusto de haber cruzado por tantas ciudades argólicas y haber escapado de en medio de los enemigos. Entretanto el sol cumple con su gran revolución anual y el invierno glacial encrespa las olas con los aquilones.[48] Clavo en el frente de una puerta el escudo de bronce abombado, carga del gran Abante,[49] y significo el hecho

41. Isla del mar Jónico.
42. Isla del mar Jónico que formaba parte del territorio de Ulises.
43. Antiguo nombre de Cefalonia.
44. Isla próxima a Ítaca.
45. Padre de Ulises.
46. Promontorio al sur de la isla Leucadia.
47. Es decir, el templo de Apolo que estaba situado en el promontorio de Actio en Acarnania.
48. Vientos del norte.
49. Rey de Argos, epónimo de los abantes, antiguos habitantes de la isla de Eubea.

con un verso: *Eneas ha quitado esta arma a los dánaos vencedores.* Luego ordeno dejar el puerto y tomar asiento en los bancos. A porfía baten los compañeros el mar y barren la masa de agua. Muy pronto perdemos de vista las ciudadelas ventosas de los feacios[50] y bordeamos las costas del Epiro[51] y entramos en el puerto caonio[52] y atracamos en la excelsa ciudad de Butroto[53].

Aquí llega a nuestros oídos la noticia de unos hechos increíbles: Héleno, hijo de Príamo, reinaba en las ciudades griegas, habiéndose quedado con la esposa[54] y el cetro de Pirro, el Eácida,[55] y Andrómaca había caído por segunda vez en brazos de un marido compatriota suyo. Me quedé pasmado y mi corazón se inflamó con el maravilloso deseo de saludar al héroe y enterarme de sucesos tan importantes. Salgo del puerto, dejando la escuadra y la bahía, justo cuando antes de la ciudad, en un bosquecillo al lado de la corriente del falso Simunte, Andrómaca hacía la ofrenda de solemnes manjares y dones amargos a la ceniza, e invocaba a los manes junto al cenotafio de Héctor, el cual había consagrado ella con verde césped así como con dos altares, causa de sus lágrimas. Cuando me vio venir y advirtió a mi alrededor fuera de sí las armas troyanas, aterrorizada por visiones monstruosas se quedó envarada a mitad de la contemplación y el calor huyó de sus huesos. Se desmaya, y, después de largo tiempo, dice por fin con esfuerzo: «¿Vienes a mí, hijo de diosa, con tu cara

50. Pueblo mítico habitante de la isla de Corcira, hoy Corfú. Su rey Alcínoo dio hospitalidad a Ulises antes de regresar a Ítaca.

51. Provincia occidental de Grecia.

52. La Caonia es una región del Epiro.

53. Ciudad marítima del Epiro.

54. Andrómaca, viuda de Héctor, y a su muerte, de Pirro, al que había sido adjudicada tras el incendio de Troya.

55. Pues, como se ha dicho, Pirro era hijo de Aquiles, y por tanto biznieto de Éaco.

verdadera, como mensajero veraz? ¿Estás vivo? Pero si la luz de la vida huyó de ti, ¿dónde está Héctor?».

Dijo, y derramó lágrimas y el eco de sus gritos llenó todo el lugar. Llena de angustia como estaba, le replico con apenas unas pocas palabras, y balbuceo en mi turbación con voz entrecortada: «Vivo estoy, ciertamente, y arrastro la vida al borde de todos los precipicios. No sientas dudas, pues es verdad lo que ves. ¡Ay! ¿Qué ventura te lleva privada de esposo tan ilustre? ¿Qué suerte lo bastante digna vuelve sus ojos a Andrómaca, la de Héctor? ¿Sigues casada con Pirro?» Bajó la cabeza y con voz desmayada dijo: «¡Oh, afortunada más que ninguna otra hija de Príamo, obligada a morir al pie de las altas murallas de Troya,[56] junto al túmulo enemigo, pues ella no sufrió sorteo alguno ni entró cautiva en la alcoba de su dueño victorioso! Yo, acarreada por mares lejanos después del incendio de la patria, sufrí, dando a luz en la esclavitud el engreimiento y fanfarronería del joven hijo de Aquiles, el cual se fue después en pos de Hermíone,[57] la hija de Leda,[58] y el matrimonio lacedemonio,[59] traspasándome a mí a su criado Héleno para que me tuviese por criada. Pero Orestes,[60] inflamado por el gran amor de la esposa que le había arrebatado y llevado por las furias de sus crímenes, sorprende a Pirro y lo degüella junto al altar de su padre. Con la muerte de Neoptólemo, parte del reino pasó a Héleno, que le dio el nombre de campos caonios y llamó toda su parte Caonia, por Caon,[61] el troyano,

56. La invocación de Andrómaca se refiere a Políxena, hija de Príamo, sacrificada sobre la tumba de Aquiles.
57. Hija única de Menelao y Hélena, prometida a Neoptólemo durante la guerra de Troya.
58. Ya se ha dicho que Leda es la madre de Hélena; es, por tanto, la abuela de Hermíone.
59. Hélena era de Lacedemonia.
60. Orestes estaba casado con Hermíone cuando Menelao se la cedió a Neoptólemo.
61. Troyano que fue adjudicado a Neoptólemo juntamente con Héleno. Muere en una cacería.

y levantó en las colinas, además, esta fortaleza de Ilión, esta Pérgamo. Pero a ti, ¿qué aires te han traído por aquí, qué azar? ¿Es que algún dios sin tú saberlo te ha empujado a nuestras riberas? ¿Cómo está el niño Ascanio? ¿Vive? ¿Respira? Cuando te lo... ya Troya...* ¿Siente algún cuidado de haber perdido a su madre a pesar de ser un niño? ¿Lo incitan algo al antiguo valor y al espíritu de hombre su padre Eneas y su tío materno, Héctor?»

Tales palabras balbucía entre lágrimas y en vano derramaba copioso llanto, cuando desde las murallas avanza Héleno, el hijo de Príamo, acompañado de muchos, y reconoce a los suyos y los conduce contento a la entrada, y deja escapar las lágrimas sin cesar tras cada palabra. Sigo adelante y reconozco a la pequeña Troya y a Pérgamo, parecida a la grande, y un riachuelo seco con el nombre de Janto, y abrazo el umbral de la puerta Escea. Asimismo los teucros gozan conmigo de la ciudad amiga. El rey los recibió en los amplios pórticos. En medio de la corte hacían la libación con vasos de vino; había manjares en vajilla de oro, y alzaban en sus manos las copas.

Y ya pasó un día y el día siguiente, y la brisa llama a las velas y la lona se hincha con el pomposo austro. Me dirijo al adivino con estas palabras y le pregunto lo siguiente: «Nativo de Troya, intérprete de los dioses,[62] que sientes el poder de Febo, que sientes el trípode, el laurel del dios de Claros,[63] y las estrellas, y la lengua de las aves y los vaticinios del rápido vuelo, vamos, ¡dime!

62. Pues Héleno había recibido el don divino de la profecía junto con Casandra, su hermana.
63. Ciudad de Jonia famosa por un templo de Apolo.

* Es uno de los muchos versos incompletos de *La Eneida*, pero el único cuyo sentido no podemos adivinar.

(pues el rumbo me lo señaló entero una favorable creencia religiosa, y todos los dioses me persuadieron con su voluntad a dirigirme a Italia y probar en tierras lejanas; sólo la harpía Celeno me pronostica un fenómeno extraño y que es sacrilegio nombrar, y me anuncia una amarga cólera y un hambre desaforada): ¿cuáles son los primeros peligros que tengo que evitar? ¿Qué debo seguir para poder superar tan grandes sufrimientos?» Entonces Héleno, después de sacrificar primero a la manera tradicional unos novillos, implora la paz de los dioses, y suelta las cintas de su sagrada cabeza, y me conduce de su propia mano al umbral de tu templo, Febo, en vilo como me hallaba por tu gran poder, y a continuación vaticina el sacerdote lo siguiente con su divina boca: «Hijo de diosa (pues es de creer sin lugar a dudas que tú vas por alta mar en virtud de mayores auspicios: así sortea el destino el rey de los dioses, y encauza los acontecimientos; éste es el orden establecido), voy a explicarte algunas entre las muchas dificultades para que recorras más seguro mares que te darán hospitalidad y puedas pisar en el puerto ausonio; pues lo restante prohíben las Parcas que lo sepa Héleno, y Juno, la hija de Saturno, me impide decirlo. En primer lugar, Italia, que tú ya crees cercana, disponiéndote en tu ignorancia a tomar por asalto sus puertos vecinos, la separa un largo camino de duro recorrido con lejanas tierras por medio. Antes tienes que batir los remos en las aguas de Trinacria[64] y recorrer con tus naves la llanura del mar ausonio y los lagos del infierno y Eea, la isla de Circe,[65] antes de que puedas fundar la ciudad en tierra

64. Sicilia.

65. Maga que aparece en *La Odisea* y en la leyenda de los Argonautas. Seguramente que su isla de Ea es la península llamada hoy monte Circeo, en Italia.

segura. Voy a decirte las señales; tú, métetelas en la cabeza y recuérdalas: cuando lleno de preocupación encuentres junto a la corriente de un río oculto una enorme marrana debajo de las encinas de su ribera, que está tumbada después de haber parido treinta lechones, blanca ella, echada en el suelo, y alrededor de las ubres sus hijos blancos, ése será el lugar de la ciudad, ése el descanso definitivo de tus sufrimientos. Y tú no sientas horror de las futuras dentelladas a las mesas: el destino hallará su camino y a tu lado estará Apolo, cuando lo invoques. Pero estas tierras y esta costa del litoral itálico, la más cercana que bañan las mareas de nuestro mar, rehúyelas; todas las ciudades las habitan los malvados griegos. Aquí construyeron sus murallas los locrios[66] naricios[67] y el lictio Idomeneo[68] acampó con sus soldados en el llano de Salento; aquí está aquella pequeña Petelia[69] de Filoctetes, el caudillo de Melibea,[70] soportada por sus murallas. Más aún: cuando la escuadra haya atravesado el mar y quede varada y estés ya ofreciendo los votos en la playa con los altares levantados, vélate la cabellera, cubriéndote con un velo de púrpura para que no aparezca ningún rostro de enemigo mientras haces el santo fuego en honor de los dioses y estropee los augurios. Que los compañeros se atengan a este modo de hacer los sacrificios, y tú mismo aténte a él; que los piadosos nietos permanezcan en este tipo de observancia. Mas cuando el viento te acerque al partir a la costa de Sicilia y empiece a clarificarse el cabo del angosto

66. Pueblo del extremo meridional de Calabria.
67. Naricia es una ciudad de los locrios.
68. Cretense. Para Idomeneo ver nota 9 en página 362.
69. Ciudad de Calabria fundada por Filoctetes.
70. Ciudad de Tesalia.

Peloro,[71] dirígete con un largo rodeo a la tierra y el mar que están a la izquierda; rehúye el litoral y las aguas de la derecha. Dicen que estos parajes, desgarrados violentamente en otro tiempo por un vasto cataclismo (tan gran cambio es capaz de producir la longincua vetustez del tiempo) saltaron en dos direcciones, cuando ambas tierras eran una sola sin solución de continuidad. El mar irrumpió en medio con violencia y separó con las aguas el flanco itálico del siciliano, y baña con la marea los campos y ciudades por un angosto estrecho entre ambos. El flanco derecho lo controla Escila,[72] el izquierdo la insaciable Caribdis,[72] y tres veces al día absorbe dentro de su golfo enormes olas en el profundo remolino del abismo, y de nuevo las levanta una tras otra hacia los aires y alcanza con el agua las estrellas. En cambio a Escila la tiene atrapada en sus ciegos escondrijos una cueva, pero sacando la cabeza y arrastrando las embarcaciones hacia los escollos. La primera parte de su cuerpo es humana, una muchacha de hermoso pecho hasta la cintura; la parte posterior es una ballena de descomunal volumen, y en su vientre, que engendra lobos, tiene pegada la cola del delfín. Más vale demorarse y avistar los salientes del Paquino trinacrio[73] y describir un largo rodeo, que ver una sola vez en su enorme antro la deforme Escila y los peñascos en que resuena el eco de los perros azulencos. Por lo demás si posee alguna videncia Héleno, si posee alguna credibilidad el adivino, si Apolo llena su espíritu de la verdad, de una sola cosa, hijo de diosa, y de ella sola por todas, quiero

71. Promontorio al este de Sicilia.

72. Escila y Caribdis, dos monstruos, uno frente a otro, cerca de Mesina, bordeando el estrecho que separa Italia de Sicilia. Escila en la costa italiana, Caribdis en la siciliana.

73. Promontorio al sur de Sicilia.

prevenirte, y advertírtela, repitiéndotela una y otra vez: antes de nada, implora con plegarias la protección de la gran Juno; promete gustoso votos a Juno y abruma con dones de suplicante a la poderosa Señora: de este modo partirás finalmente victorioso a territorio ítalo abandonando Trinacria. Cuando trasladado aquí llegares a la ciudad de Cumas[74] y a los lagos divinos y al Averno que retumba en las selvas, verás una profetisa demencial que predice el destino en una profunda cueva y escribe en las hojas señales y nombres. Todos los textos que ha escrito en las hojas la virgen, los coloca numerados y los deja encerrados en la cueva. Los textos permanecen inamovibles en su sitio y no se salen de su orden. Pero cuando un hilillo de aire ha removido estos mismos textos al girar el gozne y la puerta ha revuelto las tiernas hojas, luego no se preocupa de atrapar los escritos volando por la pétrea cueva ni de reintegrarlos a su sitio ni de juntarlos; la gente se va sin el oráculo y odian la morada de la Sibila.[75] No te resulte aquí tan cara la pérdida de tiempo, aunque chillen los compañeros y el viaje reclame con fuerza velas a alta mar y pudieses hinchar jubilosamente sus pliegues, que no te presentes a la profetisa y le pidas con ruegos que te prediga ella misma el oráculo y desate de buena voluntad su lengua y sus palabras. Ella te explicará los pueblos de Italia y las futuras guerras y de qué modo has de rehuir o tolerar cada contratiempo, y te marcará el rumbo conveniente, si se lo pides en forma debida. De esto es de lo que mi voz tiene licencia para prevenirte. Ea, pues, y levanta con los hechos al firmamento a la gran Troya.»

74. Ciudad de Campania, en la costa napolitana.

75. Sacerdotisa que transmitía el oráculo en nombre de Apolo. La Sibila de Cumas fue célebre entre los romanos y sus predicciones se conservaban en los versos sibilinos; una colección de ellos se guardaba en el Capitolio.

Después que el adivino hubo dicho esto de esta manera con tono amical, acto seguido ordena llevar a las naves los regalos de pesado oro y marfil, y carga las bodegas con gran cantidad de plata y de aguamaniles de Dodona,[76] una coraza con trama de ganchos y tres libras de oro, y un yelmo de vistosa cimera y penachos ondulantes, armas de Neoptólemo. También mi padre tiene los regalos apropiados. Y añade caballos, y añade los guías. Completa la plantilla de remeros; al mismo tiempo equipa de armas a los compañeros.

Mientras tanto Anquises ordenaba acondicionar la escuadra con las velas, para que el viento no encontrase ningún obstáculo al empujarla. El intérprete de Febo le interpela con gran respeto: «Anquises, honrado con el matrimonio orgulloso con Venus, atención de los dioses, que por dos veces escapaste de las ruinas de Troya, ahí tienes para ti la tierra de Ausonia; dirige las velas a ella. Y sin embargo, preciso es que vayas costeándola por el piélago; la parte de Ausonia que revela Apolo está lejos. Ve», dice, «oh afortunado por el amor de tu hijo. ¿Por qué me paso de la raya y hablando retraso los austros que se levantan?» E igualmente Andrómaca, entristecida con la última partida, trae ropas adornadas con hilos de oro y una clámide[77] frigia para Ascanio, y no se cansa de hacerle los honores, y lo atiborra con regalos de telas, y dice lo siguiente: «Toma también esto, para que te sirva de recuerdo de mis manos, niño, y sean el testimonio del profundo amor de Andrómaca, la mujer de Héctor. Toma los últimos regalos de los tuyos, oh tú, que eres la única imagen que me queda de

76. Ciudad del Epiro.
77. Manto griego: especie de capa corta que sólo cubría la espalda y se ataba al cuello o al hombro.

Astianacte.[78] Así tenía él los ojos, así tenía él las manos, así, la boca; también ahora se haría un mocito con la misma edad que tú.» Yo les hablaba a ellos al partir, brotándome las lágrimas: «Vivid felices, vosotros que habéis llevado ya a la culminación la fortuna que os corresponde. A nosotros un azar nos lleva de las manos de otro azar. Vosotros habéis alcanzado la paz; ningún mar habéis de surcar, ni tenéis que buscar los campos de Ausonia, que cada vez retroceden más. Veis la réplica del Janto y la Troya que construyeron vuestras manos, con mejores auspicios, deseo, y que quede menos en el camino de los griegos. Si alguna vez entro en el Tíber y en los campos de labor vecinos al Tíber y contemplo las murallas prometidas a mi gente, de las ciudades consanguíneas y de los pueblos parientes haremos en el futuro en Epiro y en Hesperia, cuyo fundador es el mismo Dárdano y corren una misma suerte, una sola Troya con las dos en nuestro corazón; que este interés perdure hasta nuestros nietos.»

Avanzamos por el piélago vecino a los montes Ceraunios,[79] desde donde el camino y recorrido a Italia es más corto por mar. El sol se pone entretanto y los montes se oscurecen con la sombra. Nos tumbamos en el seno de la tierra ansiada junto al agua, después de sortear los remos,[80] y descansamos nuestros cuerpos en cualquier parte en la playa seca; el sueño invade los miembros cansados. Todavía la noche con el paso de las horas no llegaba a mitad de su jornada. Nada perezoso, Palinuro se levanta de donde se había echado y observa la dirección de los vientos, y trata de registrar los ruidos

78. Hijo de Andrómaca y Héctor, asesinado por Pirro durante el asedio de Troya.
79. Cordillera costera en el Epiro.
80. Es decir, de sortear los puestos de guardia en los barcos.

del cielo con los oídos; nota que todas las estrellas se deslizan por un cielo silencioso: Arturo, y las lluviosas Híades y los dos Triones, y columbra a Orión,[81] armado de oro. Así que ve que todo es cielo sereno, da un claro toque de trompeta desde un bajel. Nosotros levantamos el campamento, y nos arriesgamos a la marcha y descogemos las alas de las velas. Y ya enrojecía la aurora, ahuyentadas las estrellas, cuando vemos a lo lejos las oscuras colinas y la parte llana de Italia. Acates es el primero en gritar: ¡Italia!; ¡Italia!, saludan con regocijados gritos los compañeros. Entonces, mi padre Anquises rodeó una gran cratera con una corona y la llenó de vino puro, e invocó a los dioses, de pie en la elevada popa: «Dioses del mar y de la tierra, que ejercéis vuestro poder sobre las tempestades, dadnos camino fácil con el viento y soplad a nuestro favor.» Arrecian las ansiadas brisas y empieza a destacarse cada vez más cerca el puerto y aparece el templo de Minerva en un promontorio. Los compañeros recogen las velas y enfilan la proa a la costa. El puerto está curvado por el oleaje del Euro; los escollos que se interponen están cubiertos de espuma con las salpicaduras del agua salada. El puerto en sí es recóndito; unos picachos como torres alargan sus estribaciones en un doble muro parejo, y el templo se aleja de la costa. Aquí vi cuatro caballos en la hierba (primer augurio), pelando el campo a todo lo ancho, blancos como la nieve. Y mi padre Anquises dice: «Guerra traes, oh tierra anfitriona. Para la guerra se equipan los caballos; guerra amenaza este ganado. Pero sin embargo estos cuadrúpedos se acostumbrarán a su vez, andando el tiempo, a dejar que les enganchen el carro y a soportar

81. Gigante cazador, hijo de Posidón y portador de un cinturón de oro, a quien Diana convirtió en constelación.

en el yugo frenos concordes; también hay esperanza de paz.» Luego imploramos la santa protección de Palas, que resuena con las armas, y que nos recibió la primera llenos de euforia, y nos velamos la cabeza ante el altar con un velo frigio; y siguiendo los preceptos de Héleno, los más importantes que nos había dado, realizamos ritualmente los sacrificios exigidos de quemar ofrendas a la Juno argiva.[82] Sin pérdida de tiempo, después de concluir debidamente los votos, dirigimos a tierra los extremos de las vergas con sus velas,[83] y abandonamos las casas de los hijos de Grecia y las sospechosas tierras de labor. Después se divisa, si es verdad lo que dicen, el golfo de Tarento, la ciudad de Hércules; enfrente se levanta la divina Lacinia[84] y la ciudadela de Caulón[85] y Escilaceo,[86] donde encallan las naves. Luego se divisa, fuera ya del agua, el Etna[87] trinacrio, y oímos desde lejos el enorme bramido del piélago y los acantilados batidos y nuestas palabras quebradas en la playa, y bullen los bajíos y las arenas se cubren con la marea. Y mi padre Anquises dice: «No hay que extrañarse de que ésta sea la famosa Caribdis; éstos son los escollos, éstos los acantilados espantables que vaticinaba Héleno. Quitaos de aquí, oh compañeros, y aplicaos a los remos todos a una.»

No de otro modo a como les han ordenado obran, y Palinuro fue el primero en enfilar la chirriante proa hacia las aguas de la izquierda; a la izquierda se dirigió toda la formación con los remos y el viento. En un

82. Así llamada todavía aquí por ser la patrona de los griegos, sus enemigos.
83. Para que recibiesen el viento que soplaba de tierra.
84. Promontorio del golfo de Tarento donde se asentaba un templo de Juno.
85. Ciudad de Calabria.
86. Promontorio de Calabria.
87. Volcán situado en la costa este de Sicilia.

torbellino de agua que se abomba subimos hasta el cielo, y de la misma manera, al retirarse el agua, venimos a sentarnos donde los manes profundos. Tres veces los escollos soltaron un gemido entre las rocas del fondo, tres veces vimos la espuma expulsada con violencia y los astros chorreando rocío. Entretanto nos dejó el viento agotados a la puesta del sol, y desnortados, nos deslizamos a las riberas de los ciclopes.

El puerto está tranquilo, al abrigo de los vientos, siendo él también enorme, pero cerca truena el Etna con sus horrorosas erupciones, y de vez en cuando lanza al aire una nube negra, que humea con un turbión de pez y de cenizas incandescentes, y levanta globos de llamas y lame las estrellas; otras veces arroja pedruscos y las entrañas arrancadas de la montaña, como si eructara, y amontona en el aire rocas licuefactas con un zumbido, y remueve el fuego en el fondo de su base. Cuenta la tradición que esta mole aplasta el cadáver de Encélado,[88] fulminado por un rayo, y que el gigantesco Etna, colocado encima, expulsa sus llamas por las galerías que se han abierto paso; y cuantas veces cambia su costado cansado, tiembla con un murmullo toda la Trinacria y el humo teje su urdimbre en el cielo. Aquella noche, amparados en las selvas, asistimos a los espantosos fenómenos sin ver qué causa produce el ruido. Pues ni había resplandor de los astros y la noche invernal cercaba la luna con un nimbo.

Y ya llegaba el siguiente día, muy de mañana, y la aurora había removido del cielo la sombra humedecedora, cuando de repente avanza de las selvas la extraña figura de un individuo desconocido, consumido por una

88. Gigante fulminado por un rayo de Júpiter.

extrema flacura y de aspecto miserable, y tiende las manos a la costa, a fuer de súplicante. Nos volvemos para mirar: tenía una suciedad espantosa y una barba prolongada; un pellico zurcido con espinas; pero por lo demás era un griego, y precisamente enviado en su momento a Troya con las armas de su patria. Y cuando vio de lejos la vestimenta de los dárdanos y las armas troyanas, asustado al divisarlos, se paró un poco y detuvo sus pasos; luego se lanzó de cabeza a la costa, con llanto y ruegos: «Por las estrellas, por los dioses de arriba y esta luz respirable del cielo, os lo suplico, teucros: embarcadme con vosotros; llevadme a la tierra que sea. Esto será suficiente. Sé que soy uno de la escuadra dánaa y confieso haber ido en pos de los penates de Ilión en la guerra. Por lo cual, si el daño de nuestro crimen es tan grande, arrojadme a las olas y ahogadme en el vasto mar. Si fenezco, me satisfará haber fenecido a manos de hombres.»

Había terminado, y abrazando nuestras rodillas, y dejándose caer él de rodillas, se estaba agarrado. Le animamos a que nos diga quién es y de qué raza proviene; luego, que nos confiese la suerte que corre. Mi propio padre Anquises, sin aguardar mucho, le da su mano derecha al joven y le afirma el ánimo con la instantánea garantía. Él, abandonando finalmente el miedo, manifiesta lo siguiente: «Soy de Ítaca, que es mi patria, compañero del malhadado Ulises; mi nombre es Aqueménides, y marché a Troya con mi padre Adamasto, que era pobre (¡y ojalá hubiese continuado mi suerte!). Aquí me abandonaron mis compañeros, sin acordarse de mí, en la vasta cueva del ciclope, al dejar atropelladamente su cruel morada. Su casa tiene sangre podrida y manjares ensangrentados y por dentro es

sombría, enorme. Él, gigantesco, y choca con las altas estrellas (¡dioses, alejad semejante peste de las tierras!). No es fácil de ver ni de ser abordado con palábras por nadie. Se alimenta con las entrañas y la negra sangre de los desgraciados. Yo mismo lo vi cuando agarraba con sus grandes manos dos individuos de nuestro grupo y mirando atrás en medio de la cueva los machacaba contra una piedra, y el umbral nadaba salpicado por la sustancia viscosa; lo vi cuando engullía los miembros que manaban sangre negra, y los trozos tibios temblaban entre sus dientes. No sin castigo, ciertamente, pues Ulises no toleró tales excesos y el itacense no se olvidó de quién era él en ocasión tan crítica. Pues tan pronto como, lleno de comida y sepultado en el vino, dejó caer el cuello, inclinándose a un lado, y se echó cuan largo era por la caverna, eructando durante el sueño una sustancia viscosa y trozos mezclados con vino sangriento, nosotros, implorando la protección de los poderes divinos y sorteándonos nuestro papel, a un tiempo nos desplegamos a su alrededor por todas partes y trepanamos con un chuzo aguzado su ojo, descomunal, que se ocultaba solitario en su frente torva, a la manera de un escudo argólico o de la lámpara de Febe,[89] y por fin, satisfechos, vengamos las sombras de nuestros compañeros. Pero, huid, oh desdichados, huid, y soltad amarras de la costa. Pues como este Polifemo que encierra las lanudas ovejas y ordeña sus ubres en la profunda cueva, otros cien ciclopes abyectos, iguales en la forma de ser y en corpulencia, habitan por uno y otro lado junto a este sinuoso litoral y vagan por las altas montañas. Ya se cierran por tercera en su redondel los cuernos de la luna

89. En cuanto Febe es la Luna, el ojo es comparado a este satélite.

desde que arrastro mi vida en las selvas entre las huras y yacijas solitarias de las fieras y observo a los desaforados ciclopes bajando de la peña, y me estremezco a su voz y al ruido de sus pies; las ramas me dan alimento miserable, bayas y cerezas salvajes, duras como piedras, y me sustentan las hierbas, arrancadas de raíz. Cuando recorría todo con mis ojos, divisé por fin esta escuadra aproximándose a la costa. A ella me confié, cualquiera que fuese: bastante es haber escapado de unos seres abyectos. Vosotros (más me vale) extinguid esta vida mía con la muerte que sea.»

Apenas había dicho esto, cuando vemos desplazándose por lo alto del monte entre las ovejas con su descomunal corpulencia al mismísimo pastor Polifemo, y encaminarse a la costa conocida, un monstruo espantable, deforme, enorme, al que le faltaba la vista. Un pino sin copa en la mano lo guía y afirma sus pasos; le acompañan las lanudas ovejas; éstas son su único placer y consuelo de su desgracia. Así que llegó al mar y palpó por encima las olas, lavó allí la sangre que le fluía del ojo arrancado rechinando los dientes con un lamento, y ya se pasea por medio del mar, y el oleaje todavía no ha bañado su alto pecho. Nosotros, lejos de allí, acelerábamos temblando la huida, después de aceptar al suplicante que así se lo había merecido, y cortábamos en silencio las amarras; y echados adelante barremos las aguas con los remos a porfía. Se dio cuenta, y al sonido de la voz desvió los pasos. Pero como no tenía posibilidad alguna de echarnos mano, ni es capaz de igualar en su persecución las olas jónicas, alza un inmenso griterío, con él se estremeció el mar y todas las aguas, y la tierra de Italia se aterrorizó a lo lejos, y el Etna mugió en sus sinuosas cavernas. Ahora bien, alertado el clan de los ciclopes, se

dejan caer de las selvas y altos montes al puerto y llenan la playa. Vemos a los hermanos del Etna plantados de pie en vano con su torvo ojo, levantando la alta cabeza hasta el cielo, una espantable asamblea: como se alzan en lo alto del monte las encinas airosas o los cipreses que crían piñas, alta selva de Júpiter, o bosque de Diana. Un miedo intenso nos impulsa a soltar precipitadamente las relingas en cualquier dirección e hinchar las velas con vientos favorables. En contra nos previenen los preceptos de Héleno de que nuestro rumbo no pase por Escila y Caribdis (en dirección a la una y en dirección a la otra la frontera con la muerte es mínima). Decidimos dar marcha atrás a las velas. Mas he aquí que hace acto de presencia el Bóreas,[90] soplando desde la estrecha posición del Peloro. Costeo entre puros escollos la desembocadura del Pantagias[91] y el golfo de Mégara y Tapsos,[92] allí situada. Este litoral, que él había recorrido, nos lo indicaba Aqueménides, compañero del malhadado Ulises, volviéndolo a pasar en sentido inverso.

Hay situado delante del golfo siciliano[93] una isla frente al Plemurio,[94] salpicado de olas; los antepasados la llamaban Ortigia. Cuenta la tradición que el Alfeo, río de la Élide, conducía aquí sus corrientes por debajo del mar; el cual ahora, Aretusa,[95] se mezcla con las aguas sicilianas en tu desagüe. Según las órdenes recibidas, adoramos a las grandes potencias del lugar; y a continuación rebaso el suelo sumamente craso del Eloro[96]

90. Dios del viento del norte.
91. Pequeño río al este de Sicilia.
92. Ciudades griegas en la costa este de Sicilia.
93. La actual bahía de Siracusa.
94. Promontorio.
95. Ninfa del cortejo de Diana. Alfeo, dios del río de igual nombre, enamorado de ella, la siguió hasta la isla de Ortigia. Cuando Aretusa fue convertida en fuente, él por amor mezcló sus aguas con las de ella.
96. Río siciliano.

desbordado en marismas. A partir de aquí pasamos rayendo los altos acantilados y las rocas prominentes del Paquino, y a lo lejos aparece Camerina,[97] que el oráculo le prohibió moverse jamás[98] y la llanura del Gela y la proverbial Gela,[99] así llamada por el nombre del río. Luego, Agrigento, en lo alto, muestra sus murallas, con mucho las más ciclópeas, y que en el futuro sería criadora de caballos de raza; y al soplo del viento, te dejo a ti, Selinonte,[100] fértil en palmitos, y surco los duros bajíos del Lilibeo,[101] con sus peñascos invisibles. Después, me da su acogida el puerto de Drépano[102] y su ribera nada jubilosa. Aquí, después de ser empujado por tantas tempestades del piélago, pierdo, ¡ay!, a mi padre Anquises, alivio de todas mis cuitas y desventuras. Aquí, tú, el mejor de los padres, me abandonas exhausto, ¡en vano, ay, salvado de tan grandes peligros! Y ni el adivino Héleno previniéndome como previno de muchas cosas espantables, me predijo esta desgracia, ni la maléfica Celeno. Éste era mi último sufrimiento, ésta, la meta de mis largas peripecias. Partiendo de aquí un dios me empujó a tus riberas.»

De este modo el padre Eneas, con la atención de todo el mundo puesta en él solo, refería la fatal decisión de los dioses, e informaba de su errar. Por fin se calló, y puesto punto final aquí, se quedó tranquilo.

97. Ciudad en la costa suroeste de Sicilia.
98. Pues una vez que sus habitantes cegaron su pantano la conquistaron los enemigos.
99. Ciudad al sur de Sicilia.
100. Al suroeste de Sicilia.
101. Promontorio.
102. Actual Trépani, al oeste de Sicilia.

LIBRO CUARTO

Mas la reina, ¡ay!, tocada ya hacía tiempo por una grave preocupación, alimenta en sus venas la herida, y se desgarra en ciega pasión. Vuelve a su recuerdo una y otra vez el gran valor del héroe y la gran gallardía de su raza; clavadas en su corazón se aferran su cara y sus palabras, y la preocupación no concede a su cuerpo el sueño placentero. La aurora del día siguiente iluminaba con su antorcha solar las tierras y había removido del cielo la sombra humedecedora, cuando habla así, presa del delirio, a su hermana, que era su misma alma: «Ana, hermana mía, ¡qué ensueños me aterrorizan y me ponen en vilo! ¡Qué extraño huésped es este que ha entrado en nuestros dominios! ¡Qué cara es la que tiene! ¡Qué valeroso pecho! ¡Qué gestas las suyas! Creo (y mi creencia no es vana) que a buen seguro es linaje de los dioses. El miedo descubre a los espíritus mezquinos. ¡Ay, qué destino le ha perseguido! ¡Con qué guerras vaticinaba que ha de enfrentarse! Si no fuese fija e inmutable la decisión de no unirme a ningún vínculo conyugal, desde que mi primer amor me decepcionó y frustró con la muerte; si no hubiese llegado a asquearme el tálamo y la tea nupcial, quizás hubiese podido sucumbir a esta culpa solamente. Ana (voy a hacerte una confesión, en fin), después de la de mi desdichado esposo Siqueo y de nuestro hogar destrozado por el crimen de

nuestro hermano, sólo éste ha hecho cambiar mis sentimientos, y ha dado un empuje a mi ánimo indeciso. Reconozco las huellas de la antigua llama. Pero antes desearía para mí que las entrañas de la tierra se abriesen, o que el padre todopoderoso me llevase fulminada a las sombras, a las pálidas sombras del Érebo[1] y la noche profunda, antes de ultrajarte, Pudor, o romper tus juramentos. Aquél, el primero que me unió a él, se llevó mis amores; que aquél los tenga consigo y los guarde en el sepulcro.» Así hablando empapó su regazo con las lágrimas que le habían brotado.

Ana le replica: «Oh tú, más querida para tu hermana que la vida, ¿vas a consumirte sola, llena de tristeza, en una juventud perpetua, y no vas a conocer los dulces hijos ni los premios de Venus? ¿Crees que las cenizas o los manes sepultados se preocupan de esto? Bien está que nunca te hayan hecho cambiar en tu melancolía pretendientes algunos, ni en Libia, ni antes en Tiro. Despreciaste a Yarbas[2] y otros caudillos, de los que la tierra africana alimenta pródiga en triunfos; pero ¿vas a rebelarte también contra un amor que te gusta? ¿No se te vino a las mientes de quiénes son los campos en que te has establecido? Por una parte nos rodean las ciudades getulas,[3] una raza invencible en la guerra, y los númidas[4] irrefrenables y la inhóspita sirtes;[5] por la otra, una comarca desértica, sin agua, y los de Barca,[6] que extienden sus razzias. ¿Qué decir de la guerra que se está incubando en Tiro, y las amenazas de nuestro hermano?

1. Nombre de las Tinieblas infernales.
2. Rey de la africana Getulia, que cedió a Didó el territorio donde ésta fundó Cartago.
3. Habitantes de Getulia, comarca al noroeste de África.
4. Habitantes de Numidia, actual Argelia.
5. Banco de arena peligroso para las embarcaciones.
6. De la familia Barca serán Asdrúbal y Aníbal.

Creo que por los auspicios divinos y el favor de Juno las naos de Ilión han seguido rumbo aquí a impulso del viento. ¡Cómo verías tú levantarse esta ciudad, hermana, qué reino verías surgir con un matrimonio como ése! Si las armas de los teucros nos acompañasen, ¡con qué grandes gestas se encimaría la gloria de los cartagineses! Tú sólo tienes que pedir la gracia de los dioses, cumple con los sagrados sacrificios, mientras arrecia el temporal en el mar y Orión, que trae el agua, y las embarcaciones están desarboladas, mientras el clima se muestra impracticable.»

Con estas palabras inflamó de amor su encendida alma, y dio esperanzas a su corazón indeciso, y resquebrajó su pudor. Como primera instancia visitan los templos y tratan de ganarse la gracia divina de altar en altar. Sacrifican ovejas de dos años seleccionadas según la costumbre a Ceres, dadora de las leyes, y a Febo, y al padre Lieo,[7] y antes que a nadie, a Juno, que tiene el patronazgo del vínculo conyugal. La hermosísima Didó, sujetando en su propia mano derecha una copa, la vierte entre los cuernos de una vaca blanca, y da principio al día con ofrendas, y escudriñando en los pechos abiertos de los animales, consulta las entrañas palpitantes.

¡Ay, corazones ignorantes de los profetas! ¿Qué aprovechan los votos a quien está delirando, qué aprovechan los templos? Mientras tanto, la blanda llama carcome sus médulas, y dentro de su pecho vive la herida callada. Se abrasa la desdichada Didó y deambula enloquecida por toda la ciudad, como la cierva alcanzada por una flecha, a la que disparó de lejos, cogiéndola despre-

7. Ceres y Lieo (Baco) en cuanto representan los dioses que confieren las leyes a las ciudades; Apolo porque se le celebraba como fundador de ciudades.

venida, entre los bosques cretenses, un pastor, que la acosaba a tiros, y sin saberlo le dejó el hierro volátil; ella recorre huyendo las selvas y los desfiladeros dicteos;[8] la caña mortal le apesga el costado. Didó lleva consigo a Eneas por medio de la ciudad y le muestra la riqueza de Sidón y la ciudad lograda; empieza a hablar y se detiene en medio de las palabras; y también, busca al morir el día el mismo banquete y exige escuchar de nuevo enloquecida los sufrimientos de Ilión, y de nuevo está pendiente de los labios del narrador. Luego, al separarse, cuando la luna se pone a su vez, ocultando su luz y los astros con su ocaso convidan al sueño, se queda triste y sola en la casa vacía, y se recuesta en los lechos[9] que ha abandonado: ausente ella, lo oye y lo ve a él ausente; o bien retiene en su regazo a Ascanio, quedándose con la imagen de su padre, por si puede gozar ficticiamente de su inefable amor. No acaban de levantarse las torres que se iniciaron, la juventud no practica con las armas ni prepara los puertos ni las barbacanas protectoras de la guerra; quedan pendientes las obras interrumpidas y la enorme amenaza de los muros y la grúa que se iguala con el cielo.

Así que la querida esposa de Júpiter[10] se percató de que ella estaba entregada a una enfermedad tal, y que no era obstáculo para su locura el buen crédito, la hija de Saturno[10] aborda a Venus con las siguientes palabras: «Egregia gloria en verdad y nutridos despojos acarreáis tú y tu niño (grande y memorable celestial potencia) si una sola mujer ha sido vencida por el engaño de dos dioses. Y no me coge por sorpresa que por temor

8. Es decir, de Júpiter, criado en el monte Dicté de Creta.

9. Recuérdese que lecho, según la costumbre romana, indica la mesa donde ha tenido lugar el banquete.

10. Juno.

a nuestras murallas tú tuviste por sospechosas las casas de la alta Cartago. Pero ¿qué límite nos impondremos? ¿Adónde vamos ahora con una rivalidad tan fuerte? ¿Por qué no nos ponemos mejor a lograr una paz eterna y pactar un matrimonio? Tienes lo que ansiaste con todo tu corazón: Didó se abrasa de amor y su pasión se ha extendido a través de sus huesos. Así, pues, gobernemos este pueblo en común y con iguales auspicios; valga ser la servidora de un marido frigio y poner a los tirios como dote en tu mano.»

Venus (pues se dio cuenta de que le hablaba con intenciones fingidas, para desviar el reino de Italia hacia las riberas de Libia) le replicó a su vez del siguiente modo: «¿Quién sería el loco que se negase y prefiriese entablar combate contigo, sobre todo si la suerte acompañase a la obra que propones? Pero me hallo insegura respecto al destino, sobre si Júpiter querría que fuese una sola la ciudad de los tirios y de los que salieron de Troya, si aprobaría que se mezclasen los pueblos o se hiciese un pacto. Tú eres su esposa; a ti te es lícito probar su estado de ánimo con ruegos. Ve; yo te seguiré.»

Entonces le respondió así Juno: «Esa tarea corre de mi cuenta. Ahora voy a explicarte con pocas palabras (pon atención) el medio de llevar a cabo lo que nos urge. Eneas y con él la desdichadísima Didó se disponen a ir a cazar al bosque, tan pronto como mañana el sol empiece a salir y descubra con sus rayos el mundo. Yo, mientras los ojeadores bregan de un lado para otro y rodean la vaguada de exploración, difundiré por encima de ellos un negro nubarrón mezclado con granizo, y agitaré todo el cielo con truenos. Los acompañantes escaparán por todas partes y les cubrirá una noche oscura. Didó y el caudillo troyano vendrán

a parar a la misma cueva. Yo estaré allí, y si es segura la voluntad que me manifiestas, los uniré en matrimonio estable y se la asignaré por propia. Éste será el matrimonio.» Sin oponerse a su petición, Citerea dijo que sí, y se rió de haber descubierto el engaño.

Mientras tanto la Aurora levantándose abandonó el Océano. Una juventud elegida cruza por las puertas a la salida del luminar. Afluyen las claras redes, los garlitos, los venablos de ancho filo y los jinetes masilos[11] y la jauría de perros olfateadores. En el umbral aguardan a la reina, que se demoraba en su alcoba, los cartagineses principales, y el caballo levanta su alzada, adornado con púrpura y oro, y tasca fogoso los frenos llenos de espuma. Por fin camina fuera rodeada de un grupo numeroso y cubierta con una clámide sidonia con orla pintada. Lleva un carcaj de oro, se coge el moño del pelo con un objeto de oro, el vestido color de púrpura lo cierra un broche de oro. Asimismo van de acompañantes los frigios y Julo, encantado. Y el propio Eneas, más hermoso que todos los demás, se incorpora y se une a la comitiva. Como Apolo, cuando abandona en invierno Licia[12] y las corrientes del Janto y se va a visitar su nativa Delos y organiza los coros, y mezclándose en torno de los altares entonan sus gritos los cretenses y los dríopes[13] y los tatuados agatirsos;[14] él anda por los collados del Cinto,[15] y recoge su cabellera flotante arreglándosela con unas blandas ramas y la coge con oro; las armas tintinean en sus hombros: no menos hermoso que él iba Eneas; tanta buena sombra resplandece en su singular

11. De un pueblo de Numidia.
12. Provincia de Asia Menor.
13. Pueblo cerca del Parnaso, monte de Grecia.
14. Pueblo de los hiperbóreos, adoradores de Apolo.
15. Monte de la isla de Delos.

cara. Cuando llegaron a los altos montes y a los puntos intransitables, he aquí que las cabras monteses, espantadas desde un picacho, venían corriendo collado abajo; en otra parte pasan a la carrera por la llanura abierta los ciervos y en su huida forman manadas polvorientas y abandonan los montes. Por su lado, el niño Ascanio disfruta con su fogoso caballo en medio de los valles y aventaja en la carrera ya a los unos, ya a los otros, y pide rezando que se le ofrezca entre los tímidos rebaños un jabalí cubierto de espuma, o que descienda del monte un rojizo león.

Entretanto, comienza a ensombrecerse el cielo con gran fragor; inmediatamente proviene una tormenta con mezcla de granizo. Por todas partes los acompañantes tirios y la juventud troyana y el nieto dardanio de Venus buscaron amedrentados las casas desperdigadas por los campos; se despeñan de los montes ríos. Didó y el caudillo troyano vienen a parar a la misma cueva. La Tierra la primera y Juno, la casamentera, dan la señal; brillaron los relámpagos y el firmamento, cómplice de la boda, y en lo alto de las cimas las ninfas entònaron sus cánticos de fiesta. Aquél fue el primer día de la muerte y la causa primera de las desgracias; pues ya no se deja llevar Didó de las apariencias o del buen crédito, ni continúa pensando en un amor secreto; habla de matrimonio; con este nombre tergiversó su culpabilidad. Al punto se extiende el rumor por las grandes ciudades de Libia, el rumor, un mal como no hay otro más que él; crece con el movimiento y cobra fuerzas al caminar; minúsculo, al principio, por el miedo; luego, se eleva al aire, y anda por el suelo y esconde la cabeza entre las nubes. La madre Tierra, enojada y airada con los dioses, lo engendró el último, según dicen, siendo hermano de

Coeo y Encélado,[16] veloz de pies y de rápidas alas, monstruo espantable, descomunal, que posee tantos ojos vigilantes debajo de cuantas plumas tiene en el cuerpo (cosa que causa espanto decirla), a la que le suenan otras tantas lenguas y otras tantas bocas, y que debajo pone tiesas otras tantas orejas. Vuela de noche a la sombra entre el cielo y la tierra, cuchicheando, y no cierra sus ojos al dulce sueño. De día está sentado como un guardián, o en el cumbrero, encima de una casa, o en las altas torres, y aterroriza a las grandes ciudades, tan tenaz con lo falso y maligno, como mensajero de la verdad. Éste llenaba entonces los pueblos con conversaciones múltiples, lleno de gozo, y pregonaba igualmente lo que era objetivo como lo que no lo era: que había llegado Eneas, vástago de la raza troyana y la hermosa Didó se dignaba unirse con este héroe; ahora pasaban el invierno, en toda su duración, divirtiéndose entre sí, olvidados del reino y prisioneros de vergonzosa pasión. El repugnante demonio difunde esto por todas partes en boca de los hombres. Pone rumbo en dirección al rey Yarbas, y con palabras incendia su alma y acrecienta su ira.

Yarbas, hijo de Ammón[17] y de una ninfa garamante,[18] a la que había violado, dedicó por su dilatado reino cien enormes templos a Júpiter, cien altares, y le había consagrado el fuego vigilante, centinela eterno de los dioses, y un suelo grasiento con la sangre de los animales y umbrales florecientes con variadas guirnaldas. El cual, según se dice, perdiendo el juicio y encendido por el amargo rumor, ante los altares, en medio de las estatuas

16. El primero es un Titán, el segundo un Gigante.
17. Epíteto de Júpiter entre los libios.
18. Del país de los garamantes, pueblo africano al sur de Numidia.

de los dioses, se puso a pedir muchas cosas a Júpiter con las manos boca arriba, a fuer de suplicante: «Júpiter Todopoderoso, a quien el pueblo de Mauritania, cuando celebra un banquete en los lechos pintados, hace libación honorífica de Leneo,[19] ¿estás viendo esto? ¿O es que, padre, cuando lanzas tus rayos, sentimos espanto de ti en vano, y los relámpagos de las nubes aterrorizan los espíritus ciegamente y la confusión de los truenos resulta vacía? La mujer, que viniendo errante construyó su ciudad en nuestros dominios por poco precio, y a la que cedimos la tierra del litoral para que la arase y las leyes de nuestro lugar, ha rechazado el matrimonio conmigo y ha acogido en su reino a Eneas como dueño y señor. Y ahora, ese Paris, con su comitiva de afeminados, que ciñe su barba y su pelo perfumado con una mitra meonia[20] se queda con su robo; y es que nosotros llevamos ofrendas a tus templos y alentamos una vana credibilidad tuya.»

El Todopoderoso lo oyó rezando en estos términos y asiéndose al altar, y dirigió sus ojos hacia las murallas reales y a los enamorados que se habían olvidado de una mejor reputación. Entonces se dirige así a Mercurio y le ordena lo siguiente: «Ea, hijo, ve, reúne a los céfiros y ponte a planear con tus alas y ve a hablar con el caudillo dardanio, que ahora espera en la Cartago tiria y no repara en las ciudades que el destino le ha concedido, y llévale mis palabras a través del rápido aire. No nos lo prometió así su hermosísima madre ni para esto lo ha salvado dos veces de las armas de los griegos, sino para que rigiese Italia, preñada de tiranos y retumbando con la guerra, para que propagase en la línea de la sangre de

19. Vino. Pues Leneo es un epíteto de Baco, dios del vino.
20. Es decir, un gorro frigio; dice meonia por cercanía de este pueblo con los frigios.

Teucro, y sometiese a las leyes a todo el mundo. Si la gloria de tamañas gestas no lo enciende, ni él por sí se aplica al esfuerzo por su propio prestigio, ¿va el padre a privar de los alcázares romanos a Ascanio? ¿Qué se trae entre manos, o con qué esperanza se demora entre gente enemiga y no repara en la descendencia ausonia y los campos de labor de Lavinio? Que se eche a navegar: esto lo resume todo; sea éste nuestro mensaje.»

Había terminado. Mercurio se disponía a cumplir la orden de su gran padre. Y en primer lugar, se ata unas sandalias aladas a los pies, de oro, que lo llevan con igual rápido soplo en volandas con alas, bien por encima del mar, bien por encima de la tierra; luego toma una vara: con ésta llama él a las pálidas almas al Orco;[21] otras las envía al amargo Tártaro,[22] da y quita el sueño, y abre los ojos de los muertos.[23] Fiado en ella, surca los vientos y atraviesa las turbias nubes. Y volando divisa ya la cima y las escarpadas laderas del duro Atlas,[24] que sostiene con su cabeza el cielo, del Atlas, cuya cabeza, poblada de pinos, continuamente coronada de negras nubes, erosionan el viento y la lluvia; la nieve cubre sus hombros vertiéndose por ellos; luego, los ríos se precipitan por el mentón del viejo, y la barba está erizada y cuajada por el hielo. Aquí se detuvo primero el Cilenio,[25] sosteniéndose con sus alas parejas; luego, se tiró de cabeza a las aguas con todas sus ganas, parecido a la gaviota, que vuela a ras del mar por las costas, por los acantilados, llenos de peces. No de otro modo volaba el Cilenio entre el cielo y la tierra y cortaba el viento sobre el litoral arenoso

21. Nombre romano del Infierno.
22. El lugar de los tormentos en el infierno romano.
23. Para conducirlos al mundo subterráneo.
24. Titán que portaba el mundo a sus espaldas y le da nombre a esta cordillera.
25. Epíteto de Mercurio, pues nació en Cilene, montaña de Arcadia.

de Libia procedente de donde su abuelo materno[26].

Tan pronto como tocó con sus aladas plantas las cabañas, ve a Eneas echando los cimientos a la ciudadela y reparando las casas; y tenía una espada que despedía estrellas de amarillo jaspe, y una capa, cayéndole por los hombros, resplandecía en púrpura tiria, regalo que le había hecho la rica Didó, y había intercalado en su urdimbre oro delgado. Al punto lo aborda: «¿Tú estás poniendo ahora los cimientos de la alta Cartago, y construyes una bella ciudad como buen esposo? ¡Ay que te has olvidado del reino y de tus cosas! El propio monarca de los dioses, el que gobierna con su poder el cielo y la tierra, me envía a verte desde el claro Olimpo; él mismo me manda traerte estos encargos a través del aire veloz: ¿Qué te traes entre manos? ¿Con qué esperanza gastas el tiempo en las tierras líbicas? Si no te mueve la gloria de tamañas gestas, repara en Ascanio, que está creciendo, y en las esperanzas puestas en tu heredero Julo, a quien corresponden el reino de Italia y la tierra romana.» El Cilenio después de expresarse en tales términos, abandonó su apariencia mortal en medio de la conversación[27] y se desvaneció de la vista a lo lejos en la brisa sutil.

Mas bien es verdad que Eneas enmudeció atónito con la visión. Y el pelo se le quedó tieso de espanto, y no le salía la voz de la garganta. Ansía alejarse huyendo y abandonar las dulces tierras, estupefacto por la advertencia y la orden tan severa de los dioses. ¡Ay! ¿Qué va a hacer? ¿En qué términos va a abordar ahora a la reina enloquecida? ¿Por dónde va a comenzar? Y dirige su pensamiento veloz ora en esta dirección ora en la otra, y lo arrastra a múltiples partes y lo hace girar por todo.

26. Atlas, padre de Maya, una de las Pléyades, madre de Mercurio.
27. Es decir, sin darle tiempo a Eneas a responder.

En medio de estas alternativas, este parecer se le antojó mejor: llama a Mnesteo y a Sergesto y al valeroso Seresto; que aparejen (les dice) la escuadra en silencio y reúnan a los compañeros en la playa; que preparen las armas y silencien la razón de cambiar los planes. Él entretanto, puesto que la excelente Didó no lo sabe y no espera que se rompa un amor tan grande, probará a abordarla, así como a ver la ocasión más suave para hablarle y el modo conveniente a las circunstancias. Con gran rapidez, todos respetan encantados su autoridad y cumplen sus órdenes.

Mas la reina, ¡ay!, presintió el engaño (¿quién puede engañar a una enamorada?), y desde el primer momento se percató del movimiento que estaba por venir, temerosa de toda seguridad. El mismo despiadado rumor informó a la apasionada mujer que estaban equipando la escuadra y preparando el viaje. La rabia la pone fuera de sí y camina como una bacante echando chispas por toda la ciudad, como una tíade[28] excitada cuando sacan las imágenes, cuando las orgías de cada tres años la aguijonean al escuchar la voz de Baco y el Citerón[29] la llama de noche con su vocerío. Finalmente se adelanta a hablar a Eneas con estas palabras: «¿Esperaste incluso, traidor, poder ocultar tan gran sacrilegio y salir de mi tierra silenciosamente? ¿Y no te contiene nuestro amor, ni mi mano, que en su momento te entregué, ni te contiene Didó que va a morir en cruel pira? Por si fuera poco, ¿equipas la escuadra con las estrellas del invierno y te apresuras a echarte a alta mar en medio de los aquilones, cruel? ¿Qué? Si no te dirigieses a tierras ajenas y casas desconocidas, y subsistiese la antigua Troya, ¿ibas

28. Bacante.
29. Monte de Beocia donde se celebraban las orgías de las Bacantes.

a dirigirte a Troya con la escuadra a través del mar lleno de olas? ¿Huyes de mí? Por estas lágrimas y por tu mano derecha (dado que ninguna otra cosa he dejado ya para mí yo misma, desgraciada de mí) por nuestras relaciones y por el matrimonio que hemos iniciado, si algún merecimiento he hecho a tus ojos, o si algo mío fue dulce para ti, apiádate de mi casa que se derrumba, y abandona, te lo ruego, si todavía hay algún lugar para las súplicas, esas intenciones. Por culpa tuya me odian los pueblos de Libia y los tiranos de los númidas, los tirios me son hostiles; igualmente por tu culpa he perdido el pudor y el buen crédito anterior por el que me remontaba sola a las estrellas. ¿A quién me abandonas moribunda, huésped? Puesto que sólo este nombre queda del de esposo. ¿A qué aguardo? ¿A que mi hermano Pigmalión destruya mis murallas, o a que el getulo Yarbas me lleve prisionera? Si por lo menos hubiese yo concebido de ti alguna descendencia antes de tu huida, si en palacio me quedara jugando algún Eneas pequeñito, que a pesar de todo te recordase a ti en la cara, no consideraría yo que he sido engañada y abandonada completamente.»

Había terminado. Eneas mantenía los ojos inmóviles por aviso de Júpiter y trataba de ocultar obstinado la preocupación en su corazón. Luego, replica con pocas palabras: «Yo, reina, no diré que tú no has alcanzado los muchísimos merecimientos que puedes enumerar hablando; y no me causará pesadumbre acordarme de Elisa,[30] en tanto yo me acuerde de mí mismo, en tanto el espíritu gobierne este cuerpo mío. Voy a hablar poco, como conviene a las circunstancias. Ni yo esperé ocultar

30. Otro nombre de Didó.

esta huida como un robo (no inventes), ni jamás he llevado delante de mí la antorcha de prometido ni he llegado a este pacto. Si el destino me permitiese conducir mi vida según mis auspicios y lograr mis ilusiones a mi manera, me aplicaría a fundar la ciudad de Troya y a lo que queda, dulce cosa, de los míos; seguiría en pie la alta mansión de Príamo y con mis manos habría construido una Pérgamo rediviva para los vencidos. Pero la verdad es que Apolo Grineo[31] me ordenó ir a tomar Italia, Italia me ordenó el oráculo licio.[32] Éste es mi deseo, ésta es mi patria. Si a ti por ser fenicia te retienen las ciudadelas de Cartago y la contemplación de la ciudad líbica, ¿por qué sientes celos, en fin, de que los teucros se establezcan en la tierra ausonia? La providencia quiere que nosotros también busquemos un reino extranjero. La imagen de mi padre Anquises, cuantas veces la noche cubre las tierras con sus húmedas sombras, cuantas veces salen los astros de fuego, me lo recuerda en sueños y me espanta agitándome. Igualmente el niño Ascanio y la injusticia de esa querida cabeza, a quien yo privo del reino de Hesperia y de las tierras que señala el destino. Ahora incluso el intermediario de los dioses, enviado por el propio Júpiter (pongo por testigos tu cabeza y la mía) me ha traído su encargo a través del aire veloz. Yo mismo vi a la clara luz del día entrar al dios en la ciudad, y escuché sus palabras con estos oídos. Deja de calentarme a mí y a ti con tus quejas. Voy en pos de Italia por voluntad ajena.»

Ya hace tiempo que le mira ella apartada mientras dice tales cosas, volviendo la vista a una y otra parte, y todo lo revisa con sus ojos silenciosamente, y le habla acalora-

31. Pues Apolo tenía un templo en Grinia, ciudad de Eolia.
32. El dios licio es Apolo.

da del siguiente modo: «Ni tu madre es una diosa, ni es el autor de tu linaje Dárdano, traidor; sino que te engendró el Cáucaso, erizado de duros peñascos, y las tigras hircanas[33] te dieron las ubres. Pues, ¿por qué me reprimo? ¿A qué cosas más importantes me reservo? ¿Acaso ha sollozado con mi llanto? ¿Acaso ha parpadeado? ¿Acaso ha derramado lágrimas vencido, o se ha apiadado de quien le ama? ¿Qué debo decir antes, qué después? Ya, encima, ni la muy grande Juno, ni el padre Saturnio miran esto con ojos equitativos. En ninguna parte es segura la fidelidad. Yo le recogí arrojado en la costa, indigente, y le situé, loca de mí, en una parte de mi reino. Le hice recuperar la escuadra perdida, salvé a sus compañeros de la muerte. ¡Ay, me arrastran las furias, llena de pasión! Ahora aparece al augur Apolo, ahora, el oráculo licio, ahora también el intermediario de los dioses, enviado por el propio Júpiter, trae las terribles órdenes por el aire. Por lo visto, ésta es la misión de los dioses de arriba, este interés inquieta a los pacíficos. Ni te retengo, ni refuto tus palabras. Ve, ve en pos de Italia con los vientos, busca tu reino a través del mar. Espero de corazón que, si las piadosas potencias divinas pueden algo, bebas hasta los posos suplicios en medio de los escollos, e invoques muchas veces el nombre de Didó. Te perseguiré en mi ausencia con negros fuegos y cuando la muerte fría separe tu alma de tu cuerpo, en todas partes te acompañará mi sombra. Pagarás tu castigo, malvado. Oiré de ti, y estas noticias me llegarán hasta los manes profundos.» Con estas palabras interrumpió la conversación, dejándola a medias, y huye enferma del aire libre y se quita de su vista y desaparece, y lo deja

33. Del mar Caspio.

lleno de indecisiones y preparado a decirle muchas cosas. La reciben las criadas y llevan su cuerpo desmayado a la alcoba de mármol y lo colocan en el lecho.

Mas el justo Eneas, aunque desea calmar con su consuelo a la apenada mujer y quitarle la preocupación con palabras, sollozando sin cesar y con el ánimo desfallecido por su gran amor, ejecuta a pesar de todo las órdenes de los dioses, y va a ver la escuadra. Es entonces cuando los teucros ponen manos a la tarea y botan las elevadas naves a lo largo de todo el litoral. Flotan las naos engrasadas, y llevan los remos con hojas y los robles sin pulir de las selvas, con las prisas de la huida. Se les podía ver emigrando y afluyendo de toda la ciudad. Y como cuando las hormigas saquean un gran montón de grano, acordándose del invierno y lo ponen bajo cubierto; marcha la hilera negra por el campo y transporta el botín por un sendero estrecho; unas arrastran con esfuerzo en los hombros grandes granos; otras apremian las filas y corrigen la tardanza; toda la senda hierve de trabajo. ¿Qué sentías entonces tú, Didó, al contemplar tal espectáculo, qué gritos no dabas, al ver de lo alto de la ciudadela que la costa hervía en toda su extensión y comprobar que el mar entero se confundía a tus ojos de recias voces? Malvado amor, ¿a qué no obligas al corazón de los hombres? Se siente obligada a recaer otra vez en las lágrimas, e intentarlo de nuevo con súplicas, y humillar su espíritu al amor a fuer de suplicante, para no dejar nada sin probar, ella, que había de morir inútilmente.

«Ana, ves cómo se dan prisa en todo el litoral de un lado y de otro; han llegado de todas partes; ya la vela llama la brisa, y los marineros han puesto contentos las

coronas en los bajeles.[34] Si yo he sido capaz de exponerme a un sufrimiento tan grande, también lo podré soportar, hermana. Pero hazme, desgraciada como soy, un favor, uno solo; tú sola conocías la ocasión de abordar con suavidad a este sujeto: ve, hermana, y habla suplicante a nuestro orgulloso huésped. Yo no juré en Áulide[35] destruir con los dánaos el pueblo troyano ni envié mi escuadra a Pérgamo, ni saqueé las cenizas o los manes de su padre Anquises,[36] para que se niegue a escuchar con su duro oído mis palabras.

¿Adónde se precipita? Que haga esta última concesión a su desgraciada amante: que aguarde una ocasión favorable para huir, y vientos que lo lleven. No le pido ya como antes el matrimonio que traicionó ni que se prive del hermoso Lacio y abandone su reino; reclamo un tiempo perdido, un intervalo de descanso para mi pasión, hasta que mi fortuna me enseñe a sufrir derrotada. Éste es el último favor que te pido (apiádate de tu hermana); así que me lo hayas concedido, yo te lo devolveré con creces con mi muerte.»

Con estas palabras le suplicaba, y semejantes lloros se trae y se lleva la desgraciadísima hermana. Mas él no se deja conmover por llanto alguno ni escucha asequible palabra alguna. Se opone el destino, y un dios obstruye los oídos complacientes del héroe. Y como cuando los cierzos alpinos porfían entre sí, soplando ora por un lado ora por otro, por abatir una vigorosa encina de añeja fuerza, van los crujidos y las altas ramas barren la tierra, al ser sacudido el tronco; la encina se aferra a las

34. Costumbre de los marineros antes de hacerse a la mar.

35. Puerto de Beocia.

36. Según Servio, en historia contada por Varrón, Diomedes se había llevado los huesos de Anquises que luego fueron devueltos a Eneas.

piedras y cuanto se eleva su copa al aire del cielo, tanto se hunden sus raíces en el Tártaro:[37] no de otro modo machacan las continuas palabras al héroe, de una clase y de otra, y siente la preocupación en el fondo de su fuerte pecho. Su mente se mantiene inamovible; las lágrimas ruedan inútiles.

Entonces es cuando la desdichada Didó, aterrorizada por los hados, implora la muerte; está harta de contemplar la bóveda celeste. Para poner por obra su propósito con mayor razón y abandonar la luz, vio, al colocar las ofrendas en los altares en que se quema el incienso (da escalofríos contarlo) que el líquido sagrado se ennegrecía y que el vino derramado se convertía en sangre repugnante. No contó a nadie su visión, ni siquiera a su propia hermana. Había, además, en la casa un templo de mármol de su anterior esposo[38] en el que ella rezaba con maravillosa devoción, recubierto con vellones blancos como la nieve y ramas festivas; desde el templo le pareció oír las voces y palabras de su esposo, que la llamaba, cuando la noche oscura se cernía sobre la tierra. Y muchas veces un búho solitario se quejaba con fúnebre canto en el cumbrero y terminaba sus largos graznidos en llanto. Y muchas profecías además de los viejos vates la mortifican con sus terribles premoniciones. Y muchas veces el propio Eneas la agita en sueños enloqueciéndola atrozmente. Y siempre le parece que se queda sola, que marcha siempre por un largo camino sin compañía y que busca a los tirios por una tierra desértica. Como ve Penteo,[39] perdida la razón, el batallón de las

37. Los infiernos.
38. Era costumbre erigir capillas a los manes de los muertos.
39. Tebano, descendiente de Cadmo, castigado duramente por Dioniso al oponerse a su culto en Tebas.

Euménides[40] y que aparecían dos soles y se duplicaba Tebas; o cuando Orestes, hijo de Agamenón, huye despavorido en el teatro de su madre, armada con antorchas y negras serpientes, y las Maléficas[41] vengadoras están sentadas en el umbral.

De manera que cuando concibió la locura, completamente vencida por el sufrimiento, y decidió morir busca para sus propios adentros la ocasión y el plan y encaminándose a hablar con su triste hermana, disimula con la cara su intención y baña de esperanza su frente: «He hallado, hermana, el camino (dame la enhorabuena), que me lo puede devolver, o liberarme del amor por él. Junto al límite del Océano y del sol poniente está el último rincón de los etíopes, donde el grandioso Atlas sostiene en su hombro el eje del mundo, tachonado de brillantes estrellas. Me han indicado que ahí hay una hechicera del pueblo masilo,[42] guardiana del templo de las Hespérides,[43] y que daba la comida al dragón y cuidaba las sagradas ramas en el árbol, esparciéndole mieles humedecidas y la soporífera adormidera. Ésta promete que libera con sus encantamientos las almas que ella desea, y a otras, en cambio, les infunde duras preocupaciones; que detiene el agua en los ríos, y hace girar atrás a las estrellas; y hace salir a los manes de noche. Verás que la tierra muge a los pies y que los olmos bajan de los montes. A los dioses y a ti, querida hermana, y tu dulce cabeza pongo por testigos, de que me acojo contra mi voluntad a las artes hechiceras. Tú,

40. Las Erinias, Furias para los latinos, llamadas Euménides «las bien pensantes» por eufemismo, para evitar su odio.

41. Las Furias.

42. Los masilos son un pueblo vecino de Numidia.

43. «Ninfas del ocaso». Habitan el occidente extremo, al pie del monte Atlas. Vigilaban junto con un dragón el jardín de las Hespérides que contenía manzanas de oro, regalo que la Tierra había hecho a Juno en su boda con Júpiter.

erige una pira a escondidas en la parte interior de la casa al aire libre[44] y que coloquen encima las armas del héroe que el despiadado dejó colgadas en la alcoba, y todas sus prendas y el lecho conyugal, en el que me perdí: me agrada borrar todos los recuerdos del hombre malvado, y la sacerdotisa me lo indica.» Diciendo esto, se calla. Al mismo tiempo la palidez cubre su cara.

Pero Ana no cree que su hermana esté disimulando su muerte con una extraña ceremonia, ni concibe en su mente una locura tan grande, ni teme cosas peores que cuando la muerte de Siqueo. Así que prepara lo que le ha ordenado.

Por su parte la reina, erigida la enorme pira en el lugar interior de la casa al aire libre con madera de pino y quejigo troceado, recubre el sitio con guirnaldas y lo corona con ramas fúnebres;[45] encima coloca las prendas y la espada abandonada y la imagen en un lecho,[46] bien sabedora de lo que iba a pasar. A su alrededor están instalados los altares, y la hechicera con el pelo suelto invoca trescientas veces con voz de trueno a los dioses, y el Érebo y el Caos[47] y a la trilliza Hécate,[48] las tres caras de la virgen Diana. Había esparcido también agua que fingió que era de la fuente del Averno, y se buscan hierbas exuberantes con leche de negro veneno cortadas con hoces de bronce a la luz de la luna. Se busca también al amor arrebatado a su madre y que se arranca de la

44. Esto es, en la parte de la casa llamada *impluvium*, parte descubierta bajo la cual se recogía el agua de lluvia en una especie de aljibe o *compluvium*.

45. El ciprés, árbol de los muertos.

46. Era costumbre colocar la imagen del amado en los altares para recuperar su amor.

47. Personificación del Vacío primordial, anterior a la creación, cuando el Orden no había sido impuesto en el mundo.

48. Divinidad que preside la magia y los hechizos. Como maga preside las encrucijadas y en ellas se levanta su estatua con forma de mujer de triple cuerpo bajo las figuras de la Luna, Diana y Perséfone, divinidad del mundo subterráneo.

frente del potro al nacer.[49] La propia Didó, con el pastel de avena y sus puras manos junto al altar, desatadas las correas de uno de los pies, con el vestido desabrochado, pone por testigos a los dioses, dispuesta a morir, y a las estrellas, cómplices del destino; luego suplica a las potencias divinas, que son justas y que no olvidan, y que tienen bajo su protección a los enamorados unidos por vínculo desigual.

Era de noche, y los cuerpos cansados cogían el plácido sueño en la tierra, y las selvas y el mar bravío se habían calmado, cuando las estrellas están a medio camino de su revolución, cuando calla todo el campo, los ganados y los pintados pájaros, los que habitan en las lagunas de extensas aguas y los que habitan en terrenos de ásperos zarzales, entregados al sueño en la noche silenciosa. ¡Ay!, pero la fenicia de alma desdichada, no; no se relaja en el sueño ni sus ojos ni su pecho aceptan la noche; arrecian las preocupaciones, y resurgiendo de nuevo se enfurece su amor, y fluctúa en el gran oleaje de su rabia. De este modo vuelve a la carga, pues, y consigo da vueltas en su corazón así: «Ea, ¿qué es lo que hago? ¿Vuelvo de nuevo a probar, después de ser burlada, con los pretendientes anteriores, y busco suplicante el matrimonio con los númidas, a los que yo he despreciado tantas veces ya por maridos? Y si no, ¿seguiré la escuadra de Ilión y la última subordinación a los teucros?[50] O, dado que se sienten halagados de que les haya ayudado antes con mi auxilio, ¿también el agradecimiento de una antigua obra va a permanecer bien

49. Creían los antiguos que el potro al nacer llevaba una excrecencia carnosa en la frente que servía como filtro amoroso y que había que arrancárselo antes de que la madre lo devorase; se le daba el nombre de hipómanes.

50. Se refiere a ir como esclava.

grabado en su memoria? Por otra parte, supónte que me decida: ¿quién me lo va a permitir o me va a recibir, odiada como soy, en las orgullosas embarcaciones? ¿No conoces, ¡ay, perdida! o no te das cuenta aún de los perjurios de la raza de Laomedonte? En ese caso, ¿qué? ¿Voy a acompañar yo sola en la huida a unos marineros llenos de euforia? ¿O voy a lanzarme rodeada de tirios y todo el tropel de los míos y voy a llevar de nuevo por el piélago a los que a duras penas arranqué de la ciudad de Sidón, y voy a ordenarles izar velas a la mar? Nada de eso: muere, como te lo has merecido, y elimina tu sufrimiento con la espada. Tú, vencida por mis lágrimas, tú, hermana mía, eres la primera en cargar sobre mi locura estos males y entregarme al enemigo. ¡Que no haya sido posible pasar la vida sin mácula, ajena al matrimonio, a la manera de los animales, y sin entrometerme en tales problemas! ¡Que no haya guardado yo la fidelidad prometida a la ceniza de Siqueo!» Tan amargas quejas prorrumpía ella de su pecho.

Eneas, ya decidido a partir, echaba un sueño en la elevada popa, después de haber preparado las cosas debidamente. Se presentó en sueños la imagen del dios que regresaba con la misma cara, parecido en todo a Mercurio, en la voz y el color y los rubios cabellos y los miembros hermosos de la juventud, y de nuevo le pareció que le hacía estas advertencias: «Hijo de diosa, ¿puedes en estas circunstancias echar un sueño, y no ves, loco, los peligros que van a alzarse en torno de ti, y no oyes que están soplando los céfiros favorables? Ella trama en su corazón engaños y un crimen horrendo, decidida a morir, y concita las variadas mareas de su ira. ¿No huyes de aquí a escape, mientras tienes posibilidad de salir a escape? De un momento a otro verás que el mar

se altera con las naves, y que relucen siniestras antorchas, de un momento a otro verás que hierve en llamas la costa, si la aurora te sorprendiera demorándote en estas tierras. Ea, pues; acaba con la tardanza. La mujer es cambiante y voluble siempre.» Así diciendo, se confundió con la negra noche.

Entonces es cuando Eneas, aterrorizado por la súbita sombra, sacude el cuerpo del sueño y apremia a los compañeros. «Manteneos vigilantes, camaradas, y tomad asiento aprisa en los bancos. Soltad las velas rápidos. He aquí que de nuevo un dios enviado del alto cielo nos incita a apresurar la huida y cortar las retorcidas amarras. A ti te seguimos, santa divinidad, quienquiera que seas, y otra vez obedecemos llenos de euforia tu mandato. Asístenos y danos tu ayuda complaciente, y ten a bien conducir las estrellas propicias en el cielo.» Dijo, y saca aprisa de la vaina la espada que brillaba como el rayo, y empuñando el hierro da un tajo a las gúmenas. El mismo ardor se apodera simultáneamente de todos, y se apresuran y se lanzan. Abandonaron la costa; el mar se esconde bajo las naves; con tesón baten la espuma y barren la masa azulada.

Y ya empezaba la aurora a inundar de nueva luz las tierras, abandonando el lecho azafranado de Titono.[51] La reina, tan pronto como vio desde su alta atalaya que llegaba la luz del alba y que la escuadra avanzaba con las velas equilibradas, y se percató de que la costa y el puerto quedaban vacíos de remeros, golpeándose con las manos tres o cuatro veces su hermoso pecho y arrancándose el rubio pelo, dijo: «¡Por Júpiter!, ¿va a marcharse éste y va a haberse burlado un extranjero de mi

51. Héroe del ciclo troyano, hermano mayor de Príamo. Fue visto por la Aurora que se enamoró de él y lo raptó.

reino? ¿No aprestarán las armas, y vendrán de toda la ciudad, y sacarán otros a toda prisa las embarcaciones de los astilleros? ¡Id, traed rápidos el fuego, proporcionad armas, impulsad los remos! ¿Qué estoy diciendo? ¿Dónde estoy? ¿Qué locura cambia mi mente? ¡Desdichada Didó! ¿Ahora te afectan las acciones despiadadas? Entonces hubiera ido bien, cuando le ofrecías el cetro. ¡He ahí la lealtad de la mano de quien dicen que transportaba consigo los penates patrios y que cargó sobre sus espaldas a su padre, agobiado por la edad! ¿No hubiera podido yo desgarrar y descuartizar su cuerpo y esparcirlo por las aguas? ¿No hubiera podido liquidar con la espada a sus compañeros y al propio Ascanio y servirlo a la mesa de su padre para que tuviese un banquete con él? Pero la suerte del combate hubiera sido ambigua...; ¡que lo hubiese sido! ¿A quién debía yo temer, si estaba dispuesta a morir? Habría llevado antorchas al campamento,[52] y habría prendido fuego a los puentes, y habría exterminado al hijo y al padre y a toda la raza, y yo misma me habría arrojado encima. Sol, que iluminas con tus llamas todas las obras de la tierra, y tú, Juno, patrona e intermediaria de estos problemas, y tú, Hécate, celebrada de noche con gritos de fiesta en las encrucijadas de las ciudades, y vosotras, Maléficas vengadoras, y vosotros, dioses de la moribunda Elisa, oíd esto, y dirigid vuestro poder contra los malos, que se han hecho acreedores a él, y escuchad mis plegarias. Si preciso es que esa malvada cabeza llegue a puerto y alcance nadando la tierra, y así lo exigen los designios de Júpiter, esto es un límite inamovible: ¡ah!, pero que implore auxilio, humillado por la guerra y las

52. Es en realidad la playa donde se hallaban varadas las naves troyanas.

armas de un pueblo gallardo, desterrado fuera de las fronteras, arrancado del abrazo de Julo y que vea la muerte miserable de los suyos. Y cuando se plegare a las normas de una paz inicua, que no disfrute del reino ni de la ansiada vida, sino que muera antes de tiempo y quede insepulto en medio de la arena. Esto suplico, éstas son las últimas palabras que digo con sangre.[53] En segundo lugar, vosotros, oh tirios, no dejéis en paz con vuestro odio a esa raza y a toda su generación futura, y enviad a mi ceniza este presente. No haya amor ni pactos algunos entre los dos pueblos. Sal, después de mi muerte, tú, cualquier vengador, que persigas a hierro y a fuego a los colonos dardanios, ahora, o en el futuro, en cualquier momento que renazcan las fuerzas. Imploro costas enfrentadas a las costas, olas a las olas, armas a las armas; que combatan los de ahora mismo y sus nietos.»

Esto dijo, y dirigía su atención a todas partes, buscando romper cuanto antes con la odiosa luz. Entonces habló brevemente a Barce, la nodriza de Siqueo (pues la suya era negra ceniza en su antigua patria): «Tráeme aquí, querida nodriza, a mi hermana Ana; dile que se apresure a salpicar el cuerpo con agua de un río, y que se traiga consigo los animales y los instrumentos de purificación que se le han indicado. Que venga así. Y tú misma cúbrete las sienes con una cinta piadosa. Tengo la intención de terminar el sacrificio que comencé a preparar ritualmente, en honor de Júpiter Estigio,[54] y dar fin a mis cuitas, y entregar a las llamas la pira de esa cabeza dardania.» Así dijo. Aquélla aligeraba el paso con achaques de vieja.

53. Esto es, con vida.
54. Plutón, dios del mundo subterráneo.

Y por su parte, Didó, temblando y embrutecida por su propósito desquiciado, agitando unos ojos inyectados de sangre, y salpicada de manchas en sus mejillas convulsas, y pálida por la muerte inminente, prorrumpe por el umbral más recóndito de la casa, y trepa frenética por la alta pira, y desenvaina la espada dardania, un regalo que no había recibido para este empleo. Entonces, después de contemplar las prendas troyanas y el conocido lecho, se entretuvo un momento entre lágrimas y reflexiones, y se recostó en la cama, y pronunció sus últimas palabras: «Dulces prendas mientras el destino y la divinidad lo permitía, recibid esta alma y liberadme de estas preocupaciones. Ya he vivido y he recorrido el camino que la fortuna me había concedido; y ahora, una gran imagen de mí marchará debajo de las tierras.[55] He levantado una ciudad preclara; he visto mis murallas. Vengué a mi esposo e infligí un castigo a mi hermano, mi enemigo. ¡Afortunada, ay, demasiado afortunada, sólo con que las naos dardanias no hubiesen tocado jamás nuestras costas!» Dijo, y hundiendo la cara en la almohada, añadió: «¿Voy a morir sin vengarme? Bueno, pues voy a morir. Así, así me gusta marchar a las sombras. Que escrute con su vista este fuego desde alta mar el cruel dárdano, y lleve consigo el mal agüero de mi muerte.» Había terminado; y las sirvientas la ven desplomarse con el hierro en medio de estas palabras, y la espada llena de espuma sangrienta, y las manos salpicadas. Los gritos suben a los altos zaguanes. El rumor se extiende como una bacante por la ciudad conmocionada. La casa estalla en lamentos y suspiros y el llanto de las mujeres; el cielo retumba con los

55. Suponiendo que la imagen de los muertos es mayor que cuando estaban en vida.

grandes plañidos. No de otro modo que si habiendo entrado los enemigos se arruinase toda Cartago o la vieja Tiro, y las llamas se revolvieran furiosas por las casas de los hombres y los templos de los dioses. Exánime la hermana los oyó, y, despavorida, en trepidante carrera, lastimándose la cara con las uñas y el pecho con los puños, se abalanza en medio de la gente, y llama por su nombre a la moribunda.

«¿De esto se trataba, hermana? ¿Buscabas engañarme? ¿Esto es lo que me preparaba esa pira, esto, el fuego y los altares? ¿De qué voy a quejarme primero, abandonada? ¿Desdeñaste que tu hermana te acompañase al morir? ¡Ojalá me hubieses llamado a tu misma suerte! El mismo dolor de la espada y la misma hora nos hubiese llevado. ¿La construí yo también con estas manos[56] e invoqué en voz alta los dioses patrios, para que yo, cruel, me hallase ausente, cuando estabas abatida así? Has acabado contigo y conmigo, hermana, y con el pueblo y los padres sidonios y con tu ciudad. Dadme, voy a lavar sus heridas con agua y voy a coger con mi boca cualquier postrero aliento que vague sobre ella.» Así diciendo había escalado los altos peldaños,[57] y abrazando en el regazo a su hermana moribunda, la atendía sollozando, y secaba con su vestido la sangre negra. Aquélla, después de intentar alzar sus ojos pesados, desfallece de nuevo; la herida hecha en su pecho produce un estertor. Tres veces se levantó, alzándose apoyada en el codo; tres veces se derrumbó en el lecho y buscó con sus ojos errantes la luz en el alto cielo, y gimió al encontrarla.

Entonces la Todopoderosa Juno, compadecida del

56. A saber, la pira.
57. Para subir a la pira.

largo sufrimiento y de su difícil agonía, envió desde el Olimpo a Iris,[58] para que separase su alma rebelde de sus tenaces miembros. Pues ya que no fallecía por su destino ni por una muerte que se hubiese buscado,[59] sino desgraciadamente antes de tiempo y encendida en súbita locura, todavía Prosérpina[60] no le había cortado el rubio pelo de la coronilla, y no había dado de alta su cabeza en el Orco estigio. De manera que Iris, chorreando rocío a través del cielo con sus alas azafranadas y arrastrando mil variados colores con el reflejo del sol, baja volando y se posa encima de su cabeza: «Yo me llevo, como me han ordenado, esta alma consagrada a Dite,[61] y te libero de ese cuerpo.» Así dice, y corta el pelo con su diestra: todo el calor se esfumó a un tiempo, y la vida se ausentó en los vientos.

58. Mensajera de los dioses, sobre todo de Juno.
59. Los comentaristas indican que se trata de muerte natural y muerte violenta, respectivamente.
60. Diosa romana de los infiernos, esposa de Plutón e hija de Ceres.
61. Otro nombre de Plutón, el dios de los infiernos.

LIBRO QUINTO

Entretanto Eneas, decidido, se hallaba ya a medio camino con la escuadra, y surcaba las olas ennegrecidas por el aquilón, volviendo la vista a las murallas, que ya relucen con las llamas de la desdichada Elisa. La causa que ha encendido tan gran fuego se le oculta; pero los duros sufrimientos por haber manchado un gran amor y el conocimiento de lo que puede una mujer celosa, abren camino a un amargo presagio en el corazón de los teucros.

Cuando los navíos llegaron a alta mar y ya no sale al paso tierra alguna en absoluto (por doquier se ven las aguas, por doquier se ve el cielo) se formó sobre la cabeza de Eneas un nubarrón azulado, portador de la noche y de la tempestad, y el agua se encrespó en medio de las tinieblas. El propio piloto, Palinuro, grita desde la alta popa: «¿Por qué han coronado el cielo tan grandes nubarrones? ¿Qué preparas, padre Neptuno?» Así hablando, ordena inmediatamente recoger las velas y poner manos a los poderosos remos, y dispone el velamen de costado al viento, y dice lo siguiente: «Generoso Eneas, aunque Júpiter me lo prometiese con su garantía, no esperaría yo arribar a Italia con un cielo como éste.» Los vientos cambiándose mugen de través y se levantan del negro poniente, y la atmósfera se condensa en nubes. Y nosotros no damos abasto a bregar en contra y esforzarnos como se requiere.

«Puesto que las circunstancias nos dominan, sigamos y dirijamos la marcha adonde nos llevan. Y creo que no están lejos las costas de nuestro hermano Érice,[1] en las que podemos confiar, y los puertos sicanos,[2] si es que recorro los astros que he observado recordándolos convenientemente.» Entonces, el justo Eneas: «Yo también hace tiempo que veo que así lo piden los vientos y que tú te opones a ellos en vano. Cambia la dirección a las velas. ¿O es que va a haber para mí una tierra más agradable, o en la que yo desee más varar las maltrechas naves, que la que me guarda al dardanio Acestes[3] y abraza en su seno los huesos de mi padre Anquises?» Después de dicho esto, se dirigen al puerto y los céfiros favorables hinchan las velas; la escuadra se desliza sobre las encrespadas aguas, y finalmente atracan contentos junto a la conocida arena.

Y Acestes, que desde lejos, en el elevado picacho de un monte, había estado contemplando admirado la llegada de los navíos de sus compatriotas, se acerca corriendo, erizado en dardos y con la piel de una osa libia; una madre troyana le había engendrado, concibiéndole del río Criniso. El cual, sin olvidarse de sus viejos padres, los felicita por el regreso y los acoge con rústicos presentes, y alivia su desamparo con amical ayuda.

A la mañana siguiente, tan pronto como el claro día había ahuyentado a las estrellas por el oriente, Eneas llama por toda la playa a los compañeros para que se junten, y les habla desde la plataforma de una elevación:

1. Hijo de Venus y, por tanto, hermano de Eneas que da nombre a un monte en Sicilia.
2. Alude al puerto de Trépani.
3. Rey de Sicilia que ya había dado hospitalidad a Eneas en su anterior estancia en la isla. Era hijo del dios-río Criniso y de la troyana Segesta.

«Grandes descendientes de Dárdano, linaje de la alta sangre de los dioses,[4] un año entero se nos cumple con sus meses contados desde que depositamos en la tierra los restos y los huesos de mi divino padre, y consagramos tristes altares. Y ya está aquí el día, si no me engaño, que siempre consideraré amargo, siempre honrado (así lo habéis querido vosotros, dioses). Si yo pasase este día desterrado en las sirtes getulas, o sorprendido en el mar argólico[5] o en la ciudad de Micenas, a pesar de todo, cumpliría ritualmente con el voto del aniversario y las solemnes procesiones, y levantaría un altar con las ofrendas debidas. Ahora que, encima, estamos junto a las cenizas y los huesos de mi propio padre, y que hemos entrado, llegando a la deriva, en un puerto amigo, creo que esto no ha ocurrido sin la providencia y la protección de los dioses. Así que, ¡venga!, celebremos todos juntos las festivas honras. Pidamos vientos favorables, y ojalá quiera[6] que cada año, después de fundar la ciudad, celebre yo estas ceremonias en los templos dedicados a él. Acestes, que nació en Troya, os regala dos bueyes por nave; invitad al banquete a los penates patrios y los que adora nuestro anfitrión Acestes. Por lo demás, así que la novena aurora haya mostrado el día nutricio a los mortales y descubierto con sus rayos el mundo, propondré a los teucros, como primera competición, la carrera de naves. Y el que sobresale en la carrera a pie, y el que, fiado de sus fuerzas, circula engreído en el lanzamiento de la jabalina y las ligeras flechas, o pone confianza en un combate de boxeo sangriento, acudan todos, y esperen la recompensa de la

4. En cuanto Dárdano era hijo de Júpiter.
5. El mar Egeo.
6. Anquises como dios de los vientos.

victoria que han alcanzado. Guardad todos silencio, y ceñid la frente con ramos.»

Así hablando, vela sus sienes con el mirto de su madre.[7] Esto hace Hélimo,[8] esto, Acestes, entrado en años, esto, el niño Ascanio, y el resto de la juventud los sigue. Eneas, con miles alrededor, marchaba de la reunión al túmulo, en el centro del numeroso grupo que le seguía. Entonces, haciendo la libación ritual con dos copas de as con vino puro, las vierte en tierra, y dos, de leche fresca, y dos, de sangre sagrada, y arroja flores de rojo púrpura, y dice lo siguiente: «Salud, santo padre, otra vez; salud, cenizas y alma y sombra de mi padre, al que en vano transporté. No fue posible buscar contigo los territorios ítalos y las tierras de labor que marcaba el destino, ni tampoco el Tíber ausonio, cualquiera que sea.» No bien había dicho esto, cuando una serpiente escurridiza, con siete enormes espirales, sacó del fondo de la sagrada tumba sus siete ondulaciones, abrazándose mansamente al túmulo y deslizándose por el altar; su lomo tenía manchas azuladas y el resplandor de las manchas encendía en oro sus escamas, como el arco iris despide mil variados colores en las nubes con el reflejo del sol. Eneas se quedó atónito con la visión. La serpiente, deslizándose finalmente con toda su longitud entre las páteras y los vasos refinados, probó escasamente los manjares y se introdujo de nuevo inofensiva en el fondo de la tumba, y dejó sin comer el altar. Con más razón, por ello, reanuda las honras iniciadas en honor de su progenitor, sin saber si pensar que es el genio[9] del lugar o un servidor de su padre; sacrifica dos ovejas a la

7. Es decir, de Venus, a la que está dedicada esta planta.
8. Acompañó a Acestes desde Troya a Sicilia.
9. Dios tutelar de cada individuo, semejante a un ángel de la guarda.

manera tradicional, y otros tantos cerdos, y otros tantos novillos de negra piel. Y escanciaba vino en las páteras, e invocaba el alma del gran Anquises y los manes que habían salido del Aqueronte.[10] Asimismo los compañeros, en la medida de las posibilidades de cada cual, traen contentos ofrendas, atiborran los altares, y sacrifican los novillos. Otros disponen por turno calderas de bronce, y echados en la hierba aplican brasas a los asadores y asan la carne.

Había llegado el día esperado, y los caballos de Faetón[11] transportaban ya con luz serena la novena aurora, y la noticia y el nombre del preclaro Acestes había movilizado a los vecinos. Llenaban la playa en alegre concurrencia para ver a los compañeros de Eneas, y algunos dispuestos a competir. En primer lugar, colocan a la vista y en medio de la concurrencia los premios: trípodes sagrados y verdes coronas y palmas, recompensas de los vencedores, y armas, y vestidos satinados de púrpura, y algunos talentos[12] de plata y oro. Y la trompeta anuncia con un toque en medio de la explanada el comienzo de los juegos.

La primera competición, la de los pesados remos, la inician cuatro naos iguales, seleccionadas entre toda la escuadra. Mnesteo conduce la veloz Pristis,[13] con sus activos remeros; luego, Ítalo Mnesteo, nombre del que deriva el linaje de Memmio,[14] y Gias, conducen la enorme Quimera de enorme volumen, tamaña como una ciudad, a la que impulsa la juventud dardania en

10. Se creía que las almas de los muertos asistían al banquete fúnebre.
11. Hijo del Sol que conducía el carro paterno antes de precipitarse en el río Erídano.
12. El talento es una cantidad, no una moneda.
13. Llamada así por el nombre de un pez monstruoso, quizá la ballena.
14. Alude a la familia Memmia, favoreciendo así Virgilio la vanagloria de las familias romanas al retrotraer su origen a los héroes de la leyenda troyana.

triple hilera, y sus remos se alzan en triple fila; y Sergesto, por quien lleva el nombre la casa Sergia, embarca en la gran Centauro, y Cloanto, de donde procede tu linaje, romano Cluencio, en la azulada Escila.

Hay a lo lejos, en el mar, un arrecife, frente a las costas espumosas, que baten las olas hinchadas, cubierto por ellas, en la época en que los coros[15] invernales ocultan las estrellas; en tiempo de bonanza guarda silencio, y su planicie se levanta en el agua inmóvil y constituye una residencia agradabilísima para los somormujos que en ella se calientan. Aquí puso el padre Eneas la meta verde de un frondoso chaparro, para que con esta señal supiesen los marineros de dónde tenían que volver y dónde coger la curva de su largo recorrido. Luego, escogen el sitio por sorteo, y los capitanes resplandecen de lejos en la popa, en oro y púrpura brillante. El resto de la juventud se cubre con ramas de chopo y aparece lustrosa con sus espaldas desnudas untadas de aceite. Se sientan en los bancos, y aproximan sus brazos tensos a los remos. En tensión aguardan la señal, y el miedo y el deseo intenso de laureles hacen presa en sus corazones haciéndolos brincar y palpitar. Luego, cuando la clara trompeta dio el toque, todos, sin tardanza, saltaron adelante de sus respectivos puestos. El griterío de los marineros sube al cielo; las aguas se cubren de espuma, barridas por los brazos que se tienden y distienden. Abren surcos paralelamente, y todo el mar se separa revuelto con los remos y las quillas de tres dientes. No cogen tan rápidos la llanura en una carrera de bigas[16] los carros y se abalanzan saliendo de las barreras, ni de esa manera hacen restallar los aurigas sus látigos sobre los

15. Vientos del noroeste.
16. Carros tirados por un par de caballos.

caballos lanzados, y se vuelcan cabeza adelante para seguir golpeando. Entonces, todo el bosque resuena con los aplausos y gritos de la gente y la pasión de los animadores, y la playa encajonada en aquél multiplica la voz; los cerros, en que retumba el griterío, repiten el eco. Gias escapa delante de los otros y avanza en punta por el mar entre la confusión y los gritos; a continuación le sigue Cloanto, superior con los remos, pero el bajel lo retrasa con su peso. Detrás de éstos, Pristis y Centauro, a igual distancia, pugnan por alcanzar la primera posición entre sí; y ora la ocupa Pristis, ora la enorme Centauro la rebasa, venciéndola, ora ambas avanzan a una y con los frentes igualados y surcan el abismo salado con su largo casco. Y ya se acercaban al escollo y alcanzaban la meta, cuando Gias que iba venciendo el primero en medio del recorrido, interpela a viva voz a Menetes, el piloto de su nave: «¿Por qué te me escoras tanto a la derecha? Dirige hacia aquí la marcha; busca el borde y deja que los remos rocen por la izquierda el acantilado; que los demás vayan por mar abierto.» Dejó de hablar; pero Menetes, temeroso de los acantilados ocultos, desvía la proa hacia las aguas del piélago. «¿Por qué te vas apartando? ¡Dirígete a los acantilados, Menetes!», volvía a increparle otra vez a gritos Gias. Y he aquí que ve que por detrás Cloanto se le echa encima y está ya bien cerca. Éste cruza por la parte de dentro, la izquierda, entre la nave de Gias y los escollos sonoros, y al instante adelanta al anterior y se encuentra en mar seguro, tras dejar la meta atrás. Entonces es cuando brotó el dolor en las entrañas del joven, y no faltaron las lágrimas en sus mejillas, y, olvidándose de su propio decoro y de la salvación de sus compañeros, arroja de cabeza al mar a Menetes, desde lo alto del bajel. Él

mismo se pone de piloto al timón, él mismo es el timonel, y anima a los hombres y desvía el gobernalle al borde rocoso. Por su parte, Menetes, tan pronto como reapareció por fin del fondo, pesado, ya un tanto mayor y chorreando por la ropa empapada, se dirige a lo alto de un escollo y se sienta en una roca seca. Los teucros se echaron a reír al verlo vomitando agua salada del estómago. En este punto, renació una feliz esperanza para los dos últimos, Sergesto y Mnesteo, de rebasar a Gias que se retrasaba. Sergesto toma la delantera y se aproxima al acantilado, mas no le saca por delante ni siquiera la quilla entera; con una parte va delante; al alcance de la otra parte le va su rival Pristis con la quilla. Ahora bien, Mnesteo, circulando por el centro de la nave entre sus propios compañeros, los va animando: «Ahora, ahora, doblaos sobre los remos; sacad ahora aquellas fuerzas, aquellos ánimos, que os gastabais en las sirtes getulas y en el mar jonio y en las aguas cenagosas de Malea.[17] No busco ya, yo que soy Mnesteo, el primer puesto, ni lucho por vencer; ¡aunque, ay...! Pero que venzan aquellos a quienes se lo concediste, Neptuno. Baste con sentir vergüenza de volver los últimos; conseguid esto, compatriotas, y evitad esa indecible desgracia.»

Ellos se vuelcan con el máximo empeño; la broncínea nave se estremece con los enormes golpes y el suelo se hunde a sus pies; una respiración agitada sacude sus miembros y sus bocas secas; el sudor mana por todas partes como un río. El propio azar deparó a los tripulantes el ansiado honor. Pues Sergesto, mientras con la mente enloquecida fuerza la proa hacia los acantilados,

17. Promontorio del Peloponeso, peligrosísimo para los navegantes.

demasiado pegado, y penetra en una zona peligrosa, el desgraciado encalló en los escollos que avanzaban hacia dentro. Las rocas recibieron el impacto, y los remos, chocando contra los peñascos agudos, se partieron y la proa quedó colgando incrustada en ellos. Se levantan los marineros y pierden el tiempo con grandes gritos, y tiran de pértigas de hierro y de garfios de punta aguda, y recogen de las aguas los remos partidos. Y en cambio, Mnesteo, contento y más envalentonado por el mismo accidente, se dirige con rápido movimiento de remos y con el viento a pedir de boca, hacia la superficie lisa y corre por mar abierto. Como la paloma que, espantada de repente en una cueva, y que tiene su casa y su dulce nido en el escondrijo de una piedra, sale volando al campo, y asustada produce un gran aleteo con las alas en el interior; luego, planeando por el aire calmado, hace su marcha sin obstáculos y no mueve las rápidas alas: así, Mnesteo, así, la propia Pristis corta a escape el último tramo del mar, así, el propio ímpetu la lleva volando. Y primero, deja a Sergesto bregando en el alto acantilado y en los vados de bajura, y pidiendo ayuda en vano, y aprendiendo a correr con los remos partidos. Luego, alcanza a Gias y a la propia Quimera, la de enorme mole; va cediendo, porque se ha quedado sin piloto. Sólo queda, y ya al borde del mismo final, Cloanto; al cual ataca y persigue echando el resto de sus fuerzas. Entonces es cuando se redobla el griterío y todos a una jalean al perseguidor con simpatía y el éter retumba con el estruendo. Los unos echan chispas por si no consiguen un galardón y un honor que creen propio y que han sudado, y están dispuestos a pactar su vida a cambio de la victoria; a los otros los sustenta el éxito: pueden, porque creen que pueden.

Y acaso habrían recogido el premio llegando con las quillas paralelas, si Cloanto, extendiendo ambas manos al mar, no hubiese proferido una súplica y no hubiese invocado a los dioses a sus votos: «Dioses, que tenéis el imperio del piélago, por cuyos mares estoy corriendo, yo os pondré feliz un toro blanco en esta playa delante del altar, obligándome con este voto, y arrojaré sus entrañas a las olas saladas y derramaré vino transparente.» Dijo, y debajo de las olas profundas le escuchó el coro de las Nereidas[18] y de Forco[19] y la virgen Panope[20] y el propio padre Portuno[21] incrementó la marcha con su gran mano. La nave, con más rapidez que el Noto o la veloz flecha, huye hacia tierra, y se encerró en el profundo puerto. Entonces, el nacido de Anquises, después de reunir a todos, según es costumbre, declara vencedor a Cloanto por medio de la gran voz del pregonero, y cubre sus sienes con laurel verde; y como regalo para la tripulación le da a elegir tres novillos, y vino, y le permite llevarse una gran cantidad de plata. Para los capitanes, además, añade honores principales: para el vencedor, una clámide dorada, a cuyo alrededor corre una doble banda de intensísima púrpura melibea,[22] y, bordado en ella, el muchacho real[23] persigue por el frondoso Ida corriendo con una jabalina los rápidos ciervos, brioso, como el que respira anhelantemente; aquel que el rápido escudero de Júpiter[24] arrastró en volandas del Ida con sus patas corvas; sus longevos guardianes tienden en vano las manos a las estrellas y el

18. Las hijas de Nereo y Dóride cuya sede está en el fondo del mar.
19. Hijo del Océano y de la Tierra y hermano de Nereo.
20. Una de las Nereidas.
21. El dios de los puertos.
22. La ciudad Melibea, de Tesalia, producía excelente púrpura.
23. Se trata de Ganimedes, el que raptó Júpiter.
24. El águila de Júpiter.

ladrido de los perros arremete contra el viento. Ahora, el que ganó el segundo puesto con su esfuerzo, a éste* le entrega una coraza, formada por ganchillos pulidos y de tres libras de oro, que el mismo Eneas había sustraído a Demoleo,[25] venciéndole junto al voraginoso Simunte, al pie de la alta Ilión; se la regala al héroe para que la tenga como galardón y como protección en la guerra. A duras penas la podían transportar con tantos pliegues sus criados Flegeo y Ságaris, arrimando el hombro; en cambio Demoleo revestido con ella en su momento hacía correr desperdigados a los troyanos.

El tercer regalo que hace son dos calderas de bronce, y unos copones perfectamente terminados en plata y con bajorrelieves. Y ya iban exactamente todos con sus regalos, orgullosos con sus pertenencias y con las sienes ceñidas con cintas rojas, cuando Sergesto, desprendiéndose a fuerza de mucha maña del enojoso escollo, conducía su embarcación con remos perdidos y falta de una hilera, sin honor y siendo objeto de burla. Como muchas veces una serpiente, cogida en un camino, a la que ha atravesado a sesgo una rueda de bronce o un caminante golpeó pesadamente con una piedra y dejó medio muerta y machacada, hace largos esfuerzos con su cuerpo intentando huir en vano, bravía en una parte, con los ojos ardiendo y levantando verticalmente la cabeza que silba, y la otra parte, lastimada por la herida, la retiene en sus esfuerzos por enroscarse y girar sobre sus miembros. Con un remar semejante se movía la lenta nave. Pero descoge las velas y entra en el puerto a toda vela. Eneas obsequia a Sergesto con el premio prometido, contento por haber salvado la nave y porque los

25. Guerrero griego.

* Con este cambio de construcción en el original.

compañeros hubiesen vuelto. Se le concede una sierva, Fóloe, nada inexperta en las obras de Minerva,[26] de raza cretense, y con dos hijos a sus pechos.

Terminada esta competición, el justo Eneas se dirige a una pradera cubierta de hierba, que rodeaban por todas partes las selvas con lomas sinuosas, y en medio del valle había el redondel de un teatro; allí se dirige el héroe a sentarse en medio de los millares de personas, y se sentó en una prominencia. Aquí invita a los que quieran competir a la carrera por un premio, y pone las recompensas. De todas partes afluyen los teucros y mezclados con ellos los sicanos,[27] y entre los primeros Niso y Euríalo; Euríalo que destacaba por su belleza y el verdor de su juventud; Niso, por el casto amor al muchacho; a éstos les siguió el regio Diores, de la egregia estirpe de Príamo; a éste, a un tiempo, Salio y Patrón, el uno, acarnaniense, el otro, de la sangre arcadia de una familia de Tegeo. Luego, los dos jóvenes trinacrios[27] Hélimo y Panopes, acostumbrados a las selvas, acompañantes del ya maduro Acestes. Otros muchos a los que la fama oscura sepulta. En medio de ellos, habló Eneas a continuación del siguiente modo: «Ninguno de este grupo saldrá sin regalos de mi parte. A cada cual daré para que se lleve dos jabalinas de Cnosos relucientes en pulido hierro y un hacha de doble filo, labrada en plata. Éste será galardón general para todos. Los tres primeros recibirán un premio y se ceñirán la cabeza con ramas de amarillenta oliva.[28] Obtenga el primer vencedor un caballo adornado con collares de metal; el segundo, un carcaj de las amazonas,

26. A saber, en tejer y bordar, labores de las que era patrona Minerva.
27. Sicilianos.
28. Color que produce el polen en las hojas.

provisto con flechas tracias, cuya correa va repujada en toda su anchura en oro y lo cierra un broche con una perla fina; el tercero se irá contento con este yelmo argólico.» Después de dicho esto, toman posición y, al escuchar la señal, inmediatamente se ponen a correr y dejan el punto de partida, desparramándose como si fueran una nube, al tiempo que están marcando la meta. Niso se distancia primero y salta lejos de los demás componentes, más rápido que el viento y las alas del rayo;[29] el más próximo a éste sigue Salio, el más próximo, aunque a buena distancia; y a un trecho detrás de él, el tercero, Euríalo. Y a Euríalo sigue Hélimo; después, a su alcance mismo, he aquí que vuela Diores y ya le pisa los talones con los talones, pegándose a su espalda; y si quedase más distancia, le rebasaría colándose primero, o dejaría la situación indecisa. Y ya estaban casi en el último tramo y se acercaban agotados a la misma meta, cuando el infortunado Niso se escurre en un poco de sangre resbaladiza, en el sitio donde se dio la circunstancia que se habían sacrificado los novillos y se había derramado sobre la tierra y había empapado la hierba verde. Entonces, el joven, que ya expresaba la alegría de su victoria, al pisar en el suelo no pudo mantener el equilibrio de sus pasos, sino que cayó de boca en la propia inmundicia y en la sangre sagrada, sin olvidarse sin embargo de Euríalo, sin olvidarse de su amor; pues, incorporándose en medio de los resbalones, se puso delante de Salio, el cual a su vez cayó dando vueltas en la arena menuda. Salta Euríalo, y por el favor de su amigo ocupa la primera posición victorioso, y vuela en medio de los aplausos y los gritos de ánimo. Detrás le sigue

29. El rayo se representaba con alas.

Hélimo, y la tercera posición es ahora de Diores. Entonces Salio hace oír sus gritos por todo el concurso de los espectadores y las primeras filas de los padres[30] y reclama que se le devuelva el triunfo arrebatado con juego sucio. La hinchada favorece a Eurílalo, y sus lágrimas hermosas y las cualidades tan gratas que se veían aparecer en su hermoso cuerpo. Colabora y lo defiende a voces Diores, que accedió a un premio, y en vano habría alcanzado el tercer puesto, si le reconocen el triunfo a Salio. Entonces intervino el padre Eneas: «Tenéis asegurados vuestros premios, muchachos, y nadie mueve el orden de la victoria. Séame lícito deplorar la desgracia de nuestro inocente amigo.»

Así hablando, entrega a Salio la enorme piel de un león getulo, cargado con el pelo y las doradas uñas. En este punto, dijo Niso: «Si los vencidos obtienen tan grandes premios y tú te compadeces de los que han resbalado, ¿qué regalo harás a Niso, que merezca la pena? Yo merecí por mi esfuerzo la primera corona, si no hubiese tenido la suerte perra que tuvo Salio.» Y al tiempo que decía esto, mostraba su cara y su cuerpo ensuciados de húmedas porquerías. El excelente padre le echó una sonrisa y mandó que sacaran un escudo, artística obra de Didimaon, quitado a los dánaos de la sagrada puerta de Neptuno.[31] Éste es el valioso regalo que hace al singular joven.

Después, una vez que terminaron las carreras y repartió los premios: «Ahora, salga aquí el que tenga valor y ánimo audaz en su pecho, y levante los brazos con las manos recubiertas».[32] Así dijo, y propone dos premios

30. Según la posterior costumbre romana, los senadores («padres») y personas distinguidas ocupaban las primeras filas en el teatro.

31. Es decir, de un templo de Neptuno.

32. Se trata del boxeo, para el que las manos se recubrían con tiras de piel.

para el combate: para el vencedor, un novillo con insignias de cinta y oro; una espada y un vistoso yelmo como consolación para el vencido. Y no hay dilación; al punto levanta la cabeza Dares, de fuerza descomunal, y se yergue entre el intenso murmullo de la gente. Era el único que acostumbraba a medirse con Paris, y asimismo, junto a la tumba en que yace el grandioso Héctor derribó al triunfador Butes, individuo de cuerpo descomunal, que cuando vino se jactaba de pertenecer a la familia brebicia[33] de Ámico,[34] y lo dejó tendido medio muerto en la rubia arena. Con tales cualidades levanta Dares en alto su cabeza para iniciar el combate, y muestra sus anchas espaldas, y lanza sus brazos alternativamente adelante, y bate el aire. Se busca otro contra él, y nadie de una multitud tan grande osa hacer frente al individuo y enfundarse el cesto[35] en las manos. Así que, eufórico, y pensando que todos se retiraban del premio, se plantó ante los pies de Eneas, y sin aguardar un instante más, coge al toro por el cuerno con la mano derecha, y le dice así: «Hijo de diosa, si nadie se atreve a arriesgarse a pelear, ¿hasta cuándo voy a estar de pie? ¿Qué objeto tiene que se me siga reteniendo? Ordena que me entreguen el premio.» A la vez todos los descendientes de Dárdano dejaban escapar murmullos de su boca, y pedían que se entregase a Dares lo prometido. En ese momento Acestes recrimina duramente de palabra a Entelo, así como se hallaba sentado cerca, en su poltrona que verdeaba de hierba: «Entelo, en vano el más valiente de los héroes en alguna ocasión, ¿vas a permitir tan pasivo que se lleven un premio tan

33. La familia Brebicia era un pueblo de origen tracio, habitante de Bitinia.

34. Gigante, rey de Bitinia, inventor del boxeo; mataba a puñetazos a todos los extranjeros que llegaban a su país. Sólo fue vencido por Pólux, uno de los Dióscuros.

35. Especie de guantes de boxeo hechos de correas con puntas de metal.

importante sin pelear? ¿Dónde tenemos ahora aquel divino maestro tuyo, Érice[36] al que tú recuerdas en vano? ¿Dónde está aquella fama tuya extendida por toda la Trinacria, y aquellos despojos que colgaban por tu casa?» Él replicó a esto: «No ha desaparecido mi amor por los galardones ni la gloria, derrotada por el miedo; pero es que con la perezosa vejez la sangre se me ha helado y embotado, y las fuerzas de mi cuerpo están exhaustas y agarrotadas. Si yo tuviese ahora aquella juventud que tuve antaño y que es por lo que ese fanfarrón se exalta confiado, no habría venido yo inducido por el premio y el hermoso novillo, que no me importan las recompensas.»

Después de hablar así, arrojó en el medio dos cestos de extraordinario peso, con los que acostumbraba el bravo Érice poner mano a pelear, y en su dura piel metía los brazos. Los espíritus quedaron en suspenso: de bueyes tan grandes eran las siete enormes pieles que aparecían rígidas con el plomo y el hierro cosidos a ellas. Más estupefacto que todos se queda el propio Dares, y se niega largamente. Y el generoso hijo de Anquises da vueltas a un lado y otro a los inmensos rollos de las ataduras, sopesándolos al mismo tiempo. Entonces, el viejo profería estas razones de su pecho: «¿Qué, si alguien hubiese visto los cestos y defensas del propio Hércules y la triste pelea en esta misma playa? Estas armas llevaba en otro tiempo tu propio hermano Érice; ves que todavía están manchadas de sangre y de sesos desparramados; con estas armas le plantó cara al gran Alcida;[37] a éstas estaba yo acostumbrado, mientras una sangre mejor me daba fuerzas, y la envidiosa vejez no me

36. El hijo de Venus muerto por Hércules.
37. Hércules, descendiente de Alceo.

encanecía todavía salpicándome las sienes. Pero si el troyano Dares rechaza estas armas mías, y con esto está de acuerdo el justo Eneas, y lo aprueba el promotor, Acestes, igualemos nuestras armas. Yo te doy las pieles de Érice; quítate el miedo; y tú, despójate de los cestos troyanos.» Diciendo esto, se quitó de los hombros la doble capa, y descubrió las grandes articulaciones de sus miembros, los grandes huesos y brazos, y se plantó con su corpulencia en medio de la arena. Entonces, el padre, vástago de Anquises, sacó unos cestos iguales, y enfundó las manos de ambos con armas parejas. Al instante se colocaron los dos alzados sobre los dedos, y sin temor sacaron los brazos en alto, al aire. Echaron atrás, lejos del golpe, las cabezas tiesas, y tocan las manos con las manos, y traban combate. Aquél resultaba superior en movimiento de piernas y por la confianza en su juventud; éste le podía en músculos y peso. Pero tembloroso le vacilan las rodillas lentas; una respiración fatigosa agita su vasta complexión. Los dos hombres se intercambian golpes fallidos, encajan muchos en los sonoros flancos y el pecho retumba con vasto sonido, y en torno de las orejas y de las sienes rondan incesantemente las manos, las mandíbulas crujen bajo los duros golpes. Entelo está pesadamente y sin moverse en la misma postura tensa, y esquiva los ganchos sólo con el cuerpo y la vista atenta. Aquél, como el que asedia una elevada ciudad con artillería, o vela armas en torno a un fortín en el monte, prueba ora esta entrada, ora aquélla, y recorre con pericia todo el lugar, y presiona en vano con asaltos de toda clase. Entelo sacó la derecha alzándose y la lanzó a lo alto; aquél previó rápido el golpe que venía de arriba, y haciendo un quiebro desvió velozmente el cuerpo. Entelo desperdició su fuerza en el vacío, y, por

su propio impulso, cayó pesadamente, pesado él mismo, en tierra, con el vasto peso: como cae a veces un hueco pino, arrancado de raíz, en el Erimanto[38] o el gran Ida. Se levantan con calor los teucros y la juventud trinacria; el griterío llega al cielo, y el primero en acudir corriendo es Acestes, quien lleno de compasión levanta de la tierra a su amigo de la misma edad. Pero el héroe, sin retrasarse ni asustarse con la caída, regresa más envalentonado a la pelea, y la rabia estimula su fuerza. Entonces, el pundonor y el valor de que se sabía poseedor inflaman sus fuerzas y, enardecido, lleva de cabeza a Dares por toda la playa, redoblando los golpes ora con la derecha ora con la izquierda el bravo viejo. No le concede tregua ni descanso: con la intensidad con que repiquetea en los tejados una nube de granizo, con tan frecuentes golpes empuja y hace girar a Dares el incansable héroe. Entonces el padre Eneas no permitió que su cólera pasase a más y que Entelo se enfureciese picado en su amor propio, sino que puso fin al combate, y rescató al agotado Dares, consolándole con palabras, y le dice esto: «Desdichado, ¿qué locura se ha apoderado de tu razón? ¿No te das cuenta de las fuerzas del contrincante? ¿No te das cuenta que las potencias divinas te han vuelto la espalda? Cede a la divinidad.» Dijo, y suspendió el combate con sus palabras. Y a Dares, que arrastraba sus rodillas desfallecidas, y cabeceaba a uno y otro lado, y echaba por la boca sangre espesa y dientes mezclados con sangre, lo conducen a las naves sus fieles compañeros; y a invitación de Eneas recogen el yelmo y la espada; la palma y el toro lo dejan para Entelo. Éste, victorioso, eufórico de ánimos y lleno de orgullo con el toro, dice: «Hijo de

38. Monte de Arcadia.

diosa, y vosotros, teucros, enteraos de esto: las fuerzas que yo tuve en mi cuerpo cuando joven y la muerte de la que habéis librado a Dares.» Dijo, y se colocó delante de la cabeza del novillo, que le daba la cara y que estaba allí como premio del combate, y echando atrás el brazo derecho y empinándose, apuntó con el duro cesto en medio de los dos cuernos y lo descargó contra los huesos, reventándole el cerebro. El buey se derrumba y cae en tierra sin vida en medio de convulsiones. Entelo profiere todavía de su pecho las siguientes palabras: «Esta vida ofrendo, Érice, más plausible que la muerte de Dares; aquí abandono victorioso los cestos y mi arte.»

Inmediatamente, Eneas invita a los que acaso quisieran a competir con la rápida flecha, y señala los premios, y con su robusta mano levanta el mástil que ha cogido de la nave de Seresto y cuelga una paloma revoloteando amarrada de una cuerda, para que dirijan allí los tiros en lo alto del mástil. Se reunieron los hombres e hicieron el sorteo en un yelmo de bronce; y el primer puesto que sale delante de los demás, acogido con gritos de aliento, es el de Hippocoonte,[39] hijo de Hírtaco; a quien sigue a continuación Mnesteo, el vencedor en la competición naval, Mnesteo, ceñido con una rama de olivo verde. El tercero es Euritión, tu hermano, oh clarísimo Pándaro[40] que cuando recibiste órdenes de desbaratar el pacto fuiste el primero en disparar entonces tu lanza en medio de los aqueos. El último fue Acestes que se quedó en el fondo del yelmo, y que se atrevía él también a probar

39. Un hermano de Niso, también hijo de Hírtaco.

40. Príncipe licio aliado de los troyanos a los que auxilió en Troya como arquero. Durante la tregua en el combate entre Paris y Menelao, la diosa Minerva le incita a disparar contra Menelao y por esa causa se reanuda la guerra.

con su mano el agón de los jóvenes. Luego, los hombres, cada uno en su medida, doblan y curvan los arcos con vigorosa fuerza, y extraen las flechas del carcaj. Y la flecha del joven hijo de Hírtaco corta la primera por el cielo las veloces brisas, mientras la correa silba; y llega, y se clava por la parte de delante en el árbol del mástil. Vibró el mástil, y el ave, espantada, agitó sus alas temerosas, y todo retumbó con un enorme aplauso. A continuación tomó posición el animoso Mnesteo tirando hacia sí del arco y apuntando a lo alto, y afinaba la vista a la vez que el tiro; mas el desgraciado no consiguió alcanzar con el hierro directamente el ave; rompió los nudos y la cuerda de lino, con los que colgaba, atada por una pata, de lo alto del mástil; el ave escapó volando en los notos y las negras nubes. Entonces, rápidamente, Eurition, que tenía la flecha calada hacía tiempo en el arco preparado, invocó en sus plegarias a su hermano, sin perder de vista a la paloma que ya iba contenta por el cielo libre, batiendo las alas y la atravesó bajo una nube negra. Cayó agonizando, y dejó su vida en las estrellas del firmamento, y se trae clavada la flecha al caer. Perdida la paloma, sólo quedaba Acestes; el cual, a pesar de todo, apuntó la flecha a las brisas celestes, haciendo una ostentación el padre de su arte y de su arco sonoro.

Entonces se ofrece a los ojos un fenómeno imprevisto y que había de tener gran significación en el futuro; lo demostraron las enormes consecuencias posteriores, y los aterrados adivinos ratificaron, aunque tarde, el agüero. Pues la flecha se quemó volando en las transparentes nubes y señaló un camino con las llamas, y desapareció consumida en los vientos sutiles; como tantas veces se desprenden del cielo las estrellas fugaces y cru-

zan arrastrando una cabellera. Se quedaron perplejos e inmóviles, y rezaron a los dioses de arriba los trinacrios y los teucros; y el grandioso Eneas no rechazó el augurio; sino que abrazando al feliz Acestes lo llena de grandes regalos, y le dice lo siguiente: «Toma, padre; pues con unos auspicios como éstos el gran rey del Olimpo quiso que tú te llevaras un galardón fuera de concurso; tendrás este regalo del mismo viejo Anquises, una cratera, con figuras grabadas, que en una ocasión había dado como gran regalo a mi progenitor, Anquises, el tracio Ciseo, para que se la llevase en recuerdo suyo y como prenda de amor.» Así diciendo, le ciñe las sienes con verdoso laurel, y llama vencedor a Acestes antes que a todos. Y el bueno de Euritión no vio con malos ojos la postergación de su honor, aunque él solo había derribado el ave de lo alto del cielo. El siguiente en recibir el premio es el que rompió la cuerda, el último, el que clavó la rápida flecha en el mástil.

Ahora bien, el padre Eneas, sin dar por terminada aún la competición, llama a su presencia al hijo de Épito,[41] ayo y acompañante del adolescente Julo, y le habla así al fiel oído: «Ea, ve y dile a Ascanio, si ya tiene listo con él el grupo de niños, y ha preparado la carrera de caballos, que conduzca los escuadrones en honor de su abuelo y se muestre con las armas.» Él, a su vez, ordena que la gente desparramada salga del oblongo circo y que quede el campo libre. Avanzan los niños y se lucen simétricamente en presencia de sus padres con los caballos enfrenados, a cuyo paso lanza hurras boquiabierta toda la juventud de Trinacria y de Troya. Todos, según costumbre, llevaban el pelo cogido con una corona

41. Su nombre era Perifante, anteriormente heraldo de Aquiles.

desbastada; cada uno porta dos astiles de cornejo con una punta de hierro; una parte lleva aljabas pulidas al hombro; en la parte alta del pecho va una ajorca flexible de torcido oro al cuello. Tres es el número de escuadrones de jinetes, y tres son los conductores que van deambulando; doce niños siguen a cada uno en grupos aparte y brillan al mando de su correspondiente capitán. La primera formación de jóvenes, que marcha con aire triunfal, la guía el pequeño Príamo, así llamado por su abuelo, preclara descendencia tuya, Polites, que engrosará a los ítalos;[42] al cual transporta un caballo tracio de dos colores por sus manchas blancas, mostrando gallardo sus blancos pies por la parte delantera y su frente blanca. El siguiente es Atis, adonde se remonta el linaje de los Atios[43] latinos, el pequeño Atis, niño querido por el niño Julo.[44] El último, y hermoso por su figura por encima de los demás, viaja Julo en un caballo sidonio, que la resplandeciente Didó le había dado para que se acordase de ella y como prenda de amor. Los descendientes de Dárdano los acogen, asustados como iban, con aplausos, y disfrutan mirándolos, y reconocen las caras de sus viejos antepasados. Así que recorrieron a caballo felices toda la concurrencia y las miradas de los suyos, les dio la señal a voces desde lejos, pues estaban preparados, y restalló el látigo. Ellos se abrieron corriendo a derecha e izquierda y los tres[45] deshicieron la formación en alas separadas y, a una voz, se concentraron de nuevo y pusieron las lanzas en el ristre. Luego,

42. Alude a la futura fundación de la ciudad del Politorio en el Lacio, atribuyéndosela al pequeño Príamo, hijo de Polites.

43. Al linaje Atio pertenecía la madre de Augusto.

44. Esta amistad quiere simbolizar la futura fusión del linaje Atio y Juliano en la figura de Augusto.

45. Es decir, los tres escuadrones.

emprenden otras carreras y otras vueltas, dándose la cara desde sus posiciones y traban con círculos los círculos del otro bando, y hacen un simulacro de combate con armas; y ora descubren la espalda huyendo, ora vuelven las jabalinas para atacar, ora cabalgan unos junto a los otros, haciendo las paces.

Como dicen que el Laberinto de la alta Creta[46] tuvo en otra época un camino trazado con paredes ciegas y una trampa equívoca con mil direcciones, por donde un enredo, cuya solución y cuya vuelta no se veían, daba al traste con las marcas para avanzar. Con una carrera en nada diferente embarullan los hijos de los teucros sus pasos, y entretejen huidas y combates con el juego, parecidos a los delfines, que nadando en los líquidos mares surcan el Carpacio[47] y el Líbico.[48] Esta forma de correr y estas competiciones las llevó Ascanio el primero, al rodear de muros a Albalonga,[49] y enseñó a practicarlas a los antiguos latinos, de la misma manera que él lo había hecho de niño, de la manera que lo hizo la juventud troyana entre sí. Los albanos enseñaron a los suyos; de ellos lo recibió más adelante la grandiosa Roma, y conservó la observancia de sus antepasados; y ahora a los niños se les llama «Troya» y el ejército troyano. Hasta aquí llegaron las competiciones celebradas en honor de su sagrado padre.

Aquí por primera vez la fortuna cambiada renovó la fe. Mientras cumplen con las solemnidades a la tumba con los diferentes juegos, Juno, la hija de Saturno, envió

46. El famoso edificio de Cnosos en Creta construido por el artífice Dédalo a requerimiento del rey Minos.

47. Parte meridional del mar Egeo entre Rodas y Creta.

48. Que bañaba el nordeste de África.

49. Este juego, el llamado «juego de Troya», será renovado por Ascanio en la fundación de Albalonga, ciudad del Lacio y de allí se transportará a Roma donde todavía se usa en época de Virgilio.

del cielo a Iris a la escuadra de Ilión, y hace que los vientos acompañen a la caminante, maquinando muchas cosas y sin haber satisfecho todavía su antiguo resentimiento. La virgen, acelerando su marcha por el arco de mil colores, bajó en rápido recorrido sin ser vista por nadie. Contempla la numerosa concurrencia, y repasa con la vista la playa, y ve el puerto desierto y la escuadra abandonada. Ahora que, lejos, en una cala solitaria, las troyanas lloraban aparte al perdido Anquises, y todas miraban llorando el profundo mar. ¡Ay, que les quedasen, agotados como estaban, tantas aguas y tanto mar! Todas eran una sola voz. Rezan por una ciudad; están hartas de soportar los sufrimientos del piélago.

Así que Iris se introduce entre ellas, bien experta en hacer daño, y abandona el aspecto y la vestimenta de diosa. Se convierte en Béroe, la longeva esposa del tmario Dóriclo,[50] que en otro tiempo tuvo una parentela y un nombre y unos hijos; y de este modo, se pone en medio de las madres de los dardánidas, diciendo: «¡Oh desgraciadas, a las que las manos aqueas no arrastraron a la muerte en la guerra al pie de las murallas de la patria! ¡Oh pueblo infeliz! ¿Para qué muerte te reserva la fortuna? Ya pasa el séptimo verano desde la destrucción de Troya que vagamos por las aguas, que vagamos por todas las tierras, recorriendo tantos escollos inhóspitos y tantas estrellas, mientras perseguimos por el gran mar a la fugitiva Italia, y las olas nos arrollan. Aquí están los territorios fraternales de Érice, y nuestro anfitrión, Acestes: ¿quién impide echar los muros y dar una ciudad a nuestros compatriotas? ¡Oh patria y penates, en vano arrebatados al enemigo! ¿No se dará ya el

50. Proveniente del Epiro donde está el monte Tmaro. Quizá Béroe siguió a Héleno al Epiro, allí se casó y luego embarcó con Eneas cuando éste pasó por allí.

nombre de murallas de Troya a ninguna? ¿No veré en ninguna parte los ríos de Héctor, el Janto y el Simunte? Pues, venid, y quemad conmigo los infaustos bajeles. Pues la imagen de la adivina Casandra me pareció que me daba en sueños antorchas ardiendo, diciéndome: "Buscad aquí a Troya; aquí está vuestra casa." Ya es momento de actuar, y no debemos diferir un prodigio tan grande. He aquí cuatro altares de Neptuno; el propio dios nos suministra las antorchas y los ánimos.» Después de hacer esta propuesta, agarra ella la primera con violencia el fuego agresivo, y alzando lejos la mano derecha lo hace llamear con energía, y lo arroja. Las mentes de las troyanas quedaron en suspenso y sus corazones estupefactos. Entonces una de tantas que era la mayor de edad, Pirgo, nodriza real de tantos hijos de Príamo: «No es Béroe la que tenéis ahí, no es ésta la esposa troyana de Dóriclo, madres; fijaos en las señales de belleza divina y en sus ardientes ojos; qué redaños tiene, qué cara, qué timbre de voz, qué andares. Yo misma, yo, dejé hace un momento cuando me venía a Béroe enferma, irritada por ser la única en no participar en la solemne ceremonia, ni ofrecer a Anquises los honores debidos.» Esto dijo.

Mas las madres, al principio indecisas, miraban con ojos maliciosos los barcos, llenas de dudas entre el desgraciado amor por la tierra actual y el reino que las llamaba por orden del destino, cuando la diosa se encimó en el cielo con sus alas rítmicas y en su huida trazó un enorme arco debajo de las nubes. Entonces es cuando, aturdidas por el milagro y llevadas de la locura, gritan al unísono, y echan mano al fuego de las hogueras de los santuarios; algunas saquean los altares; lanzan hojas y retamas y antorchas. El fuego se embravece

a rienda suelta por los bancos y los remos y las popas de abeto pintadas. Eumelo lleva a la tumba de Anquises y a las gradas del teatro la noticia de que habían quemado las naves, y ellos pueden observar a sus espaldas que la ceniza negra revoloteaba en una nube. Y Ascanio es el primero que, tal como estaba guiando contento las carreras ecuestres, se dirigió a caballo decidido hacia el campamento revuelto, y sus ayos sin aliento no pueden retenerle. «¿Qué extraña locura es ésa? ¿Qué pretendéis ahora, qué pretendéis, ¡ay!, desgraciadas compatriotas?», dice. «No es al enemigo ni los campamentos hostiles de los argivos lo que estáis quemando; son vuestras propias esperanzas! ¡Mirad, soy vuestro Ascanio!» Arrojó el yelmo vacío delante de sus pies, pertrechado con el cual ejecutaba como juego el simulacro de guerra. Se da prisa al mismo tiempo Eneas, al mismo tiempo el tropel de los teucros. Pero ellas se dispersan huyendo de miedo por todas partes a distintos puntos de la costa, y se dirigen sigilosamente a las selvas y dondequiera que había cuevas de rocas. Sienten vergüenza de su acción y de la luz, y vueltas en sí reconocen a los suyos, y Juno es desalojada de su pecho. Pero no por esto depusieron sus indómitas fuerzas las llamas y el incendio. En el roble mojado la estopa persiste vomitando perezoso humo y el recalentamiento devora lentamente los cascos, y la destrucción desciende por todo el cuerpo, y las fuerzas de los héroes y los ríos de agua que han vertido no aprovechan. Entonces, el justo Eneas se desgarra la ropa de los hombros, e invoca a los dioses en auxilio, y extiende sus manos: «Júpiter Todopoderoso, si todavía no has odiado a los troyanos hasta el último, si tu antiguo amor considera en algo los padecimientos humanos, haz que la llama abandone

ahora la escuadra, padre, y salva de la destrucción las débiles cosas de los teucros. O bien, envía tú lo que nos queda a la muerte con el rayo maldito, si me lo merezco, y aplástanos con tu mano.»

Apenas había proferido estas palabras, cuando se desencadena una negra tempestad sin precedentes con una lluvia torrencial, y las elevaciones de las tierras y del campo se estremecen con los truenos; de todo el cielo descarga una tromba de agua turbia, extraordinariamente negra por los densos austros; y los barcos se anegan hasta rebosar; se humedecen los maderos chamuscados; hasta que se apagó todo el fuego y se salvaron de la destrucción todas las naos excepto cuatro.

Mas el padre Eneas, conmocionado por el amargo suceso, daba vueltas en el pecho a sus enormes preocupaciones, tomándolas ora en un sentido, ora en otro: ¿Se establecería en los campos de labor sículos, olvidándose del destino, o llegaría a alcanzar las riberas ítalas? Entonces el viejo Nautes,[51] el único que la Tritonia[52] Palas enseñó y le hizo insigne con gran arte (daba respuesta tanto a lo que significaba la gran cólera de los dioses, como a lo que exigía el orden del destino), éste, pues,[53] consoló a Eneas hablándole con estas palabras: «Hijo de diosa, vayamos por donde nos arrastra el destino y por donde nos vuelve a arrastrar; sea lo que fuere, toda suerte debemos superarla con nuestra paciencia. Tienes a tu disposición al dardanio Acestes, de estirpe divina; tómalo de aliado de tus planes y únete a él que lo desea; cede a éste los que sobran de las naves que se han perdido, y los que están hastiados de la gran

51. Sacerdote de Palas, la Minerva romana.
52. Epíteto de la diosa Minerva.
53. Este cambio de construcción se halla en el original.

empresa y de tus designios; selecciona a los viejos provectos y a las madres cansadas de mar y a todos los que llevas contigo sin energías y temerosos del riesgo, y permíteles que tengan sus murallas en estas tierras, agotados como están; la ciudad la llamarán Segesta, si tú les permites ese nombre.»

Inflamado con estas palabras de su viejo amigo, entonces es cuando se desgarra su alma en toda clase de preocupaciones. Y la noche negra, viajando en su biga, reinaba en el cielo. Le pareció entonces que la imagen de su padre descendía del cielo y profería de pronto semejantes razones: «Hijo, más querido para mí que la vida, cuando yo tenía vida; hijo, maltratado por el destino de Ilión, vengo aquí por mandato de Júpiter, que empujó el fuego a la escuadra, y al final se apiadó desde el alto cielo. Obedece el plan hermosísimo que ahora te propone el viejo Nautes; lleva a Italia a jóvenes escogidos, los corazones más valerosos; tienes que combatir en el Lacio un pueblo duro y de difícil trato. Pero antes visita las mansiones infernales de Dite, y encamínate, hijo, a mi encuentro a través del profundo Averno. Pues no me posee el despiadado Tártaro ni las sombras amargas, sino que habito los amenos conciliábulos de los piadosos y el Elíseo.[54] Aquí te conducirá la casta Sibila, después de derramar la abundante sangre de animales negros. Entonces aprenderás todo tu linaje y las murallas que se te conceden. Y ahora, adiós; la noche húmeda gira a mitad del camino, y el oriente cruel[55] me ha lanzado el soplo de sus caballos fatigados[56].»

54. Morada que habitan después de su muerte los héroes y hombres virtuosos.
55. Se llama cruel porque la luz del alba está vedada a los muertos.
56. El Oriente, el Sol, la Luna, la Noche viajan en carros guiados por caballos.

Había terminado, y huyó como el humo en la brisa sutil. Eneas grita: «¿Adónde te lanzas ahora? ¿Adónde huyes? ¿De qué escapas? ¿Quién te aparta de mis abrazos?» Diciendo esto reaviva la ceniza y el fuego adormecido y, a fuer de suplicante, venera con harina piadosa y un incensario lleno el lar[57] de Pérgamo y el santuario de la canosa[58] Vesta.

Al punto llama a los compañeros y en primer lugar a Acestes, y les comunica el mandato de Júpiter y los consejos de su querido padre, y cuál es el parecer que ahora tiene en la cabeza. No se demora el plan, y Acestes no rehúsa la proposición. Trasladan las madres a la ciudad, y desembarcan a la gente que lo deseaba, espíritus que para nada deseaban una gran gloria. Por su parte, los restantes reparan los bancos, y reponen los maderos de los navíos consumidos por las llamas, acoplan los remos y las jarcias, pocos en número, pero cuyo valor vivía para la guerra. Entretanto Eneas hace el trazado de la ciudad con un arado y sortea las casas; encarga que éste sea Ilión, que estos lugares sean Troya. El troyano Acestes se complace con el reino, y funda el foro y da leyes convocando a los padres[59]. Luego levantan en la cima del Érice[60] un emplazamiento vecino a las estrellas en honor de la Venus Idalia,[61] y se designa un sacerdote para la tumba de Anquises y un bosque consagrado en todo su perímetro.

Y ya todo el mundo había celebrado un festín de nueve días, y se había hecho el honor a los altares; los vientos calmados dejaron raso el mar, y el austro,

57. El genio tutelar de la casa traído con él desde Troya.
58. Canosa por cuanto su culto era antiquísimo.
59. Nombre que daban los romanos a los senadores o representantes de la ley y el poder político.
60. Hoy monte San Juliano.
61. Epíteto de Venus, por el Idalio, monte de Chipre donde la diosa tenía un particular culto.

soplando de nuevo ininterrumpidamente, llama a alta mar. Brota un inmenso llanto por la costa curvilínea; abrazados entre sí se pasan el día y la noche. Ahora las propias madres, los mismos a quienes poco antes les parecía irritante la cara del mar y su nombre intolerable, quieren ir, y soportar hasta el fin las calamidades del destierro. El bueno de Eneas los consuela con palabras amistosas, y los recomienda con lágrimas a su pariente Acestes. A continuación, ordena sacrificar tres terneros a Érice y una cordera a las Tempestades, y soltar amarras tras la ceremonia. Él mismo, con la cabeza ceñida con hojas de pequeñas ramas de olivo, de pie, encima de la proa, tiene la pátera, y arroja las entrañas a las olas saladas, y vierte vino transparente. Con la popa a barlovento, el viento acompaña su marcha. Los compañeros a porfía baten el mar y barren la masa azulada.

Pero entretanto Venus, desasosegada por las preocupaciones, habla a Neptuno y echa de su pecho estas quejas: «La grave cólera de Juno y su pecho insaciable me obligan, Neptuno, a descender a cualquier clase de súplica; ni el tiempo pasado ni compasión alguna la suavizan, ni descansa quebrantada por el imperio de Júpiter y el destino. No basta a su odio criminal haber eliminado a la ciudad de los frigios de en medio de su nación, ni haberlos arrastrado por toda clase de suplicios: persigue los restos de Troya consumida, sus cenizas y sus huesos. Ella sabrá los motivos de semejante locura. Tú mismo eres testigo de la gran barahúnda que armó hace poco en las aguas líbicas;[62] creó la confusión entre el cielo y todos los mares, y no confiando lo

62. Alude a la tempestad que desvió a los troyanos a Cartago cuando en realidad se dirigían a Italia.

bastante en las tempestades eolias,[63] se ha atrevido a hacer esto en tu propio reino. He aquí que soliviantando criminalmente incluso a las madres troyanas, quemó horriblemente los bajeles, y, perdida la escuadra, obligó a dejar los compañeros en una tierra desconocida. Lo que queda, te lo suplico, ten a bien que icen velas por el mar protegidas por ti, ten a bien que alcancen el Tíber laurente,[64] si estoy pidiendo lo que se nos ha concedido, si las Parcas nos dan esas murallas.» Entonces, el hijo de Saturno, domador del profundo mar, dijo lo siguiente: «Todo tu deber es, Citerea, que confíes en mi reino, de donde traes el linaje. Pues me lo he ganado; muchas veces he reprimido la furia y la rabia tan grande del cielo y del mar; y no es menor mi preocupación por tu Eneas en las tierras, pongo por testigos al Janto y al Simunte. Cuando Aquiles persiguiendo a las desfallecidas tropas troyanas las espetaba contra los muros, enviando a la muerte a muchos miles, y gemían los ríos repletos,[65] y no hallaba camino el Janto ni podía fluir hasta el mar, entonces yo sustraje en una hueca nube a Eneas, que se había enfrentado con el valiente Pelida, sin la aquiescencia de los dioses y con fuerzas desiguales, siendo así que deseaba arrasar hasta los cimientos las murallas de la perjura[66] Troya, construida por mis propias manos. Ahora también sigo manteniendo las mismas intenciones. Sólo habrá uno a quien echarás en falta en el abismo; una sola cabeza se entregará en nombre de la mayoría.» Cuando tranquilizó el pecho feliz de la diosa con estas

63. Es decir, del dios Éolo, dios de los vientos.
64. Pues el Tíber en su curso baña el territorio de la ciudad de Laurente, en el Lacio.
65. Entiéndase, de cadáveres.
66. Era perjura la ciudad por la conducta de su rey Laomedonte, padre de Príamo, que, después de haber invitado a Neptuno y Apolo a ayudarlo a construir los muros de la ciudad, les negó finalmente la ofrenda prometida.

palabras, el padre unce los caballos con yugo de oro, y pone a las bestias frenos cubiertos de espuma, y suelta de sus manos todas las riendas. Con el azulado carro vuela ligero por la superficie del mar. Se remansan las aguas, y el mar encrespado distiende sus aguas bajo el eje tronador, y las nubes huyen del vasto cielo. Detrás, aparecen diversos acompañantes: descomunales cetáceos, y el viejo coro de Glauco,[67] y Palemón,[68] el de Ino,[69] y los rápidos Tritones,[70] y todo el ejército de Forco;[71] a su izquierda van Tetis, y Mélite, y la virgen Panopea, Nesee, y Espio, y Talía, y Cimódoca[72].

En este instante empiezan a rondar a su vez el alma del padre Eneas, que se encontraba en vilo, tiernos gozos; ordena levantar rápidamente todos los mástiles, tensar las vergas de las velas. Todos a un tiempo tensaron las relingas, y, simultáneamente, descogían las velas ora a la izquierda, ora a la derecha; a un tiempo, dirigen a un lado y al otro, los altos cabos de las vergas; vientos favorables empujan la escuadra. Delante de todos Palinuro guiaba la densa escuadra; los demás recibieron orden de arrumbar por donde él iba. Y ya casi había alcanzado la noche húmeda la zona central del cielo; los marineros, al pie de los remos, descansaban su cuerpo con plácida quietud por los duros bancos, cuando el Sueño, deslizándose ligero de las estrellas celestes, hendió el aire tenebroso y cortó las sombras, buscándote a ti, Palinuro, trayéndote sin que tuvieras culpa amargos

67. Dios del mar que de pescador de Beocia se convirtió en divinidad por haber probado una yerba marina.

68. Melicerte, hijo de Ino, transformado en divinidad marina con el nombre de Palemón.

69. Hija de Cadmo y Harmonía que también pasó a diosa marina con el nombre de Leucotea.

70. Llamados así por el nombre de Tritón, dios marino, una serie de seres del cortejo de Posidón que tenían la parte superior del cuerpo parecida a la de un hombre y la parte inferior es la de un pez.

71. Hijo del Océano y de la Tierra, y hermano de Nereo.

72. Son todas las Nereidas, hijas de Nereo y Dóride.

sueños; y el dios se posó en la alta popa, con el aspecto de Forbante,[73] y deja oír estas palabras: «Palinuro, descendiente de Iasio, el propio mar transporta la escuadra; las brisas soplan en la misma dirección; es la hora que se concede a tu descanso: deja caer la cabeza y roba al trabajo tus ojos cansados. Yo cumpliré un rato tu función en lugar tuyo.» Levantando a duras penas los ojos le responde Palinuro: «¿Quieres que yo desconozca la cara del mar calmado y las olas tranquilas? ¿Quieres que yo confíe en este monstruo? ¿Voy a confiar (¿sí, eh?) a Eneas a las auras y al cielo engañoso, tantas veces engañado por la mentira del tiempo de bonanza?» Estas palabras decía, y ni por pienso soltaba la caña del timón, fijo y agarrado a ella, y mantenía la vista en las estrellas. He aquí que el dios golpea sus dos sienes con una rama humedecida en el rocío del Leteo[74] y embebida en la virtud[75] de la Éstige, y vacilante como estaba enerva sus ojos mareados. Apenas había relajado sus miembros una quietud inesperada, y doblándose hacia adelante, se precipitó de cabeza en las aguas transparentes, arrastrando parte de la popa y el timón, y llamando muchas veces en vano a los compañeros. El Sueño levantó el vuelo como un ave a las brisas sutiles. A pesar de ello, la escuadra continúa su camino seguro por el mar, y avanza sin temor según las promesas del padre Neptuno. Y ya se aproximaba en su marcha a los mismos escollos de las Sirenas,[76] en otro tiempo difíciles y blanqueados con los huesos de muchos; entonces resonaban de lejos los roncos peñascos con los continuos embates del mar,

73. Hijo de Príamo, amado por Mercurio.
74. Río del olvido o de los infiernos.
75. Virtud soporífera de la laguna Estigia, también río de la muerte.
76. La ubicación de los escollos de las Sirenas es en la costa de Campania, en el golfo de Pesto, cerca de Salerno.

cuando el padre se percató de que el barco iba al garete cabeceando por haber perdido el piloto, y él mismo se puso a pilotarlo en las nocturnas aguas, suspirando sin cesar, y afectado en su interior por la desgracia del amigo: «¡Oh Palinuro, demasiado confiado con el cielo y el piélago sereno, quedarás tirado desnudo en una arena ignorada!»

LIBRO SEXTO

Así dice, derramando lágrimas, y suelta riendas a la escuadra, y por fin se desliza a las riberas eubeas de Cumas[1].

Vuelven las proas al piélago; entonces el ancla hacía fondear a las naves con su diente tenaz, y los corvos bajeles forman un festón en la costa. Un grupo de jóvenes salta enardecido al litoral hesperio;[2] parte busca la semilla de la llama escondida en las venas del sílice, parte se pierde por las selvas, por las densas yacijas de las alimañas, y muestra los ríos que encuentran. Ahora bien, el justo Eneas se encamina a la acrópolis que preside el alto Apolo, y la guarida bien apartada, la descomunal cueva de la espeluznante Sibila, a quien el vate delio[3] inspira la videncia y el entusiasmo, y le descubre el futuro. Ya se aproximan a los bosques de la Trivia[4] y a su dorada mansión[5].

Dédalo,[6] según es fama, huyendo del reino de Minos, osó confiarse al cielo con rápidas alas, navegando por el inhabitual camino hasta las heladas Osas[7] y finalmente

1. Ciudad de Campania, en el golfo de Nápoles. Virgilio la llama Eubea porque Cumas era una colonia griega de Calcis de Eubea.
2. Italiano.
3. A saber, Apolo, llamado delio porque su culto principal se encontraba en la isla de Delos.
4. La diosa Diana, llamada Trivia o «de las encrucijadas» por haberse confundido a veces con Hécate a la que se rendía culto con estatuas en las encrucijadas.
5. El templo de Diana.
6. Famoso artífice ateniense inventor de la escultura.
7. Es decir, hacia el norte.

aterrizó suavemente encima de la acrópolis calcídica.[8] Como descendió a estas tierras por primera vez, te consagró a ti, Febo, el tren de vuelo de sus alas, y te levantó un templo descomunal. En las jambas está la muerte de Andrógeo;[9] luego, los cecrópidas,[10] que estaban obligados a pagar un castigo[11] (¡oh desgracia!): siete de sus hijos cada año; a la vista está la urna de la que se sacan las suertes. Enfrente, sobresaliendo en el mar, se corresponde la tierra de Cnosos: aparece el cruel amor del toro, y Pasífae,[12] puesta bajo él con engaño, y el Minotauro,[13] un género híbrido, una descendencia biforme, recuerdo de una Venus nefanda.[14] Aquí, aquel tormento de la casa y el echarse a andar sin salida.[15] Pero es que Dédalo, compadeciéndose del gran amor de la reina,[16] resolvió él mismo los engaños y vericuetos de la mansión, guiando sus ciegos pasos con un hilo. Tú también, Ícaro,[17] tendrías gran parte en una obra tan importante, si su dolor se lo hubiese permitido. Dos veces había intentado grabar en oro sus desgracias; dos veces se le cayeron las manos a su padre. Pues hubieran seguido recorriendo todo con sus ojos, si no estuviese ya Acates, que había enviado por delante, y

8. Cumas.

9. Hijo de Minos y Pasífae, muerto por el toro de Maratón en Grecia.

10. Los atenienses, llamados Cecrópidas por ser Cécrope el fundador mítico de la acrópolis de Atenas.

11. Se refiere al tributo anual que debían rendir los atenienses a Minos, consistente en siete jóvenes y siete doncellas que servirían de pasto al voraz Minotauro.

12. Esposa del rey Minos de Creta.

13. Un monstruo biforme, mitad humano, mitad toro, nacido del amor bestial de Pasífae con un toro.

14. Amor nefando insuflado a Pasífae por Venus como castigo por haberle negado el culto a la diosa. Para engañar al toro la reina se cubrió con una cobertura en forma de ternera.

15. Se refiere al famoso laberinto de Creta.

16. Es Ariadna, hija de Minos, que enamorada de Teseo, cuando éste viajó a Creta para combatir al Minotauro, le dio por consejo de Dédalo un ovillo de hilo que le sirviese de guía para el regreso del laberinto.

17. Hijo de Dédalo, que encontró la muerte mientras huía de Creta volando con unas alas hechas por su padre. Se acercó demasiado al sol, se licuaron las alas, que eran de cera, y se precipitó al mar.

con él la sacerdotisa de Febo y la Trivia, Deífobe,[18] hija de Glauco,[19] la cual dice al rey lo siguiente: «No son contemplaciones como éstas las que reclama la ocasión presente; más valdría ahora sacrificar siete novillos de una manada intacta[20] y otras tantas ovejas seleccionadas según costumbre.» Después de dirigirse a Eneas con tales palabras (y los hombres no retardan el sacrificio que se les ha ordenado), la sacerdotisa llama a los teucros al alto templo.

Hay una caverna excavada en la enorme ladera de la peña eubea, a la que llevan cien anchas entradas, cien puertas, de donde retumban otras tantas voces, respuestas de la Sibila. Habían llegado al umbral, cuando la virgen dice: «Es el momento de preguntar por el destino; ¡el dios, he aquí el dios!» Así que tal decía delante de la puerta, de repente se le demudó el color, se le demudó la cara, se agitaron sus peinados cabellos; su pecho se fatiga, y el fiero corazón se hincha de rabia; y parecía más grande, y no sonaba a mortal, cuando habló al estar ya más cerca el poder del dios. «¿Te retardas en tus votos y plegarias, troyano Eneas?», dice. «Pues antes no se abrirán las grandes bocas de la misteriosa casa.» Y diciendo esto, se calló. Un frío temblor corrió por los duros huesos de los teucros, y el rey arranca del fondo de su pecho la plegaria: «Febo, que siempre te compadeciste de los graves sufrimientos de Troya, que dirigiste los tiros y las manos del dardanio Paris contra el cuerpo del Eácida;[21] bajo tu guía penetré en tantos mares que circundan grandes tierras y los

18. La propia Sibila.
19. Divinidad marina.
20. Es decir, que no ha llevado el yugo.
21. El troyano Paris dio muerte a Aquiles, el Eácida.

pueblos de los masilos[22] infinitamente apartados y los campos de labor que bordean las sirtes; ya por fin estamos agarrando las riberas fugitivas de Italia. Ojalá que sea hasta aquí hasta donde nos ha perseguido la suerte de Troya. También vosotros quiere la providencia que perdonéis ya al pueblo de Pérgamo, dioses y diosas todas, para quienes fue un obstáculo Ilión y la gran gloria de Dardania. Y tú, oh sacratísima vate, presciente de lo porvenir, concede a los teucros (no estoy pidiendo un reino que no se me deba por el destino) establecerse en el Lacio, así como a los dioses errantes y las zarandeadas potencias de Troya. Entonces levantaré un templo de mármol sólido a Febo y a la Trivia, y unos días de fiesta con el nombre de Apolo.[23] A ti también te aguardan grandes santuarios en nuestro reino. Pues en él pondré tu oráculo y los arcanos del destino, predichos a mi gente, y te consagraré, nutriz, hombres elegidos. Sólo te pido que no confíes el oráculo a las hojas,[24] para que no vuelen revueltos, juguete de los rápidos vientos. Que tú misma lo vaticines, te pido.» Su boca puso punto final a sus palabras.

Ahora bien, la profetisa, que aún no toleraba a Febo, deambula como una descomunal bacante por la cueva, a ver si podía sacudir de su pecho al gran dios; tanto más le fustiga él la boca rabiosa, domando su fiero corazón, y la forma reprimiéndola. Y ya se abrieron las cien grandes puertas de la casa por sí mismas, y llevan las respuestas de la profetisa por el aire: «Oh tú, que por fin has concluido con los grandes peligros del piélago (pero te aguardan los más graves de la tierra): los dardánidas

22. Al norte de África, en Numidia.

23. Se refiere a la institución de los «Juegos Apolinares» en el 212 a. C.

24. Se trata de los famosos libros sibilinos primero situados en el Capitolio y luego en el templo de Apolo en el Palatino. A su cargo estaban dos hombres, y más tarde más.

llegarán al reino de Lavinio; aleja esa preocupación de tu pecho; pero no querrán haber llegado también. No te faltará el Simunte, ni el Janto,[25] ni los campamentos dóricos; ya ha nacido en el Lacio otro Aquiles,[26] hijo también él de una diosa; y por añadidura, no les faltará Juno a los teucros en ninguna parte; cuando tú, suplicante, ¡qué pueblos de los ítalos o qué ciudades no irás a implorar en tu precaria situación! La causa de tan gran contratiempo será otra vez una esposa, anfitriona de los teucros, y una boda extranjera, otra vez. [27] Tú no cedas a las adversidades, antes bien, sal a su encuentro, cuanto te permita tu suerte. El primer camino de la salvación, lo que menos piensas, se mostrará con una ciudad griega[28].»

Con estas palabras vaticina la Sibila de Cumas desde el sagrario sus escalofriantes misterios, y brama por el antro, envolviendo la verdad en la oscuridad: éste es el freno que pone a su delirio Apolo, y clava el aguijón en su pecho. Tan pronto como cesó su furor y descansó su boca rabiosa, comienza el héroe Eneas: «Ninguna cara de los sufrimientos, oh virgen, surge ante mí nueva o inesperada; todos los he captado antes y los he recorrido en el interior de mi alma. Sólo te pido una cosa: toda vez que aquí está, según se dice, la puerta del rey infernal y la laguna tenebrosa con el Aqueronte desbordado, dame la oportunidad de ir a la vista y a la presencia de mi querido progenitor; ten a bien enseñarme el camino y abrir las sagradas puertas. Yo le saqué sobre mis hombros entre las llamas y los mil tiros que

25. Pues en el Lacio hay dos ríos, el Tíber y el Numico.
26. Es Turno, rey de los rútulos, hijo de la ninfa Venilia.
27. Es decir, Lavinia, hija del rey Latino.
28. Alude al Palanteo, ciudad fundada en el Palatino por Evandro, griego de la Arcadia.

nos perseguían, y lo salvé de en medio del enemigo; él, acompañándome en mi camino, soportaba conmigo todos los mares y todas las amenazas del piélago y del cielo, sin energías, por encima de las fuerzas y condición de la vejez. Es más, con ruegos me hacía el encargo asimismo de que te buscase para suplicarte y viniese a tus umbrales. Compadécete, te lo ruego, nutriz, del padre y del hijo; pues lo puedes todo, y no en vano te puso Hécate al frente de los bosques del Averno. Si Orfeo[29] pudo evocar los manes de su esposa, confiando en su cítara tracia [30] y en la lira cantarina, si Pólux redimió a su hermano con una muerte alterna, y va y viene tantas veces por el camino...[31] ¿A qué hablar del gran Teseo?[32] ¿A qué hablar del Alcida[33]? También mi linaje proviene del altísimo Júpiter.»

Con estas palabras le suplicaba y tocaba los altares, cuando la profetisa comenzó a hablar del siguiente modo: «Vástago de la sangre de los dioses, troyano, hijo de Anquises, la bajada al Averno es fácil; de día y de noche está abierta la puerta del negro Dite; pero volver sobre tus pasos y salir al aire de arriba, ésta es la hazaña, ésta es la dificultad. Unos pocos, a los que Júpiter amó con bondad, o que su encendida virtud transportó al cielo, engendrados por dioses, pudieron. Toda la parte intermedia la ocupan las selvas y la rodea el Cocito,[34] que

29. El cantor por excelencia, músico y poeta. El mito más célebre referido a él es su descenso a los infiernos por el amor de su esposa Eurídice, encantando con su música a todos los habitantes del infierno.

30. Orfeo es de origen tracio; por lo demás Tracia es la patria de los antiguos poetas griegos.

31. Cástor y Pólux son los Dióscuros, hijos de Leda y de distinto padre; Pólux era inmortal por ser hijo de Júpiter y Cástor mortal al ser engendrado por el rey Tindáreo. Júpiter les concedió a ambos la inmortalidad pero pasando alternativamente cada uno un día en el cielo y otro en los infiernos.

32. Alude a la empresa legendaria de Teseo en la que acude con Pirítoo a los infiernos para raptar a Prosérpina, empresa en la que fue hecho prisionero.

33. Epíteto de Hércules, que era nieto de Alceo. Hércules baja dos veces a los infiernos.

34. El río del llanto, es uno de los cuatro ríos infernales.

se desborda con su negro caudal. Conque si tan grande es tu amor, si tan grande el deseo de tu espíritu de navegar dos veces por la laguna estigia, de ver dos veces el negro Tártaro[35] y es tu gusto meterte en un trabajo insensato, escucha qué has de hacer primero. En un árbol sombrío se esconde una rama con las hojas y el flexible tallo de oro, dedicada y consagrada a la Juno infernal;[36] todo el bosque oculta esta rama y las sombras la encierran con sus valles oscuros. Pero no se concede descender a la parte cubierta de la tierra más que al desgajarse del árbol el retoño de hojas doradas. La hermosa Prosérpina ha establecido que le lleven este regalo, que a ella sola corresponde. Cuando se arranca la primera, no falta otra de oro, y la vara echa hojas de idéntico metal. Así que investiga a fondo con los ojos, y cuando la hayas encontrado debidamente tira de ella con la mano; pues ella misma te seguirá deseosa y fácil si el destino te llama; si no es así, no podrás vencerlo con ninguna fuerza ni arrancarlo con la dura espada. Además, tienes tirado el cuerpo sin vida de un amigo (¡ay, tú no lo sabes!) y está impurificando con su cadáver toda la escuadra, mientras buscas el oráculo y estás pendiente de nuestro umbral. Lleva a éste antes a su sede y entiérralo en su sepultura. Guía ovejas negras; sean ellas la primera purificación. Así finalmente contemplarás la laguna de la Éstige y el reino intransitable para los vivos.» Dijo, y enmudeció apretando sus labios.

Eneas con la mirada fija en su triste rostro da unos pasos adelante, abandonando la cueva, y va dando vueltas en el interior de su alma a los inescrutables acontecimientos. Con él de acompañante va su fiel

35. Es decir, una vez ahora, vivo todavía, y otra vez la obligatoria al morir.
36. Este nombre se aplica aquí a Prosérpina, diosa del mundo subterráneo.

Acates, y va dejando sus huellas con iguales preocupaciones. Muchas palabras cruzaban entre ellos en variada conversación: ¿De qué compañero difunto hablaba la profetisa? ¿Qué cadáver había que inhumar? Y cuando llegaron, ven ellos a Miseno[37] en la playa seca, consumido por indigna muerte, Miseno, el hijo de Éolo, más sobresaliente que el cual no había otro en movilizar a los hombres con el bronce y en inflamar a Marte con su canto. Éste había sido el gran compañero del gran Héctor, en torno a Héctor entraba en combate, distinguido con su trompeta y la lanza. Después que Aquiles victorioso arrancó la vida a aquél, el valerosísimo héroe se había incorporado como compañero del dardanio Eneas, siguiendo a quien no le era inferior. Pero entonces, mientras hace retumbar el mar con su hueca caracola, loco de él, y provoca a un concurso de canto a los dioses, Tritón, celoso, le había echado mano, si es cosa digna de creerse, y lo había zambullido entre los escollos en medio del agua espumosa.

De manera que todos se lamentaban a su alrededor con grandes gritos, en especial, el justo Eneas. Luego se apresuran, sin dilación, a ejecutar llorando las órdenes de la Sibila, y rivalizan en levantar con árboles un altar junto al sepulcro y elevarlo hasta el cielo. Parten para la vieja selva, a las altas yacijas de las alimañas: se desploman los pinos, resuena la encina golpeada por las hachas, se abren con cuñas los troncos de fresno y el roble, fácil de hender, dejan caer rodando por los montes enormes olmos. E igualmente Eneas anima el primero a los compañeros en medio de tales trabajos, y porta similares armas. Y él, a solas con su triste corazón, revuelve estas

37. Ya sabemos que era el trompeta de la escuadra de Eneas.

cosas, mirando la inmensa selva, y reza del siguiente modo: «¡Si ahora se nos mostrase aquella rama dorada en su árbol en medio de un bosque tan grande! Pues que todo lo que ha hablado de ti la profetisa era, ¡ay!, demasiado verdad, Miseno.» Apenas había dicho esto, cuando acaso dos palomas gemelas llegaron volando del cielo ante la misma cara del héroe y se posaron en el verde suelo. Entonces el grandioso héroe reconoce a las aves de su madre, y les implora contento: «Oh, hacedme de guías, si hay algún camino, y dirigid vuestro rumbo por el aire al bosque donde la rica rama sombrea la fértil tierra. Y tú, oh divina madre, no dejes de asistir a esta equívoca situación.» Así diciendo, detuvo sus pasos, observando cuál es su significado, adónde siguen caminando. Las palomas avanzaban picoteando y dando vuelos, tanto cuanto podían alcanzar a distinguir los ojos de quienes las siguiesen; luego, cuando llegaron a las fauces del Averno, de pesado olor, se levantaron veloces, y deslizándose por el aire transparente, se posan las dos en el lugar ansiado, encima de un árbol, desde donde brilló un reflejo de distinto color, dorado, entre las ramas. Como en las selvas, con el frío del invierno, suele reverdecer con hojas nuevas el muérdago, al que no da vida su propia planta,[38] y cubrir los redondos troncos con su fruto azafranado: tal era el aspecto del oro frondoso en la sombría encina; así chirriaba la lámina al viento suave. La agarra inmediatamente Eneas y la desgaja ávidamente como si se resistiese, y la lleva a la morada de la profetisa Sibila.

Y entretanto no dejaban de llorar a Miseno[39] en la playa los teucros, y cumplían con el último deber para con

38. En cuanto es una planta parásita.
39. Actualmente conserva el mismo nombre, punta de Miseno.

la desagradecida ceniza. Primero, levantaron una enorme pira de roble hecho trozos y grasienta por la tea, cuyos flancos entretejen con hojas negras, y delante colocan cipreses fúnebres, y por encima la adornan con las armas resplandecientes. Otros preparan agua caliente y calderas de bronce que bullen al fuego y lavan y ungen el cuerpo rígido. Se producen los gemidos. Luego, después de llorarlo, colocan el cadáver en el féretro, y echan encima la ropa púrpura, atavío conocido. Se pusieron bajo el enorme féretro algunos (triste ministerio), y a la manera de los padres, sostuvieron de espaldas la antorcha que habían acercado por debajo. En un montón arden las ofrendas de incienso, los manjares, las crateras llenas de aceite. Después que se aplastaron los tizones y se aquietó la llama, bañaron los restos y la ceniza bebedora en vino, y Corineo recogió y guardó en un barril de bronce los huesos. Él mismo roció a los compañeros de uno en uno con agua pura, salpicándoles con ligero rocío y la rama de olivo feliz, y purificó a los hombres, y pronunció las últimas palabras. Por su parte, el justo Eneas levanta un sepulcro de enorme tamaño, con las armas del héroe: el remo y la trompeta, al pie de un monte elevado, que ahora se llama por él Miseno, y guarda su nombre eterno a través de los siglos.

Realizado esto, pone por obra rápidamente los preceptos de la Sibila. Había una cueva profunda y descomunal por su vasta abertura, pedregosa, protegida por un lago negro y las tinieblas de los bosques, por encima de la cual no podía ave alguna echarse a volar impunemente: tal vapor difundían sus negras fauces, ascendiendo hasta la bóveda del cielo.[40] Aquí dispone en primer

40. Según una etimología popular Averno significaría «sin pájaros».

término cuatro novillos de negro lomo y derrama vino en su frente la sacerdotisa, y arrancando las cerdas más altas, entre los cuernos, las deposita en los fuegos sagrados, como primera libación, invocando con su voz a Hécate, poderosa en el cielo y el Érebo.[41] Otros les aplican los cuchillos por debajo, y recogen la sangre caliente en páteras. El propio Eneas hiere con la espada una cordera de negra lana en honor de la madre de las Euménides[42] y de su gran hermana,[43] y en tu honor, Prosérpina, una vaca estéril.[44] Luego inicia la construcción de un altar nocturno[45] al rey estigio,[46] y pone sobre las llamas las entrañas enteras de los toros, derramando encima de las ardientes entrañas aceite espeso. He aquí que después, a las primeras luces, a la salida del sol, el suelo comenzó a mugir bajo los pies y a agitarse las copas de los árboles, y pareció que las perras aullaban en la sombra, conforme se acercaba la diosa. «Lejos, oh, poneos lejos, profanos», grita la profetisa, «y salid de todo el bosque; y tú, emprende el camino, y saca la espada de la vaina; ahora necesitas ánimos, Eneas, ahora, un pecho firme.» Esto sólo dijo, y se lanzó enfurecida por la cueva abierta; aquél con pasos nada tímidos se pone a la altura de su guía que ya estaba caminando.

Dioses, cuyo es el imperio de las almas, y sombras silenciosas, y Caos,[47] y Flegetón,[48] parajes todo callados en la noche, permítanme las leyes divinas decir lo que me

41. Ya hemos visto que se trata de otra denominación de los infiernos.
42. Se trata de la Noche.
43. La hermana de las Euménides o Furias es la Tierra.
44. Prosérpina, en cuanto diosa de los infiernos era infecunda y por ello su víctima es estéril.
45. Los sacrificios a las divinidades de los infiernos tenían lugar de noche.
46. Plutón.
47. El infinito espacio de tinieblas de los reinos subterráneos.
48. El río infernal en cuyo lecho corren las llamas.

han contado; séame posible con vuestro consentimiento revelar las cosas sumergidas en el fondo de la tierra y en las tinieblas. Iban solos bajo la noche oscura a través de la sombra, y las mansiones solitarias y el reino vacío de Dite: como es el camino por las selvas a la luz pobre de una luna neblinosa, cuando Júpiter ocultó el cielo en la sombra y la noche negra quitó el color a las cosas. Al comienzo del pasillo y ante el vestíbulo propiamente dicho del Orco hicieron sus camas los Duelos y las Preocupaciones vengadoras; y habitan las pálidas Enfermedades, y la amarga Vejez, y el Miedo, y el Hambre, mala consejera, y la vergonzosa Pobreza, figuras que daba terror ver, y la Muerte, y el Trabajo; luego, el Sueño, consanguíneo de la Muerte, y los Placeres perversos de la mente, y en la fachada del umbral, la mortífera Guerra, y las alcobas de hierro de las Euménides, y la demente Discordia, con su pelo viperino recogido con cintas sangrientas.

En el centro extiende sus ramas y añosos brazos un olmo sombrío, gigantesco, que dicen habitualmente que lo tienen por aposento los Sueños vanos, y se hallan adheridos debajo de cada hoja. Y además, en la puerta, tienen su establo diversas bestias monstruosas: los Centauros[49] y las Escilas biformes,[50] y Briareo con sus cien manos, y la bicha de Lerna,[51] silbando de manera escalofriante, y la Quimera,[52] armada con fuego, las Górgonas y las Harpías y una figura con la sombra de sus tres cuerpos.[53] En este momento, Eneas empuña la

49. Mitad hombre y mitad caballo.
50. Parece que había otra Escila además de la conocida.
51. La hidra de Lerna.
52. Monstruo con cabeza de león, cola de dragón y cuerpo de cabra que vomitaba llamas por la boca.
53. El gigante Gerión, muerto por Hércules.

espada, temblando de repentino temor, y, así empuñada, dirige la punta a los que llegaban, y, si su docta acompañante no le advirtiese que eran vidas sutiles que revoloteaban sin cuerpo bajo la hueca imagen de su figura, se hubiera lanzado, y habría dado de mandobles a las sombras inútilmente.

De aquí parte el camino que conduce a las aguas del Aqueronte[54] tartáreo. Aquí hierven sus aguas turbias de cieno y de vastos torbellinos, y desbalaga con toda la arena en el Cocito.[54] Un aduanero espantable, de terrible incuria, guarda estas aguas y ríos, Caronte, al que le cuelga del mentón una greña abundantísima de canas, la luz de sus ojos es fija, de sus hombros, con un nudo, le cae una capa sucia. Él mismo impulsa la barca con una pértiga y la gobierna con las velas, y transporta los cuerpos en la embarcación herrumbrosa, ya bastante viejo, mas la vejez del dios es fresca y vigorosa. Hacia aquí, a las riberas, se abalanzaba la muchedumbre desparramada, madres y señores, y los cuerpos de los héroes campeadores que habían terminado sus días, los muchachos y las muchachas sin casar, y los jóvenes depositados en las piras ante la cara de los padres: como las muchas hojas que caen deslizándose en las selvas con el primer frío del otoño, o como las muchas aves que se apelotonan en la tierra desde alta mar, cuando el año frío las ahuyenta allende los mares y las empuja a las tierras abrigadas. Estaban de pie, suplicando hacer la travesía los primeros, y tendían las manos con añoranza de la ribera de la otra parte. Pero el triste marinero ora acoge a éstos, ora a aquéllos, y a otros, en cambio, los mantiene apartados, lejos de la arena. Eneas, boquiabierto, pues,

54. Ríos del dolor y del llanto respectivamente.

y conmovido por el tumulto, dice: «Dime, oh virgen, ¿qué significa esta concurrencia en el río? ¿Qué buscan las almas? ¿Y cuál es el criterio en virtud del cual éstas dejan las riberas[55] y aquéllas barren con los remos los vados cárdenos?» La longeva[56] sacerdotisa le contestó brevemente así: «Vástago de Anquises, descendencia indudable de los dioses, estás viendo las profundas marismas del Cocito y la laguna estigia, por cuya divina potencia temen los dioses jurar en falso. Toda esta que ves es una muchedumbre desasistida e insepulta; aquel aduanero es Caronte; estos que transporta el agua son los sepultados. Y no se les concede atravesar las espeluznantes riberas y las roncas corrientes hasta que los huesos descansaron en su lugar. Andan errantes cien años y revolotean alrededor de estas orillas; entonces, admitidos finalmente, vuelven a ver las ansiadas marismas.» El vástago de Anquises se detuvo y frenó sus pasos, pensando en muchas cosas, y compadeciendo en su interior la inicua suerte. Ve allí tristes y privados de los honores fúnebres a Leucaspis y a Orontes, capitán de la flota licia, a quienes, nada más partir de Troya por los ventosos mares, los arrasó el austro, sumergiendo en el agua la nave y la tripulación.

He aquí que le salía al paso Palinuro, el piloto, que hacía poco, en la ruta de Libia, mientras observaba los astros, había caído desde la popa, siendo engullido en medio de las aguas. Cuando a duras penas lo reconoció, triste como iba, en la densa sombra, lo aborda antes él diciendo: «¿Qué dios, Palinuro, te nos ha arrebatado, y te ha zambullido en medio del mar? Ea, dímelo. Pues

55. Para no embarcar jamás.

56. Sabemos por Ovidio que la Sibila de Cumas tenía en este momento setecientos años y todavía le quedaban por vivir otros trescientos, privilegio que había obtenido de Apolo.

Apolo, al que no encontré antes que mintiera, ha sorprendido mi buena fe en esta sola respuesta, pues vaticinaba que tú saldrías del mar sano y salvo, y que llegarías a los territorios ausonios. ¿Qué? ¿Ésta es la fe prometida?» Palinuro, a su vez: «Ni el trípode de Apolo te ha engañado, caudillo, hijo de Anquises, ni un dios me zambulló en el mar. Pues me caí de cabeza, arrastrando conmigo el timón, que se desprendió por azar con mucha violencia, y al cual estaba yo agarrado, como su encargado que era, y con el que dirigía el rumbo. Juro por los mares encrespados que en absoluto sentí tanto miedo por mí, como de que tu nave, despojada de los aparejos, privada del piloto, se fuese a pique con las olas tan grandes que se levantaban. Tres noches invernales, en medio del inmenso mar, me arrastró el noto furioso por el agua; con esfuerzo, al cuarto día, divisé a lo lejos a Italia flotando en la cresta de una ola. Iba nadando paulatinamente hacia tierra; ya estaba en seguro, si no hubiera sido porque un pueblo cruel, cuando me hallaba con la ropa mojada y agarrando con mis manos agarrotadas las ásperas puntas de las rocas, me atacó con armas y creyó en su ignorancia que yo era un botín. Ahora me mueven las olas o los vientos me arrastran hasta el litoral. Por lo cual, por la jubilosa luz y aire del cielo, por tu padre, por la esperanza de Julo, que está creciendo, te lo pido: sácame, invencible, de esta desgracia; échame tierra encima (pues lo puedes), y busca el puerto de Velia;[57] o si hay algún camino, si alguno te manifiesta tu divina madre (pues no creo que sin el consentimiento de los dioses te dispongas a navegar por ríos semejantes y por la laguna estigia), tiende tu mano a un desgraciado,

57. Ciudad en la costa de Lucania, hoy Castellamare della Bruca, cerca de cabo Palinuro. Aquí es un anacronismo pues esta ciudad fue fundada más tarde.

y llévame contigo por las aguas, para que descanse en mi muerte en un lugar tranquilo, al menos.» Tal acababa de decir cuando la profetisa empezó de la siguiente manera: «¿De dónde, Palinuro, te viene ese deseo tuyo tan sacrílego? ¿Tú vas a contemplar, sin ser sepultado, las aguas estigias y el río sombrío de las Euménides, o vas a acercarte a la ribera sin permiso? Déjate de esperar cambiar los designios de los dioses con súplicas. Pero escucha mis palabras y acuérdate de ellas, que son el consuelo de tu duro infortunio. Pues los circunvecinos, aguijoneados por las ciudades a todo lo largo y ancho con las plagas del cielo, purificarán tus huesos y te erigirán una tumba, y asignarán carácter solemne a la tumba, y el lugar llevará a perpetuidad el nombre de Palinuro.»[58] Con estas palabras desaparecieron sus preocupaciones, y por un instante se quitó la pena de su triste corazón; una tierra con su nombre le produce alegría.

Así que reanudan el camino que habían emprendido y se aproximan al río. El marinero que los había visto desde el agua estigia avanzar desde allí por el bosque silencioso y dirigir sus pasos a la ribera, los aborda antes él de palabra como sigue, y los interpela sin más ni más: «Quienquiera que seas que caminas armado hacia nuestros ríos, ¡ea!, dime ya desde ahí a qué vienes, y detén el paso. Éste es el lugar de las sombras, del Sueño y de la Noche soñolienta; las leyes divinas prohíben que los seres vivos viajen en el esquife estigio, y no me alegré yo de acoger en mi barco al Alcida cuando vino, ni a Teseo ni a Pirítoo, aunque habían sido engendrados por los dioses[59] y nadie les había vencido por la fuerza. Aquél

58. Todavía hoy se llama cabo Palinuro.
59. El Alcida, es decir Hércules, y Pirítoo eran hijos de Júpiter; Teseo de Neptuno.

fue a buscar para encadenarlo con sus manos al guardián del Tártaro[60] en el trono del propio rey,[61] y lo arrastró temblando. Éstos intentaron sacar de la alcoba de Dite a mi dueña.»[62] La profetisa del Anfrisio[63] replicó a esto brevemente: «Aquí no hay ninguna trampa de esa clase; ahórrate moverte; y las armas no traen violencia; deja que el descomunal portero aterrorice las sombras exangües en la caverna ladrando eternamente, deja que la casta Prosérpina guarde el umbral de su tío paterno[64]. El troyano Eneas, insigne por su amor filial y por las armas, desciende a las sombras profundas del Érebo a ver a su padre. Si no te conmueve la imagen de un amor tan grande, ¡ah!, por lo menos, debes reconocer esta rama (descubre la rama que llevaba escondida en su vestido).» Entonces se tranquiliza su corazón que reventaba de ira. Y no se habló más que esto. Aquél, quedándose admirado ante el venerable don de la vara del destino, que no había visto desde hacía largo tiempo, enfila el bajel azulenco, y se aproxima a la ribera. Luego, echa de allí otras almas que estaban sentadas en los largos bancos y despeja los puentes; al mismo tiempo acoge dentro del casco al enorme Eneas. La barca de piel gimió bajo el peso, e hizo abundantemente agua por las rendijas. Finalmente, desembarca sanos y salvos a la profetisa y al héroe al otro lado del río en el barro sucio y en las ovas verdosas.

El enorme Cérbero[65] hace retumbar este reino con el

60. Cérbero.
61. Plutón.
62. Prosérpina.
63. Epíteto de Apolo, llamado así por haber custodiado durante nueve años el rebaño del rey Admeto, cerca del río de Tesalia Anfriso.
64. Plutón, su esposo y a la vez su tío, en cuanto hermano de su padre Júpiter.
65. Cérbero, guardián del infierno, tenía tres cabezas de perro, cola de dragón y crines en forma de serpientes.

ladrido de sus tres gargantas, recostado como un coloso delante de la caverna. La profetisa, viendo que ya los cuellos se erizaban con las culebras, le arroja un pastel de trigo empapado en miel y en drogas. El perro, abriendo sus tres gargantas, lo agarra conforme venía, con rabiosa hambre, y relaja sus descomunales lomos echado en tierra, y se extiende enorme por toda la caverna. Con el guardián como un muerto, Eneas se lanza a la entrada, y rápidamente traspone de la ribera del agua sin retorno.

Acto seguido, se dejaron oír voces y un enorme vagido, y las almas de niños que lloraban, en el primer umbral, a los que negro día se los llevó sin haber gozado de la dulce vida y arrancados de los pechos, y los sumergió en amarga muerte. Cerca de éstos están los condenados a muerte por una acusación falsa. Y desde luego estos emplazamientos no han sido adjudicados sin sorteo, ni sin juez: Minos,[66] el juez, mueve la urna; él convoca la asamblea de los silenciosos y entiende en lo que atañe a sus vidas y a sus cargos. Después, ocupan el siguiente lugar los tristes inocentes que se causaron la muerte con sus manos, y se desprendieron de sus almas por odio a la vida. ¡Cómo querrían ahora soportar la pobreza y los duros sufrimientos sobre la faz de la tierra! Las leyes divinas se oponen, y los encadena la laguna odiosa con sus aguas amargas, y la Éstige que se desborda en nueve círculos los retiene. Y no lejos de aquí se muestran extendidos a todas partes los Campos del Llanto; éste es el nombre que les dan. Aquí,

66. Es sabido que eran tres los jueces infernales. Minos es el juez de la región subterránea llamada Preinfierno que comprende: los niños, las almas condenadas a muerte injustamente, los suicidas sin culpa, los campos del llanto para las víctimas de un amor desgraciado y, por último, los guerreros ilustres caídos en el campo de batalla.

a quienes el duro amor concomió con cruel gangrena, apartados senderos los ocultan y una selva de arrayanes los cubre alrededor; ni en la propia muerte los abandonan las preocupaciones. En estos lugares ve a Fedra[67] y Proscis,[68] y la triste Erifile,[69] mostrando las heridas de su cruel hijo, y Evadne[70] y Pasífae;[71] acompañando a éstas va Laodamía,[72] y en el otro tiempo joven, ahora mujer, Ceneo,[73] que de nuevo le ha hecho caer el destino en la antigua figura. Entre las cuales paseaba por la gran selva la fenicia Didó, con la herida reciente; tan pronto como el héroe troyano se puso a su lado y la reconoció en las sombras oscuras, como aparece la luna a quien la ve entre nubes salir a principios de mes, o piensa que la ha visto, derramó lágrimas, y le habló con dulce amor: «Desdichada Didó, ¿así que es verdad la noticia que me había llegado de que habías fallecido, y habías llegado al final por obra de la espada? ¿De tu muerte, ¡ay!, he sido yo causa? Por las estrellas lo juro, por los dioses de arriba y por la fe bajo la tierra profunda, si es que hay alguna: contra mi voluntad, reina, me marché de tu costa. Pero las órdenes de los dioses, las que ahora me obligan a marchar por estas sombras, por lugares que el abandono ha llenado de zarzas y por la noche profunda, me empujaron con sus mandatos; y no pude creer que con mi partida te deparase yo este dolor tan grande. Detén tu paso, y no te escabullas de mi vista. ¿De quién

67. Hija de Minos y Pasífae y mujer de Teseo. Enamorada de su hijastro Hipólito y repelida por él, lo acusó injustamente ante su padre. Con la muerte de ambos termina este desdichado amor.

68. Hija de Erecteo, rey de Atenas, celosa en demasía de su marido, lo sigue a una cacería donde él involuntariamente le da muerte.

69. Su esposo Anfiarao ordenó a su hijo matarla para vengarse de su traición.

70. Mujer de Capaneo, fulminado por Júpiter. Se arrojó desesperada a la pira de su esposo.

71. Ya sabemos que tuvo amores con un toro.

72. Muerta de dolor queriendo abrazar en vano la sombra de su fallecido esposo Protesilao.

73. Amada de Neptuno, obtiene de él ser transformada en hombre. Como guerrero fue muerto en el combate y en la otra vida volvió a adoptar su forma de mujer.

huyes? Éstas son las últimas palabras que te dirijo, según el destino.» Con tales palabras trataba de suavizar Eneas aquella alma apasionada, que miraba torvamente, y las lágrimas le caían. Ella mantenía alejada los ojos clavados en el suelo, y no más se deja conmover su rostro con la conversación iniciada que si fuese duro sílice o una roca del Marpesa.[74] Finalmente se escurrió, y huyó como una enemiga al bosque sombrío, donde su antiguo esposo Siqueo responde a sus cuitas y corresponde a su amor. Y no por ello Eneas, conmocionado por su injusta desgracia, deja de seguirla de lejos con lágrimas, y se apiada de la que se iba.

Luego, prosigue el camino indicado. Y ya llegaban a los confines del campo, que habitan aparte los esclarecidos en la guerra. Aquí corre a su encuentro Tideo,[75] aquí Partenopeo, famoso por las armas, y la imagen del pálido Adrasto;[76] aquí están los dardánidas tan llorados en el mundo de arriba y que cayeron en combate, al ver a todos los cuales en una larga hilera Eneas se puso a llorarlos, a Glauco, y Medonte y Tersílo,[77] los tres Antenóridas,[78] y Polibetes, consagrado a Ceres, e Ideo,[79] que mantenía todavía el carro, todavía las armas. A derecha e izquierda lo rodean numerosas almas. Y no basta con verle; les agrada detenerse más, y andar a su lado, y enterarse de los motivos de su llegada. Ahora bien, cuando los próceres de los dánaos y las falanges de Agamenón vieron al héroe y sus armas refulgentes en las sombras, se echaron a temblar con enorme miedo; unos

74. Montaña de Paros, abundante en mármol.
75. Padre del ilustre Diomedes.
76. Que se quedó con palidez eterna de ver morir ante sus ojos a Tideo y Polinices ante 1
77. Los tres principales aliados de los troyanos.
78. Hijos de Antenor, uno de los principales héroes troyanos.
79. Conductor del carro de Príamo.

volvían la espalda, como antaño se habían dirigido a los barcos; otros sacaban un hilillo de voz: el grito que habían comenzado los deja con la boca abierta.

Y aquí vio a Deífobo, el hijo de Príamo,[80] con todo el cuerpo destrozado, con la cara cruelmente desfigurada, la cara y ambas manos, y las sienes arrasadas, las orejas arrancadas, y las narices mutiladas en horrible herida. Apenas pudo reconocerlo, lleno de temor y cubriendo sus espantosos suplicios, y le interpela inmediatamente con la voz conocida: «Deífobo, poderoso en las armas, linaje de la alta sangre de Teucro, ¿quién se jactó de infligirte tan cruel castigo? ¿Quién se tomó tanta libertad contigo? A mí me llegó la noticia de que tú, la última noche, cansado de la vasta matanza de pelasgos, sucumbiste encima de un montón confuso de cadáveres. Entonces yo mismo te erigí un cenotafio en la costa retea,[81] e invoqué a los manes tres veces en voz alta. Tu nombre y tus armas subsisten en el lugar; a ti, amigo, no pude verte e inhumarte en la tierra patria al partir.» A lo cual respondió el hijo de Príamo: «Nada te has dejado tú, amigo; cumpliste con todo lo que debías a Deífobo y a las sombras de su cadáver. Pero mi destino y el crimen mortal de la lacedemonia me hundieron en estas desgracias; ella me dejó este recuerdo. Pues tú sabes cómo pasamos la última noche en medio de una alegría falsa; y tienes que acordarte de ello en exceso. Cuando el caballo del destino saltó por encima de la elevada Pérgamo y trajo en su vientre pesado la infantería armada, aquélla, fingiendo un coro, guiaba a las frigias de una a otra parte, gritando el frenético evoé;[82] ella

80. Al morirse Paris se casó con la lacedemonia Hélena.
81. Costa vecina a Troya.
82. Celebrando una fiesta báquica el grito evoé es el propio de las bacantes.

misma, en el medio, tenía una gran llama, y llamaba a los dánaos desde la alta ciudadela. Entonces yo, desdichado de mí, agobiado por las preocupaciones y amodorrado con el sueño, me hallaba en la alcoba, y tumbado como estaba me invadió una dulce y profunda quietud, muy parecida a una plácida muerte. Entretanto mi egregia esposa retira de la casa todas las armas, y había sustraído de la cabecera mi fiel espada; llama dentro de la casa a Menelao, y le abre la puerta, esperando sin duda que ello sería un gran regalo para su amante, y que de este modo podía desvanecerse la mala fama de sus antiguas maldades. ¿Para qué demorarme? Irrumpen en la alcoba; se suma a ellos para acompañarles el hijo de Éolo, consejero de crímenes.[83] Oh dioses, pagad con la misma moneda a los griegos, si pido el castigo con boca piadosa. Pero tú, ea, cuéntame a tu vez qué venturas te han llevado vivo. ¿Llegas traído por el vagabundo viaje del mar o por inspiración de los dioses? ¿O qué otra fortuna te persigue para que vinieses a las tristes casas sin sol, a los lugares caóticos?» Durante esta plática la aurora con su cuadriga de rosa, había pasado ya el centro del cielo en su ruta celeste; y quizá se pasasen todo el tiempo concedido en una conversación así. Pero su acompañante, la Sibila, le advirtió y le habló brevemente: «Se va la noche, Eneas; nosotros pasamos las horas en llantos. Aquí es el sitio donde el camino se divide en dos direcciones: el de la derecha que corre al pie de las murallas del gran Dite; por ahí tenemos el camino al Elíseo; ahora bien, el de la izquierda inflige el castigo a los malos, y los envía al tártaro despiadado.» Deífobo replica: «No te enfades, gran sacerdotisa; voy

83. Se refiere a Ulises.

a marcharme, iré a completar el número, y regresaré a las tinieblas; ve, ve, honor nuestro; ten mejor suerte.» Sólo dijo esto, y mientras hablaba se dio la vuelta.

Se vuelve Eneas de pronto, y ve, bajo un roquedal a su izquierda unas murallas anchas, rodeadas de un triple muro, que pasa lamiendo con sus llamas abrasadoras un río arrebatado, el Flegetón del Tártaro,[84] y arrastra guijarros sonoros. La puerta de enfrente, enorme, y las columnas de diamante macizo, de manera que ni la fuerza de hombre alguno, ni siquiera los propios habitantes del cielo serían capaces de derribarlas en caso de guerra; una torre de hierro se alza en el aire, y Tisífone,[85] sentada, vestida con un manto sangriento, guarda el vestíbulo sin dormir día y noche. Desde aquí se oían gemidos y chasqueaban crueles latigazos; luego, el chirriar del hierro, y cadenas arrastradas. Eneas se detuvo, y quedó paralizado, aterrorizado por el estrépito. «Qué tipo de crímenes, dime, oh virgen; ¿qué castigos se les aplican? ¿Qué estruendo tan grande llega al aire?» Entonces la profetisa comenzó a hablar de la siguiente manera: «Ínclito caudillo de los teucros, las leyes divinas prohíben que ninguna persona casta pise el umbral criminal; mas cuando Hécate me puso al frente de los bosques del Averno, ella misma me enseñó los castigos de los dioses, y me hizo recorrerlo todo. Radamanto de Cnosos[86] manda en este reino durísimo, y oye y castiga los crímenes, y obliga a confesar los pecados que cada cual cometió en el mundo de arriba,

84. Acabada la visita al Preinfierno entran en el Tártaro, región del infierno asignada a las almas de los malvados. El Flegetón es el río del fuego.

85. Una de las tres Furias infernales, hija del río Aqueronte y de la Noche.

86. Hijo de Júpiter y Europa. Se presenta como otro juez del reino de los muertos.

disfrutando inútilmente de haberlos ocultado, y cuyo castigo demoró hasta la lejana muerte. Acto seguido, la vengadora Tisífone, empuñando un látigo, azota a los culpables, saltando sobre ellos, y arrimándoles con la izquierda las siniestras serpientes llama a la cruel cuadrilla de las hermanas. Luego, se abren finalmente las puertas sagradas, que chirrían con sus goznes de escalofriante ruido. ¿Ves qué clase de guardián está sentado en el vestíbulo? ¿Qué rostro vigila el umbral? La Hidra[87] descomunal, aún más cruel, se halla sentada en el interior con sus cincuenta bocas negras. A continuación el Tártaro propiamente dicho se abre al abismo y se extiende dentro de las sombras dos veces la altura del cielo hasta el Olimpo etéreo. Aquí, un linaje antiguo de la tierra, los jóvenes Titanes,[88] se revuelven en las profundidades, abatidos por el rayo. Aquí vi también a los dos Aloidas,[89] de descomunal corpulencia, que intentaron desgajar el gran cielo con sus manos y expulsar del reino superior a Júpiter. Vi también a Salmoneo[90] sufriendo un cruel castigo. Éste, viajando con cuatro caballos y blandiendo una antorcha, mientras imita las llamas de Júpiter y el eco del Olimpo, iba triunfante por los pueblos de los griegos y por medio de la ciudad de Élide, y reclamaba para sí el honor de los dioses, ¡loco!, que remedaba las nubes y el rayo inimitable con el bronce y el trotar de los solípedos caballos. ¡Ay!, pero el Padre Todopoderoso lanzó su dardo entre las densas nubes, no precisamente antorchas y las lumbres humeantes de las teas, y lo arrojó de cabeza en un

87. No es la hidra de Lerna que vimos en el vestíbulo.

88. Hijos de la Tierra y de Saturno, fulminados por el rayo de Júpiter.

89. Los gigantes Oto y Efialtes, hijos de Neptuno e Ifidemía. Son llamados Aloidas por el nombre del marido de Ifidemía, Aloo. Fueron muertos por Apolo.

90. Hijo de Éolo, rey de Élide. Al pretender emular a Júpiter fue fulminado por éste.

descomunal remolino.[91] Igualmente había posibilidad de ver a Titio,[92] engendro de la Tierra que todo lo pare, cuyo cuerpo se extiende nueve yugadas enteras y un buitre gigantesco, rebañando con el corvo pico su hígado inmortal y sus entrañas, que se reproducen con el castigo, rebusca para su festín y habita dentro del alto pecho, y no se concede tregua a las fibras renacidas. ¿A qué recordar a los lápitas, a Ixión y Pirítoo?[93] Otros revuelven un enorme peñasco, o cuelgan estirados en los radios de las ruedas;[94] sentado está y seguirá sentado eternamente el desgraciado Teseo[95] y el desdichadísimo Flegias[96] advierte a todo el mundo, y testifica con gran voz en las sombras: «Aprended la justicia con mi ejemplo, y no despreciad a los dioses.» Encima de él sobresale una piedra negra de sílice, que va a desprenderse de un momento a otro, y que parece que se está cayendo; relucen los soportes dorados de los altos lechos del banquete, y el festín preparado en su presencia con lujo regio; la mayor de las Furias está echada a su lado y le impide tocar las mesas con sus manos, y se levanta alzando una antorcha, y salen truenos de su boca. Encerrados aquí aguardan el castigo los que odiaron a sus hermanos, mientras tenían vida, o pegaron a su padre, o enredaron en fraude a su cliente, o los que acapararon para ellos solos el tesoro que encontraron, y no dieron parte a los suyos, que es la patulea más numerosa, y los que fueron muertos por adulterio y los que siguieron armas impías, y los que no tuvieron

91. Entiéndase, al mundo de los muertos.
92. Hijo de la Tierra. Fue muerto por Apolo y Júpiter.
93. Son respectivamente, pueblo feroz de Tesalia, célebre por combatir a los centauros; rey de los lápitas y Pirítoo, su hijo, que intentó raptar a Prosérpina.
94. En el primer caso se trata de Sísifo; en el segundo de Ixión.
95. Que intentó raptar a Prosérpina y, según la tradición, fue liberado por Hércules.
96. Padre de Ixión que intentó vengarse de Apolo, por una ofensa a su hija, quemándole el templo.

empacho en faltar a la lealtad prometida a sus dueños. No me pidas que te enseñe qué castigo aguardan, ni la clase de infortunio que los hundió. Éste vendió su patria por oro,[97] y le impuso un poderoso tirano; promulgó y derogó leyes por dinero; éste conquistó la alcoba de su hija y unas relaciones prohibidas. Todos tuvieron audacia para una brutalidad abominable y cosecharon el fruto de su audacia. Aunque tuviese cien lenguas y cien bocas, y una voz de hierro, no podría yo abarcar todos los tipos de crímenes, recorrer todos los nombres de los castigos.

Cuando hubo explicado estas cosas la longeva sacerdotisa de Febo: «Pero, ea, emprende ya el camino, y acaba de terminar con tu deber; démonos prisa», dice. «Estoy contemplando las murallas[98] levantadas por las forjas de los ciclopes,[99] y las puertas con el arco enfrente de nosotros, donde nos mandan depositar el don indicado.» Había terminado, y, andando al par por caminos sombríos, salvan la distancia que los separaba, y se aproximan a las puertas. Alcanza Eneas la entrada, y salpica su cuerpo con agua corriente,[100] y cuelga la rama[101] en la fachada del umbral.

Después de llevar a término esto finalmente y de cumplir su deber con la diosa, vinieron a parar a unos lugares alegres y a amenas praderas de los Bosques Afortunados y a las mansiones felices. Aquí, un cielo más generoso y de luz purpúrea baña los campos, y conocen un sol propicio, unas estrellas propias. Parte

97. Según Servio aquí Virgilio alude a Curión y Antonio, mientras que para los comentaristas modernos es una alusión genérica.

98. Se refiere al reino de Plutón.

99. Los ciclopes trabajaban en la fragua de Vulcano y fabricaban los rayos de Júpiter.

100. Era costumbre de los antiguos bañarse con agua antes de entrar en los templos. Aquí Eneas va a entrar en el Elíseo, lugar sagrado, sede de los justos.

101. Se refiere al ramo de oro.

ejercita el cuerpo en gimnasios cubiertos de césped, compiten en juego y luchan en la arena amarilla; parte danzan batiendo con los pies y entonan canciones. Igualmente el sacerdote tracio[102] acompaña su ritmo con las siete notas de la lira, que ora pulsa con los dedos, ora con una púa de marfil. Aquí se encontraba la vieja prosapia de Teucro, descendencia hermosísima, los héroes campeadores, nacidos en mejores años, Ilo, Asáraco, y Dárdano, fundador de Troya.[103] Quédase admirado de las armas, allí lejos, y de los carros vacíos de los héroes. Las lanzas están clavadas en tierra, y a su aire pacen los caballos sueltos por el campo. El gusto que sentían cuando estaban vivos por los carros y las armas, el celo que tenían por apacentar los lustrosos caballos, esos mismos los persiguen sepultados en la tierra. He aquí que a izquierda y derecha, ve a otros comiendo en la hierba y entonando a coro el feliz peán[104] en una fragante floresta de laurel, desde donde, del mundo superior, cae en cascada a través de la selva el inmenso caudal del Erídano.[105] Aquí están los grupos que sufrieron heridas combatiendo por la patria, y los que fueron sacerdotes castos, mientras tenían vida, y los que fueron adivinos piadosos y hablaron cosas dignas de Febo, o los que alegraron la vida con las artes que inventaron, y los que hicieron que otros se acordasen de ellos con sus merecimientos; todos éstos llevan las sienes ceñidas con cintas blancas como la nieve. A los cuales habló la Sibila, desperdigados como estaban, y antes que a los demás

102. Orfeo.

103. De la hija de Teucro, venido de Creta, y de Dárdano venido de Italia, nace Tros. De Tros nacen Ilo y Asáraco.

104. Canto de júbilo en honor de Apolo.

105. Río legendario identificado con el Po donde Erídano-Fetonte, hijo del Sol, fue precipitado por el rayo de Júpiter.

a Museo;[106] pues la numerosa muchedumbre le cerca a éste en el medio y han de mirar arriba porque sobresale con sus altos hombros: «Decidme almas felices, y tú, vate excelente, ¿en qué región, en qué lugar está Anquises? Pues por él hemos venido y hemos atravesado los grandes ríos del Érebo.» Y el héroe le dio una respuesta de pocas palabras: «Ninguno tiene una casa determinada; habitamos por los bosques sombríos y andamos por los ribazos y los prados refrescados por los arroyos. Mas vosotros, si así os lo pide vuestro deseo, trasponed este repecho; y pronto os pondré allí por una senda fácil.» Dijo, y echó a caminar delante, y desde arriba les muestra los campos luminosos; a continuación, dejan la alta cresta.

Y por su parte el padre Anquises revisaba, repasándolas con gusto, las almas encerradas en lo hondo de un valle verdeante y que habrían de ir a la luz de arriba, y acaso contaba todo el número de los suyos y sus queridos nietos, y el destino y la suerte de los individuos y las costumbres y los éxitos. Y cuando vio a Eneas venir de frente por la hierba, extendió alegre sus dos manos, y las lágrimas le cayeron por las mejillas, y las palabras se le salían de la boca: «¿Viniste por fin, y el amor que tu padre aguardaba venció el duro camino? ¿Me es dado contemplar tu cara, hijo, y oír y responderte con voces conocidas? Así exactamente se me antojaba y pensaba que iba a ocurrir, contando los días, y mi ansiedad no se ha frustrado. ¡Después de recorrer qué tierras y qué grandes mares te contemplo! ¡A qué grandes peligros expuesto, hijo! ¡Cuánto temí que el reino de Libia te deparase algún daño!» Eneas, a su vez: «Tu imagen,

106. Poeta mítico, discípulo de Orfeo.

padre, tu triste imagen, que tantas veces se me presentó, me movió a encaminarme a estos umbrales; la escuadra está atracada en las saladas aguas del Tirreno. Permíteme estrechar tu mano, permítemelo, padre, y no te sustraigas a mi abrazo.» Así hablando, al mismo tiempo regaba su cara con copioso llanto. Tres veces intentó allí echarle los brazos al cuello, tres veces se escabulló de sus manos la imagen, vanamente apresada, igual a los vientos ligeros y muy parecida al alado sueño.

Entretanto, ve Eneas en un valle apartado un bosque escondido y selvas de resonantes ramas y el río Leteo, que fluye alrededor de las plácidas mansiones. En torno a éste revoloteaban innúmeras gentes y pueblos, como cuando en el verano sereno las abejas se posan en las variadas flores de los prados, y se desparraman alrededor de los lirios blancos; todo el campo resuena con el zumbido. Ante la súbita aparición se estremece Eneas, y, como no lo sabe, pregunta las razones, qué ríos son aquéllos de más adelante, qué hombres son los que han llenado las riberas en tan gran tropel. Entonces el padre Anquises dice: «Las almas, a las que según el destino se les debe otros cuerpos, beben en la corriente del río Leteo el agua de la tranquilidad y largos olvidos. Ya hace tiempo que deseo hablarte de éstas precisamente y mostrártelas en tu presencia, y enumerar esta prole de los míos, para que te alegres más conmigo de haber descubierto a Italia.» «Oh padre, ¿es que hemos de creer que algunas almas irán por el aire desde aquí al cielo, y volverán otra vez a los tardos cuerpos? ¿Por qué sienten las desgraciadas tan sacrílego deseo por la luz?» «Voy a decírtelo, hijo, y no te voy a tener en suspenso.» Toma la palabra Anquises, y le revela por su orden cada cosa.

«En primer lugar,[107] el cielo y las tierras y las llanuras líquidas y el luciente globo de la luna y el astro solar los alimenta un espíritu interior, y una mente infusa en sus partes mueve toda su masa y se mezcla en toda su materia. De él procede el género humano y animal y la vida de las aves y las criaturas que lleva el mar bajo su llanura de mármol. Aquellas semillas poseen un vigor ígneo y un origen celeste, en la parte en que no ejercen su lastre los átomos nocivos ni su torpeza las coyunturas terrenales y los miembros, destinados a morir. En virtud de éstos, temen y desean, sufren y gozan, y no ven las auras, encerradas en las tinieblas y en la cárcel ciega. Es más, cuando la vida las abandona el último día, a pesar de ello, no les sale de raíz a las desgraciadas todo el mal y todas las enfermedades corporales, y es forzoso que sigan creciendo profundamente durante largo tiempo muchas impurezas que se les han pegado en forma maravillosa. De manera que reciben su castigo y sufren los tormentos de sus viejos pecados: algunas cuelgan tendidas al viento vacío; otras lavan su crimen hasta purificarse bajo una gran masa de agua, o lo expían con fuego (cada cual sufrimos nuestros manes; posteriormente nos echan por el amplio Elíseo, y unos pocos habitamos los campos felices) hasta que un largo día, cumplido el paso del tiempo, ha eliminado la impureza adherida, y deja pura la mente celestial y el fuego del aura simple. A todas éstas, cuando cumplieron un período de mil años, las llama el dios en una gran columna al río Leteo, es a saber, para que ellas, que no recuerdan, vuelvan a ver de nuevo la bóveda de arriba, y comiencen a querer regresar a los cuerpos.»

107. Aquí Anquises expone la teoría del alma universal conectada con la de la trasmigración de las almas o metempsicosis.

Había terminado Anquises, y tira de su hijo y con él de la Sibila al medio de la concurrencia y de la muchedumbre clamorosa, y coge una elevación, desde donde podía ir viendo a todos de frente en larga hilera, y reconocer sus caras conforme llegaban.

«Ea, ahora voy a explicarte qué gloria acompañará en adelante a la descendencia dardania, qué nietos te aguardan de raza itálica, las almas ilustres y que han de ir en pos de nuestro hombre, y te enseñaré tu destino. Aquel joven, ¿ves?, que se apoya en una lanza sin hierro, tiene por sorteo el lugar más próximo a la luz,[108] será el primero que surgirá al aire del cielo con mezcla de sangre itálica, Silvio, nombre albano, tu tardía descendencia, a quien parirá tardíamente en las selvas para ti ya viejo como rey y padre de reyes tu esposa Lavinia, a partir del cual nuestro linaje será dueño y señor en Albalonga. Aquel inmediato es Procas, gloria de la raza troyana, y Capis, y Númitor, y el que te evocará con el nombre, Silvio Eneas,[109] egregio igualmente por su piedad como por sus armas, si alguna vez recibe a Alba para ser rey en ella. ¡Qué jóvenes! ¡Qué fuerzas manifiestan (mira), y llevan las sienes sombreadas por la corona civil![110] Éstos te levantarán Nomento, y Gabios, y la ciudad de Fidenas; éstos pondrán en lo alto de las montañas la ciudadela de Colacia, Pometios, Castro Inui, Bola y Cora.[111] Éstos serán nombres entonces; ahora son tierras sin nombre. Además, Rómulo,[112] a quien engendrará su madre Ilia,[113] de la sangre de

108. El primero que se reencarnará en una nueva vida.
109. Todos ellos reyes de Albalonga.
110. La corona civil de encina se daba al fundador de una nueva ciudad o colonia. Estos reyes, según la tradición, fundaron las treinta ciudades de la confederación albana o latina.
111. Ciudades del Lacio y zonas circundantes.
112. Fundador mítico de Roma y su primer rey.
113. Hijo de Rea Silvia.

Asáraco,[114] emparentado con Marte, se sumará de compañero de su abuelo.[115] ¿No ves cómo se alzan en su cabeza dos penachos, y el propio padre con su honor lo señala ya como una deidad? Mira, hijo, con los auspicios de éste, aquella celebérrima Roma igualará el imperio con las tierras, su espíritu con el Olimpo, y una como es, rodeará sus siete ciudadelas con un muro, feliz con la descendencia de sus hombres: como la madre berecintia[116] viaja con sus torres en carro por las ciudades frigias, contenta con el parto de los dioses,[117] abrazando a cien nietos, todos habitantes del cielo, todos viviendo en altas mansiones. Dirige aquí ahora tus dos pupilas, mira esta familia y a tus romanos. Éste es César[118] y toda la descendencia de Julo, que ha de surgir bajo la gran bóveda del cielo. Éste es, éste es el hombre del que tantas veces oyes que es una promesa tuya, César Augusto,[119] linaje de dios, quien fundará de nuevo el siglo de oro en el Lacio, en la tierra en que antaño reinó Saturno; dilatará el imperio más allá de los garamantes y de los indios;[120] hay una tierra fuera de las estrellas, fuera del camino del año y del sol,[121] donde el portador del cielo, Atlas, sostiene en sus hombros la bóveda, tachonada de ardientes estrellas. Ya ahora los reinos caspios y la tierra meotia sienten pánico con las predicciones de los dioses a la llegada de éste, y las desembocaduras del Nilo,[122] de siete ramales, están temblando turbadas. Ni siquiera el

114. Hijo de Rea Silvia y el dios Marte.
115. Númitor, padre de Rea Silvia.
116. Cíbele, llamada Berecintia por el monte Berecinto, en Frigia, donde la diosa tenía su culto más importante.
117. Cíbele era la madre de los dioses.
118. Julio César y la familia Julia que provenía de Julo Ascanio, hijo de Eneas y Creúsa.
119. Octaviano o Augusto.
120. Las tierras africanas del sur y los pueblos de oriente respectivamente.
121. Es decir, fuera del zodíaco.
122. Alusión a los viajes de Augusto a Oriente.

Alcida fue a tantas tierras, aunque haya cazado la cierva de patas de bronce, o pacificado los bosques del Erimanto,[123] y haya hecho temblar con su arco a Lerna; tampoco el que gobierna su carro victorioso con riendas de ramas de vid, Líber,[124] azuzando los tigres desde la alta cima del Nisa. ¿Y todavía dudamos en extender nuestras fuerzas por el valor, o el miedo nos impide establecernos en tierra ausonia? Pero ¿quién es aquél, allí lejos, que se destaca por las ramas de olivo y que lleva los objetos sagrados[125]? Reconozco el pelo y la barba sin canas del rey romano, el primero que echará los cimientos de la ley en la ciudad romana, que, proveniente de los pequeños curetes[126] y una tierra pobre, alcanzará un gran poder. Al cual seguirá después Tulo,[127] quien ha de sacudir la pereza de la patria e impeler a las armas a los hombres enervados y los ejércitos ya deshabituados a los triunfos. Al cual sigue de inmediato Anco,[128] un tanto jactancioso, que ya ahora también disfruta demasiado con las auras populares. ¿Quieres ver también a los reyes Tarquinios,[129] y el alma gallarda del vengador Bruto,[130] y los fasces[131] recuperados? Éste será el primero en detentar el poder consular y las crueles segures,[132] y a sus hijos que promovían nuevas guerras el padre los someterá al suplicio por la hermosa libertad. ¡Desgraciado!, comoquiera que considere estos hechos la posteri-

123. Se refiere a los trabajos de Hércules.

124. El dios Baco que inició su viaje a la India para enseñar el cultivo de la vid desde el monte Nisa.

125. Se trata del rey Numa Pompilio al que según la tradición se le atribuyen las principales instituciones religiosas de la Roma antigua.

126. Cure, en la Sabinia, ciudad natal de Numa.

127. Tulo Hostilio que será un rey guerrero.

128. Anco Marcio.

129. Tarquinio Prisco y Tarquinio el Soberbio.

130. Bruto, el instaurador de la república en Roma, acabando con la monarquía.

131. Son un símbolo del poder consular, consistente en un haz de varas; de esta palabra procede la moderna de fascismo.

132. Símbolo de la ley inexorablemente vengadora y que puede, por tanto, conllevar crueldad.

dad; vencerá el amor de la patria y el desmedido deseo de gloria. Pero, en fin, mira allí lejos a los Decios y Drusos y a Torcuato, despiadado por la segur, y a Camilo recuperando las banderas. Por otra parte, aquellas almas que ves refulgir con armas iguales, concordes ahora y en tanto las sepulta la noche, ¡ay!, ¡qué gran guerra promoverán entre ellos, así que alcancen la luz de la vida, qué grandes ejércitos, qué devastación! El suegro, bajando de la cordillera alpina y la ciudad de Mónaco, el yerno, equipado contra él con las tropas del Oriente.[133] No, muchachos, no acostumbrad vuestros corazones a guerras tan grandes, ni dirijáis vuestras vigorosas fuerzas contra las entrañas de la patria. ¡Y primero tú, perdona tú, que traes el linaje del Olimpo,[134] arroja las armas de tu mano, sangre mía! Aquél, victorioso después de haber triunfado sobre Corinto, conducirá su carro al alto Capitolio, distinguido por la matanza de aqueos.[135] Aquél destruirá Argos y la Micenas de Agamenón, y al propio descendiente de Éaco,[136] linaje de Aquiles, poderoso con las armas, vengando a sus abuelos troyanos y la profanación del templo de Minerva. ¿Quién te dejará sin nombrar a ti, gran Catón, o a ti, Coso? ¿Quién, el linaje de Graco, o los dos Escipiones, un par de rayos de la guerra; la destrucción de Libia, y a Fabricio, poderoso con poco, o a ti, Serrano,[137] sembrando en el surco? ¿Adónde me lleváis, cansado como ya estoy, Fabios? Tú

133. Se trata de César y Pompeyo, y la referencia es a la gran guerra civil entablada entre ambos. El primero fue suegro del segundo.

134. Se refiere a César que como descendiente de Julo tiene la sangre de la diosa Venus.

135. El general L. Mummio, vencedor de los griegos y destructor de Corinto.

136. Perseo.

137. Son respectivamente: Catón el Censor, A. Cornelio Coso, los hermanos Gracos, el Escipión de Zama y el destructor de Cartago, Fabricio el que no se dejó corromper por la oferta de Pirro, C. Atilio Serrano, que se encontraba sembrando la tierra cuando le dieron la noticia de que había sido nombrado cónsul.

eres aquel famoso Máximo,[138] el único que recuperas nuestro poder con tus titubeos.[138] Otros[139] cincelarán con más gracia estatuas de bronce animadas, lo admito sinceramente; sacarán del mármol rostros vivos, defenderán mejor las causas, y describirán con el radio los recorridos del cielo y predirán la salida de los astros; tú,[140] romano, acuérdate de gobernar a los pueblos con tu poder; éstas serán tus artes; e imponer las normas de la paz, respetar a los sujetos y desarmar a los bravos.»

Así decía el padre Anquises, y ante la admiración de ellos añade lo siguiente: «¡Mira cómo avanza Marcelo,[141] distinguido con un riquísimo botín, y sobresale victorioso por encima de todos los hombres! Éste enderezará el estado romano, perturbado por una gran revuelta, echará por tierra como caballero a los cartagineses y al galo rebelde, y colgará las terceras armas en honor del padre Quirino.[142]» Y en este punto Eneas (pues veía que con él iba un joven de egregia figura y resplandecientes armas, pero cuya frente estaba poco alegre, y la cabeza, baja): «¿Quién es aquel, padre, que acompaña de ese modo al héroe en su paseo? ¿Su hijo, o alguno del gran linaje de mis nietos? ¡Qué barahúnda de acompañantes alrededor! ¡Qué imponente es él mismo! Pero una noche negra revolotea con su triste sombra alrededor de su cabeza.» Entonces comenzó el padre Anquises, brotándole las lágrimas: «Oh hijo mío, no preguntes por el gran duelo de los tuyos;[143] el destino solamente

138. Quinto Fabio Máximo, llamado «el titubeante» por sus maniobras en la guerra contra Aníbal.

139. Se refiere a los griegos.

140. Éste es el famoso pasaje de *La Eneida* donde se establece el papel de los romanos en el mundo.

141. M. Claudio Marcelo, valeroso combatiente en la segunda guerra púnica.

142. Se refiere a la costumbre de ofrecer las armas y el botín a los dioses; Virgilio insinúa que este hecho ocurrirá por tercera vez a propósito de Marcelo.

143. Anquises habla ahora de Marcelo, el hijo de Octavia, hermana de Augusto, el cual, si no es por su muerte prematura, hubiera sucedido a Augusto. Su muerte fue causa de luto nacional.

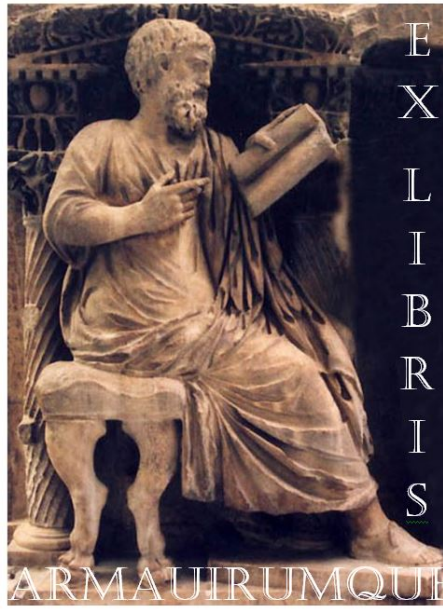
mostrará a éste en las tierras, y no le permitirá que exista más. Demasiado poderosa os ha parecido, dioses, que iba a ser la descendencia romana, si estos dones hubiesen sido suyos propios. ¡Qué grandes lamentaciones de los hombres arrastrará aquel Campo a la gran ciudad de Marte! ¡Qué funeral contemplarás, Tíber, cuando te deslices junto al reciente Mausoleo! Ningún niño de la raza troyana llevará a tan altas esperanzas a sus abuelos latinos, ni jamás la tierra de Rómulo se sentirá tan orgullosa con ninguno de sus hijos. ¡Ay amor, ay fe antigua, y mano invencible en la guerra! Nadie le hubiera salido impunemente al paso a aquel armado, ni cuando marchaba como infante contra el enemigo, ni cuando picaba espuelas en los flancos de un caballo espumoso. ¡Ay niño digno de compasión! ¡Si pudieses vencer tu cruel destino! Tú serás Marcelo. Traedme lirios a manos llenas; voy a salpicarlo de flores rojas, y a cubrir siquiera con estos dones el alma de mi nieto, y a cumplir el vano rito funerario.»

Así pasean de un lado para otro por toda la demarcación en los alegres campos de las Sombras, y lo van mirando todo. Después que Anquises hizo ver a su hijo todos y cada uno de los detalles, y enciende su ánimo con el deseo de la fama venidera, a continuación cuenta el héroe las guerras que tiene que hacer en lo sucesivo, y le informa de los pueblos laurentes y de la ciudad de Latino, y la manera como ha de escapar o soportar cada calamidad.

Hay dos puertas del Sueño, una de las cuales se dice que es de cornejo, por la que se da fácil salida a las sombras verdaderas. La otra, brillante, construida de marfil resplandeciente, pero los manes envían al cielo falsos sueños. Hasta allí, entonces, acompaña Anquises

con estas palabras a su hijo y con él a la Sibila, y los despide por la puerta de marfil. Eneas corta camino hacia las naves y se reúne con los compañeros. Luego se dirige, siguiendo la costa, al puerto de Gaeta.[144] Arrojan el ancla de la proa; los bajeles quedan varados en la playa.

144. Nombre dado a ese litoral por Eneas en memoria de su nodriza Gaeta. Hoy Gaeta es una ciudad y puerto del Lacio.



LIBRO SÉPTIMO

Tú también, Gaeta, nodriza de Eneas, diste al morir eterna fama a nuestras costas. Todavía ahora persiste tu honor en el lugar, y tu nombre es índice de tus huesos en la gran Hesperia, si ésta es alguna gloria.

Y el justo Eneas, después de celebrar el funeral como es debido y de construir el túmulo, así que se aplacó el mar, emprende la marcha a vela, y abandona el puerto. Sigue soplando la brisa hasta la noche, y la luna, brillante, no entorpece el rumbo; el mar riela bajo la trémula luz. Bordean la costa cercana a la tierra de Circe,[1] donde la rica hija del Sol hace resonar con su perpetuo canto los bosques por nadie hollados, y en su majestuosa mansión quema cedro perfumado para alumbrarse de noche, cuando repasa con su exquisito peine las delgadas madejas. Desde aquí se oían los gemidos y la rabia de los leones, luchando contra las cadenas y rugiendo a avanzadas horas de la noche, y enfurecerse a los puercos, cubiertos de cerdas, y a los osos en sus establos, y lobos de gran tamaño, que la cruel diosa, Circe, había convertido con hierbas poderosas de figura de hombres en cara y cuerpo de bestias. Para que los piadosos troyanos no sufriesen semejantes monstruos, si arribaban a puerto, ni se acercasen a las

1. Maga, hija del Sol, habita la isla de Ea, donde hoy está el monte Circeo, cerca de Gaeta y Terracina. En *La Odisea* convierte en animales a todos los compañeros de Ulises.

maléficas costas, Neptuno hinchó las velas con vientos favorables, y les procuró la huida, los transportó, esquivando los rompientes.

Y ya enrojecía el mar con los rayos, y, desde el alto éter, refulgía la aurora en su biga de rosas, cuando se echaron los vientos, y cesó de pronto todo soplo, y los remos bregan en el viscoso mármol. Y en ese momento, Eneas divisa desde el mar un enorme bosque. En medio de éste desemboca en el mar el Tíber, de amena corriente, con sus rápidos remolinos, y amarillo por la mucha arena. A su alrededor y por encima de él pájaros variados, acostumbrados a sus riberas y al caudal de su corriente, encantaban el aire con sus trinos, y volaban por el bosque. Ordena a los compañeros cambiar el rumbo y enfilar proa a tierra, y se aproxima contento al río sombreado.

Ea, Erató,[2] ahora voy a explicar qué reyes, qué circunstancias de los tiempos, cuál era la situación en el antiguo Lacio, cuando un ejército extranjero varó por primera vez su escuadra en las orillas ausonias, y me remontaré a los mismos comienzos de la lucha. Tú diosa, tú, aviva el seso del poeta. Voy a hablar de guerras horripilantes, voy a hablar de frentes de batalla, y de reyes, llevados por su coraje a la muerte, y del poder tirreno, y de toda Hesperia empujada a las armas. Una serie más importante de acontecimientos se abre ante mí, una obra más importante promuevo.

El rey Latino, ya bastante viejo, regía las tierras y las ciudades apacibles en larga paz. Tenemos entendido que éste nació de Fauno y de una ninfa laurente, Marica. El padre de Fauno era Pico; y éste te tiene a ti por padre,

2. Una de las nueve musas, hija de Júpiter y Mnemosine. Preside la poesía lírica, en particular la amorosa.

Saturno; tú eres el último autor de la sangre. Por designios de los dioses, Latino no tenía hijo ni descendencia varonil, y la que tuvo le fue arrebatada en la primera juventud. Sólo quedaba en la casa y en posesiones tan grandes una hija, madura ya para esposo, ya casadera con sus años cumplidos. Muchos la pretendían a ella del gran Lacio y de toda Ausonia. La pretende el que es más hermoso que todos los demás, Turno, poderoso por sus abuelos y por sus bisabuelos, a quien la esposa real se apresuraba con maravilloso celo a unirle por yerno. Pero los prodigios divinos se oponen con múltiples terrores. Había un laurel en medio de la casa, en un elevado patio, de ramas sagradas, y que fue venerado con temor durante muchos años, que se decía que el propio padre, Latino, lo había descubierto justo cuando echaba los cimientos de la ciudadela y lo había consagrado a Febo, y que por él dio el nombre de laurentes a los colonos. Unas abejas apelotonadas (cosa que decirla causa maravilla), que habían llegado a través del aire transparente con fenomenal zumbido, se posaron en lo alto de la copa de este laurel, trabándose entre sí por las patas, y de pronto quedó colgando un enjambre de la rama frondosa. Al instante, vaticina el adivino: «Veo que se acerca un hombre extranjero, y que su ejército viene al mismo lugar desde el mismo lugar, y se convierte en señor de la suma ciudadela.» Además, mientras la virgen Lavinia[3] perfuma los altares con castas teas y está de pie junto a su padre, se vio (¡oh aberración!) que el fuego prendía en sus largos cabellos, y que, al cobrar fuerza la llama, ardían todos sus adornos, y se quemaba su pelo real, se quemaba la

3. Hija del rey Latino.

corona, de llamativas perlas; luego, se la vio envuelta en una luz amarilla echando humo, y extender el fuego por toda la casa. Este suceso sí que lo comentaban como algo horripilante y que su contemplación había causado maravilla: pues vaticinaban que ella sería ilustre por la fama y por el destino, pero que abocaba a su pueblo a una gran guerra.

Ahora bien, el rey, preocupado por los prodigios, va a consultar el oráculo de Fauno, su padre, revelador del destino, y a visitar los bosques al pie de la alta Albúnea,[4] que es la más grande de las selvas y retumba con su fuente sagrada, y exhala desde la oscuridad un vapor pernicioso. Aquí van a buscar respuestas los pueblos itálicos y toda la tierra enotria[5] en circunstancias adversas. Cuando el sacerdote ha traído aquí sus ofrendas y se ha tumbado en la noche silenciosa, echando al suelo unas pieles de ovejas sacrificadas y ha aguardado el sueño, ve muchas imágenes revoloteando en forma maravillosa, y escucha voces variadas, y disfruta de la conversación con los dioses, y habla con el Aqueronte del Averno profundo. También aquí entonces el propio padre Latino, a la busca de respuestas, sacrificaba ritualmente cien ovejas lanudas, y se echaba recostándose en la piel y en los vellones extendidos de éstas; de repente salió una voz de lo profundo del bosque: «No pretendas unir a tu hija en un matrimonio latino, oh descendencia mía, ni te arriesgues a la boda preparada; llegarán unos yernos extranjeros que con su sangre han de llevar nuestro nombre a las estrellas, y los nietos de cuya estirpe verán que todo lo que el sol contempla al correr de uno a otro océano, se rige y gira a sus pies.»

4. Fuente cerca de Tívoli.
5. Italiana.

Estas respuestas y premoniciones de su padre Fauno, dadas en el silencio de la noche, no deja de desembucharlas el propio Latino, y ya la Fama, volando de acá allá a todo lo ancho había llevado la noticia por las ciudades ausonias, cuando la juventud laomedoncia amarró la escuadra al caballón herboso de la ribera.

Eneas y los jefes principales y el hermoso Julo dejan caer el cuerpo bajo las ramas de un árbol alto, e inician la comida, y ponen de manjar en la hierba pasteles de harina (así se lo inspira el alto Júpiter) y añaden a las tortas cereales frutas silvestres. Aquí, después de consumir acaso el resto, cuando la escasez de comida les obligó a meterle el diente a las escasas tortas, y a romper con las manos y las atrevidas mandíbulas el círculo del pastel del destino, y no respetar los gruesos cuadros,[6] «¡eh!, estamos comiéndonos las mesas también», dijo Julo de broma, y no dijo más. El oír esta frase deparó, por fin, el final de las calamidades, e inmediatamente de dicha, su padre se la quitó de la boca y perplejo por el augurio le mandó callar. Inmediatamente, dijo: «Salve, tierra que a mí me deben los hados, y vosotros, oh fieles penates de Troya, salve: aquí está nuestra casa, ésta es nuestra patria. Pues mi padre Anquises (ahora lo recuerdo) me dejó este misterio del destino: "Hijo, cuando el hambre te obligue, llegado a una costa ignorada, a devorar las mesas, después de consumir los manjares, entonces, aunque agotado, ten esperanza en tu casa, y acuérdate de construir allí tu morada y rodearla con una muralla." Ésta es aquella hambre; ésta es la última que nos aguardaba para poner fin a nuestra perdición. Por lo

6. Dibujados en el borde del pastel.

tanto, ¡adelante!, y con los primeros rayos del sol vayamos a averiguar qué lugares son éstos, qué hombres los habitan, dónde están las ciudades de la nación, y distribuyámonos en distintas direcciones desde el puerto. Ahora haced con las páteras la libación en honor de Júpiter, e invocad en vuestras plegarias a mi padre Anquises, y volved a poner vino en las mesas.»

Así diciendo, a continuación ajusta a sus sienes una rama frondosa, y reza al Genio del lugar y a la Tierra, la primera de los dioses, y a las ninfas, y a los ríos aún desconocidos; luego, seguidamente, invoca a la Noche y a los astros que salen de noche y a Júpiter Ideo y a la madre frigia,[7] y a sus dos padres, el del cielo y el del Érebo.[8] Aquí, el padre todopoderoso tronó tres veces en el alto cielo despejado, y agitándola él con su propia mano mostró desde el éter una nube encendida en rayos de luz y oro. Inmediatamente se extiende este rumor por la expedición troyana de que había llegado el día en que habían de fundar las murallas que se les debía. A porfía aparejan el banquete y contentos con el gran augurio ponen crateras y coronan[9] el vino.

Cuando el día siguiente iluminaba al nacer las tierras, van a explorar repartiéndose, la ciudad y los territorios y la costa de la nación; ésta era la balsa de la fuente del Numicio,[10] éste, el río Tíber, aquí habitaban los valientes latinos. Entonces el vástago de Anquises ordena ir a cien parlamentarios escogidos de todos los rangos a las augustas murallas del rey, velados todos con ramas de

7. Cíbele.
8. Son Venus y Anquises.
9. Ponen unas guirnaldas de flores sobre las vasijas.
10. El otro río del Lacio.

Palas[11] y llevar al héroe presentes, y pedirle la paz para los teucros. No hay tardanza; se apresuran los que tenían la orden y marchan con rápidos pasos. Él por su parte, diseña las murallas con un foso a ras de tierra, y cava el terreno, y rodea a la manera de un campamento con parapetos y un terraplén el primer emplazamiento en la playa. Y ya divisaban los jóvenes después de recorrer el camino las torres y las elevadas casas de los latinos, y se aproximaban al muro. Delante de la ciudad los muchachos y los jóvenes en la flor de la edad se ejercitan con los caballos, y adquieren destreza con los carros en el polvo, o tensan los agresivos arcos, o endurecen sus brazos lanzando pesadas jabalinas, y compiten con carreras o el boxeo, cuando un mensajero que se adelantó a caballo anuncia a oídos del longevo rey que habían llegado unos hombres grandes con vestimenta exótica. Aquél ordena que los hagan pasar al interior del palacio, y se sentó en el centro en el trono de sus antepasados. Un edificio augusto, enorme, que se alzaba sobre cien columnas, había en la acrópolis, palacio del laurente Pico, al que las selvas y la religión de los antepasados hacía sobrecogedor. Aquí resultaba obligado según los augurios que los reyes tomasen el cetro y levantasen por primera vez los fasces; éste era para ellos la curia, el templo, éste, el lugar para los banquetes sagrados; aquí, después de sacrificar los carneros, acostumbraban a sentarse los padres en una fila de mesas. Y todavía más: en el vestíbulo aparecían las efigies hieráticas de los viejos abuelos en cedro antiguo por su orden: Ítalo[12] y el padre Sabino,[12] sembrador de la vid,

11. Es decir, de olivo, pues a ella se le atribuía la invención del aceite de oliva y la introducción del olivo en el país.

12. Ambos son nombres de reyes legendarios de Roma.

sosteniendo al pie de su estatua la corva hoz, y el viejo Saturno,[13] y la imagen de Jano bifronte,[14] y otros reyes de los orígenes, y los que sufrieron heridas marciales combatiendo por la patria. Además, cuelgan en las sagradas jambas muchas armas, carros apresados, y corvas seguras, y penachos de los yelmos, y enormes cerrojos de las puertas, y lanzas, y escudos, y las quillas arrancadas a las naos. El propio Pico, domador de caballos, con el clarinete de Quirino[15] y ataviado con una pequeña trábea[16] aparecía sentado, y en la izquierda llevaba una rodela. Su esposa, Circe, cautiva de pasión, le tocó con una vara de oro y lo transformó con drogas en un pájaro,[17] y salpicó sus alas de colores. Latino, sentado en el trono patrio, en el interior de semejante templo de los dioses invitó a venir a su presencia en palacio a los teucros. Y cuando hubieron entrado empezó a decirles lo siguiente con plácida voz:

«Decid, dardánidas (pues que no desconocemos ni vuestra ciudad ni vuestro linaje, y tenemos noticias de que andáis navegando por el mar), ¿qué buscáis? ¿Qué causa, qué necesidad trajo vuestras embarcaciones hasta la costa ausonia a través de tantos mares azulados? Si por un error del camino, o arrastrados por las tempestades (desgracias semejantes las padecen los marineros en alta mar) entrasteis en las riberas del río y habéis atracado en el puerto, no rehuid nuestra hospitalidad, y sabed que los latinos son descendientes de Saturno que se mantienen justos no por las ataduras de las leyes sino por su

13. Hijo de Urano y padre de Júpiter y los demás dioses. Reina sobre el Lacio.
14. Uno de los dioses más antiguos del panteón romano. Se le representa con dos caras opuestas, una mira hacia adelante y la otra hacia atrás.
15. Otro dios romano legendario asimilado muchas veces a Rómulo.
16. Toga adornada con púrpura.
17. El pico carpintero.

propia naturaleza y por las reglas del viejo dios. Y efectivamente recuerdo (la tradición es demasiado oscura en razón de los años) que los viejos auruncios[18] contaban cómo Dárdano, que nació en estos campos, penetró hasta las ciudades del ida de Frigia y la Samos tracia, que ahora se llama Samotracia. A aquél, que partió de aquí, del solar tirreno de Córito[19] ahora lo acoge en su trono la regia mansión dorada del cielo, chispeante de estrellas, y lo cuenta entre los dioses que poseen altares.»

Había terminado; e Ilioneo tomó tras él la palabra del siguiente modo: «Rey, linaje egregio de Fauno, ni la negra tempestad nos obligó arrastrados por las olas a arribar a vuestras tierras, ni las estrellas o la costa nos equivocó la dirección del camino. A propósito y con el deseo de nuestras almas llegamos todos a esta ciudad, expulsados del más grande reino que en otro tiempo contemplaba el sol cuando llegaba del extremo del Olimpo. El comienzo de nuestro linaje es en Júpiter. Qué gran tempestad se abatió en los campos ideos,[20] descargada por la cruel Micenas, qué azares empujaron a chocar los dos mundos, el de Europa y el de Asia, lo han oído tanto los que separa con el extenso océano[21] la tierra más alejada, como los que aleja la zona del sol abrasador que se extiende en medio de las cuatro zonas.[22] Venidos a través de vastos mares después de aquella riada, rogamos un exigua morada para los dioses patrios, y una costa inofensiva, y para todos, el agua y el aire libre. No seremos una deshonra para el reino, ni será trivial lo que se diga de nosotros; y el agradecimiento

18. Pueblo del Lacio casi limítrofe con la Campania.
19. Hijo de Júpiter y padre de Dárdano. Reinó sobre los terrenos de Etruria en Italia.
20. Campos del ida o troyanos.
21. Se piensa en Gran Bretaña o Islandia.
22. Se trata de la zona tórrida.

por un favor tan grande irá creciendo, y los ausonios no se arrepentirán de haber acogido en su seno a Troya. Lo juro por el destino de Eneas y su diestra poderosa, si alguien ha tenido trato con él, tanto en cuestiones de honor como en las armas y la guerra. Muchos pueblos, muchas naciones (no nos desprecies porque traemos delante de nosotros voluntariamente las cintas y palabras implorantes) pidieron y quisieron unirnos a ellos; pero los designios de los dioses nos impulsaron con sus mandatos a buscar hasta el fin vuestras tierras. De aquí procede Dárdano; aquí nos vuelve a mandar y nos apremia con órdenes imperiosas Apolo, al Tíber tirreno y a las sagradas balsas de la fuente del Numicio. A ti te da, además, un pequeño regalo, las migajas recuperadas del incendio de Troya. En este vaso de oro hacía las libaciones el padre Anquises en el altar; éstos eran los ornamentos que llevaba Príamo, cuando reunía a los pueblos, según la costumbre y les impartía justicia: el cetro y la sagrada tiara, y su vestimenta, labor de las troyanas.»

Mientras Ilioneo dice esto, Latino mantiene la mirada fija en un punto, y continúa sin moverse del suelo, girando sus atentos ojos. No conmueve al rey el bordado de púrpura, ni el cetro de Príamo le conmueve tanto cuanto permanece absorto en las relaciones y matrimonio de su hija, y en su pecho da vueltas al oráculo del viejo Fauno: éste era aquel yerno que el oráculo vaticinaba que llegaría de un país extranjero y estaba llamado a compartir el reino en igualdad de condiciones; éste el que tendría una descendencia fuera de serie por su valor, y que dominaría el orbe entero con su fuerza. Finalmente, dijo contento: «¡Que los dioses secunden nuestra empresa y su propio vaticinio! Se te dará, troyano, lo

que deseas, y tus regalos no los desprecio. Mientras sea rey Latino, no os faltará a vosotros la fertilidad de un campo rico y los medios de Troya. Sólo os pido que venga Eneas en persona, si tan grande es su deseo de verme, si tiene prisas por unirse en hospitalidad y llamarse mi aliado, y que no tenga temor de una cara amiga. Parte de la paz será para mí tocar la mano del caudillo. Vosotros llevad ahora a cambio mis encargos para vuestro rey. Tengo una hija, que el oráculo del sagrario de mi padre y los abundantísimos prodigios del cielo prohíben unir a un hombre de nuestra raza; predicen que llegarán unos yernos de extranjeras orillas (éste es el destino del Lacio), que con su sangre han de llevar a las estrellas nuestro nombre. Creo que éste es aquel que reclama el destino, y si el corazón es buen adivino de la verdad lo deseo.» Diciendo esto, el padre selecciona caballos de entre todo el número. De pie estaban trescientos lustrosos en los altos establos. Al momento ordena que traigan a todos los teucros uno tras otro los caballos aparejados con telas de púrpura y gualdrapas bordadas; del pecho caen colgando collares de oro; cubiertos de telas de oro, en sus dientes tascan amarillo oro; para el ausente Eneas elige un carro y dos caballos de tiro de semilla celestial, echando fuego por las narices, de la casta de aquellos que la astuta Circe crió bastardos, robándoselos a su padre, con la madre que había apareado. Con estos regalos y las palabras de Latino vuelven montados a caballo los compañeros de Eneas, y traen consigo la paz.

He aquí que por otra parte regresaba de la Argos de Ínaco[23] la despiadada esposa de Júpiter,[24] y se hallaba

23. Dios-río de Argos, ciudad griega.
24. Es decir, Juno.

embarcada en el aire, y desde el cielo, por encima del Paquino siciliano, divisó a lo lejos al feliz Eneas y la escuadra dardania. Ve que ya se están afanando un techo, que ya se siente confiado en tierra, que ha abandonado los barcos. Se detuvo transida de agudo dolor. Luego, meneando la cabeza, suelta esas palabras de su pecho: «¡Ay raza odiosa, y destino de los frigios contrarios a nuestros destinos! ¿No pudieron sucumbir en las llanuras sigeas?[25] ¿No pudieron sufrir cautiverio prisioneros? ¿No abrasó a sus hombres Troya incendiada? En medio del frente, en medio del fuego hallaron un camino. ¡Ay!, pero según creo, mi poder anda por los suelos, finalmente agotado, o me he quedado inactiva, saciada de odio. Pero es el caso que yo me atreví a seguirlos hostilmente por las aguas, después de expulsarlos de la patria, y a ser un obstáculo para los fugitivos en todo el mar. Se han agotado las fuerzas del cielo y del mar contra los teucros. ¿Qué me aprovechó la sirtes, o Escila, qué me aprovechó la vasta Caribdis? Se adentran por el ansiado cauce del Tíber sin preocuparse del piélago ni de mí. Marte fue capaz de llevar a la perdición a la gigantesca raza de los lápitas;[26] el propio padre de los dioses entregó a las iras de Diana a Calidón.[27] ¿Por qué crimen tan grande se ganaron el castigo los lápitas y Calidón? En cambio yo, la gran esposa de Júpiter, que he podido no dejar nada sin atreverme a ello, que he lanzado mi propia persona a todo, me veo vencida por Eneas. Pues si mi poder no es lo suficientemente grande, no he de dudar, desde luego, en implorar

25. Relativo al promontorio Sigeo situado en Troya.
26. Pueblo tesalio vencido por Hércules.
27. Hijo de Ares y Astímone que, por haber visto a Diana bañándose, fue transformado en roca en la montaña de Calidón, en Etolia, Grecia.

donde sea. Si no puedo convencer a los dioses de arriba, removeré el Aqueronte. No se me concederá (pase) apartarlos del reino latino, y la esposa Lavinia le está reservada inexorablemente para él por el destino: ahora bien, está a mi alcance dar largas, y provocar retrasos a unos hechos tan importantes. Ahora bien, está a mi alcance destrozar los pueblos de ambos reyes. Yerno y suegro se han de unir a costa de este precio de los suyos. Tu dote, muchacha, será la sangre troyana y rútula,[28] y la madrina que te aguarda es Belona.[29] Y no será sólo Hécuba la que para un fuego conyugal, preñada de la tea.[30] También Venus tendrá ese mismo parto y un segundo Paris,[31] y sobre Pérgamo volverán a caer otra vez las teas funestas.»

Cuando hubo dicho esto, se dirigió espantable a las tierras; hace venir de la mansión de las diosas maléficas[32] y de las tinieblas infernales a Alecto, la portadora de duelos, a la que seducen el corazón las amargas guerras y las violencias y trampas y calumnias. Su propio padre Plutón odia este monstruo, lo odian sus hermanas del Tártaro: en tantas figuras se transforma, tantos aspectos crueles adopta, tantas culebras negras pululan por ella. Juno la estimuló con estas palabras, y le dice lo siguiente: «Concédeme en propiedad, virgen, hija de la Noche, este trabajo, esta obra, para que ni mi honor ni mi buen crédito cedan posición quebrantados, ni los compañeros de Eneas puedan ganarse a Latino con los matrimonios, ni establecerse en el país itálico. Tú puedes armar para la

28. Pueblo del Lacio cuya capital fue Árdea.
29. Diosa romana de la guerra.
30. En cuanto Hécuba parió a Paris que, al casarse con Hélena, provocó la guerra de Troya. El fuego que engendra Hécuba es Paris.
31. Se refiere a Eneas.
32. Las Furias; Alecto es una de ellas.

pelea a hermanos muy unidos y poner patas arriba las casas con los odios, tú, meter bajo techado tus látigos y tus antorchas fúnebres, tú posees mil nombres, mil maneras de hacer daño. Revuelve en tu pecho fecundo, rompe la paz acordada, siembra pretextos para guerra; que quiera y busque a un tiempo las armas, que las empuñe con avidez la juventud.»

Inmediatamente Alecto, empapada en venenos de la Górgona, se encamina primero al Lacio y al encumbrado palacio del caudillo laurente, y montó guardia en el silencioso umbral de Amata,[33] a la que concomían llena de pasión las preocupaciones y la rabia común en las mujeres con la llegada de los teucros y el matrimonio con Turno.[34] La diosa arroja en ella una serpiente de sus cabellos azulencos y la mete en su pecho hasta el fondo del corazón, para que enfurecida con el basilisco enrede toda la casa. Aquélla, deslizándose entre el vestido y el terso pecho, gira sin contacto alguno, y pasa desapercibida a la enfurecida mujer, y le inocula su aliento viperino; la enorme culebra se convierte en un collar de oro en el cuello, se convierte en flecos de una larga cinta, y ciñe su pelo, y deambula resbalando por su cuerpo. Y al principio, mientras el contagio, que se ha deslizado con el húmedo veneno, ataca sus sentidos e introduce el fuego en los huesos, y todavía el ánimo no ha captado la llama en todo el pecho, habló con bastante suavidad, y a la manera acostumbrada de las madres, echando copiosas lágrimas por su hija y el matrimonio frigio: «¿A los teucros que son unos desterrados les entregamos nuestra hija en matrimonio, padre? ¿No sientes compasión de tu hija y de ti? ¿No sientes compasión de

33. Esposa del rey Latino y madre de Lavinia.
34. Rey de los rútulos, sobrino de Amata.

la madre, a quien el traidor abandonará cuando sople el primer aquilón, llevándose la muchacha camino de alta mar como un pirata? ¡Ay!, ¿pero no es así como entró en Lacedemonia el pastor frigio[35] y se llevó a Hélena, la de Leda, a las ciudades troyanas? ¿Qué ha sido de tu sagrada promesa? ¿Qué ha sido de tu antigua preocupación por los tuyos y de la mano que tantas veces diste a tu pariente Turno? Si se busca un yerno de un pueblo extranjero para los latinos, y en ésa estás, y te presionan los mandatos de tu padre Fauno, yo desde luego considero extranjera toda la tierra que se separa de nuestro cetro libremente, y que esto es lo que dan a entender los dioses. También Turno, si vamos a buscar el origen primero de su casa, tiene por padres a Ínaco y Acrisio,[36] y pertenece al corazón de Micenas.»

Cuando después de probar en vano con estas palabras, ve que Latino sigue en sus trece, y se ha metido en el fondo de sus entrañas el mal enloquecedor de la serpiente, y la recorre de arriba abajo, entonces es cuando la desgraciada, excitada por grandes visiones, se pone a andar sin contención enloquecida por la inmensa ciudad: como cuando salta un trompo impulsado por un látigo retorcido, que los niños, atentos al juego, ponen en movimiento en grandes giros, en los zaguanes vacíos (el trompo describe líneas circulares impulsado por la cuerda; el grupo de niños en su ingenuidad se queda asombrado echados sobre él, admirados del giratorio boj; a cada círculo expresan su entusiasmo). No más lenta que el veloz trompo discurre por las calles de la ciudad y por los pueblos bravíos. Más aún: como poseída por el poder de Baco, va volando a las selvas

35. Paris.
36. Ambos, reyes de Argos.

a intentar una aberración mayor y tramar una mayor locura, y esconde a su hija en los montes frondosos, para robar el matrimonio a los teucros y retrasar las teas nupciales, gritando «¡evoé, Baco!», y afirmando que sólo tú eres digno de la muchacha, que para ti coge ella el blando tirso,[37] a ti te contempla danzando en el coro, a ti te consagra y da vida a su pelo. La fama vuela, y este mismo ardor impulsa a un tiempo a todas las madres con el pecho encendido por las furias, a buscar nuevas casas. Abandonaron las suyas; exponen al aire su cuello y su pelo. ¡Ay!, otras hacen resonar el cielo con estremecedores gritos de fiesta, y llevan sus lanzas de pámpanos, vestidas de pieles. Ella misma, llena de fervor en el centro, sostiene una rama de pino ardiendo, y canta las bodas de su hija y de Turno, entretorciendo su mirada sangrienta, y de pronto se pone a gritar con voz siniestra: «Io, oídme, madres latinas, dondequiera que estéis cada cual: si en vuestros piadosos corazones guardáis algún agradecimiento por la desgraciada Amata, si os hace mella la preocupación por el derecho de las madres, desatad las cintas de vuestro pelo, entrad en la orgía conmigo.» De este modo en medio de las selvas, en medio de la soledad de las alimañas, agita Alecto a la reina por todas partes con la excitación báquica.

Así que vio que había infiltrado suficientemente los primeros furores, y que había arruinado el plan y toda la casa de Latino, acto seguido, la triste diosa se levanta de aquí con sus grises alas, en dirección a los muros del bravo rútulo, ciudad que dicen que fundó Dánae[38] con los colonos de Acrisio, de donde llegó con el noto precipitado. Hay un lugar que nuestros abuelos llama-

37. Palo cubierto de hiedra o pámpanos que llevaban agitando las bacantes en honor de Baco.
38. Hija de Acrisio, rey de Argos.

ron en su tiempo Árdea; todavía ahora subsiste el gran nombre de Árdea; pero su fortuna pasó. Aquí Turno, en su alta mansión, se hallaba ya a la mitad de su sueño en la negra noche. Alecto se despoja de su aspecto siniestro y de sus elementos furibundos; cambia su cara por la de una vieja y surca de arrugas su repugnante frente; se reviste de pelo blanco con una cinta; luego se ciñe una rama de olivo: se convierte en Cálibe, la vieja sacerdotisa de Juno y de su templo. Y se presenta a la vista del joven con estas palabras: «Turno, ¿vas a permitir que tus esfuerzos se vengan impunemente por los suelos, y que tu cetro pase a los colonos dardanios? El rey te niega el matrimonio y la dote ganada con la sangre, y buscan un heredero extranjero para el reino. Ve, ahora, entrégate gratuitamente y como objeto de irrisión a los peligros; ve, derrota los ejércitos tirrenos; protege a los latinos con la paz. Esto es lo que me ordenó que te dijese abiertamente, cuando estuvieses acostado en la plácida noche, la propia hija de Saturno Todopoderosa. Así que, ¡venga!, dispónte a armar contento a la juventud y a salir a las armas por las puertas, y abrasa a los caudillos frigios, que se han posesionado del hermoso río, y sus pintadas naos. Una gran potencia celeste lo ordena. El propio rey Latino, si no se aviene a consentir el matrimonio y corresponder a lo prometido, va a tener qué sentir, y al cabo al cabo se va a enterar de quién es Turno con las armas.» Entonces, el joven, burlándose de la profetisa, le replica a su vez diciendo así: «No ha escapado a mi oído, como tú piensas, la noticia de que una escuadra ha fondeado en las aguas del Tíber (no me infundas temores tan grandes), y la regia Juno no se ha olvidado de mí; pero es que la vejez vencida por la inercia y exhausta de decir la verdad te inquieta en vano,

oh madre, con las preocupaciones, y en medio de las armas de los reyes, engaña tu arte de profetisa con un falso miedo. Tu cuidado debe ser atender las estatuas y los templos de los dioses; las guerras y la paz las harán los hombres, que son los que tienen que hacer las guerras.»

Ante estas palabras Alecto se encendió en ira. Pero un repentino temblor se apodera de los miembros del joven mientras hablaba; los ojos se le quedaron inmóviles: tantas serpientes silban en la Erinis, y tan gran figura se descubre; luego, lo hizo retroceder vacilante y pretendiendo hablar más, agitándole sus antorchas llameantes, e irguió dos serpientes de su pelo e hizo restallar el látigo, y añadió estas palabras con boca rabiosa: «Héme aquí vencida por la inercia, a la que la vejez, exhausta de decir la verdad, me engaña con falso miedo entre las armas de los reyes. Mira esto: vengo aquí de la residencia de las hermanas maléficas; guerras y muertes traigo en mis manos.» Diciendo esto, le arrojó la antorcha al joven, y le clavó en el pecho las teas que humeaban con negra luz. Un enorme miedo interrumpe su sueño, y el sudor, brotándole por todo el cuerpo, baña sus huesos y sus miembros. Grita fuera de sí buscando las armas en su cabecera, buscando las armas por la casa. Se enfurece su deseo por el hierro y la criminal locura de la guerra, y, encima, su rabia: como cuando se amontonan leños ardiendo con gran crepitar a los lados de una caldera que borbolla, y el agua salta con el calor; en el interior la masa de líquido humeante se embravece y la espuma rebosa por lo alto; y ya no cabe en sí el agua; el vapor negro vuela al aire. De manera que emplaza a los jóvenes más principales para ir en busca del rey Latino, por haber envenenado la paz, y les ordena preparar las

armas, defender Italia, expulsar del país al enemigo. Ellos se bastaban para marchar contra los dos, los teucros y los latinos. Cuando hubo hecho estas manifestaciones e invocó en su ayuda a los dioses, los rútulos a porfía se animan para la guerra. A los unos mueve el singular relumbre de su belleza y juventud; a los otros, los reyes ancestrales; a unos terceros, su mano famosa por las hazañas.

Mientras Turno llena de ánimos audaces a los rútulos, Alecto se levanta con sus alas estigias en dirección a los teucros, para visitar con nuevas intenciones el lugar, la costa, en la que el hermoso Julo perseguía a las fieras con trampas y carreras. Aquí, la virgen del Cocito depara a los perros una rabia instantánea y toca sus narices con un olor conocido, para que persiguiesen ardientemente a un ciervo. Este hecho fue la primera causa de las calamidades e incendió los agrestes ánimos para la guerra. El ciervo era de singular belleza y enormes cuernos, que los niños de Tirro,[39] quitándoselo a la madre de la ubre, alimentaban, así como su padre Tirro, encargado de las vacadas reales, y a cuya custodia estaban confiados los prados en toda su extensión. Acostumbrado a obedecer, Silvia,[40] la hermana, lo adornaba con todo esmero, poniéndole en los cuernos tiernas guirnaldas, y peinaba el animal, y lo bañaba en una fuente limpia. Él, sumiso a la mano y acostumbrado a la mesa de su dueño, andaba errante por las selvas, y de nuevo se reintegraba por sí mismo al conocido umbral, a la casa, aunque fuese a altas horas de la noche. Errante como iba a lo lejos, las rabiosas perras del cazador Julo levantaron al ciervo, cuando casualmente iba flotando

39. Mayoral de los pastores del rey Latino.
40. La hija de Tirro.

a favor de la corriente de un río, y la marea lo levantaba en la ribera verdeante. También el propio Ascanio, encendido por el deseo de un galardón excepcional, apuntó su flecha estirando el arco de cuerno. Y no desistió el dios su mano para que errase, y la caña impulsada traspasó con gran ruido el vientre y los ijares. Mas el animal se refugió herido en el interior de la casa, y penetró berreando en la cuadra, y, cubierto de sangre y como si implorase, llenaba con sus quejidos todo el cortijo. Silvia, la hermana, es la primera en pedir socorro, golpeándose los brazos con las manos, y llama a gritos a los endurecidos campesinos. Éstos (pues la tragedia horrorosa se esconde en las silenciosas selvas) acuden de inmediato, el uno, armado con una verdasca chamuscada, el otro con una estaca pesada llena de nudos; lo que cada cual ha encontrado rebuscando, la rabia lo convierte en arma. Tirro, conforme se hallaba partiendo en cuatro una encina con las cuñas que le había metido, reúne las cuadrillas, agarrando el hacha y jadeando brutalmente. ¡Ah!, pero la cruel diosa, advirtiendo desde su atalaya que era el momento de descargar el golpe, se dirige a la elevada techumbre de la cuadra y desde el alto cumbrero da la señal a los pastores y agudiza su voz tartárea con el retorcido cuerno, con lo que todo el bosque se echó a temblar al instante y retumbaron las profundas selvas; lo escuchó también el lago de la Trivia[41] a lo lejos; lo escuchó el río Nar,[42] que corre blanco por el agua sulfurosa, y las fuentes del Velino,[42] y las madres temblando apretaron a los hijos contra su pecho. Entonces es cuando acuden rápidos a la voz, por donde la maléfica bocina dio la señal, los

41. Lago de Diana en el Lacio, hoy lago de Nemi.
42. Ríos que recorren el país de los sabinos.

indómitos habitantes del campo, con las armas que habían agarrado de donde fuera; igualmente la juventud troyana sale del campamento abierto a prestar ayuda a Ascanio. Formaron sus frentes de batalla. Ya no se actúa como en una escaramuza agreste, con estacas duras y leños con las puntas quemadas, sino que ventilan el asunto con el acero de doble filo, y un negro trigal de espadas empuñadas se encrespa a todo lo ancho, y el bronce refulge, herido por el sol, y despide el brillo a las nubes: como cuando comienza a blanquear el oleaje al primer soplo del viento, el mar se levanta poco a poco y lanza más alto las olas, luego se alza desde su profunda base al éter. Aquí, en primera línea, cae por una flecha silbante el joven Almón, que era el hijo mayor de Tirro; pues que la herida se produjo en la garganta y le cortó con la sangre el camino de la voz húmeda y la vida sutil. A su alrededor caen muchos hombres, y el ya viejo Galeso, al ofrecerse como intermediario para la paz, que fue el más justo con mucho y el más rico de aquel tiempo en las tierras de Ausonia: a su casa volvían cinco rebaños de ovejas, cinco manadas, y araba la tierra con cien arados.

Y mientras sucede esto en los campos con resultado incierto, la diosa, que ha cumplido su promesa, después de haber manchado en sangre la guerra y haber provocado las primeras muertes del combate, abandona Hesperia, y volviéndose por el aire del cielo, habla triunfante a Juno con tono sarcástico: «Mira, ya has logrado la discordia con la amarga guerra; diles que se unan en amistad y que establezcan un pacto. Toda vez que ya he manchado de sangre ausonia a los teucros, yo añadiría a este hecho todavía este otro, si puedo contar sin duda alguna con tu voluntad: voy a llevar a la guerra a las ciudades vecinas, y voy a encender los ánimos con el

loco deseo de Marte, para que vengan en auxilio de todas partes: voy a esparcir las armas por los campos.» Entonces, Juno le replicó: «Basta ya de terrores y de engaños. Están de pie los motivos de la guerra: se combate cuerpo a cuerpo con las armas. Las armas que ofrecieron a la primera oportunidad las ha salpicado luego la sangre. Que el egregio linaje de Venus y el propio rey Latino no celebren una unión como ésa y una boda como ésa. El padre, el monarca del encumbrado Olimpo, no querría que tú anduvieses demasiado libremente por los aires celestiales. Vete de este lugar. Si queda algún cabo suelto en esta guerra, yo misma lo encauzaré.» Éstas fueron las palabras que dijo la hija de Saturno. Aquélla por su parte alza sus alas que silbaban de serpientes, y se dirige a la morada del Cocito, abandonando el elevado mundo superior. Hay en el centro de Italia, al pie de unos montes altos, un lugar célebre, y del que la gente habla en muchas partes: el valle del Ansanto.[43] Los flancos oscuros de un bosque aprisionan el valle por uno y otro lado con sus densas ramas, y en medio un torrente fragoroso produce ruido con las piedras y el retorcido remolino. Aquí se muestran la balsa espeluznante y los respiraderos del cruel Dite, y al reventar el Aqueronte un enorme torbellino abre sus fauces pestíferas, en las cuales se escondió la Erinis, odiosa potencia divina, y abandonaba las tierras y el cielo.

Y entretanto la reina, hija de Saturno, no deja de dar la última mano a la guerra. Los pastores, con el total de su número, regresan del frente en desbandada a la ciudad, y traen a sus muertos, el muchacho Almón y Galeso,

43. Pequeño lago del Samnio, en el país de los hirpinos, con aguas pestilentes perjudiciales para la salud.

con el rostro desfigurado, e imploran a los dioses, y piden la protección de Latino. Turno se halla presente y en medio de las apasionadas protestas por las muertes redobla su terror: llaman al reino a los teucros; se mezclan con la estirpe frigia; a él lo echan del umbral. Entonces aquéllos, cuyas madres saltan con los tíasos[44] por los bosques intransitables, embrujadas por Baco (pues el nombre de Amata no era cosa ligera) se reúnen juntándose de todas partes, e importunan a Marte. Todos, naturalmente piden, bajo la protección de una potencia maligna, una guerra nefanda contra los augurios, contra los designios de los dioses. Se sitúan violentamente alrededor del palacio del rey Latino. Éste resiste como un escollo inamovible en el mar, como un escollo en el mar contra el que se produce un gran fragor, que se mantiene con su mole, aunque a su alrededor ladran muchas olas; en vano mugen a su alrededor los picachos y las rocas cubiertas de espuma, y de su costado queda colgando el alga adherida. Pero cuando no encuentra posibilidad alguna de vencer el ciego propósito, y las cosas marchan de acuerdo con la voluntad de la cruel Juno, el padre, poniendo una y otra vez por testigos a los dioses y a las brisas sutiles, dice: «¡El destino nos rompe y el vendaval nos arrastra! Vosotros mismos sufriréis el castigo de esto con vuestra sangre impía, desgraciados. A ti, Turno, te aguardará el castigo, a ti, el triste suplicio, y rezarás a los dioses con plegarias tardías. Pues yo he alcanzado mi descanso, y toda mi seguridad la tengo a mano. De una muerte feliz me siento despojado.» Y sin decir más, se encerró en palacio, y dejó las riendas de los acontecimientos.

44. Cortejo en honor de Baco.

Había una costumbre en el Lacio de Hesperia, cuya observancia mantuvieron a renglón seguido las ciudades albanas, y ahora mantiene Roma, lo más grande que existe, cuando atraen a la guerra a Marte, tanto si se preparan para llevar con su fuerza la guerra, que provoca lágrimas, a los getas,[45] a los hircanos[46] o a los árabes, como para encaminarse a los indos y penetrar hasta el Oriente, y reclamar las banderas a los partos:[47] hay dos puertas gemelas de la Guerra (este nombre les dan), consagradas por la religión y el temor al cruel Marte. Cien barras de hierro y bronce y robles eternos las cierran, y del umbral no se separa su guardián, Jano. Cuando los padres han tomado la firme resolución de la guerra, el propio cónsul, ataviado con la trábea de Quirino y ciñendo la toga al estilo de Gabio,[48] abre sus hojas chirriantes. El cónsul llama a la guerra;[49] luego le sigue la restante juventud, y las trompetas de bronce jadean a una con ronco concento.

De acuerdo con esta costumbre se le exigía entonces a Latino declarar la guerra a los compañeros de Eneas y abrir las amargas puertas. El padre se abstuvo de tocarlas y huyó negándose a la ingrata tarea, y se escondió en las ciegas sombras. Entonces, deslizándose desde el cielo, la propia reina de los dioses empujó con su mano las morosas puertas y, hecho girar el gozne, rompe la hija de Saturno las férreas puertas de la guerra. Se enardece la Ausonia, antes imperturbable e inmóvil. Una parte se apresta a marchar como infantería por los

45. Pueblo a orillas de Danubio.
46. Habitantes de una región de Asia.
47. Los persas.
48. Muy apretada con una de sus puntas suelta.
49. El cónsul para proclamar que había guerra pronunciaba: «el que quiera que la república se mantenga salva que me siga».

campos, otra parte se envalentona encima de los caballos, cubierta de polvo; todos buscan armas. Otros sacan brillo con manteca grasienta a las lisas rodelas y a los dardos relucientes, y restriegan en piedras las segures; y les es grato marchar con las banderas y escuchar el sonido de las trompetas. Y al menos cinco ciudades reparan las armas, instalando herrerías: la poderosa Atina y el gallardo Tíbur, Árdea, Costumerio y Antena, la coronada de torres.[50] Abomban cubiertas protectoras de las cabezas, y dan forma a los zarzos de sauce para los escudos; otros ensanchan corazas de bronce, o glebas lisas con dúctil plata. Para esto, cesó toda la atención por la reja y la hoz, para esto, todo el amor por el arado; vuelven a fundir en los hornos las espadas de los padres. Y ya suena el clarín de combate; circula una tésera,[51] como contraseña para la guerra.

Abrid ahora el Helicón,[52] diosas, y desatad vuestros cantos: qué reyes se movilizaron para la guerra, qué tropas siguieron a cada uno y llenaron los campos, qué hombres florecían ya entonces en la tierra nutricia de Italia, con qué armas se encendió; pues los guardáis en la memoria, diosas, y podéis recordarlo; a nosotros apenas nos llega el soplo sutil de la tradición.

El primero que emprende la guerra y arma sus mesnadas es Mecencio,[53] el despreciador de los dioses, violento individuo de las riberas tirrenas. Junto a él, su hijo Lauso, más hermoso que el cual no había otro, si exceptuamos la figura del laurente Turno. Lauso, domador de caballos y exterminador de alimañas, manda mil

50. Todas, ciudades del Lacio.
51. Tablilla de madera que portaban en grupos unos soldados llamados teserarios.
52. Monte de Grecia, morada de las musas.
53. Rey de Cere en Etruria que, por su tiranía, se halla refugiado en la costa de Turno.

hombres que le siguieron en vano de la ciudad de Agila,[54] merecedor de ser más feliz que lo era con las órdenes paternas, y de que su padre no fuese Mecencio.

Detrás de éstos el vástago del hermoso Hércules, el hermoso Aventino, exhibe su carro en la hierba adornado con la hoja de palma y sus caballos victoriosos y lleva en el escudo la insignia de su padre, cien culebras y la hidra, rodeada de serpientes; en la selva de la colina del Aventino lo alumbró al mundo en parto furtivo la sacerdotisa Rea, que siendo mujer se unió a un dios, cuando el victorioso Tirintio[55] arribó a los campos de labor laurentes, después de eliminar a Gerión,[56] y bañó en el río tirreno sus vacas iberas. En la mano llevan picas y pinchos dolorosos en combate, y pelean con la espada de hoja redonda y el chuzo sabelio.[57] Aventino, un combatiente de a pie, con la piel descomunal de un león erizado echada en su torno, de temibles cerdas, la cabeza cubierta con los dientes blancos, entraba de esta guisa en el palacio real, horripilante, con la capa herculina[58] ceñida a sus espaldas.

Luego, dos hermanos gemelos abandonan las murallas de Tíbur, ciudad así llamada por su hermano Tiburto, Catilo y el enérgico Coras, jóvenes argivos,[59] y avanzan en primera línea entre densas armas: como cuando descienden de la alta cima de un monte dos Centauros, nacidos en las nubes,[60] abandonando en rápida carrera el Hómole y el nivoso Otris;[61] la enorme

54. Antiguo nombre de Cere.
55. Epíteto de Hércules, que se crió en Tirinto, ciudad de la Argólide.
56. Monstruo de tres cuerpos.
57. Sabino.
58. Es decir, los despojos del león de Nemea, al que Hércules había dado muerte.
59. Porque su padre Anfiarao procedía de Argos.
60. Quiere decir: en montañas rodeadas de nubes.
61. Montañas de Tesalia.

selva les hace paso al marchar, y las ramas ceden con grandes crujidos.

Y tampoco faltó el fundador de la ciudad de Preneste, Céculo, del que toda edad ha creído que nació de Vulcano entre las ovejas del campo para ser rey, y que fue hallado junto al hogar.[62] A éste le acompaña una extensa legión campesina, los hombres que habitan la alta Preneste, y los que habitan los campos de la Juno de Gabio y el helado Anio[63] y los peñascos hérnicos, rociados por los ríos, y los que alimenta la rica Anagnia[64] y los que alimentas tú, padre Amaseno.[65] A todos ellos no les resuenan ni armas ni escudos ni carros. La mayor parte arroja bolas de grisáceo plomo; parte lleva dos chuzos en la mano, y tienen como protección para la cabeza gorros amarillos de piel de lobo; llevan descalzo el pie izquierdo; el derecho lo cubre una abarca de cuero pelado.

Y sobre todo Mesapo,[66] domador de caballos, descendencia de Neptuno, que el cielo prohíbe que nadie lo abata a fuego o hierro, llama de golpe a las armas a los pueblos, de tiempo atrás pagados, y a sus ejércitos, desacostumbrados a la guerra, y vuelve a empuñar la espada. Éstos cuentan con las tropas fesceninas y los Ecuos faliscos;[67] éstos habitan las alturas del Soracte y los campos de Flavina, y el lago de Címino, con el monte, y los bosques Capenos.[67] Iban igualados en número y cantaban a su rey, como a veces cuando los níveos cisnes vuelven de comer entre las transparentes

62. Porque su madre quedó embarazada por el fuego y lo tuvo junto a éste.
63. Afluente del Tíber.
64. Pueblo del Lacio.
65. Río del Lacio.
66. Mesapo era el epónimo de un héroe de Mesapia o Yapigia.
67. Todos estos lugares pertenecen a Etruria.

nubes y lanzan sus trinos canoros con sus largos cuellos; resuena el río y la laguna asiana retumba a lo lejos. Y nadie pensaría que se está formando de una aglomeración tan grande un ejército de bronce, sino que una nube aérea de roncas aves caen apelotonadas en la ribera desde alta mar.

He aquí a Clauso, de la añeja sangre de los sabinos, mandando una gran columna (y él mismo vale por una gran columna), a partir del cual se extiende ahora por el Lacio la tribu y la familia caudia, desde que Roma fue dada en parte a los sabinos. A una marchan la gran compañía amiterna[68] y los primitivos quirites, toda la fuerza de Ereto y de la olivarera Mutusca; los que habitan la ciudad de Nomento, los que habitan los róseos campos de Velino, los que las rocas escarpadas de Tétrica y el monte Severo y Casperia, y Fórulos y el río de Himela; los que beben en el Tíber y Fábar, los que envió la fría Nursia, y las fuerzas de Ortina y los pueblos latinos; y los que baña, pasando por el centro, el Alia, nombre nefasto:[69] como las numerosas olas que rulan en el mar líbico, cuando el funesto Orión se esconde en invierno en las aguas; o como las espesas espigas que madura el sol nuevo en la llanura del Hermo[70] o en los campos amarillentos de Licia. Los escudos resuenan y la tierra se estremece con las pisadas.

Luego el agamenonio Haleso, enemigo del nombre troyano, unce los caballos al carro, y arrastra mil pueblos bravíos en favor de Turno: los que escardan con el rastrillo las felices viñas de Baco en el Másico,[71] y los

68. Éstos y los que siguen son pueblos sabinos.
69. Nefasto, porque ahí los romanos sufrieron una derrota ante los galos en el 390 a. C.
70. Río de Lidia.
71. Montaña de Campania célebre por sus vinos.

que los padres auruncios enviaron de las altas colinas y el cercano mar sidicino, y los que dejan a Cales, y los habitantes del arenoso río Voltruno, y a la vez los ásperos saticulanos y las fuerzas oscas.[72] Sus armas arrojadizas son los redondeados áclides;[73] pero la costumbre es atarles un látigo flexible; su mano izquierda la protege un escudo de cuero; en el cuerpo a cuerpo utilizan espadas como hoces.

Tampoco tú te irás sin ser nombrado en mi poema, Ébalo, que dicen que naciste de Telón y una ninfa, Sebétide, cuando tenía el reino de Capri, la ciudad de los telóboos,[74] ya bastante viejo; pero el hijo, no contento con el territorio de su padre, ya entonces sometía a su jurisdicción todo a lo ancho los pueblos sarrastes, y los llanos que riega el Sarno, y los que habitan en Rufras y Bátulo y los campos de Celemna, y los que viven al pie de las murallas de la fructífera Abella,[75] que acostumbran a lanzar las mazas a la manera de los teutones.[76] Éstos se cubren la cabeza con el corcho que arrancan de las cortezas, y brillan sus peltas[77] de bronce, brilla su espada de bronce.

Y a ti te envió al combate la montañosa Nersa, Ufente, aureolado por la fama y el éxito de tus armas. Su pueblo, los ecuos,[78] es especialmente espeluznante, y acostumbrado a la caza incesante por los bosques y a la dura tierra. Trabajan la tierra armados, y gustan de acarrear botines siempre frescos y vivir de sus saqueos.

También llegó del pueblo de los marsos[79] un sacerdote

72. Lugares de Campania.
73. Especie de jabalina.
74. Pueblo de Acarnania que colonizó la isla de Capri.
75. Todos ellos lugares de Campania.
76. Es decir, germanos.
77. Escudos.
78. Pueblo situado al noroeste del Lacio.
79. Los marsos estaban situados por debajo de los ecuos.

que adornaba su yelmo con la rama feliz del olivo, el valerosísimo Umbrón, enviado por el rey Arquipo, que con una especie de víboras y con hidras de aliento letal acostumbraba a infundir el sueño por encantamiento y por virtud de su mano, y apaciguaba la cólera y curaba las dentelladas con su arte. Pero no pudo curar el golpe de la lanza dardania, y de nada le sirvieron para las heridas sus cantos ensoñadores y las hierbas que recogía en los montes marsos. A ti te lloró el bosque de Angitia,[80] a ti, el Fucino con su agua cristalina, a ti, los lagos transparentes.

Marchaba también a la guerra el hermosísimo hijo de Hipólito, Virbio, a quien envió lleno de distinción su madre Aricia, después de criarle en los bosques de Egeria,[81] junto a las húmedas riberas, donde se halla también el grasiento y favorable altar de Diana. Pues cuenta la tradición que Hipólito,[82] después de perecer por el arte de su madrastra y cumplir con el castigo del padre con su sangre, siendo descuartizado en unos caballos azuzados, vino de nuevo a las estrellas etéreas y a las auras superiores del cielo, evocado por las hierbas de Esculapio y el amor de Diana.[83] Entonces el Padre Todopoderoso, indignado de que un mortal saliese de las sombras infernales a la luz de la vida, con sus propias manos sepultó con un rayo en las aguas estigias al hijo de Febo,[84] inventor de tal medicina y tal arte. Pero la nutricia Trivia[85] esconde a Hipólito en un lugar recóndito, y se lo confía a la ninfa Egeria y a su bosque, para que

80. Diosa de los marsos.
81. Ninfa de Roma que se presenta como diosa de las fuentes, ligada al culto de Diana de los bosques en Nemi, Aricia.
82. El hijo de Teseo que mantuvo amores con su madrastra Fedra.
83. Es decir, que resucitó.
84. Esculapio.
85. Diana.

en las selvas itálicas pasase la vida solo y desconocido, y donde con nombre cambiado se convirtiese en Virbio. De donde que también se aparta del templo de Trivia y de sus bosques sagrados a los solípedos caballos, porque en la costa arrojaron del carro al joven asustados con los monstruos marinos. El hijo, a pesar de ello, fustigaba a los fogosos caballos por los llanos agrestes y galopaba con el carro hacia la guerra.

El propio Turno se mueve en primera línea con su figura singular y con las armas en las manos, y les saca la cabeza entera. Su alto yelmo empenachado con una triple cimera sostiene una Quimera que echa el fuego de un volcán por su garganta, la cual tanto más brama y se embravece con sus tristes llamas, cuanto más se recrudece el combate con el derramamiento de la sangre. Por otra parte, como decoración en oro del pulido escudo aparecía Io,[86] con los cuernos levantados, cubierta ya de pelo, convertida ya en vaca, un tema interesantísimo, y el guardián de la muchacha, Argo,[87] y su padre Ínaco, vertiendo agua de una urna cincelada. Le sigue una nube de infantes, y las compañías con sus escudos se espesan por todo el llano, y la juventud argiva y las fuerzas auruncias, los rútulos y los viejos sicanos y las tropas sacranas y los labicos[88] de escudos pintados; los que aran tus laderas, Tíber, y la sagrada costa de Numico,[89] y trabajan con la reja las colinas rútulas, y el promontorio de Circe,[90] cuyos campos de labor preside Júpiter de

86. Hija de Ínaco, metamorfoseada en una ternera por Júpiter para sustraerla a los celos de Juno.
87. Héroe de cien ojos dotado de prodigiosa fuerza a quien Juno encargó la custodia de Io. Finalmente, Mercurio lo mató por encargo de Júpiter.
88. Todos son pueblos del Lacio.
89. Río del Lacio.
90. El monte Circeo, en el Lacio.

Ánxur,[91] y Feronia[92] que disfruta con su bosque verdoso; donde está la negra laguna de Sátura y busca camino por los profundos valles el frío Ufente y se reúne con el mar.

Después de éstos llegó Camila, de raza volsca,[93] mandando una columna, escuadrones de jinetes que florecen con el bronce, aguerrida, no la que ha acostumbrado sus manos de mujer a la rueca y los canastillos de Minerva, sino, mujer como es, acostumbrada a sufrir duros combates y a dejar atrás a los vientos con la carrera de sus pies. Ella volaría por encima de la mies de un trigal sin segar y no dañaría en su carrera las tiernas espigas; o echaría a correr en medio del mar por lo alto del oleaje encrespado, y no mojaría las plantas de sus rápidos pies con el agua. Toda la juventud que había salido de sus casas y sus campos y el grupo de madres se quedan admirados de ella y la contemplan de lejos marchando; con ojos atónitos murmuran observando cómo cubre sus redondos hombros un adorno real de púrpura, cómo coge su pelo una aguja de oro, cómo lleva en sus manos la aljaba licia y el mirlo pastoril guarnecido con una punta de hierro.

91. Hoy Terracina.
92. Diosa de las fuentes y los bosques con un culto muy difundido por Italia central.
93. Pueblo situado al sureste del Lacio.

LIBRO OCTAVO

Cuando Turno sacó el símbolo de la guerra desde el alcázar laurente, y las trompetas sonaron con ronco canto, y picó espuelas a los fogosos caballos, y entrechocó las armas, de inmediato los ánimos se turbaron, todo el Lacio se rebela a un tiempo en agitada revuelta, y la agresiva juventud se embravece. Los capitanes Mesapo y Ufente y Mecencio, despreciador de los dioses, reúnen los primeros las tropas aliadas, y despueblan de labradores los anchos campos. Envían también a Vénulo a la ciudad del gran Diomedes, a pedir ayuda e informarle de que los teucros han puesto pie en el Lacio, que Eneas ha llegado con una escuadra y trae sus penates vencidos, y dice que el destino lo reclama por rey, y que muchos pueblos se están uniendo al héroe dardanio, y que su nombre cobra fama a todo lo ancho del Lacio; qué pretende con esta empresa, cuál quiere que sea el resultado de la guerra, si la fortuna le acompaña, más claro debía verlo Diomedes que el rey Turno o el rey Latino.

Tales acontecimientos tenían lugar en el Lacio. El rey laomedoncio,[1] observando este panorama, fluctúa en un mar de preocupaciones; y dirige su pensamiento veloz, ora en esta dirección, ora en la otra, y lo arrastra a múltiples partes y lo hace girar por todo: igual que se refracta la luz temblorosa del sol en cacharros de bronce

1. Eneas.

con agua, o la imagen radiante de la luna; revuela por todo lugar a lo ancho, y ya se encima a las auras, y hiere el artesonado del alto techo.

Era de noche, y un sueño profundo embargaba por todas las tierras a los animales cansados, las especies de las aves y de los mamíferos, cuando el padre Eneas, con el corazón perturbado por la amarga guerra, se tumbó en la ribera, bajo la bóveda del frío cielo, y entregó su cuerpo al descanso, ya tarde. Le pareció que el propio dios del lugar, el Tíber de amena corriente, se levantaba ya viejo, entre las ramas de los chopos; le cubría un sutil tejido, una capa verdusca, y cañas sombrías protegían sus cabellos; luego, le hablaba así, y le quitaba las preocupaciones con estas palabras: «Oh vástago del linaje de los dioses, que nos traes de manos de los enemigos la ciudad de Troya, y nos conservas la eterna Pérgamo, esperado en el suelo laurente y en los campos latinos, aquí tienes tu mansión segura, tus penates (no desistas) seguros; no te dejes atemorizar con las amenazas de la guerra; toda la furia y la cólera de los dioses han cedido. Y ya has encontrado, para que no pienses que esto son las vanas ficciones del sueño, la enorme marrana debajo de las encinas de la ribera, y alrededor de sus ubres sus hijos blancos: a partir de ahora, cuando transcurra un período de treinta años, Ascanio fundará Alba, la de claro nombre. Hablo de cosas bien seguras. Ahora voy a explicarte con pocas palabras (pon atención) el medio de que puedas llevar a cabo lo que nos urge. En estas orillas los arcadios, que traen su linaje de Palante,[2] que acompañaron a su rey Evandro,[3] siguiendo

2. Hijo de Licaón, rey de Arcadia, considerado abuelo de Evandro.
3. Oriundo de Arcadia y fundador del Palanteo, pueblo construido sobre el Palatino antes de la fundación de Roma por Rómulo.

sus banderas, eligieron un lugar y construyeron una ciudad en los montes, llamado Palanteo por su antepasado Palante. Éstos mantienen guerra continuamente con la nación latina; tómalos por aliados en tus cuarteles, y establece un pacto. Yo mismo te guiaré por las riberas a lo largo de mi cauce, para que avances con los remos navegando contra corriente. Ea, levántate, hijo de diosa, y tan pronto como se pongan las estrellas, dirige ritualmente tus plegarias a Juno, y vence su cólera y sus amenzas con ofrendas de suplicante. Cuando seas vencedor, me tributarás mis honores. Yo, al que ves socavando las riberas con mi corriente desbordada y surcando los cultivos fértiles, soy el azulado Tíber, río gratísimo al cielo. Aquí está mi gran morada; mi fuente nace en altas ciudades.»

Dijo. Luego el río se escondió en sus profundas aguas, dirigiéndose al fondo; a Eneas le abandonó el sueño y la noche. Se levanta, y, mirando a los rayos nacientes del sol celestial, ritualmente coge agua del río en el cuenco de sus manos, y lanza al cielo tales palabras: «Ninfas, ninfas laurentes, de las que proviene el ser de los ríos, y tú, oh padre Tíber, con tu santa corriente, acoged a Eneas, y libradle por fin de los peligros. Sea cual sea la fuente en la que te retienen tus aguas, a ti, que te apiadas de mis contratiempos, sea cual sea el lugar del que sales tan hermoso, siempre te celebrarán mis sacrificios, siempre, mis ofrendas, Río, portador de cuernos, rey de las aguas itálicas. Sólo te pido que me asistas y confirmes tu poder divino más cerca.» Así se expresa, y elige de la escuadra dos birremes iguales, y les coloca el tren de remar; al mismo tiempo equipa de armas a sus compañeros.

Mas he aquí de repente una aparición que causaba

maravilla ver: a través de la selva ven echarse en la verde ribera una marrana blanquísima, de igual color que sus crías blancas. El justo Eneas la acerca al altar con su piara y la sacrifica en tu honor, en tu honor, sí, grandiosa Juno. Esa noche, cuan larga es, calmó su hinchada corriente el Tíber, y, recogiéndose, se amansó con su callada agua, de manera que la superficie de sus aguas se distendió como la de una piscina tranquila o una laguna calmada, para que el remo no hallase oposición. Así que apresuran la marcha emprendida con hurras de alegría. Se deslizan por el vado las pintas barcas de abeto; las aguas se quedan admiradas, desacostumbrado, el bosque se queda admirado de los escudos de los hombres que refulgen de lejos en el río y de la navegación de las naos pintadas. Ellos pasan noche y día con fatigoso remar, y vencen largos meandros, y pasan bajo la sombra de variados árboles, y surcan las verdes selvas por la calmada superficie del agua. El sol ardiente había llegado a su cenit en el cielo, cuando ven a lo lejos los muros y la ciudadela y techos aislados de casas, que ahora el poderío romano ha igualado con el cielo;[4] entonces Evandro tenía un pobre estado. Rápidamente enfilan proa y se aproximan a la ciudad.

Aquel día casualmente se hallaba el rey arcadio ofreciendo un solemne sacrificio al gran hijo de Anfitrión[5] y a los dioses en un bosque delante de la ciudad. A su vez su hijo Palante, a la vez todos los jóvenes principales y el pobre senado hacían ofrendas de incienso, y la sangre tibia humeaba en los altares. Cuando

4. Se refiere a las egregias mansiones que surcan la colina del Palatino en la Roma de Virgilio. En la época republicana era el barrio de los políticos, y en la imperial fue sede de los príncipes. Allí nació y habitó Augusto, y por eso está igualado con el cielo.

5. Hércules.

vieron las altas embarcaciones y que se deslizaban entre el bosque sombrío, y se doblaban sobre los remos silenciosos, se asustan de la súbita aparición, y todos se levantan abandonando las mesas. El audaz Palante les prohíbe interrumpir el sacrificio, y sale volando él mismo a su encuentro con la lanza que había agarrado, y desde lejos, desde la tumba, dice: «Jóvenes, ¿qué motivo os indujo a arriesgaros a un camino desconocido? ¿Adónde os dirigís? ¿De qué raza sois? ¿Traéis aquí la paz o la guerra?» Entonces el padre Eneas habla así desde la alta popa, y por delante tiende en su mano una rama de pacífico olivo: «Estás viendo a los hijos de Troya y armas enemigas de los latinos; desterrados como somos, ellos nos han perseguido con una guerra orgullosa. Buscamos a Evandro. Llevadle este encargo, y decidle que han llegado unos capitanes escogidos de Dardania, a pedir su alianza en la guerra.» Quedóse pasmado Palante, sorprendido por un nombre tan ilustre. «Sal aquí tú, quienquiera que seas», dijo, «y habla en presencia de mi padre, y ven como huésped a nuestros penates.» Y le dio la bienvenida, y se juntó a él, abrazándole la mano derecha. Andando unos pasos entran por el bosque, y abandonan el río.

Entonces, Eneas habla al rey con palabras amistosas: «Oh tú, el mejor de los hijos de Grecia, a quien la fortuna ha querido que yo implorase y le tendiese delante las ramas sujetas con una cinta, no he sentido miedo de ti, desde luego, porque fueses un capitán arcadio de los dánaos y porque por tu linaje estuvieses unido a los dos Atridas; pero mi valor y los santos oráculos de los dioses, y nuestros padres parientes, tu fama extendida por las tierras, me han unido a ti, y me he dejado llevar voluntariamente por el destino. Dárdano,

el primer padre y autor de la ciudad de Ilión, nacido de la Atlántida Electra,[6] como dicen los griegos, arriba al país de los teucros; a Electra la engendró el grandioso Atlas, que sostiene en su hombro el orbe celeste. Vuestro padre es Mercurio, a quien parió la resplandeciente Maya, habiéndole concebido en la cima helada de Cilene. Ahora bien, a Maya, si damos alguna credibilidad a lo que se cuenta, la engendra Atlas, ese mismo Atlas que sostiene las estrellas del cielo. De este modo, el linaje de ambos se escinde de la misma sangre. Confiado en estos hechos, no probé con embajadores ni acordé tener los primeros escarceos contigo por medio de la diplomacia; a mí mismo, a mí mismo y a mi propia cabeza he puesto delante y he venido a fuer de suplicante al umbral de tu puerta. La misma nación daunia[7] que a ti, me persigue a mí con encarnizada guerra; piensan que si nos derrotan nada se opondrá para que sometan a su yugo a toda Italia por entero y dominen el mar que la baña por arriba y por abajo. Recibe mi palabra de lealtad y dame la tuya. Tenemos corazón valeroso para la guerra, tenemos ánimos y una juventud ducha en la acción.» Había terminado Eneas. Aquél recorría hacía tiempo con su mirada la cara y los ojos del que hablaba y todo su cuerpo. Entonces replica parcamente de este modo: «¡Cómo te acojo a ti, el más valiente de los teucros, y te reconozco lleno de alegría! ¡Cómo recuerdo las palabras de tu padre y la voz y la cara del gran Anquises! Pues recuerdo que Príamo, el hijo de Laomedonte, cuando iba a visitar el reino de su hermana Hesíone, y se dirigía a Salamina,[8] pasaba inmediatamente a ver los helados

6. Una de las Pléyades, hija de Atlas.
7. De Apulia, Italia.
8. Isla cerca del Peloponeso, frente a Eleusis.

territorios de la Arcadia. Entonces se cubrían mis mejillas con el bozo de la primera juventud; y admiraba a los caudillos teucros, admiraba también al propio hijo de Laomedonte; pero Anquises marchaba más alto que todos juntos. Con el ardor de la juventud mi corazón anhelaba hablar con el héroe y estrechar mi mano con su mano; me acerqué, y le conduje lleno de ganas a las murallas de Feneo.[9] Al marcharse me regaló una aljaba preciosa y unas flechas licias y una clámide bordada en oro, y dos frenos de oro, que tiene ahora mi hijo Palante. De manera que la mano que buscáis os la he tendido con el pacto, y tan pronto como la luz del día de mañana vuelva a las tierras, os despediré encantado con mi auxilio, y os ayudaré con mis medios. Entretanto, puesto que habéis llegado aquí como amigos, celebrad con buen ánimo con nosotros este sacrificio anual, que no es lícito aplazar, y ya desde ahora acostumbraos a las mesas de vuestros aliados.»

Cuando hubo dicho estas palabras, ordena que vuelvan a servir la comida y los vasos, y él mismo acomoda a los héroes en asientos de hierba, y, en primer término acoge a Eneas en un lecho con la piel de un león vedijudo, y lo agasaja con un trono de arce. Entonces jóvenes escogidos y el sacerdote del altar traen la carne asada de los toros, y colman los canastillos con el don de Cerea fabricado, y suministran vino. Eneas y al mismo tiempo la juventud troyana comen el lomo de un buey entero y la carne sacrificial.

Así que aplacaron el hambre y satisficieron el deseo de comer, dice el rey Evandro: «Este sacrificio solemne, esta comida ritual, este altar a tan gran potencia divina,

9. Ciudad de la Arcadia.

no nos los ha impuesto una creencia supersticiosa y que desconoce a los viejos dioses: salvados de virulentos peligros, huésped troyano, lo hacemos, y reintroducimos la ceremonia debida. En primer lugar, mira esta cueva que cuelga sobre las rocas, cómo los muros han venido a desbaratarse lejos y la casa del monte se halla abandonada, y los cascotes produjeron un enorme derrumbamiento. Aquí había una cueva apartada en un amplio lugar retirado, que ocupaba la maléfica figura semihumana de Caco, y a la cual no llegaban los rayos del sol; y la tierra estaba siempre tibia con muertes recientes, y en las puertas soberbias colgaban clavadas las caras pálidas de los hombres con tristes manchas de sangre. Este monstruo tenía por padre a Vulcano: vomitando por la boca los fuegos negros de éste se movía con su gran mole. También a nosotros que rezábamos por ello nos trajo esta edad nuestra el auxilio y la venida del dios. Pues aquí estaba el grandioso vengador, orgullosos con la muerte y los despojos de Gerión, el de tres cuerpos, el Alcida,[10] y por aquí conducía victorioso sus enormes toros, y los bueyes andaban por el valle y el río. Pero Caco, con la mente embrutecida por la locura, para que no quedase ni crimen ni engaño sin osar o poner mano a él, desvió de los pastizales cuatro toros de singular figura, y otras tantas novillas de insuperable estampa. Y para que fuesen adelante las huellas de sus cascos, arrastró a éstos por la cola a la cueva, y así que los hubo robado cambiando la dirección de las pisadas, los andaba ocultando en su oscuro peñasco. Si alguien buscaba, ninguna señal llevaba a la cueva. Entretanto, cuando el hijo de

10. Hércules.

Anfitrión sacaba ya del establo a la manada harta y preparaba la marcha, al partir, se pusieron a mugir los bueyes, y todo el bosque se llenaba con sus quejidos, y abandonaban las colinas con mugidos. Una de las vacas respondió a la voz, y mugió dentro de la vasta cueva, y frustró las esperanzas de su guardián Caco. Aquí es cuando se exacerbó con la locura, con la negra hiel, el dolor del Alcida; agarra en sus manos las armas y el roble, que los nudos hacían pesado,[11] y a la carrera se dirige a la cima del elevado monte.[12] Entonces los nuestros vieron por primera vez temeroso y con la mirada turbada a Caco; huye por supuesto más veloz que el Euro, y se encamina a su cueva; el miedo le puso alas en sus pies. Cuando se encerró dentro y, rompiendo las cadenas, dejó caer un gigantesco peñasco que colgaba con el hierro y el arte de su padre, y bloqueó con su mole la firme entrada, he aquí que llegaba con ánimo enfurecido el Tirintio y revisando todos los accesos dirigía la cara a un lado y otro rechinando los dientes. Tres veces revisa entero el monte del Aventino hirviendo de rabia; tres veces prueba en vano con la puerta de roca; tres veces sentó agotado en el valle. Un agudo peñasco de sílice se alzaba derecho a espaldas de la cueva, con las rocas de su alrededor cortadas a pico, que se veía altísimo, residencia oportuna para los nidos de las aves dañinas. Conforme se inclinaba el peñasco, por ser la cima en declive, a la izquierda, hacia el río, Hércules lo zarandeó por la derecha, apoyándose contra él, y lo arrancó de cuajo, dejándolo suelto; luego, lo empujó de golpe; con el empujón retumba en lo más alto el cielo, se salpicaban ambas riberas y el río asustado refluye.

11. La maza.
12. Se trata del monte Aventino.

Ahora bien, la cueva, la inmensa mansión real de Caco se descubrió y quedó al aire y se pusieron de manifiesto en toda su profundidad las sombrías cavernas. No de otro modo que si la tierra, abriéndose por alguna fuerza en profundidad, descubriese las moradas infernales y mostrase el pálido reino, odioso a los dioses, y desde arriba se contemplase el descomunal abismo, y los manes temblasen al penetrar la luz. De manera que sorprendido de repente por la inesperada luz, Caco, y encerrado en la hueca roca y farfullando palabras ininteligibles, el Alcida lo acosa a tiros desde arriba, y echa mano a toda clase de armas, y lo agobia con ramas y grandes piedras como de molino. Pero aquél, como ya no le queda ninguna escapatoria del peligro, vomita de su garganta una gran cantidad de humo (cosa que causa maravilla decir) y envuelve la casa en una negra niebla, sustrayéndose a la contemplación de los ojos, y forma en la cueva una noche humeante de tinieblas mezcladas con fuego. No lo soportó el Alcida en su rabia, y se lanzó saltando de cabeza en medio del fuego, por donde el humo más espeso hace olas y la enorme caverna bulle con la negra niebla. Aquí echa mano a Caco, que vomitaba vanamente el fuego en las tinieblas, haciéndole un nudo, y lo estrangula, echándole fuera los ojos y apretándole la garganta sin una gota de sangre. Al momento se abre la negra casa con las puertas arrancadas, y se muestran al cielo las vacas robadas y las rapiñas a las que había renunciado, y el informe cadáver es arrastrado por los pies. La gente no puede saciar su curiosidad mirando los terribles ojos, la cara y el pecho velloso de cerdas de la semifiera y el fuego que se había apagado en su garganta. Desde aquella época se ha conmemorado su honor, y la posteridad encantada ha guardado el día, y el primer

promotor fue Poticio, y la casa Pinaria, la guardiana del sacrificio a Hércules. Levantó en el bosque este altar que nosotros llamaremos siempre el Mayor, y que siempre será el Mayor. Por lo tanto, oh jóvenes, en agasajo a una gloria tan grande, ceñid vuestro pelo con ramas y alargad los vasos en vuestras manos, e invocad al dios común, y ofreced vino con gusto.» Había terminado: el chopo de dos colores con sombra grata a Hércules veló sus cabelleras y quedó colgando con las hojas, y la mano se llenó con el sagrado vaso. Rápidamente, todos hacen la libación en la mesa contentos, y rezan a los dioses.

Entretanto Véspero se acerca más por el curvado Olimpo: y ya marchaban los sacerdotes y Poticio el primero, vestidos con pieles según la tradición, y portaban antorchas. Renuevan el banquete, y traen los agradables presentes de la segunda mesa, y atiborran los altares con platos rebosantes. Luego los Salios[13] se colocan para cantar junto a los encendidos altares, con las sienes ceñidas con ramas de chopo, en una parte el coro de los jóvenes, en otra el de los viejos. En sus cánticos ensalzan los hechos y glorias de Hércules: primero, cómo estranguló, apretándolos con la mano, los monstruos de su madrastra, las dos serpientes;[14] también cómo destruyó ciudades ilustres en la guerra. Troya y Ecalia; cómo sufrió mil duros trabajos a las órdenes del rey Euristeo, por voluntad de la inicua Juno. «Tú, invicto, mataste con tus manos a los gemelos, hijos de las nubes, Hileo y Folo,[15] tú, al monstruo de Creta,[16] y al enorme león en la cueva de Nemea. Ante ti tembló la

13. Colegio de sacerdotes instituido por el rey Numa. Estaban consagrados al culto de Marte y en su honor ejecutaban una danza sagrada.

14. Se refiere a las dos serpientes que le envió Juno a su cuna para acabar con él.

15. En la batalla de los lapitas y centauros.

16. El toro, el león de Nemea y la hidra de Lerna son algunos de los trabajos de Hércules.

laguna estigia, ante ti, el portero del Orco,[17] recostado en el antro sangriento sobre huesos semirroídos; y no te aterraron apariciones ningunas, ni el propio Tifóeo,[18] empuñando en alto las armas; y bien sabías qué hacer cuando la hidra de Lerna te rodeó con su montón de cabezas. Salve, descendencia verdadera de Júpiter, incorporado como un honor a los dioses, y ven propicio y con buen pie a nosotros y a tu ceremonia.» Esto es lo que celebran en sus cánticos; después de todo ello, añaden lo de la cueva de Caco, y el fuego que respiraba él. Todo el bosque retumba con el eco, al que responden las colinas.

A continuación, después de terminar los oficios divinos, se reintegran todos juntos a la ciudad. El rey marchaba agobiado por la edad, y por el camino llevaba a su lado de acompañantes a Eneas y a su hijo y entretenían la marcha con variada conversación. Eneas se admira y dirige cómodamente sus ojos a todos los objetos, y el lugar le cautiva, y pregunta por los detalles encantado y escucha las tradiciones de los hombres del pasado. Entonces dijo el rey Evandro, fundador de la ciudadela romana: «Estos bosques los habitaban los Faunos[19] y las Ninfas,[20] autóctonos de aquí, y una clase de hombres nacida de los troncos y del duro roble, que no tenían normas ni civilización, ni sabían uncir los toros ni acaparar recursos, ni ahorrar de lo conseguido, sino que los alimentaban las ramas y la caza, difícil medio de vida. El primero que llegó del Olimpo etéreo

17. El Can Cérbero.

18. El gigante monstruoso cobijado bajo el Etna que había osado atacar a Júpiter.

19. Genios selváticos y campestres, equivalentes a los sátiros griegos. Su naturaleza es doble: mitad hombre, mitad cabra.

20. Doncellas que pueblan la campiña, el bosque y las aguas. Son los espíritus de la Naturaleza en general.

fue Saturno, huyendo de las armas de Júpiter y desterrado a raíz de quitarle el reino. Él unió a la raza indócil y dispersa por los altos montes, y les dio leyes y se inclinó por el nombre de Lacio, por haber estado oculto[21] a buen recaudo en estas riberas. El siglo de oro[22] de que hablan existió bajo su reinado: en tan plácida paz gobernaba a los pueblos; hasta que poco a poco una edad peor y descolorida y la rabia de la guerra y el amor por poseer se introdujeron. Entonces llegaron la tribu ausonia y las gentes sicanas, y la tierra de Saturno perdió el nombre sucesivas veces; luego, los reyes y el fiero Tíber;[23] el viejo Álbula[24] perdió su nombre verdadero. A mí, expulsado de mi patria y siguiendo el confín del piélago, me situaron en estos parajes la fortuna todopoderosa y el destino ineluctable, y me impulsaron los estremecedores vaticinios de mi madre, la ninfa Carmentis[25] y el dios Apolo, su inspirador.» Apenas acabó de decirlo: avanzando un poco más, le señala el altar y la puerta a la que los romanos dan el nombre de Carmental, honor primitivo de la ninfa Carmentis, profetisa que revelaba el destino, la primera que vaticinó que los compañeros de Eneas serían grandes y famoso el Palanteo. Desde allí le señala un bosque enorme que el activo Rómulo convirtió en asilo, y el Lupercal,[26] al pie de una helada roca, llamado según la costumbre parrasia[27] el

21. Juego de palabras en latín entre *Latium* («Lacio») y *latere* («esconderse») intraducible al español.

22. En Roma el mito de la edad de Oro se sitúa en los tiempos en que Saturno reinaba en Italia. Los hombres vivían en intimidad con los dioses. Era el reino de la justicia y la buena fe. No existía la maldad ni las leyes, ni hacía falta el trabajo.

23. Héroe epónimo del río, de origen divino. Al morir ahogado en el río le daría su nombre.

24. Primitivo nombre del río Tíber.

25. Ninfa que poseía el don profético, enterrada por Evandro al pie del Capitolio, cerca de la puerta Carmental.

26. Santuario del dios Fauno, Luperco o Pan, situado en una ladera del Palatino. Allí cuenta la tradición que la loba amamantó a Rómulo y Remo.

27. Arcadia.

lugar de Pan Liceo.[28] Igualmente le señala el bosque del sagrado Argileto,[29] y recurre al testimonio del lugar, y le informa de la muerte del huésped Argos. Desde allí le conduce a la roca Tarpeya[30] y al Capitolio,[31] áureo ahora, en otro tiempo erizado de zarzas silvestres. Ya entonces aterrorizaba a los temerosos campesinos una maléfica superstición del lugar; ya entonces temblaban ante su selva y su roca. «Este bosque», dice, «esta colina, la habita un dios, sin que pueda decirte qué dios; los arcadios creen haber visto al propio Júpiter las muchas veces que blandía en su diestra la negreante égida, y arrastraba las nubes. Además estás viendo estas dos fortalezas con los muros derruidos, restos y recuerdos de los hombres antiguos. Esta fortaleza la levantó el padre Jano, ésta, Saturno;[32] aquélla tenía el nombre de Janículo;[33] ésta, el de fortaleza de Saturno.» Contándose esto entre ellos se iban acercando a la casa del pobre Evandro, y veían mugir por todas partes las manadas en el Foro Romano y en las espléndidas Carinas. Cuando llegaron al sitio, dijo: «Por este umbral entró el victorioso Alcida, ésta es la mansión real que le dio acogida. Atrévete, huésped, a despreciar las riquezas, y hazte tú también digno de la divinidad, y ven sin desdén a nuestra precaria hacienda.» Dijo, y condujo al enorme Eneas bajo el techado de la angosta casa, y lo acomodó en un

28. El dios Pan del monte Liceo, que se había consagrado a su culto. Era para los griegos el dios de la vida pastoral, representado con los cuernos y las patas de un macho cabrío. En Roma se asimiló con Fauno o Silvano.

29. Tumba levantada por Evandro en un lugar del Palatino para conmemorar la captura y muerte de su huésped Argos que había intentado matarlo y usurpar su trono.

30. Tarpeya, hija del gobernador de Roma en tiempos de Rómulo, dio entrada en la ciudadela del Capitolio a los sabinos y pereció sepultada por sus escudos. Dio nombre a la roca Tarpeya, desde la cual los romanos precipitaban a los criminales.

31. La más pequeña de las colinas de Roma.

32. La fortaleza que habitó Saturno es el Capitolio.

33. Monte que aún hoy se encuentra en Roma, al oeste del Capitolio pasando el Tíber.

sitial, sentándole sobre hojas y la piel de una osa líbica.

Se echa encima la noche, y abraza a la tierra con sus alas grisáceas. Mas Venus, su madre, que no en vano tenía el alma aterrorizada, conmovida por las amenazas de los laurentes y la dura revuelta, aborda a Vulcano y comienza a decirle lo siguiente en el lecho áureo de su esposo, y pone en sus palabras el amor divino: «Mientras los reyes argólicos devastaban con la guerra a Pérgamo, que les correspondía, y las ciudadelas, destinadas a caer bajo el fuego enemigo, no pedí ningún auxilio para los desgraciados, ni las armas que tú puedes y sabes hacer; ni quise molestarte en vano a ti, queridísimo esposo, ni tu trabajo, aunque debía muchísimo a los hijos de Pérgamo también, y había llorado muchas veces el duro sufrimiento de Eneas. Ahora por mandato de Júpiter ha puesto el pie en las orillas de los rútulos: así que yo, la misma de antes, vengo a fuer de suplicante, y pido a una potencia divina para mí sagrada las armas, yo, la madre, para su hijo. A ti pudo convencerte con sus lágrimas la hija de Nereo,[34] a ti, la esposa de Titono.[35] Mira qué pueblos se reúnen, qué ciudades sacan filo a sus armas con las puertas cerradas, contra mí y para la perdición de los míos.» Había terminado, y con sus brazos blancos como la nieve, la diosa acaricia al vacilante Vulcano con tiernos abrazos por un lado y por otro. Él sintió de repente la acostumbrada llama, y un ardor conocido penetró en sus médulas y corrió por sus huesos que se le derretían, no de otro modo a como cuando estalla una culebrina de fuego con el sonoro trueno y corre centelleando con su luz por las nubes. La

34. Tesis, una de las Nereidas, madre de Aquiles, que había acudido a vulcano para que le forjase las armas de su hijo.

35. La Aurora.

diosa se dio cuenta, encantada con el engaño y consciente de su hermosura. Entonces habla el padre, vencido completamente con el amor eterno: «¿Por qué buscas tus motivos tan lejos? ¿Dónde ha ido a parar, diosa, la confianza que tenías en mí? Si hubieras tenido esta misma preocupación, también entonces tenía yo derecho a armar a los teucros; ni el padre todopoderoso ni el destino se oponían a que Troya siguiese en pie y que Príamo sobreviviese otros diez años. Y ahora, si estás dispuesta a guerrear y ésa es la intención que tienes, puedo prometerte todo el cuidado que depende de mi arte, lo que se puede hacer con el hierro o la fusión de oro y plata, en la medida que pueden mis fuegos y mis fuelles; deja de dudar en las fuerzas que tienes para pedir.» Así que habló estas palabras, le dio los ansiados abrazos, y echado en el regazo de su esposa buscó el plácido sueño para su cuerpo.

Después, cuando el primer sueño lo había despabilado, mediado ya el curso de la noche que pasaba, tan pronto como la mujer, que tiene la imposición de sustentar su vida con la rueca y los finos hilos de Minerva, aviva la ceniza y el fuego mortecino, agregando a su trabajo la noche, y hace trabajar a sus criadas a la luz con la larga urdimbre, para poder mantener el casto hogar de su esposo y educar a sus hijos pequeños, no de otro modo ni perezoso por ser aquella hora, el que domina el fuego se levanta del blando lecho a su trabajo de la fragua[36].

Junto a la costa siciliana y a la eolia Líparis[37] surge una isla,[38] en cuya cima humean las rocas, al pie de la cual

36. Recordemos que Vulcano es el dios del fuego.
37. Una de las islas eolias, hoy Lípari.
38. Se refiere a Hiera, otra de las islas eolias hoy llamada Vulcano.

retumban la cueva y los antros etneos de los cíclopes, horadados por galerías, y se oyen los vigorosos golpes de los yunques, repitiendo el eco, y en las cavernas chirrían las barras de hierro de los cálibes, y el fuego jadea en los hornos, casa de Vulcano, y tierra de Vulcano por su nombre. Aquí desciende entonces desde el alto cielo el que domina el fuego.

En la vasta gruta los cíclopes trabajaban el hierro: Brontes, Estéropes y Piracmón, con los miembros desnudos. Había un rayo fabricado por sus manos con una parte ya pulida, de los muchísimos que el Padre lanza por todo el cielo a las tierras, y la otra parte faltaba por terminar. Le habían agregado tres rayos de lluvia, convertida en granizo, tres, de una nube acuosa, tres, del fuego rutilante, y del rápido austro. Ahora mezclaban en su obra el fulgor terrorífico y el sonido y el miedo y la rabia de las llamas contumaces. En otra parte se afanaban en la fabricación de un carro y veloces ruedas para Marte, con el que éste solivianta a los hombres, solivianta las ciudades; y pulían con todo esmero una horripilante égida, armas de la airada Palas, con escamas de serpientes y con oro, y unas culebras trabadas, y en el pecho de la diosa la propia Górgona que giraba los ojos en su cabeza cortada. «Quitad de en medio todo», dice, «y retirad los trabajos que tenéis comenzados, cíclopes del Etna, y poned la atención en esto: tenéis que fabricar las armas a un varón enérgico. Ahora tenéis que echar mano de vuestras fuerzas, ahora, de vuestras ágiles manos, ahora, de todo vuestro magistral arte. Echad por la borda toda tardanza.» Y no dijo más; mas aquéllos se pusieron rápidamente a la tarea todos, repartiéndosela equitativamente. Fluye a ríos el bronce y el mineral de oro, y en el vasto horno se licúa el acero, que produce

heridas. Dan forma a un enorme escudo, uno solo contra todos los tiros de los latinos, y entrelazan plancha sobre plancha hasta siete. Otros cogen el aire en los ventosos fuelles y lo devuelven; otros meten en el bargueño el bronce chirriante. Gime la gruta bajo los yunques. Ellos con mucho brío levantan los brazos uno tras otro acompasadamente, y dan vueltas al metal con las agarrantes tenazas.

Mientras el padre de Lemnos[39] ejecuta aprisa esto en las riberas eolias, la luz nutricia saca a Evandro de su humilde morada y el canto matinal de los pájaros en el cumbrero. Se levanta el anciano, y cubre su cuerpo con una túnica y enfunda las plantas de sus pies en las sandalias tirrenas; luego ajusta a la cintura y hombros la espada tegea[40] dejando flotar a su costado izquierdo una piel de pantera. Además, delante de él marchan desde el alto umbral dos perros guardianes, o siguen los pasos de su amo. Se encaminaba al aposento apartado de su huésped Eneas, recordando, héroe como era, lo que habían hablado y el presente prometido. Y no menos de mañana se movía Eneas. Aquél llevaba por acompañante a su hijo Palante, éste, a Acates. Al encontrarse se estrechan las manos, y toman asiento en medio del palacio, y gozan por fin de una conversación a sus anchas. Primero dijo el rey:

«Grandioso caudillo de los teucros, si tú estás a salvo nunca diría yo que la causa y el reino de Troya están vencidos; las fuerzas con que contamos para contribuir a la guerra son exiguas en relación con vuestro gran renombre: de un lado nos cierra el río etrusco,[41] del otro

39. Vulcano, que fue criado en Lemnos, isla del mar Egeo.
40. La espada, en la cintura, iba sujeta por una correa a los hombros.
41. El Tíber.

nos hostiga el rútulo y hace sonar sus armas en torno al muro. Pero yo tengo la intención de aliar a ti a grandes pueblos y cuarteles bien abastados por sus reinos, que es la salvación que el imprevisto azar nos brinda. El destino es el que te reclama cuando llegas aquí. No lejos de aquí se halla el solar habitado de la ciudad de Agila,[42] fundada con piedras viejas, donde antaño se estableció sobre los collados etruscos una población lidia, ilustre en la guerra. Esta ciudad, después floreciente, la sujetó con un mando despótico y con crueles armas el rey Mecencio. ¿Para qué voy a contar sus nefandos asesinatos, para qué los brutales hechos del tirano? ¡Que los dioses los reserven para su propia cabeza y su descendencia! Es más, unía los cuerpos muertos a los vivos, juntando mano con mano y cara con cara (¡qué género de suplicio!) y corriendo por ellos la sangre corrompida y la pus con el miserable abrazo, los mataba así en larga agonía. Pero los ciudadanos cansados finalmente, rodean armados a él, que echaba sapos y culebras por la boca, y su casa, degüellan a sus compinches, lanzan fuego a su tejado. Él se escabulló en medio de la matanza, refugiándose en los campos de los rútulos, y fue a defenderse con las armas de su anfitrión Turno. Así que toda la Etruria se insurreccionó con justa furia; reclaman al rey para el suplicio presentando batalla. Al frente de estos miles te voy a poner yo de capitán, Eneas. Pues los bajeles braman concentrados en toda la costa, y exigen marchar al ataque. Los contiene el longevo harúspice, vaticinando su profecía: "¡Oh juventud escogida de Meonia, flor y nata de los viejos héroes, a quienes incita contra el enemigo un justo dolor

42. Es Cere o Áquila.

y Mecencio inflama con la rabia que se ha ganado, ningún ítalo permiten las leyes del cielo que subyugue a un pueblo tan potente: elegid caudillos extranjeros." Entonces el ejército etrusco acampó en este llano, aterrorizado por los vaticinios de los dioses. El propio Tarcón me envió unos embajadores y una corona real con el cetro y me encomienda sus insignias, para que entre en su campamento y me encargue del reino tirreno. Pero mi vejez, que el frío retarda y los años agobian y mis fuerzas que llegan tarde a los hechos valerosos, me privan del poder. Animaría a mi hijo, a no ser porque al llevar la sangre de su madre sabina arrastraría de aquí parte de la patria. Tú, a quien el destino favorece por tus años y tu raza, a quien las potencias divinas reclaman, ve adelante, oh capitán, el más valeroso de los teucros y de los ítalos. Pondré a tu lado, además, a éste, a Palante, esperanza y consuelo míos; que se acostumbre a tolerar la milicia y las graves acciones de la guerra bajo tu magisterio, a ver tus hazañas, y te admire desde sus primeros años. Yo le daré a éste doscientos jinetes arcadios, flor y nata de la juventud, y otros tantos Palante a ti en su propio nombre.»

Apenas había dicho esto, y Eneas, el hijo de Anquises, y el fiel Acates mantenían la cabeza gacha. Y muchas cosas duras hubieran pensado en su afligido corazón, si la Citerea[43] no hubiese hecho una señal en el cielo despejado. Pues de repente llegó del cielo con ruido un fulgor zigzagueante, y pareció que todo se venía abajo súbitamente y que el sonido de la trompeta tirrena quejábase a través del aire. Levantan la vista; el enorme

43. Venus.

fragor se repite una y otra vez. En medio de una nube, en el espacio sereno del cielo ven brillar unas armas a través del aire puro y tintinear entrechocando. A los demás se les paralizaron los ánimos; pero el héroe troyano reconoció el sonido y la promesa de su divina madre. Entonces pontifica: «De verdad, anfitrión, no busques, no, en efecto, qué azar conlleva el fenómeno: yo soy el que reclama el Olimpo. Esta señal vaticinó mi divina madre que iba a enviar, cuando se avecinase la guerra, y que traería por el aire en mi auxilio las armas de Vulcano. ¡Ay, qué grandes matanzas se ciernen sobre los desgraciados laurentes! ¡Qué castigo vas a sufrir a mis manos, Turno! ¡Cuántos escudos y cascos y cuerpos de valientes héroes vas a arrollar bajo tus aguas, padre Tíber! ¡Que busquen la guerra y que rompan el pacto!»

Cuando hubo dicho esto, se levanta del alto trono; y primeramente reaviva el fuego mortecino del altar de Hércules, y visita alegre el Lar del día anterior y los pequeños Penates; sacrifican ovejas elegidas según la costumbre a partes iguales Evandro y la juventud troyana. Después, marcha de aquí a las naves, y se reúne con los compañeros, de cuyo número elige los que sobresalen por su valor para que le sigan a la guerra; la parte restante avanza por el agua calmada, y desciende tranquilamente río abajo, para informar a Ascanio acerca de su padre y de los acontecimientos. Entregan caballos a los teucros que se dirigían a los campos tirrenos;[44] traen uno fuera de sorteo para Eneas todo cubierto por la amarillenta piel de un león, en la que destaca el brillo de las doradas uñas.

44. Etruscos.

Vuela la fama, divulgada instantáneamente por la pequeña ciudad, de que los jinetes marchaban aprisa hacia la puerta del rey tirreno. Las madres duplican sus ofrendas por el miedo, y con el peligro el temor se hace más presente, y la imagen de Marte parece ya más grande. Entonces, el padre Evandro se quedó agarrado a la mano del que se iba, y no se saciaba de llorar, y le dice lo siguiente: «Oh, si Júpiter me volviese los años pasados, como yo era cuando al pie de la misma Preneste[45] derroté el primer ejército y prendí fuego victorioso a los montones de escudos y envié al Tártaro con esta mano al rey Érulo, al que su madre Feronia[46] (causa espanto decirlo) había dado tres almas al nacer, para que manejase un arma con cada una; había que liquidarlo con tres muertes; pero sin embargo, esta mi diestra le arrebató todas sus almas, y le despojó de las correspondientes armas. Ahora, hijo mío, yo no me tendría que separar en modo alguno de tu dulce abrazo; y Mecencio no había provocado jamás tantas crueles muertes con su espada, burlándose de este que es su vecino, no habría privado de tantos ciudadanos a la ciudad. ¡Ay!, pero vosotros, oh dioses de arriba, y tú Júpiter, dirigente máximo de los dioses, apiadaos, os lo pido, del rey arcadio, y escuchad la plegaria de un padre: si vuestras potencias celestiales, si el destino me reserva sano y salvo a Palante, si vivo con la esperanza de verle y de reunirme con él, mi vida os imploro; acepto sufrir cualquier sufrimiento. Pero si amenazas con alguna desgracia inenarrable, fortuna, séame posible ahora, oh, ahora, acabar con la cruel vida, mientras mis preocupaciones están llenas de dudas, mientras la esperanza

45. Ciudad del Lacio.
46. Diosa de las fuentes y los bosques.

en el futuro es incierta, mientras te retengo en mi abrazo, hijo querido, único y tardío placer mío, para que no hiera mis oídos una noticia demasiado grave.» Estas palabras le salían al padre en el último adiós; los criados lo recogían desmayado al interior de la casa.

Y ya precisamente había salido la caballería por las puertas abiertas, en primera fila Eneas y el fiel Acates, después, los demás grandes de Troya; el propio Palante iba en medio de la columna, visible por su clámide y sus armas pintadas: como cuando el Lucero de la tarde, que se baña en las aguas del Océano, a quien Venus ama con preferencia a los demás fuegos estelares, saca en el cielo su faz sagrada y disipa las tinieblas. Están de pie en las murallas las madres despavoridas, y con la vista siguen la nube de polvo y los escuadrones resplandecientes en bronce. Ellos caminan armados entre los zarzales, por donde el camino es más corto; va el griterío, y formada la columna, el casco de los cuadrúpedos sacude con su sonido la llanura polvorienta.

Hay un enorme bosque junto al helado río de Ceres,[47] venerado en toda su extensión por la religión de los padres; abultadas colinas la cercan por todos los lados y una floresta lo circunda con sus negros abetos. Existe el rumor de que los viejos pelasgos, los primeros que en otros tiempos tuvieron los territorios latinos, consagraron el bosque y un día de fiesta a Silvano,[48] dios de los campos y del ganado. No lejos de aquí, Tarcón y los tirrenos tenían el campamento en lugar seguro, y ya se podía ver desde lo alto de la colina toda la legión y las tiendas se extendían por los anchos campos. Por aquí

47. Actualmente el Vaccina.
48. Divinidad romana de los bosques, asimilado a Fauno.

entran Eneas y la juventud elegida para la guerra y se ponen a descansar ellos y los caballos.

Mas Venus, la refulgente diosa, llegaba entre las nubes celestiales, trayendo su don. Y cuando vio a su hijo en un valle apartado y al abrigo del helado río, se le puso delante sin más, y le habló con estas palabras: «Ahí tienes terminado el regalo que mi esposo prometió hacer con su arte, para que ya no dudes, hijo, en presentar batalla a los laurentes o al aguerrido Turno.» Dijo, y la Citerea buscó el abrazo de su hijo; colocó las radiantes armas adosadas de frente a una encina. Eneas, feliz con el regalo y el honor tan grande de la diosa, no logra saciarse y revisa con sus ojos cada detalle, y se queda embobado y da vueltas entre las manos y los brazos al yelmo, espantable con sus cimeras y vomitando llamas, y la mortífera espada, la rígida loriga de bronce, sanguinolenta, descomunal, como cuando una nube cárdena se enciende con los rayos del sol y brilla de lejos; luego, las pulidas polainas de oro y plata refundidos, y la lanza, y las incontables planchas del escudo. En él, el que domina el fuego, que no desconocía los vaticinios y sabía del tiempo por venir, había puesto la historia de Italia y los triunfos romanos; en él, toda la generación de la estirpe futura a partir de Ascanio, y los combates librados por su orden. Había puesto también la loba parida echada en la verde gruta de Marte; dos niños gemelos jugaban colgados de sus ubres y mamaban de la madre sin temor; la loba, con su liso cuello torcido, acariciaba al uno y al otro y daba forma a sus cuerpos con la lengua. Y no lejos de aquí había añadido Roma y el impúdico rapto de las sabinas, en los asientos del anfiteatro, cuando tenían lugar los grandes juegos circenses, y la nueva guerra que surgía de repente entre los

romúlidas y el viejo Tacio[49] y los rígidos curetes.[50] A continuación, estos mismos reyes, después de deponer las armas entre ellos, estaban armados de pie delante del altar de Júpiter con una copa en la mano y formalizaban el pacto con una marrana sacrificada. No lejos de allí las rápidas cuadrigas habían descuartizado a Meto[51] (¡ay, pero tú, albano, deberías haber estado a lo dicho!). Y Tulo[52] arrastraba por la selva las entrañas del varón mendaz, y los abrojales chorreaban salpicados de sangre. Asimismo, Porsena[53] ordenaba dar acogida al expulsado Tarquinio y presionaba sobre la ciudad con un fuerte asedio; los descendientes de Eneas se precipitaban a las armas por la libertad. Podía verse a Porsena como el que estaba lleno de furia y como el que amenazaba, porque Cocles[54] se atrevía a desmontar el puente y Clelia[55] nadaba por el río con las ataduras rotas.

En la parte superior, Manlio, guardián del alcázar de Tarpeya, estaba de pie delante del templo y se mantenía en el alto Capitolio, y la casa real de Rómulo mostraba su desaliño con la fresca techumbre de paja. Y aquí, un ganso plateado, revoloteando en los pórticos dorados, cantaba que los galos se hallaban a las puertas.[56] Los galos se acercaban entre los zarzales, y tomaban la ciudadela, amparándose en las tinieblas y el regalo de la noche oscura; áurea cabellera tenían, y vestimenta áu-

49. Rey de los sabinos.

50. Sabinos.

51. Dictador albano que, habiendo violado un tratado con el rey Tulo de Roma, fue castigado a morir descuartizado atado a dos cuadrigas, cada una tirando al lado opuesto de la otra.

52. Tulo Hostilio, tercer rey de Roma.

53. Rey de Clusio, en Etruria. Hizo la guerra a Roma para restablecer a los Tarquinios.

54. Horacio Cocles, guerrero romano, legendario defensor de Roma frente a Porsena.

55. Joven romana, rehén de Porsena, que burló la vigilancia de los etruscos y llegó a nado a Roma.

56. En el Capitolio se criaban gansos sagrados, que dieron la voz de alerta cuando los galos invadieron Roma en el 499 a. C.

rea; relucen con sus tabardos estriados; además, sus cuellos de leche llevan prendido oro; cada uno blande en la mano dos chuzos alpinos, protegiendo su cuerpo con largos escudos. Aquí había cincelado a los Salios danzando y a los Lupercos,[57] desnudos, y sus gorros con guedejas de lana y los escudos que rodaron del cielo; las castas madres paseaban por la ciudad los objetos del culto en blandas carrozas. Lejos de aquí añade también las mansiones del Tártaro, las altas puertas de Dite, y los castigos de los crímenes, y a ti, Catilina,[58] colgando de un pico amenazador y estremecido de la cara de las Furias; y los justos, en lugar aparte; Catón,[59] dando leyes a éstos. En medio de estas representaciones corría la imagen en franja ancha del mar encrespado, de color de oro, pero las azuladas aguas arrojaban la espuma de sus blancas olas. Y alrededor barrían circularmente el mar con sus colas claros delfines de plata y cortaban las olas. En el centro se podía contemplar las escuadras broncíneas, la batalla de Actio;[60] y cabía ver bullendo con el equipo bélico todo Leucate[61] y las olas refulgiendo en oro. Al lado, César Augusto, conduciendo a los ítalos a la batalla, con los padres y el pueblo, los penates y los grandes dioses, de pie, en la alta popa; sus felices sienes vomitan sendas llamas, y en su cabeza amanece la estrella de su padre. En otra parte, Agripa,[62] estirado, conduciendo la columna, a favor del viento y de los dioses; sus sienes refulgen con los picos de una corona

57. Cofradía de sacerdotes que celebraban el culto de Fauno Luperco en las fiestas llamadas Lupercales.

58. Famoso revolucionario romano del siglo I a. C.

59. Catón el Censor, del siglo II a. C.

60. Batalla decisiva que enfrentó a Augusto y Marco Antonio en el 31 a. C. y le dio a Augusto el poder.

61. Promontorio de Leucate, hoy cabo Ducato.

62. Yerno y brazo derecho de Augusto.

naval, soberbia insignia de guerra. De otro lado Antonio con la tropa bárbara y las abigarradas armas arrastra consigo en su vuelta victoriosa de los pueblos de la aurora y el mar Rojo[63] al Egipto y las fuerzas de Oriente y la lejana Bactra; y le acompaña (¡oh sacrilegio!) su esposa egipcia.[64] Todos se lanzaron a una y el mar entero se cubría de espuma revuelto con el batir de los remos y las quillas de tres dientes. Se dirigen a alta mar; se creería que las Cícladas nadaban arrancadas por el piélago, o que altos montes chocaban contra los montes. Con tan gran esfuerzo se afanan los hombres en los bajeles torreados. Las manos esparcen llamas de estopa y los disparos sueltan su hierro volátil; los campos de Neptuno[65] se enrojecen con la insólita matanza. La reina en medio de ellos concentra la armada con el sistro patrio, y todavía no ve a sus espaldas las dos serpientes. Y los monstruosos dioses, creadores de todo, y el ladrador Anubis[66] sostienen sus armas contra Neptuno y Venus y contra Minerva. En medio del combate arremete Marte, cincelado en hierro, y desde el cielo, las amargas Maléficas; y la Discordia camina, dichosa con su mantón desgarrado, a la que sigue Belona con el látigo ensangrentado. Apolo de Actio tendía su arco desde arriba contemplando la escena: por miedo a él todo el Egipto y los indos, toda Arabia, todos los sabeos[67] volvían la espalda. Se veía a la propia reina izar velas invocando a los dioses, y soltar de un momento a otro las amarras. El que domina el fuego la había esculpido en medio de la carnicería, pálida por la muerte inminente,

63. Su victoria sobre los partos, pueblo oriental.
64. Cleópatra.
65. El mar.
66. Dios egipcio.
67. Habitantes de Sabea, parte de Arabia Feliz.

dejándose llevar por las olas y el yápige.[68] Por otra parte, enfrente, había esculpido el Nilo de enorme volumen, entristecido, y abriendo su regazo, y llamando con entera protección a los vencidos a su azulado seno y a sus recónditas corrientes. Ahora bien, el César,[69] entrando en las murallas de Roma en triple triunfo,[70] consagraba un exvoto inmortal a los dioses ítalos, trescientos grandiosos templos por toda la ciudad. Las calles rugían de alegría, de juegos y aplausos; en todos los templos un coro de madres, en todos, altares; los novillos sacrificados cubrieron la tierra ante los altares. Augusto, sentado en el níveo umbral del resplandeciente Febo, reconoce los regalos de los pueblos y los fija en las soberbias puertas; desfilan en larga hilera los pueblos vencidos, tan heterogéneos en lengua, como en el porte de la vestimenta y en las armas. Aquí había labrado Mulcíber[71] las tribus nómadas y los africanos de atuendo suelto, aquí, los léleges y carios y los gelonos, armados de flechas. Luego aparecía el Éufrates con las aguas más calmadas; y los morinos, los últimos de los hombres, y el Rin bicorne; y los indómitos dahos, y el Araxes, que rehusaba el puente.[72] Esto es lo que admira en el escudo de Vulcano, el regalo de su madre, y, aunque no conocía los acontecimientos, disfruta del grabado, levantando en su hombro la fama y el destino de sus nietos.

68. Viento del noroeste.
69. Augusto.
70. Triunfos de Dalmacia, Actio y Alejandría.
71. Vulcano.
72. Se trata del río Aras, de Armenia; la referencia al puente señala la obra constructora de Roma.

LIBRO NOVENO

Y mientras tiene lugar esto, en una parte completamente distinta, Juno, la hija de Saturno, envió a Iris del cielo en busca del bravo Turno. Casualmente Turno se hallaba sentado entonces en el bosque de su padre Pilumno[1] en un valle sagrado. A éste le habló así la hija de Taumante[2] con su boca de rosa: «Turno, lo que ninguno de los dioses se atrevió a prometértelo cuando se lo pediste, he aquí que el solo paso de los días te lo ha traído. Eneas, dejando su campamento, sus compañeros y la escuadra, ha ido a solicitar el cetro y el solar de Evandro, el del Palatino. Y no le basta: ha llegado hasta las ciudades más remotas de Córito,[3] ha reunido a los rústicos lidos y está equipando estas fuerzas. ¿De qué dudas? Ahora es el momento de reclamar los caballos, ahora, de reclamar los carros. Déjate de toda tardanza y arrasa y conturba su campamento.» Dijo, y la diosa se encimó en el cielo con sus alas rítmicas y en su huida trazó un enorme arco debajo de las nubes. La reconoció el joven y extendió a las estrellas las palmas de sus dos manos, y la siguió escapándose ya con estas palabras: «Iris, ornato del cielo, ¿quién te me trajo a las tierras, lanzada a través de las nubes? ¿De dónde proviene esta

1. Divinidad romana muy antigua, y abuelo de Turno.
2. Iris.
3. Ciudad de Etruria.

repentina claridad del aire? Veo que el cielo se ha hendido por la mitad y que las estrellas vagan por el firmamento. Sigo tan gran augurio, quienquiera que me llamas a las armas.» Y así diciendo, avanzó hasta el agua y tomó de la superficie de la corriente un sorbo del líquido, orando sin cesar a los dioses, y llenó el cielo de promesas.

Y ya todo el ejército marchaba por la campiña abierta, rico en caballos, rico en vestidos bordados y oro (Mesapo manda la vanguardia, los jóvenes hijos de Tirro, la retaguardia; Turno va en el centro de la columna, como general), como nace calladamente el Ganges por sus siete ramales apacibles, o cuando el Nilo de fértiles aguas, refluye de la llanura y se encierra ya dentro de su cauce. Aquí ven de lejos los teucros que se forma de repente una nube de polvo negro, y que las tinieblas se levantan en el llano. Caíco grita el primero desde el frente adversario: «¿Qué es ese globo que flota de niebla negra, compatriotas? ¡Rápidos, a las armas! Preparaos a tirar, trepad por las murallas. ¡Eh, aquí está el enemigo!» Con enorme griterío los teucros se meten por todas las puertas, y se aglomeran dentro de las murallas. Pues así se lo había advertido al partir Eneas, el mejor con las armas, que si pasaba algo en el ínterin, no osasen plantar batalla, ni arriesgarse al llano; que sólo guardasen a buen recaudo el campamento y los muros desde el terraplén. De manera que, aunque el coraje y el pundonor les instan a trabar combate, sin embargo cierran las puertas y cumplen las órdenes, y aguardan al enemigo armados en las huecas torres. Turno, que se había adelantado volando a la lenta columna, se presenta de improviso ante la ciudad, acompañado de veinte jinetes escogidos; un caballo tracio con manchas blancas

lo lleva, y lo protege un yelmo de oro con cimera roja. «¿Hay alguno, jóvenes, que ataque el primero conmigo al enemigo? ¡Toma!», dice. Y blandiendo la jabalina, la arroja al aire, señal para el comienzo del combate, y se pasea gallardo por la llanura. Los compañeros lo acogen con clamor, y prosiguen con horrísonos alaridos; se quedan extrañados del corazón cobarde de los teucros, que no se arriesgan a campo abierto, que no salen a su encuentro a combatir, sino que protegen el campamento. Por uno y otro lado revisa turbiamente los muros a caballo, y busca una entrada por donde no hay camino. Y como cuando un lobo que ha atacado un aprisco repleto aúlla ante las bardas, aguantando el viento y la lluvia, a eso de medianoche; los corderos debajo de la protección de sus madres no paran de balar; aquél, irritado y envenenado de rabia, se enfurece contra los que no están a su alcance; el deseo de largo tiempo acumulado por comer lo fatiga, y sus fauces, sedientas de sangre: no de otro modo se acalora de rabia el rútulo mirando los muros y el campamento. El dolor se enardece en sus duros huesos buscando el modo de forzar la entrada y el camino para echar fuera a los teucros encerrados tras la valla y volcarlos al llano. Ataca la escuadra, que se ocultaba pegada a un flanco del campamento, vallada a su alrededor con terraplenes y las aguas del río, y pide a sus triunfales compañeros que le peguen fuego, y lleno de hervor suministra a su grupo teas ardiendo. Entonces es cuando se abalanzan; los apremia la presencia de Turno; y toda la juventud se aplica a las negras antorchas; saquearon las hogueras; la humeante tea transporta la llama resinosa y el fuego se levanta mezclado con ceniza hasta las estrellas.

¿Qué divinidad, oh musas, apartó de los teucros tan

cruel incendio? ¿Quién desvió de los barcos fuego tan grande? Decidme. Antiguas son las pruebas del hecho, pero la tradición es eterna. Por el mismo tiempo en que Eneas construía su flota en el Ida frigio, y se disponía a marchar a alta mar, la propia Berecintia,[4] la madre de los dioses, habló, según se dice, al gran Júpiter con estas palabras: «Concédeme, hijo, te lo ruego, lo que tu propia madre te pide en el Olimpo en que mandas. Tengo una selva de pinos, que amo desde hace muchos años; en lo alto de la ciudadela había un bosque, donde realizaban sacrificios, que el negreante pino y las ramas del arce oscurecían; yo le di encantada estos árboles al joven dardanio, cuando precisó la flota; ahora un angustioso temor me angustia y preocupa. Libérame del temor, y permíteme poder esto con mis plegarias, yo que soy tu madre: que ninguna ruta las desarbole ni los vientos ahuracanados las venzan; que les sirva haber nacido en mis montes.» El hijo, que mueve las estrellas del mundo, le replica: «Oh madre, ¿adónde llamas al destino? ¿Qué pretendes para ellas? ¿Que unas naos construidas por mano mortal tengan un destino inmortal? ¿Que pase Eneas seguro por riesgos que son inseguros? ¿A qué dios se le ha concedido tan gran poder? Pues bien, cuando en el futuro hayan cumplido con su misión, arribando a su fin y al puerto ausonio, a aquellas que hayan escapado de las olas, sean cualesquiera, y hayan transportado al caudillo dardanio a los campos de labor laurentes, las libraré de la forma mortal y consentiré que sean diosas del gran mar, como la Nereida Doto y Galatea surcan con su pecho el piélago espumoso.» Había terminado, y lo ratificó jurando por

4. Cíbele.

los ríos de su hermano estigio,[5] por los torrentes de pez y las riberas de negros remolinos, y con su cabezada se estremeció todo el Olimpo.

Así que había llegado el día prometido y las Parcas habían completado el tiempo debido, cuando la felonía de Turno trajo el recuerdo a la Madre que debía rechazar las teas de los sagrados barcos. Entonces, por primera vez brilló ante los ojos una luz extraña y pareció que una enorme nube cruzaba el cielo del lado de la aurora, y los coros del Ida; luego, se desprende del aire una voz espantosa y domina los ejércitos de los troyanos y de los rútulos: «No os inquietéis por defender mis naves, teucros, ni armad vuestras manos; antes lograría Turno abrasar los mares que las sagradas naos. Id vosotras libres, id, diosas del piélago; vuestra madre os lo ordena.» Y acto seguido cada bajel rompe sus amarras de las riberas, y a modo de delfines, metiendo la quilla en el agua, buscan la profundidad. De ahí regresaron otros tantos rostros de doncellas (maravilloso prodigio), y caminan por el mar.

Los rútulos se quedaron atónitos; el propio Mesapo se asustó y los caballos se asombraron; también el río Tíber vacila, retumbando roncamente, y da marcha atrás desde alta mar. Mas al bravo Turno no se le quitó la confianza; incluso levanta los ánimos con las palabras y les grita incluso: «A los troyanos buscan estos prodigios; el propio Júpiter les ha retirado la acostumbrada ayuda; las armas y el fuego no aguardan a los rútulos. Por lo tanto, el mar es intransitable para los teucros y no les queda esperanza alguna de huir: se les ha quitado una parte del mundo, y, por otro lado, la tierra está en

5. Plutón.

nuestras manos; tantos miles de armas portan los pueblos ítalos. A mí no me dan ningún miedo las respuestas oraculares de los dioses que los frigios esgrimen a su favor: bastante concesión se ha hecho al destino y a Venus con haber llegado los troyanos a las tierras de la fértil Ausonia. También yo tengo mi destino en contra de ellos: exterminar con el acero el pueblo criminal que me ha robado la esposa, y ese dolor no toca sólo a los Atridas ni sólo a Micenas le es lícito empuñar las armas. Pero bastante es haberlos destruido una vez: bastante habría sido que cometiesen la falta una sola vez, sólo que no han odiado por completo al género todo de las mujeres; la confianza en la empalizada que se interpone y el obstáculo de los fosos, pequeña separación de la muerte, les dan ánimos. ¿Pero es que no vieron derrumbarse en el fuego las murallas de Troya fabricadas por la mano de Neptuno? Pero vosotros, los elegidos, ¿quién está dispuesto a desbaratar la empalizada con el acero y a penetrar conmigo en el asustado campamento? Yo no tengo necesidad de las armas de Vulcano ni de mil bajeles contra los teucros. Que se sume a la alianza hasta el último de los etruscos. Que no teman las tinieblas y el cobarde engaño del Paladio ni la muerte de los guardianes en el alto alcázar, que no nos vamos a encerrar en el ciego vientre del caballo: estamos decididos a cercar de fuego los muros paladinamente, a la luz del día. Haré que no piensen que han de habérselas con los dánaos y la juventud, a los que dio largas Héctor hasta el décimo año. Ahora, por el momento, puesto que ha transcurrido la mayor parte del día, el tiempo que queda, reparad fuerzas, guerreros, contentos de haber hecho bien las cosas, y aguardad, que me preparo a combatir.»

Entretanto se confía a Mesapo el cuidado de apostar

en las puertas puestos de centinelas y cercar de llamas los muros. Eligieron catorce rútulos para que vigilasen con soldados los muros; y a cada uno de ellos le siguen cien jóvenes que rojean con las cimeras y resplandecen con el oro. Corren de aquí para allá e intercambian sus misiones y echados en la hierba se propasan con el vino y escancian crateras de bronce. Brillan los fuegos; la guardia pasa la noche sin dormir jugando.

Los troyanos espían desde la empalizada estos hechos y dominan las alturas en armas, y asimismo, temblando de miedo, revisan las puertas y hacen puentes y barbacanas, y prueban la puntería. Apremian Mnesteo y el activo Seresto, a los que el padre Eneas había dejado como capitanes de los jóvenes y árbitros de la situación si se presentaba alguna coyuntura difícil. Toda la legión monta guardia en los muros, sorteándose el peligro y cumple con la misión que cada uno debe atender.

Era guardián de la puerta Niso, hijo de Hírtaco, muy enérgico con las armas, a quien había enviado de compañero de Eneas la cazadora Ida, rápido con la jabalina y las ligeras flechas, y a su lado, Eurídalo, más hermoso que el cual no había otro entre los compañeros de Eneas ni viste armas troyanas, marcándose en la cara barbilampiña del muchacho las señales de la primera pubertad. Un amor único les unía, y juntos se precipitan en el combate. También entonces hacían guardia común en la puerta. Dice Niso: «¿Ponen los dioses esta pasión en los corazones, Eurídalo, o el perverso deseo de cada cual es un dios para él? O el combate o alguna cosa importante hace ya tiempo que mi mente ansía emprender, y no se contenta con la plácida paz. Ves qué confianza tienen los rútulos en la situación: brillan lumbres aisladas; deshechos por el sueño y el vino se han

tumbado; la zona está silenciosa en toda su extensión. Escucha todavía de qué tengo dudas y qué idea brota ahora en mi cerebro. Todo el mundo, pueblo y padres, piden ir en busca de Eneas, y enviar unos individuos que le lleven noticias seguras. Si te prometen lo que pido (pues yo tengo bastante con la fama del hecho), me parece que al pie de aquella elevación se puede encontrar un camino hacia los muros y murallas del Palanteo.» Eurídalo se quedó estupefacto, agitándose con el gran deseo de gloria; y a su vez le habla a su apasionado amigo con estas palabras: «¿Así que rehúyes tomarme por compañero de una gesta tan alta, Niso? ¿Voy a dejarte ir solo a un peligro tan grande? No fue eso lo que me enseñó mi padre Pfeltes, acostumbrado a las guerras, educándome en medio del terror de los de Argos y los sufrimientos de Troya; y no es así como me he portado contigo, al seguir al generoso Eneas y un destino extremado: hay aquí, sí, un alma que desprecia la luz y que cree que bien se puede comprar con la vida ese honor que buscas.»

Niso respondió a esto: «Yo desde luego no temía nada semejante a eso de tu parte, y ni es justo, no: así me devuelva a ti en triunfo el gran Júpiter, o quienquiera que ve esto con ojos justos. Mas si algún azar (de los muchos que ves en semejantes coyunturas), si algún azar o divinidad me arrastrase a lo negativo, querría que tú sobrevivieras; tu edad es más acreedora de la vida. Habría quien me pusiese en la tierra, como es habitual, arrastrándome de la batalla o rescatándome por un precio, o si la mala suerte lo impedía me haría un funeral en ausencia y me honraría con una sepultura. Y para no ser causa de un dolor tan grande para tu desgraciada madre, que es la única entre tantas madres que se ha

atrevido a seguirte, sin importarle las murallas del gran Acestes.» Eurílalo, por su parte: «En vano haces una ratahíla de motivos inútiles, y mi decisión no cambia ni cede ya posición. Démonos prisa», dijo. A la vez despierta a los centinelas. Éstos los sustituyen y desempeñan su misión; abandonando el puesto de guardia, camina él también acompañando a Niso, y van en busca del rey[6].

Los demás seres animados daban descanso en todas las tierras a sus preocupaciones y a sus corazones olvidados de los sufrimientos: los primeros cabecillas de los teucros, juventud escogida, mantenían una deliberación sobre los intereses supremos del reino, qué es lo que harían, quién sería el que avisase a Eneas. Están de pie apoyados en las largas lanzas y con el escudo al brazo en medio del campamento y de la llanura. Entonces Niso y a la vez Eurílalo piden exultantes que les admitan al punto; se trataba de un asunto importante, y la tardanza podía resultar cara. Julo les dio primero acogida temblando como estaban, y le mandó hablar a Niso. Entonces el hijo de Hírtaco, dijo así: «Escuchadnos, oh compañeros de Eneas, con benevolencia y no mirar lo que traemos entre manos por nuestros años. Los rútulos deshechos por el sueño y el vino están en silencio; nosotros mismos hemos divisado un lugar para infiltrarse que se localiza en el cruce de la puerta más próxima al mar. Se han apagado los fuegos y un humo negro sube a las estrellas; si nos permitís aprovecharnos de la oportunidad de ir a buscar a Eneas y a las murallas del Palanteo, veréis que pronto estamos con despojos después de perpetrar una enorme carnicería. Y no nos

6. Ascanio.

vamos a equivocar de camino cuando vayamos: echamos una primera ojeada a la ciudad en el valle oscuro con nuestras frecuentes cacerías y conocemos todo el río.» En este punto intervino Aletes, agobiado por los años y de espíritu maduro: «Dioses patrios, bajo cuya protección se halla siempre Troya, a pesar de todo no tenéis la intención de borrar por entero a los teucros cuando criasteis tales ánimos y tan decididos corazones en los jóvenes.» Así hablando tenía los hombros y manos de los dos, y regaba su rostro y su boca de lágrimas. «¿Qué recompensa, héroes, debo pensar, qué recompensa digna puede pagarse por esa hazaña? La más hermosa os la darán en primer lugar los dioses y vuestras costumbres; luego, el resto os lo abonará en seguida el justo Eneas y Ascanio, que está empezando a vivir, y que jamás se olvida de una gesta tan importante.» «Yo por mi parte», dice Ascanio, tomando la palabra, «para quien la única salvación es la vuelta de mi padre, os lo juro por los grandes penates y el lar de Asáraco y el sagrario de la canosa Vesta. Cualquiera que sea mi suerte y esperanza en vuestros pechos las deposito: haced volver a mi padre, devolvednos su presencia; teniéndole a él, nada hay amargo. Os daré dos vasos perfectamente terminados en plata y con bajorrelieves, que mi padre ganó cuando derrotó a Arisbe,[7] y dos trípodes, dos buenos pesos de oro, una cratera antigua, que me dio la sidonia Didó. Además, si cupiese en suerte al vencedor conquistar Italia y quedarse con el cetro, y hacer el sorteo del botín, ya viste qué caballo llevaba Turno, con qué armas iba todo de oro; el caballo por una parte, el escudo y las cimeras rojeantes no entrarán en el sorteo, y serán ya

7. Ciudad de Troya.

desde ahora tu recompensa, Niso. Además, mi padre te dará las doce madres esclavas más selectas y cautivos, y las armas de todos. Además de éstos, el campo que tiene el propio rey Latino. Y a ti, a quien mi edad sigue a pocos años, respetable muchacho, ya te acojo con todo mi corazón y te abrazo como compañero de todas las aventuras: ninguna gloria buscaré sin ti en mis asuntos; haga la paz o la guerra, en ti pondré la mayor confianza de palabra y obra.» Al cual responde lo siguiente Eurílalo: «Jamás llegará el día que muestre que no estoy a la altura de tan valientes cometidos; basta con que tenga la suerte de cara y no de espaldas. Pero por encima de todos tus regalos, sólo una cosa te suplico. Tengo a mi madre del viejo linaje de Príamo, a quien no impidió salir conmigo, ¡la pobre!, la tierra troyana, ni retuvieron las murallas del rey Acestes. Ahora la abandono ignorante de esta aventura cualquiera que resulte, y sin saludar (la Noche y tu mano son testigos), porque no puedo soportar las lágrimas de mi madre. Mas tú, ¡ay!, consuela a la desvalida, y socórrela en su abandono. Permite que me lleve esta esperanza de ti; marcharé con más audacia a cualquier aventura.»

Con el corazón oprimido los dardánidas derramaron lágrimas; más que ninguno el hermoso Julo, y el recuerdo del amor de su padre le encogió el ánimo. Luego, habla como sigue: «Puedes prometerte todo lo digno de tus asombrosas empresas. Pues esa tuya será para mí una madre, y sólo le faltará el nombre de Creúsa, y a un parto tal no le aguarda chica gracia. Cualesquiera que sean los avatares que acompañen a la empresa, te juro por esta cabeza, por la que antes solía jurar mi padre: lo que te prometo a ti cuando vuelvas y para el caso de buena fortuna, estas mismas cosas quedarán para

tu madre y para tu familia.» Así dice derramando lágrimas; al mismo tiempo se quita del hombro la espada de oro, que había fabricado con maravilloso arte Licaón de Cnosos y la había ajustado a una funda de marfil de la que salía fácilmente. Mnesteo da a Niso el despojo, la piel de un león desgreñado; el fiel Aletes le cambia el yelmo. Inmediatamente se ponen en marcha armados; todo el grupo de los principales, jóvenes y viejos los acompañan con sus votos hasta las puertas. Igualmente el hermoso Julo, comportándose con el carácter y la responsabilidad de un hombre antes de tiempo, les hacía muchos encargos para que se los transmitiesen al padre. Pero todo se lo llevan las brisas y hacen inútil regalo a las nubes.

Al salir franquean los fosos, y a la sombra de la noche se dirigen al campamento enemigo, pero habiendo de ser la perdición de muchos antes. Por todas partes ven los cuerpos derrumbados en la hierba con el sueño y el vino, los carros empinados en la costa; entre los arreos y las ruedas, postrados los hombres, a la vez las armas, y el vino a la vez. El primero que habló fue el hijo de Hírtaco: «Eurílalo, debemos atrevernos a atacar; ahora la propia situación nos invita. Por aquí está el camino. Tú, vigila y encárgate de lejos, para que ningún grupo pueda alzarse contra nosotros por la espalda. Yo voy a hacer un desastre por aquí, y a despejarte un ancho sendero.» Esto dice, y sofoca su voz; simultáneamente ataca con la espada al vanidoso Ramnete, que acaso roncaba con todos sus pulmones echado en un alto tapiz, rey y a la vez el augur más agradable para el rey Turno; mas no pudo evitar su desgracia con el augurio. A tres asistentes que estaban echados alegremente a su lado entre las armas los aplasta y al escudero de Remo,

y al auriga, al que alcanzó bajo los mismos caballos, y les corta con el acero sus cuellos colgantes; luego le arranca la cabeza al propio amo, y deja el tronco convulso con la sangre; la tierra y los lechos se empapan tibios de sangre negra. Igualmente a Lámiro y Lamo y al joven Serrano, que aquella noche había jugado muchísimo, distinguido de cara, y estaba tirado con el cuerpo desmadejado por el mucho vino; feliz, si hubiese seguido toda la noche con aquel juego y lo hubiese prolongado hasta el amanecer. Como un león hambriento que crea confusión en los apriscos repletos (pues un hambre loca lo convida) despedaza y se traga el tierno ganado mudo de terror; ruge con la boca ensangrentada. Pues no era menor la carnicería de Euríalo; también él encendido, va como una furia y ataca por el medio a muchos soldados rasos, sin renombre, desconocidos: Fado, Herbeso, Roeto, Abar. A Roeto, despierto y viéndolo todo; pero con gran miedo se ocultaba tras una cratera; cuando se levantaba le hundió a quemarropa la espada en el pecho, de frente, y la extrajo cubierta de sangre. Vomita un aliento rojizo y, moribundo, devuelve el vino mezclado con sangre; Euríalo prosigue lleno de hervor con su latrocinio. Y ya se encaminaba hacia los compañeros de Mesapo. Allí veía que se extinguían las últimas ascuas y que los caballos trabados como es norma mordisqueaban la hierba, cuando Niso le habló brevemente con estas palabras (pues se dio cuenta que se dejaba arrastrar por la excesiva carnicería y el acaloramiento): «Vamos a dejarlo; pues se acerca la mañana, nuestra enemiga. Bastante castigo les hemos infligido; nos hemos hecho un camino entre los enemigos.» Abandonan muchos objetos de los guerreros, perfectamente terminados en plata maciza, y armas, y crateras también, y hermosos

tapices. Eurílalo coge las faleras de Ramnete y un cinturón con cuentas de oro, que el riquísimo Cédico había enviado como regalo en otro tiempo a Rémulo de Tívoli, cuando creó en ausencia lazos de hospitalidad; Rémulo, al morir, se lo da a poseer a su nieto; después de su muerte[8] se apoderaron de él los rútulos en una acción de guerra. Con esto arrambla y se lo ajusta a sus hombros inútilmente valerosos. Luego se pone el cómodo yelmo de Mesapo, adornado con cimeras.

Entretanto, mientras el resto de la legión aguarda en formación en la campiña, marchaban los jinetes que habían enviado por delante de la ciudad de Latino y traían la respuesta al rey Turno, trescientos, cada uno con su escudo, al mando de Volcente. Y ya se aproximaban al campamento, y llegaban al pie de los muros, cuando divisan a lo lejos a éstos, torciendo por una senda a la izquierda, y el yelmo traicionó a Eurílalo, que no se acordaba, en la sombra semiclara de la noche, y brilló con los rayos que le daban de frente. No echaron en saco roto lo que habían observado. Volcente grita desde la columna: «Quietos, soldados; ¿cuál es el motivo de vuestra marcha? ¿Quiénes sois que vais armados? ¿Adónde os encamináis?» Ellos no replicaron nada, sino que aceleraron la huida a las selvas y se confiaron a la noche. Los jinetes se abalanzan por uno y otro lado a los cruces conocidos, y cubren todas las salidas con guardias. Había un selva erizada en toda su extensión por zarzas y chaparros oscuros, que por doquier habían invadido espesas cambroneras. Una senda lucía intermitentemente entre ocultos corredores. La oscuridad de las ramas y el pesado botín entorpecen

8. No está claro, pues el nieto sería Ramnete y ya vemos que es Eurílalo el que se lleva el cinturón.

a Euríalo, y el temor le hace perder el norte. Niso se marcha; y ya había pasado sin percatarse de ello más allá de los enemigos y los lugares que después se llamarían albanos por el nombre de Alba y donde entonces tenía el rey Latino sus altos establos, cuando se detuvo, y volvió la vista buscando en vano a su ausente amigo. «Desgraciado Euríalo, ¿en qué parte te he dejado? ¿Por dónde voy a echar a revolver de nuevo todo el intrincado camino de la selva engañosa? » Y al mismo tiempo revisa y vuelve sobre sus pasos, y deambula por los silenciosos zarzales. Oye los caballos, oye el estrépito y las órdenes de los perseguidores. Y no transcurre mucho tiempo en esto, cuando a sus oídos llega un grito, y ve a Euríalo; y ya todo el grupo, que le ha echado mano con la complicidad del lugar y de la noche, en súbita y bulliciosa escaramuza, lo arrastra a pesar de intentar en vano todo lo del mundo. ¿Qué puede hacer? ¿Con qué fuerza, con qué armas va a osar rescatarlo? ¿Se lanzará en medio de las espadas, dispuesto a morir, buscando por la vía rápida una hermosa muerte causando heridas? Rápidamente contrajo el brazo y blandió la lanza, y mirando la alta luna, hace esta súplica: «Tú, diosa, hija de Latona,[9] acude a ayudarnos en este trance, tú, ornato de los astros y guardiana de los bosques. Si mi padre Hírtaco depositó alguna vez ofrendas por mí en tus altares, si yo mismo añadí algunas con mis cacerías, o las colgué de tu cúpula o las clavé en la sagrada techumbre, permite que yo disuelva este pelotón, y dirige mi disparo por el aire.» Había terminado, y esforzándose con todas sus ganas lanza el hierro. La lanza hiende volando las sombras de la noche, y llega a la espalda de Sulmón, que

9. Diana.

se hallaba vuelto, y allí se parte, y con el asta quebrada penetra hasta el corazón.

Aquél se derrumba yerto, vomitando un río cálido del pecho, y agita los ijares con prolongadas convulsiones. Miran dispersándose por los alrededores. Envalentonado con esto, he aquí que de nuevo apuntaba otra lanza a la altura de la oreja. Mientras andan embarullados, la lanza atravesó silbando ambas sienes de Tago, y se adhirió tibia al cerebro traspasado. Se embravece el atroz Volcente, y no ve en parte alguna al autor del disparo, ni adónde puede lanzarse con su ardor. «De momento, tú vas a pagar con tu sangre caliente el castigo de ambos», dice, a la vez que iba contra Eurílalo con la espada desenvainada. Entonces es cuando aterrorizado, fuera de sí, grita Niso no pudiendo seguir oculto más tiempo en las tinieblas ni sufrir tan gran dolor: «A mí, a mí, aquí está quien lo ha hecho, dirigid el acero contra mí, oh rútulos; todo el engaño es mío; ése ni ha tenido osadía para nada, ni ha podido; pongo por testigos al cielo que tenemos y a las estrellas que lo saben. Sólo que él quiso demasiado a su infortunado amigo.» Estas palabras profería; mas la espada, impulsada con fuerza, traspasa las costillas y desgarra el blanco pecho. Eurílalo se revuelve en la muerte, y la sangre fluye por sus bellos miembros y el cuello se reclina desmadejado sobre los hombros: como cuando una flor purpúrea, cortada por el arado, languidece moribunda, o como las amapolas inclinan la cabeza con el tallo lacio, cuando acaso las machaca la lluvia. Mas Niso, ¡ay!, se abalanza en medio y entre todos sólo busca a Volcente; sólo se fija en Volcente. Los enemigos envolviéndolo por uno y otro lado lo rechazan en la corta distancia. No por ello deja de insistir, y voltea la relampagueante espada, hasta que

se la hundió por delante en la boca al rútulo que vociferaba, y muriendo le quitó la vida al enemigo. Luego se arrojó acribillado sobre el cuerpo exánime de su amigo, y allí descansó finalmente en plácida muerte.

¡Afortunados ambos! Si algo pueden mis poemas, ni un solo día os sustraerá jamás a la historia, que no olvida, mientras la casa de Eneas habite en la peña inamovible del Capitolio y mantenga el poder el padre romano.

Los rútulos victoriosos, haciéndose con el botín y los despojos, llevaban llorando al campamento a Volcente sin vida. Y no menor duelo había en el campamento, al descubrir a Ramnete inerte y tantos principales liquidados en la misma carnicería, Serrano, Numa. Enorme afluencia se formó hasta los mismos cadáveres y los varones medio muertos y el lugar tibio de la reciente carnicería y los ríos que corrían de sangre espumosa. Reconocen entre unos y otros los despojos y el yelmo brillante de Mesapo y las faleras conseguidas con mucho sudor.

Y ya empezaba la Aurora a inundar de nueva luz las tierras, abandonando el lecho azafranado de Titono. Difundido ya el sol, desvelados ya los objetos con la luz, Turno anima a las armas a los hombres, revestido él mismo con las armas y cada cual dirige sus tropas broncíneas al combate, y estimulan su rabia con diversos rumores. Y es más, clavan en las puntas de las lanzas enhiestas (lamentable espectáculo) las cabezas de Euríalo y Niso y van tras ellas con mucha algarabía. Los duros compañeros de Eneas formaron el frente en la parte izquierda de las murallas (pues la derecha la bordea el río) y controlan los enormes fosos, y se yerguen tristes en las altas torres. Al mismo tiempo los conmovían las

cabezas clavadas de los héroes, demasiado conocidas para los desgraciados, y que manaban sangre.

Entretanto la mensajera Fama, volando con sus alas, se precipita por la asustada ciudad, y llega a oídos de la madre de Eurídalo. Y de repente el calor abandonó los huesos de la desgraciada; la lanzadera se le cayó de las manos, y la madeja cayó rodando. Sale volando la infortunada y con los gritos propios de las mujeres, mesándose el cabello, se dirige corriendo fuera de sí a las murallas y a la vanguardia del ejército, sin acordarse ella de los guerreros, sin acordarse del peligro y de los tiros. Luego importuna con sus quejas al cielo: «¿Así es como te veo yo, Eurídalo? ¿Tú, aquel descanso postrero de mi vejez, pudiste dejarme sola, cruel? ¿Y no ha tenido posibilidad tu desgraciada madre de hablarte por última vez, cuando te enviaron a peligros tan grandes? ¡Ay, en tierra desconocida estás tirado, una presa echada a los perros latinos y a los buitres! Ni yo, tu madre, te he hecho..., he hecho a tu cadáver, el funeral, ni he cerrado tus ojos, ni he lavado tus heridas, cubriéndote con el vestido que a toda prisa hacía para ti de noche y de día, y aliviaba mis congojas de vieja con el telar. ¿Adónde te seguiré? ¿Qué tierra guarda ahora tus miembros y las partes que te han mutilado y el cadáver destrozado? ¿Esto es lo que devuelves de ti, hijo? ¿Para esto te he seguido por tierra y por mar? Traspasadme a mí, si tenéis piedad, dirigid contra mí todos los tiros, oh rútulos, liquidadme a mí la primera con el acero. O tú, gran padre de los dioses, ten compasión, y sepulta con tu dardo esta odiosa cabeza en el Tártaro, pues que de otra manera no puedo acabar con mi cruel vida.» Con este llanto los ánimos se consternaron y un triste lamento corre por todos; las fuerzas quebrantadas se agarrotan

para el combate. Encendiendo el dolor como estaba, la agarran Ideo y Actor por indicación de Ilioneo y de Julo, que lloraba sin cesar, y en brazos la meten en la casa.

Mas la trompeta, ¡ay!, dejó oír a lo lejos el terrible sonido de su bronce cantarín; se sucede un griterío, y el cielo responde con un bramido. Los volscos actúan con rapidez con repetidas operaciones de tortuga;[10] y su objetivo es cegar los fosos y desmontar la empalizada. Una parte busca la entrada, y trepan a los muros con escalas, por donde las tropas son escasas y el círculo clarea con menos densidad de guerreros. Los teucros hacen llover toda clase de proyectiles contra ellos y tratan de derribarlos con las duras pértigas, acostumbrados a defender los muros por una larga guerra. También dejaban caer rodando piedras de considerable peso a ver si podían abrir una brecha en las tropas acorazadas, cuando es así que bajo la densa tortuga existe el ánimo de resistir pase lo que pase. Y ya no daban abasto. Pues por donde ataca un enorme pelotón los teucros hacen rodar y dejan caer una descomunal mole, que desbarató ampliamente a los rútulos y desarticuló el armazón de las armas. Y ya no se preocupan los bravos rútulos de seguir atacando con su arte suicida, sino que porfían por despejar la empalizada a tiros. En otro lugar con un aspecto espantable blandía Mecencio un pino etrusco y prendía humeantes fuegos. Ahora bien, Mesapo, domador de caballos, descendencia de Neptuno, abre una brecha en la empalizada y solicita escaleras para las murallas.

Vosotras, oh Caliope[11] (os lo ruego), inspirad al

10. Formación militar protegiéndose los soldados con los escudos en los flancos y sobre sus cabezas.

11. Una de las musas, se le atribuye el dominio sobre la poesía lírica.

cantor: qué estragos produjo allí entonces con el acero Turno, qué muertes, qué hombres envió al Orco cada uno; y evaluad conmigo el enorme alcance de la guerra.

Había una torre de gran elevación y altos puentes, estratégicamente situada; todos los ítalos pugnaban con las mayores fuerzas y el mayor acopio de medios por tomarla y derribarla, y a su vez los troyanos por defenderla con piedras, disparando ininterrumpidamente por el hueco de las ventanas. Turno fue el primero que lanzó una antorcha ardiendo, y la llama prendió en un flanco y, cobrando fuerzas con el viento, hizo presa en las tablas y se fijó en las vigas, devorándolas. En el interior se agitaban consternados, y en vano buscaban escapar del siniestro. Al amontonarse y agolparse retrocediendo a la parte que estaba libre de daño, la torre se desplomó de repente con el peso, y todo el cielo retumba con el fragor. Se vienen a tierra medio muertos con la descomunal masa detrás, ensartados en sus propias armas y con los pechos traspasados por los duros leños. Apenas si se libraron Helénor y Lico únicamente. De los dos, Helénor, en la flor de la juventud, a quien la esclava Licimnia había tenido ilegítimamente del rey meonio y había enviado a Troya en armas que tenía prohibidas,[12] iba armado a la ligera con su espada y la blanca rodela, sin distinción alguna. Y cuando vióse en medio de los miles de hombres de Turno, y que a un lado había tropas latinas y tropas al otro lado, como una alimaña, que rodeada por un denso tropel de cazadores, se revuelve contra las armas, y se arroja a sabiendas a la muerte y avanza saltando sobre los venablos, no de otro modo se abalanza el joven en medio de los enemigos dispuesto

12. Pues era esclavo y por ello no podía tomar las armas.

a morir y se encamina por donde más espesas las armas. En cambio Lico, mucho mejor con los pies, entre los enemigos, entre las armas, alcanza corriendo los muros y pugna por agarrarse con las manos al alto alero y tocar las diestras de sus compañeros. Turno, que le había seguido corriendo sin soltar las armas, le increpa victorioso con estas palabras: «¿Tuviste la esperanza, loco, de poder escapar de nuestras manos?» A la vez, tira de él conforme estaba colgado y lo despega con gran parte del muro: como cuando el escudero de Júpiter[13] levanta con sus ganchudas patas, subiendo a la altura, una liebre o un cisne de blanca figura, o un lobo de Marte[14] arrebata del aprisco un cordero que la madre busca con muchos balidos. Por doquier se eleva el griterío; avanzan y ciegan los fosos terraplenándolos; otros arrojan sin descanso teas ardiendo a los tejados. Ilioneo abate con una piedra y un enorme trozo de peñasco a Lucecio, que se colaba por la puerta llevando fuego, Líger a Emation, Asilas a Corineo, aquél, bueno con la jabalina, éste con la flecha que sorprende de lejos; a Ortigio Céneo, al vencedor Céneo, Turno; Turno a Itis y Clonio, Dioxipo y Promolo, y Ságar y a Ida que estaba de pie delante de las altas torres; a Priverno, Capis. A éste le había alcanzado primero ligeramente la lanza de Temila; aquél, loco de él, soltó el escudo y se llevó la mano a la herida; así que llegó una alada flecha y le clavó la mano al costado izquierdo, y le rompió en el interior con letal herida los recónditos respiraderos del alma. Plantado estaba con sus egregias armas el hijo de Arcente, con la clámide bordada a aguja y brillante en azul ibero, distinguido de cara, a quien había enviado su padre

13. El águila.
14. Por cuanto una loba amamantó a los hijos de Marte, Rómulo y Remo.

Arcente, criado como se había en el bosque de su madre en los aledaños del río Simeto,[15] donde está el grasiento y favorable altar de Palico:[16] el propio Mecencio volteó tres veces alrededor de su cabeza tirando de la correa su zumbante honda y, cogiéndole de frente, le levantó la tapa de los sesos con el plomo derretido, y le dejó tendido en la abundante arena.

Entonces se dice que por primera vez lanzó Ascanio una rápida flecha en la guerra, habituado con anterioridad a espantar las huidizas fieras, y por su mano derribó al valeroso Numano; su apellido era Rémulo, y hacía poco que se había unido en matrimonio con la hermana menor de Turno. Iba él en primera línea vociferando lo que puede y lo que no puede decirse y con el corazón rebosante de orgullo por el nuevo reino y se mostraba desaforado con sus gritos: «¿No os da vergüenza estar encerrados otra vez con un asedio en la empalizada, frigios, dos veces prisioneros, e interponer entre vosotros y la muerte los muros? ¡Mirad quiénes buscan nuestros matrimonios para sí con la guerra! ¿Qué dios, qué locura, os encaminó a Italia? Aquí no están los Atridas ni Ulises, el embaucador charlatán. Raza endurecida desde el nacimiento, primero llevamos los hijos a los ríos y los endurecemos con el cortante hielo y las aguas; de niños, hacen vela cazando y patean las selvas; su juego es domar caballos y tirar flechas con el arco de cuerno. Ahora bien, la juventud, que soporta el trabajo y está habituada a poco, o mulle la tierra con los escardillos o arremete con las ciudades en guerra. Toda la vida la gastamos en el hierro, y aguijamos la grupa de

15. Río de Sicilia.

16. Uno de los dos hermanos gemelos, hijos de Júpiter y Talía, adorados en Sicilia y que tenían un templo en Palico.

los novillos con la punta de las lanzas; y la tarda vejez no debilita o cambia las fuerzas y el vigor del espíritu: aplastamos las canas con el yelmo; y gustamos de acarrear botines siempre frescos y vivir de los saqueos. Vosotros lleváis estampados en azafrán y brillante púrpura; la pereza anida en vuestro corazón; os gusta entregaros a los coros; y las túnicas llevan mangas, y tenéis mitras con barboquejos. Oh frigias, a decir verdad, que no frigios, echaos por el alto Díndimo,[17] donde la flauta de dos tubos os ofrece la melodía a la que estáis acostumbrados. Los tambores y el boj berecintio de la madre del Ida os llaman: dejad las armas a los hombres, y dejaos del acero.»

No toleró Ascanio que hiciese semejantes manifestaciones jactanciosas de mal agüero; y volviéndose a él le apuntó la flecha de su arco de tripas de caballo y moviendo los brazos de un lado a otro se paró, rezando antes a Júpiter a fuer de suplicante con votos: «Júpiter Todopoderoso, asiste mi audaz empresa. Yo mismo llevaré a tus templos ofrendas solemnes, y sacrificaré ante tus altares un novillo de dorados cuernos, blanco, y que alza la cabeza a la altura de su madre,[18] embiste con los cuernos y esparce con las patas la arena.» Lo escuchó el padre y lanzó un trueno a la izquierda en parte despejada del cielo; simultáneamente zumba el mortífero arco. Escapa zumbando escalofriantemente la flecha lanzada, y alcanza la cabeza de Rémulo y atraviesa con el hierro los hundidos temporales. «¡Anda, búrlate de nuestro valor con palabras sarcásticas! Los frigios, dos veces prisioneros, envían esta respuesta a los rútulos.» Esto sólo, Ascanio; los teucros lo acompañan con un

17. Monte de Frigia con un templo de Cibele.
18. Esto es, adulto.

griterío, y rugen de alegría y levantan sus ánimos a las estrellas.

Casualmente veía entonces el melenudo Apolo desde la alta región del cielo las tropas ausonias y la ciudad, sentado en una nube, y aborda al victorioso Julo con estas palabras: «Bravo por ese valor naciente, muchacho; así se llega a las estrellas, hijo de dioses y que dioses has de engendrar. Con razón todas las guerras futuras han de cesar bajo el linaje de Asáraco por designio del destino; y no cabes tú en Troya.» Conforme decía esto se arroja del alto cielo, hiende las brisas que soplaban, y va en busca de Ascanio. Luego cambia los rasgos de su cara por el viejo Butes. Éste había sido en tiempos guardia de corps del dardanio Anquises y fiel guardián de su puerta; luego su padre lo puso de acompañante de Ascanio. Iba Apolo parecido en todo al viejo, en la voz y el color y los blancos cabellos y las armas que resonaban amenazadoramente, y habla al apasionado Julo con estas palabras: «Sea suficiente, hijo de Eneas, haberte enfrentado con tus armas sin riesgo a Numano; éste es el primer galardón que te concede el gran Apolo y no siente celos de que utilices sus mismas armas. Por lo demás, manténte al margen de la guerra, muchacho.» Después de empezar así, Apolo abandonó su aspecto moral en medio de la conversación, y se desvaneció de la vista, lejos, en la brisa sutil. Los próceres dardanios reconocieron al dios y sus divinas armas, y oyeron cuando escapaba el sonido de la aljaba. En consecuencia, apartan con palabras e invocando el poder de Febo, a Ascanio, ávido de pelear; ellos se reintegran al combate, y exponen abiertamente su vida al peligro. Se levanta el griterío por todos los muros, a lo largo de las barbacanas; tensan los agresivos arcos, y refuerzan los

amentos. Todo el suelo se cubre de proyectiles; luego, los escudos y los abollonados cascos producen chasquidos al choque; se entabla un violento combate: como un intenso chaparrón que proviene de poniente con las Cabrillas[19] lluviosas golpea la tierra; como el copioso granizo que descargan en el mar las nubes, cuando Júpiter, encrespado con los austros, organiza una tormenta acuosa y revientan las huecas nubes en el cielo.

Pándaro y Bitias, hijos de Alcánor, del Ida, a quienes crió la silvestre Iera[20] en el bosque de Júpiter, jóvenes semejantes a los abetos y montes de su patria, abren la puerta que se les había confiado por orden de su jefe, fiados en sus armas, e invitan, encima, al enemigo al interior de las murallas. Ellos, por su parte, se colocan dentro a derecha e izquiera delante de las torres, armados con el acero y resplandeciendo con sus cimeras en lo alto de la cabeza: como se alzan al aire dos encinas en los aledaños de los ríos transparentes, en las riberas del Po, o junto al ameno Átesis,[21] y yerguen al cielo sus copas pobladas y mecen sus elevadas puntas. Los rútulos irrumpen al ver despejada la entrada. Inmediatamente, Quercente y Equículo, hermoso con sus armas, y Tmaro, de espíritu atolondrado, y el marcial Hemón dieron la espalda, volviéndose con sus columnas enteras o dejaron la vida en el mismo umbral de la puerta. Entonces crece más el coraje en el ánimo de los combatientes; y ya los troyanos se reúnen y apelotonan en el mismo sitio, y osan entablar combate y correr más adelante.

Al caudillo Turno, hecho una furia y descalabrando guerreros en otra zona distante, le llega la noticia de que

19. Constelación.
20. Una Nereida.
21. Río de Venecia.

el enemigo está que echa chispas con la reciente muerte, y les presenta la puerta abierta. Abandona su tarea, y llevado de descomunal rabia se abalanza hacia la puerta dardania, junto a sus orgullosos dardanios. Y primero abatió tirándole una jabalina a Antífates (pues éste era el que se hallaba primero), bastardo del encumbrado Sarpedón, habido de madre tebana; vuela el asta de cornejo itálico a través del tierno aire, y se le clavó en el estómago, llegándole a lo hondo del pecho. La caverna de su negra herida arroja un chorro espumoso, y el hierro se pone tibio en los pulmones atravesados. Luego abate con el valor de su brazo a Mérope y Erimante; luego, a Afidno. Luego, a Bitias, al que le ardían los ojos y el ánimo le rugía, no con la jabalina; pues que aquél no hubiera entregado su vida a la jabalina. Pero es que llegó una falárica arrojada con gran zumbido, como si fuera un rayo, que no pudieron resistir ni las dos pieles de toro ni la fiel loriga con su doble lámina y su oro; doblándose su enorme cuerpo se desploma; la tierra exhala un gemido, y el enorme escudo retumba encima de él. Tal cae en ocasiones en la costa eubea de Bayas[22] un pilar de piedra, que construido previamente con gran cantidad de materiales arrojan al mar; al inclinarlo, arrastra el pilar su mole y se sumerge recostándose en el fondo de las aguas; el mar se perturba y se levantan arenas negras; entonces, tiembla con el ruido la alta Prócida[23] y el duro lecho de Inárime,[24] impuesto por orden de Júpiter a Tifóeo.

En este punto, Marte, patrón de las armas, dio fuerzas y ánimos a los latinos e infundió agudos estímulos en su

22. Ciudad costera de la Campania cercana a Cumas.
23. Isla del golfo de Nápoles.
24. Isla.

pecho; y mandó a los teucros la Huida y el negro Temor. Acuden de todas partes, puesto que se les ha dado opción a pelear y el dios guerrero recala en su espíritu. Pándaro, al ver el cuerpo de su hermano por tierra, y la situación en que se halla su suerte, la desgracia que ronda los acontecimientos, atraca la puerta con mucha fuerza, girando los goznes, apoyándose en sus anchos hombros, y deja a muchos de los suyos fuera de las murallas en medio de la refriega; y a otros, en cambio, los encierra y recoge él como una riada, loco de él, que no vio al rey rútulo irrumpiendo en medio de la muchedumbre, y lo encerró bonitamente en la ciudad, como un tigre descomunal entre corderos indefensos. Al instante, una nueva luz brilló en sus ojos, y las armas resonaron escalofriantemente; en su cabeza tremolan las sanguinarias cimeras, y el escudo despide relampagueantes destellos. Los compañeros de Eneas, súbitamente consternados, reconocen el rostro odiado y sus extraordinarias proporciones. Entonces salta el enorme Pándaro y lleno de hervor por la rabia de la muerte de su hermano, dice: «No es ésta la casa real de Amata, para dote tuya; y no es en medio de Árdea[25] donde se encierra Turno, entre los muros de su patria. Un campamento enemigo es lo que estás viendo; de aquí no tienes ninguna posibilidad de escapar.» Turno, con ánimo tranquilo, le dice sonriendo: «Empieza, si te quedan redaños en el alma, y traba combate; dirás a Príamo que también aquí has encontrado a Aquiles.» Había terminado. Aquél haciendo un esfuerzo supremo arroja su lanza con los nudos sin desbastar y con la corteza verde; la lanza iba por el aire; Juno, la hija de Saturno, desvió la trayectoria que seguía,

25. Ciudad de los rútulos.

y la clava en la puerta. «Pues de este tiro que suelta con fuerza mi diestra no vas a escapar; pues no eres tal el autor del disparo ni de la herida.» Así dice, y se empina alzando en alto la espada y da un tajo con el acero en medio de la frente entre las dos sienes y le produce una brutal herida en las imberbes mandíbulas. Resuena un golpe; la tierra se agitó con el enorme peso; moribundo deja caer en tierra sus miembros desmadejados y las armas ensangrentadas por los sesos, y su cabeza quedó colgando la mitad sobre un hombro y la otra mitad sobre el otro.

Los troyanos huyen a la desbandada con tembloroso miedo. Y si el vencedor hubiera tenido el cuidado de hacer saltar inmediatamente por la fuerza los cerrojos y dar entrada a los compañeros por las puertas, aquél hubiera sido el último día de la guerra y de la nación. Pero el furor y el morboso deseo de matar lo empujó enardecido contra los que tenía enfrente. Primero, se encarga de Fáler y de Giges, al que segó el jarrete; luego, echa mano a las lanzas y las arroja contra las espaldas de los que huían; Juno le suministra fuerzas y ánimo. Van a hacer compañía a los muertos Halis y Fégea, con la rodela atravesada. Luego, cogidos por sorpresa en los muros y haciendo la guerra, Alcandro, Halio, Noemon y Prítanis. Agarrado con la mano derecha al terraplén Turno liquida con la centelleante espada a Línceo que le hacía frente y llamaba a sus compañeros; su cabeza, separada de un solo tajo a corta distancia, quedó tirada lejos con el casco; a continuación, al exterminador de alimañas, Ámico, más afortunado que el cual no había otro en untar las flechas con la mano y armar el hierro con veneno; y a Clitio, hijo de Éolo, y a Créteo, amigo de las musas, Créteo, el compañero de las musas, al que

siempre alegraban las canciones y la cítara y sacar las notas de las cuerdas; siempre cantaba las armas, los combates y los caballos de los héroes.

Finalmente, enterados de la matanza de los suyos, se reúnen los capitanes teucros, Mnesteo y el activo Seresto; y ven a los compañeros en desbandada y al enemigo dentro. Y dice Mnesteo: «¿Adónde, adónde vais huyendo? ¿Qué otros muros, qué murallas tenéis ya al otro lado? ¿Un solo hombre y rodeado por todas partes con vuestros terraplenes, oh compatriotas, va a provocar impunemente un estrago tan grande por la ciudad? ¿Va a enviar al Orco a tantos jóvenes principales? ¿No sentís compasión, ni os da vergüenza, cobardes, de vuestra desdichada patria, y de vuestros dioses y del gran Eneas?»

Encendidos con tales reproches se rehacen, y se detienen en apretadas filas. Turno se iba retirando poco a poco de la batalla y se encaminaba al río y a la parte que bordea el agua. Más briosamente por esto se echaban sobre él los teucros con gran griterío, y acrecentaban el número, como cuando una partida acosa con las armas enarboladas a un peligroso león; ahora bien, éste, desgreñado, mirando ferozmente, retrocede y ni su rabia ni su valor le permiten volver grupas, ni tampoco puede, aunque lo desea, seguir adelante entre los tiros y los hombres. No de otro modo Turno, dudoso, dirige sus pasos apresurados atrás y su mente bulle de rabia. Es más, aún entonces había tirado dos veces por medio de los enemigos, dos veces puso en fuga desordenadamente a los batallones por los muros. Pero toda la fuerza del campamento se concentra rápidamente en el mismo lugar, y Juno, la hija de Saturno, no se atreve a suministrarle fuerzas para hacer frente, pues Júpiter envió del

cielo a la aérea Iris, a llevar a la hermana órdenes no blandas, en caso de que Turno no se retirase de las altas murallas de los teucros. Así que el joven no puede resistir tanto con el escudo y el valor de su diestra: de tal modo lo asaetean los disparos lanzados de todas partes. En torno a sus hundidas sienes retumba el casco con el continuo repiqueteo y el bronce macizo se agrieta con las pedradas, y los penachos se le han desprendido de la cabeza, y el escudo no da abasto a los golpes; los troyanos y Mnesteo, como una centella, vuelven a la carga con las lanzas. Luego el sudor chorrea por todo el cuerpo (y no le es posible ni respirar) y forma un río resbaloso; la respiración jadeante agita sus miembros agotados. Entonces, finalmente, de un salto se tiró de cabeza al río con todas las armas. El río lo recibió al caer con su amarillenta corriente y lo sacó a flote en sus blandas aguas, y lo devolvió feliz a sus compañeros con la sangre de la carnicería lavada.

LIBRO DÉCIMO

Ábrese entretanto la casa del Olimpo todopoderoso, y el padre de los dioses y rey de los hombres convoca a asamblea en la mansión estelar, desde cuya eminencia contempla todas las tierras y el campamento de los dardánidas y los pueblos latinos. Toman asiento en la casa abierta de par en par; comienza Júpiter: «Grandes moradores del cielo, ¿por qué habéis cambiado de opinión, y seguís porfiando tanto con injusta animosidad? Yo había tomado la decisión de que Italia no concurriese en guerra con los teucros. ¿Por qué esta discordia contra lo prohibido? ¿Qué miedo ha persuadido a éstos o a aquéllos a ir en pos de las armas y provocar el hierro? Llegará (no tenéis que hacerlo venir) el momento oportuno de la batalla, cuando andando el tiempo la fiera Cartago envíe su gran destrucción[1] por los Alpes abiertos a los alcázares romanos: entonces estará permitido competir en odios, entonces, arramblar con lo que sea. Ahora, dejadlo, y arreglad contentos el pacto convenido.»

Esto expuso Júpiter en pocas palabras; mas la áurea Venus no le contesta con pocas: «¡Oh padre, oh eterno poder de los hombres y la historia! ¿Pues qué otra cosa hay que podamos implorar ya? ¿Ves cómo exultan los

1. Se refiere a Aníbal.

rútulos, cómo Turno avanza por medio destacándose con sus caballos y se abalanza henchido de su éxito guerrero? Las murallas, aunque cerradas, no protegen ya a los teucros: más aún, dentro de las puertas y en las propias defensas de los muros traban combate e inundan de sangre los fosos. Eneas está lejos, sin saberlo. ¿No dejarás que levanten el cerco? Otra vez acecha las murallas de la naciente Troya el enemigo, y otro ejército también. Y otra vez se levanta contra los teucros de los Arpos[2] etolios el hijo de Tideo.[3] ¡Bueno, creo que faltan mis heridas, y siendo tu hija estoy aguardando las armas de los mortales! Si los troyanos se encaminaron a Italia sin tu bendición y en contra de tu voluntad, que expíen su pecado y no los ayudes con tu auxilio; pero si lo hicieron siguiendo tantas respuestas como daban los dioses de arriba y los manes, ¿cómo es que alguien puede ahora revocar tus órdenes y arbitrar nuevos designios? ¿Para qué recordar el incendio de la escuadra en la costa de Érice, para qué, el rey de las tempestades y el huracán que se levantó en Eolia o el envío de Iris a través de las nubes? Ahora todavía remueve a los manes (esta región le quedaba por probar) y los dioses de arriba han enviado repentinamente a Alecto, que anda como una bacante por medio de las ciudades de Italia; no me afecta nada el asunto del imperio; tuvimos esperanza en eso, mientras había fortuna; que venzan los que tú prefieras que venzan. Si no hay un rincón que tu dura esposa conceda a los teucros, por las ruinas humeantes de la destruida Troya te lo pido, padre, concédeme sacar de las armas sano y salvo a Ascanio, concédeme que sobreviva mi nieto. Que a Eneas lo maltraten aguas

2. Ciudad interior de la Apulia, llamada antes Argiripa, donde hoy está Foggia.
3. Es decir, Diomedes, que se estableció en Apulia.

desconocidas (me resigno) y siga el camino que le diere la fortuna, sea el que sea: pero que pueda yo proteger y sacar de la cruel lucha a Ascanio. Dispongo de Amatonce, de la alta Pafos y de Citera[4] y la morada idalia: que abandone las armas y pase aquí la vida sin pena ni gloria. Permite que Cartago aplaste a Ausonia con gran autoridad. Por su parte no habrá ningún obstáculo para las ciudades tirias. ¿De qué le ha aprovechado escapar de la peste de la guerra y huir en medio de los fuegos argólicos y haber padecido tantos peligros en el mar y la vasta tierra, mientras los teucros buscan el Lacio y una Pérgamo renacida? ¿No hubiera sido mejor que se hubiesen establecido sobre las últimas cenizas de la patria y en el suelo en que estuvo Troya? Devuélveles a los desgraciados, te lo pido, el Janto y el Simunte,[5] y brinda a los teucros, padre, la oportunidad de repetir de nuevo el infortunio de Ilión.» Entonces la regia Juno, llevada de grave furor, dice: «¿Por qué me obligas a romper mi profundo silencio y divulgar con palabras mi dolor cicatrizado? ¿Algún hombre o divinidad obligó a Eneas a seguir el camino de la guerra y presentarse como enemigo ante el rey Latino? Se encaminó a Italia por decisión del destino: de acuerdo; empujado por los delirios de Casandra: ¿acaso le hemos exhortado a que abandone el campamento y exponga su vida a los vientos? ¿Acaso a que confíe el mando de la guerra y los muros a un niño, y a que solicite el pacto con los tirrenos y soliviante a unos pueblos pacíficos? ¿Qué dios, qué dura potencia de los nuestros lo empujó al engaño? ¿Dónde se halla en esto Juno o se ha enviado por las nubes a Iris? Es indignante que los ítalos cerquen de

4. Antiguas ciudades de la isla de Chipre, célebre por su culto a Venus.
5. Los dos ríos de Troya.

llamas a la renaciente Troya y que Turno pise en su tierra patria, teniendo por abuelo a Pilumno y por madre a la divina Venilia: ¿qué decir de que los troyanos hagan fuerza a los latinos con negras antorchas, sometan a su yugo los campos de labor ajenos y se lleven botín? ¿Qué decir de que roben los suegros y quiten del regazo a las prometidas, pidan la paz con la mano, pero claven las armas en las popas? Tú puedes sacar de las manos de los griegos a Eneas y extender delante de él una niebla y vientos hueros, y puedes convertir las naves en otras tantas ninfas. ¿Es un sacrilegio que, por contra, nosotros hayamos ayudado algo a los rútulos? Eneas está lejos, sin saberlo: que lo siga estando sin saberlo. Tienes Pafos, e Idalio, tienes la alta Citera: ¿por qué provocas a una ciudad preñada de guerras y unos corazones huraños? ¿Es que yo intento destruir hasta el fondo el poder diluido de Troya? ¿Yo? ¿O el que enfrentó a los desgraciados troyanos con los aqueos? ¿Cuál fue la causa de que se levantasen en armas Europa y Asia y rompiesen a traición el pacto? ¿Es que fue por instigación mía como el adúltero dardanio entró a saco en Esparta? ¿Dirigí yo sus tiros o fomenté la guerra por medio de Cupido? Entonces habría sido conveniente que hubieras temido por los tuyos; ahora te levantas tarde con injustas quejas, y promueves disputas inútiles.»

Con estas palabras peroraba Juno, y todos los habitantes del cielo murmuraban con opiniones encontradas, como cuando los primeros soplos mugen atrapados en las selvas, y hacen circular sordos murmullos, que revelan a los marineros la inminente llegada de los vientos. Entonces, el Padre Todopoderoso, a quien corresponde el primer poder sobre el mundo, comienza

(mientras él habla, la alta morada guarda silencio, y la tierra, estremecida hasta los cimientos; guarda silencio el éter; los céfiros asimismo se calmaron; el mar pone tranquilas las aguas): «Escuchad, pues, y meteos en la cabeza estas palabras mías. Toda vez que no ha sido posible unir en pacto a los ausonios con los teucros, y vuestra discordia no tiene fin: cualquiera que sea la fortuna que hoy tiene cada cual, cualquiera que sea la esperanza que cada cual abriga, sea troyano o rútulo, no voy a hacer diferencia alguna, tanto si el campamento está sometido al asedio por decisión del destino itálico, como si por un mal error de Troya y por los vaticinios desfavorables. Y no absuelvo a los rútulos tampoco. A cada cual le depararán sus empresas el sufrimiento y la fortuna. Júpiter es el mismo rey de todos. El destino encontrará el camino.» Lo ratificó jurando por los ríos de su hermano estigio, por los torrentes de pez y las riberas de negros remolinos, y con su cabezada se estremeció todo el Olimpo. Éste fue el final de sus palabras. Luego Júpiter se levanta de su trono de oro, y los habitantes del cielo lo acompañan en el centro de ellos al umbral.

Entretanto, los rútulos pugnan rondando por todas las puertas por abatir de muerte a los hombres, y cercar de llamas las murallas. En cambio, la legión de los compañeros de Eneas prosigue asediada dentro de las empalizadas, y no hay esperanza alguna de escapatoria. De pie se alzan inútilmente los desgraciados en las altas torres, y han tomado los muros cubriendo apenas su contorno ovalado: la primera línea la constituyen Asio Imbrásida y Timetes Hicetaonio y los dos Asáracos y Tímber, ya bastante viejo, junto a Cástor; les hacen compañía ambos hermanos de Sarpedón, y Claro y Te-

mon, oriundos de la alta Licia. Acmón, el lirnesio, acarrea, esforzándose con todas sus ganas, una roca enorme, parte no chica de una peña, y no tiene que envidiar a su padre Clitio, ni a su hermano Mnesteo. Unos pugnan por hacer la defensa con las lanzas, otros, con piedras, y por encender fuego y calar flechas en la cuerda. He aquí que en medio de ellos, el niño dardanio, cuita tan justa de Venus, brilla con su hermosa cabeza cubierta, como la perla incrustada en amarillo oro que adorna el cuello o la cabeza, o como resplandece el marfil engastado artísticamente en el boj o el terebinto oricio;[6] en su cuello lechoso cuelga la melena desparramada y un collar de oro blando lo sujeta. A ti también, Ísmaro, te vieron los pueblos gallardos hacer heridas y armar las cañas con veneno, varón de la linajuda casa meonia, donde los hombres trabajan fértiles tierras y el Pactolo[7] las riega con oro. También estaba presente Mnesteo, a quien le ensalza en las alturas la vieja gloria de haber expulsado a Turno del terraplén de los muros, y Capis: de él proviene el nombre de la ciudad campana[8].

Ellos y sólo ellos habían respondido al reto de la dura guerra: Eneas surcaba las aguas mediada la noche. Pues así que entró en el campamento etrusco después de dejar a Evandro, visita al rey y hace relación al rey de su nombre y linaje; qué pretende, y qué aporta él; le informa de las armas que anda buscándose Mecencio y del turbulento pecho de Turno; le pone sobre aviso respecto a la confianza que les inspiran los asuntos humanos, y en medio expresa sus ruegos. No hay dilación; Tarcón le brinda su apoyo, y sanciona la

6. El terebinto es una madera oscura brillante; Oricia es una ciudad del norte del Epiro.
7. Río de Lidia que arrastraba pepitas de oro en su corriente.
8. Capua.

alianza; a continuación el pueblo lidio, libre de compromisos, embarca en la flota, por orden de los dioses, y es confiado a un general extranjero. El bajel de Eneas va en primer término, con leones frigios adosados a sus quillas; encima cuelga el Ida,[9] tan grato a los desterrados teucros. Aquí va sentado el gran Eneas, y da vueltas en su interior a los variados avatares de la guerra; y Palante, pegado a su lado izquierdo, ora le pregunta sobre las estrellas, orientación de la noche sombría, ora sobre sus padecimientos en mar y tierra.

Abrid ahora el Helicón, diosas, y desatad vuestros cantos: qué fuerzas, entretanto, acompañan a Eneas de las riberas etruscas, con cuáles equipa los barcos y avanza por el piélago. Másico surca el primero el mar con la broncínea Tigre; bajo su mando van mil jóvenes aguerridos, los que dejaron las murallas de Cluso, y los que dejaron la ciudad de Cosas;[10] sus armas de larga distancia son las flechas y las ligeras aljabas a la espalda y el mortífero arco. Junto a aquél va el ceñudo Abante; su batallón refulgía todo él con las llamativas armas y su bajel con un Apolo de oro. Populonia le había dado seiscientos de sus jóvenes hijos experimentados en la guerra; y también Ilva[11] trescientos, isla generosa con sus inagotables minas de metal. El tercero, Asilas, famoso intérprete de los hombres y de los dioses, a quien obedecen las fibras de los animales, las estrellas del cielo, y la lengua de los pájaros y los fuegos que presagian el rayo, arrambla con mil en apretadas filas y erizadas lanzas. Pisa, elea de origen, mas ciudad etrusca por su situación, ordena a ellos someterse a la disciplina. Sigue

9. Es decir, el dibujo del monte Ida.
10. Ciudades de Etruria.
11. Isla del mar Tirreno, hoy Elba.

el bellísimo Ástur, Ástur, que confía en su caballo y sus armas multicolores. Trescientos (todos tienen idéntica voluntad de militar) mandan los que tienen por patria a Cere, los que habitan en los campos del Minio,[12] y la vieja Pirgos, y la enfermiza Graviscas.

No podría pasarte en silencio a ti, Ciniras, el más valiente conductor de los teucros en la guerra, y a ti, Cupavón, de pocos acompañado, en cuya cabeza se yerguen las plumas del cisne, un reproche vuestro, Amor, y símbolo de la belleza de su padre.[13] Pues dicen que Cicno, en medio de sus quejas por su amado Faetón, mientras canta entre las ramas de los chopos y la sombra de la hermana[14] y consuela su triste amor con la musa, adquirió una canosa vejez y blandas plumas, abandonando las tierras y buscando las estrellas con su canto. Su hijo, acompañando en la escuadra las pandillas de la misma edad, impulsa con los remos al enorme Centauro: éste pende sobre el agua y amenaza la corriente desde lo alto con una gran piedra, y surca los profundos mares con su larga quilla[15].

También el famoso Ocno, hijo de la adivina Mantó y del río etrusco, guía su batallón desde las riberas patrias; el cual te dio los muros y el nombre de su madre, Mantua; Mantua, rica en antepasados, aunque no todos eran de la misma raza: tres son las razas en ella, y a cada raza pertenecen cuatro pueblos; ella es la capital de la población; sus fuerzas son de sangre etrusca. De aquí arma también Mecencio quinientos para sí, a los que

12. Río de Etruria.

13. El padre es Cisne, que se enamoró de Faetón y fue convertido en cisne; la referencia en plural al Amor incluye a Venus y el dios Cupido.

14. Las hermanas de Faetón habían sido convertidas en chopos.

15. La nave Centauro es identificada en este pasaje con la figura de Centauro, que lleva en la proa, y que le da nombre.

llevaba en hostil barco al mar el Mincio,[16] hijo de Benaco,[17] tocado con cañas verdosas. Va el peligroso Aulestes que se levanta para batir las olas con cien remos; las aguas hacen espumas al revolver la superficie. A éste lo transporta el descomunal Tritón y su caracola que aterroriza los mares; cuando nada, su hirsuta frente muestra la figura de un hombre hasta la cintura; el vientre termina en ballena; bajo su pecho de semifiera murmura el agua espumosa. Tantos próceres escogidos acudían en socorro de Troya con treinta naves, y surcaban con el bronce la llanura de agua salada.

Y ya el día se había retirado del cielo, y Febe[18] con su carro noctámbulo rodaba por mitad del Olimpo: el propio Eneas (pues las preocupaciones no dejan descansar su cuerpo) va sentado dirigiendo el timón y gobernando las velas. Y he aquí que a mitad del camino le sale al paso el coro de sus compañeras: las ninfas, que la nutricia Cíbele había permitido que representasen el poder divino en el mar y había convertido de naves en ninfas, nadaban y cortaban las olas paralelamente, en número igual a las broncíneas proas que antes habían varado en la costa. Reconocen de lejos a su rey, y dan vueltas danzando delante de él. De ellas, Cimódoca, la más hábil en hablar, agarra la popa con la mano derecha, colocándose detrás, y le sobresale la espalda, y con la izquierda va remando en las aguas silenciosas. Luego, le habla sin que la reconozca: «¿Estás despierto, Eneas, estirpe de dioses? Sigue despierto, y suelta los cabos de las velas. Somos nosotras, los pinos de la sagrada cima del Ida, ninfas del piélago ahora, tu

16. Afluente del Po; aquí se piensa también en una figura en el barco que representaba este río.
17. El río Mincio nace en el lago di Garda, antiguo Benaco.
18. La Luna.

escuadra. Cuando el pérfido rútulo iba a dejarnos destartaladas con el acero y las llamas, rompimos contra nuestra voluntad tus ataduras, y te andamos buscando por el mar. Este aspecto nuevo nos dio la Madre compasiva, y nos concedió que fuésemos diosas y pasásemos la vida bajo las aguas. Ahora bien, el niño Ascanio está encerrado en el muro y los fosos, en medio de los disparos y los latinos temibles en la guerra. Los jinetes arcadios, mezclados con los valientes etruscos, están ya en el lugar ordenado. La decidida intención de Turno es enfrentarse a ellos con sus escuadrones en el medio para que no enlacen con el campamento. Ea, levántate, y a la llegada de la aurora, ordena el primero reunir a los compañeros y coge el escudo invencible que te dio el propio Señor del fuego, cercando los bordes con oro. El día de mañana, si no consideras vanas mis palabras, mostrará a la luz los enormes hacinamientos de la matanza de los rútulos.» Había terminado, y al marchar empujó con su derecha la alta nave, midiendo el impulso que le daba. Aquélla huye por las aguas más rápida que un dardo y que la saeta que iguala a los vientos. Detrás, las demás aceleran la marcha. Por su parte, Eneas, hijo de Anquises, se queda estupefacto; pero con el augurio levanta sus ánimos. Luego, mirando a la alta bóveda celeste, reza brevemente: «Madre de los dioses, Señora del Ida, que amas el Díndimo y las ciudades torreadas y el tiro de leones con el freno,[19] tú eres para mí ahora el norte de la lucha, haz próspero el augurio y preséntate con buen pie, diosa, a los frigios.» Sólo esto dijo, y entretanto ya se echaba encima el día que retornaba con luz plena, y había ahuyentado a la noche.

19. Cibele.

En primer lugar, advierte a los compañeros que estén atentos a las órdenes, y hagan el ánimo a las armas y se presten para el combate. Y ya tiene a la vista a los teucros y sus campamentos, puesto de pie en la alta popa, cuando desde ella levantó en la mano izquierda el brillante escudo. Los dardánidas levantan desde los muros un griterío hasta las estrellas; la esperanza infundida reaviva su coraje; arrojan dardos con su mano, como dan la señal las grullas del Estrimón[20] bajo las negras nubes y surcan el cielo con sus graznidos y escapan de los notos con alegre piar. Mas al rey rútulo y a los capitanes ausonios les resultaba esto chocante, hasta que ven a sus espaldas que las naves enfilaban a la costa y que el mar entero estaba plagado de barcos. En la cabeza de Eneas resplandece el yelmo y sus cimeras despiden llamas de lo alto, y el áureo escudo vomita enorme fuego: no de otro modo a como cuando en la noche traslúcida los sangrientos cometas enrojecen lúgubremente, o cuando nace el abrasador Sirio, el que trae a los sufridos mortales la sed y las enfermedades, y entristece el cielo con su siniestra luz.

Mas al bravo Turno no se le quitó la confianza de tomar antes la costa y rechazar de tierra a los que llegaban. «Lo que pedisteis en vuestros votos, ahí lo tenéis: pelear cuerpo a cuerpo. El propio Marte está en las manos de los héroes. Que cada uno se acuerde ahora de su esposa y de su casa; repetid ahora las grandes hazañas, las glorias de nuestros padres. Adelantémonos a correr al agua, mientras están liados y andan dando los primeros resbalones al desembarcar. A los que se atreven les ayuda la suerte.» Esto dice, y en su interior trata

20. Río de Tracia, hoy Struma.

de ver a quiénes puede mandar al frente, y a quiénes puede confiar el asedio de los muros.

Entretanto, Eneas desembarca por puentes de los altos bajeles a los compañeros. Muchos espiaban el reflujo del mar cuando languidecía, y se arriesgaban a saltar a los bajíos; otros lo hacían con los remos. Tarcón, echando una ojeada a la costa por donde no se arremolinan las aguas ni murmura la ola al romperse, sino que el mar se acerca sin estridencias con una marea progresiva, enfila proa de pronto, y ruega a los compañeros: «Ahora, oh pelotón escogido, doblaos sobre los fuertes remos; levantad, llevad los barcos; abrid con las quillas esta tierra enemiga, y que el propio casco se abra un surco. Ni rehúso partir la nave en semejante varadero una vez arrancada la tierra.» Después de decir tales cosas Tarcón, los compañeros se empinaron sobre los remos y metían los barcos llenos de espuma en las tierras de labor latinas, hasta que las quillas llegaban al firme y todas las naos atracaron sin daño. Mas no tu nao, Tarcón. Pues mientras flota encallada en los bajíos sobre un peligroso banco de arena, balanceándose a un lado y otro largo tiempo, y brega con el oleaje, se desarma y lanza a la tripulación en medio del agua. Los fragmentos de los remos y sus bancos flotando entorpecen a los hombres y al mismo tiempo la marea al volver tira para atrás de sus piernas.

Y a Turno no lo detiene la perezosa tardanza; sino que agarra enérgicamente a todas sus tropas contra los teucros, y se planta frente a ellos en la costa. Suena la señal. El primero en atacar a los agrestes escuadrones es Eneas, buena señal de la lucha, y desbarató a los latinos, dando muerte a Terón, que con su corpulencia buscaba precisamente al héroe Eneas. Con la espada le alcanza en

el costado desguarnecido a través de la loriga broncínea y la túnica que el oro hacía áspera. A continuación, hiere a Licas, que nació tras hacérsele la cesárea a su madre ya muerta, y consagrado a ti, Febo, porque de pequeño se le concedió que escapase al peligro del acero. Y no lejos, envió a la muerte al duro Císeo y al corpulento Giante que desbarataban las hileras con mazas; de nada aprovecharon a ellos las armas de Hércules ni sus fuertes brazos o su padre Melampo, compañero inseparable del Alcida mientras la tierra le brindó los pesados trabajos. He aquí que lanza la jabalina y se la encaja en la boca a Faro, mientras grita lanzando palabras inútiles. Tú también, desgraciado Cidón, mientras sigues a Clitio, tu nuevo gozo, al que le sombreaban las mandíbulas con el primer pelillo rubio, habrías caído miserablemente, despreocupado de los juveniles amores que siempre tenías, abatido por la diestra de los dardanios, si no hubiese intervenido en apretadas filas el pelotón de tus hermanos, descendencia de Forco: siete es su número, y siete tiros disparan; parte rebota ineficazmente en el casco y en el escudo, parte los desvió la nutricia Venus cuando zumbaban en torno a su cuerpo. Eneas habla a su fiel Acates: «Ve dándome armas; ninguna lanzará en vano mi diestra contra los rútulos de aquellas que se clavaron en la carne de los griegos en las llanuras de Ilión.» Entonces, agarra una gran lanza, y la arroja; la lanza volando traspasa el bronce del escudo de Meon y le desgarra la coraza junto con el pecho. Se le acerca su hermano Alcánor y sostiene con la derecha al hermano que se desplomaba. La lanza, que había sido arrojada echando atrás el brazo, sigue en línea recta y mantiene llena de sangre la dirección, y aquella mano quedó colgando moribunda de los tendones encima del hom-

bro. Entonces Númitor arrancando la jabalina del cuerpo de su hermano se dirigió hacia Eneas; mas no tuvo la suerte de alcanzarle sin errar, y rozó el muslo del gran Acates.

Aquí llega Clauso de Cures, fiado de su juvenil cuerpo, y con la pesada lanza a la que imprimió un gran impulso hiere de lejos bajo el mentón a Dríope, y mientras habla le arrebata a un tiempo la voz y la vida atravesándole el gaznate. Mas aquél golpea la tierra con la frente y vomita de su boca sangre espesa. También abate en diversos lances a tres tracios del ilustrísimo linaje de Bóreas[21] y a tres que el padre Idas y la patria ísmara[22] envía. Acude corriendo Haleso y las fuerzas auruncias; también se aproxima el descendiente de Neptuno, Mesapo, distinguido con sus caballos. Pugnan por rechazarles ora éstos, ora aquéllos; se combate en el mismo umbral de Ausonia. Como vientos encontrados emprenden un combate en el gran cielo con ahínco y fuerzas equilibradas; no ceden ellos entre sí, ni las nubes, ni el mar; la lucha está igualada largo tiempo; todos los elementos empujan contra todos los elementos: no de otro modo chocan los ejércitos troyanos y los ejércitos latinos; un pie se pega al otro pie y un guerrero se aprieta contra otro guerrero.

Ahora bien, en otra parte, donde un torrente había arrastrado en una gran extensión cantos rodados y matorrales desgajados de las riberas, Palante, cuando vio que los arcadios, no acostumbrados a cargar como infantería (toda vez que la naturaleza irregular del lugar les había aconsejado deshacerse de los caballos) daban la espalda a los latinos que les perseguían, enciende su

21. Dios del viento.
22. A saber, Tracia.

valor (que es lo único que queda en las circunstancias adversas) ora con ruegos, ora con palabras amargas: «¿Adónde huis, compañeros? Por vosotros y vuestras valerosas hazañas, por el nombre y las guerras ganadas del caudillo Evandro, y por mi esperanza, que ahora sucede a la gloria de mi padre, emulándola, no os fiéis a los pies. Con el acero hay que abrirse un camino entre los enemigos. Por donde aprieta aquella piña densísima de guerreros, por ahí os llama la alta patria y a vuestro general Palante. No son potencias divinas las que nos hostigan; mortales como somos, un enemigo mortal nos aprieta; nosotros tenemos otras tantas almas y manos. Mirad: el mar nos encierra con la barrera de sus aguas; ya falta la tierra para huir; ¿nos dirigiremos al piélago o a Troya?[23]»

El primero que le sale al paso, llevado por su mala suerte, es Lago; a éste, mientras arranca una piedra de gran peso, le arroja un dardo y se lo clava donde el espinazo ofrecía la separación de las costillas; y recupera la lanza agarrada a los huesos. Entretanto no lo sorprende Hisbón, aunque él esperaba esto; pues Palante lo recibe cuando se abalanzaba delante de él, lleno de furia y sin protegerse por la cruel muerte de su camarada, y le entierra la espada en los excitados pulmones. Acto seguido, se encamina a Estenio y Anquémolo, de la vieja estirpe de Roeto, que tuvo el valor de manchar el lecho de su madrastra. También vosotros, gemelos, caísteis en los campos rútulos, Larides y Timbro, descendencia parecidísima de Dauco, que los suyos no podían distinguir y representaban una agradable confusión para sus padres. ¡Ay!, pero ahora Palante os proporcionó un

23. Es decir, el campamento de los troyanos.

duro modo de reconoceros; pues a ti, Timbro, la espada del hijo de Evandro, se te llevó la cabeza; a ti, Larides, tu mano cercenada busca a su dueño y los dedos medio vivos se encogen y sueltan el acero.

A los arcadios, encendidos con el aviso y contemplando los preclaros hechos del héroe, los arma contra los enemigos el dolor mezclado con el pundonor. Entonces, Palante atraviesa a Roeteo que pasaba a escape a su lado con el carro de dos tiros. Éste fue el tiempo y sola ésa la demora para Ilo; pues contra Ilo había apuntado de lejos la fuerte lanza: interponiéndose Roeteo la intercepta, excelente Teutrante, de ti huyendo y de tu hermano Tires; y cayendo medio muerto del carro golpea con los zancajos el suelo de los rútulos. Y como el pastor provoca incendios en las selvas y los extiende cuando en el verano se levantan los vientos como es su deseo. Cuando de repente prenden en el centro, el horrendo frente de Vulcano se extiende a una por los anchos campos; él, sentado, contempla victorioso las llamas triunfantes: no de otro modo todo el valor de tus compañeros se concentra en un punto y te ayuda, Palante. Pero Haleso, enérgico para las guerras, se dirige frente a ellos y se protege detrás de su escudo. Éste sacrifica a Ladón y a Ferete y a Demódoco; a Estrimonio le cercena la mano derecha que había subido a su garganta; con una piedra hiere la cara de Toante, y desperdiga sus huesos mezclados con los sesos ensangrentados. El padre, que adivinaba el destino, había ocultado a Haleso en las selvas; cuando bastante viejo cerró en la muerte sus ojos, puestos en blanco, las Parcas tomaron cartas en el asunto, y lo consagraron a los tiros de Evandro. Palante se dirige a él, rezando antes una plegaria: «Ahora, padre Tíber, al dardo que estoy

blandiendo para arrojarlo, dale suerte y un camino a través del pecho del duro Haleso: estas armas y los despojos del héroe colgarán de una encina consagrada a ti.» El dios escuchó aquellas palabras: mientras Haleso protege a Imaon, el infortunado ofrece su pecho indefenso al dardo arcadio.

Ahora bien, Lauso, parte importante de la guerra, no permite que los batallones se espanten con la muerte tan señalada que ha producido el héroe: él el primero liquida a Abante que se le había enfrentado, núcleo y retén de la lucha. Sucumben los hijos de Arcadia, sucumben los etruscos, y vosotros, troyanos, héroes, ¡ay!, con los que no acabaron los griegos. Los batallones chocan con capitanes y fuerzas igualados; la retaguardia comprime el frente, y el amontonamiento no deja mover las armas ni las manos. Por un lado, brega y apremia Palante, por el otro, a su vez, Lauso, y no hay mucha diferencia en la edad; extraordinarios de figura, pero a quienes la fortuna les había negado la vuelta a la patria. Sin embargo, el monarca del gran Olimpo no permitió que chocasen ellos entre sí. Más tarde les aguarda su destino a manos de un enemigo mayor.

Entretanto, la nutricia hermana aconseja a Turno, que corta por medio de las filas con el veloz carro, para que sustituya a Lauso. Cuando vio a los compañeros: «Es momento de dejar la pelea; yo solo voy contra Palante; a mí sólo se me debe Palante; me gustaría que el propio padre estuviese aquí de espectador.» Esto dijo; y los compañeros se retiraron del llano que le había mandado. Y por su parte, tras la retirada de los rútulos, el joven, admirado entonces de la soberbia orden, se pasma de Turno, y pasea la vista por su enorme cuerpo, y repara de lejos en todos los detalles con terrorífica mirada,

y replica con estas palabras a las palabras del jayán: «O me alabarán en breve por haber conseguido un valiosísimo botín, o por una muerte gloriosa; mi padre es comprensivo con una u otra suerte. Déjate de bravatas.» Hablando avanza al centro del llano. La sangre se les hiela en el corazón a los arcadios. Turno saltó de la biga al suelo; se dispone a enfrentarse a pie cuerpo a cuerpo. Y como baja volando un león cuando ve desde su alta atalaya un toro que se perfila a lo lejos en el llano preparándose para entrar en combate: no otra es la imagen de Turno cuando viene. Cuando calculó que éste se hallaba dentro del radio de acción de la lanza, Palante se adelantaba a ver si la suerte le acompañaba algo al atreverse con desigual fuerza, y así se dirige al gran éter: «Por la hospitalidad y la mesa de mi padre a la que tuviste acceso cuando extranjero, te ruego, Alcida, asistas a mi formidable empresa. Que vea en la agonía cómo le despojo de las sangrientas armas y que los ojos moribundos de Turno me lleven grabado en vencedor.» Oyó el Alcida al joven, y en lo hondo de su corazón sofoca un gran gemido y derrama inútiles lágrimas. Entonces el padre habla al hijo con palabras amistosas: «Cada uno tiene un día señalado; todos disponen de un período breve e irreparable de vida; pero extender la fama con los hechos, ésta es la obra del valor. Al pie de las altas murallas de Troya cayeron tantos hijos de los dioses; es más, cayó asimismo Sarpedón, descendencia mía. También a Turno lo llama su destino, y llega a la meta del tiempo que se le ha concedido.» Así dice, y aparta la vista de los campos de los rútulos.

Y Palante, de su parte, arroja la lanza con gran fuerza, y extrae de la hueca vaina la refulgente espada. Aquélla, volando, cae donde se levanta la protección más alta

del hombro, y abriéndose camino entre los bordes del escudo, finalmente mordió también en el gran cuerpo de Turno.

Aquí Turno blande buen espacio de tiempo el asta de roble en cuya punta va agudo hierro y la arroja contra Palante, y habla de esta manera: «Mira a ver si mi dardo es más penetrante.» Esto dijo; más la punta traspasa por el centro con vibrante sacudida el escudo, tantas planchas de hierro, tantas de bronce, al que tantas veces envuelve por uno y otro lado una piel de toro, y horada el obstáculo de la loriga y el enorme pecho. Él se saca sin que sirva de nada el dardo caliente de la herida. Por uno y el mismo camino se escapan la sangre y la vida. Se desploma por la herida; las armas produjeron un chasquido sobre él; y moribundo besa con su boca ensangrentada la tierra enemiga. Turno, poniéndosele a su lado, sobre él, dice: «Acordaos de mis palabras, arcadios, y contádselas a Evandro: le devuelvo a Palante tal cual se lo ha merecido. Le otorgo la honra del sepulcro, cualquiera que sea, el consuelo del entierro, cualquiera que sea. El hospedaje de Eneas no le va a costar poco a él.» Y diciendo esto aplastó con el pie izquierdo el cuerpo sin vida, arrancándole el considerable peso del cinturón y la aberración grabada en él: el grupo de jóvenes degollados horriblemente a la vez la noche de bodas y los lechos ensangrentados;[24] lo había grabado con mucho oro Clono Eurítida; ahora se ufana Turno con el despojo y se alegra de haberse quedado con él. ¡Ignorante del destino y de la suerte futura el espíritu de los hombres, engreído en las circunstancias favorables, y que no sabe guardar la medida! Tiempo vendrá en que

24. La historia de las Danaides, cincuenta hermanas que en la noche de bodas dieron muerte a sus correspondientes maridos, excepto una de ellas.

Turno desee haber comprado la integridad de Palante a buen precio, y en que odie esos despojos y el día. Mas los compañeros en gran número retiran con muchos lamentos y lágrimas a Palante sobre el escudo. ¡Oh tú, que vas a regresar ante tu padre para dolor y gran gloria suya! ¡Éste es el primer día que te trajo a la guerra y es a la vez el que te lleva, aun cuando dejas grandes hacinamientos de rútulos!

Y ya vuela hasta Eneas no el rumor de desgracia tan grande sino la noticia fidedigna de que los suyos se hallaban a escasos pasos de la muerte; llegaba el momento de acudir en ayuda de los derrotados teucros. Siega con la espada lo que le cae más cerca y con el acero se abre un ancho sendero entre las filas, buscándote a ti, Turno, engreído con la reciente muerte. Palante, Evandro, todo está ante sus propios ojos, las mesas a las que entonces, recién llegado, tuvo acceso por primera vez, y la palabra de honor empeñada. Aquí arrambla con cuatro jóvenes, hijos de Sulmón, los mismos que crió el Ufente,[25] para inmolarlos en fúnebre ofrenda a las sombras, y con la sangre de los prisioneros salpica las llamas de la pira. Luego, había apuntado de lejos la agresiva lanza contra Mago, el cual se agacha hábilmente (mas la lanza vuela trémula por encima de él) y abrazándole las rodillas le habla lo que sigue a fuer de suplicante: «Por tus manes patrios y la esperanza de Julo, que se está desarrollando, te lo ruego, ten a bien salvar mi vida para mi hijo y mi padre. Tengo una casa sublime; en ella hay bien enterrados talentos de plata tallada; tengo cantidades de oro labrado y sin labrar. Aquí no se juega la victoria de los teucros, ni una sola vida va a significar

25. Río del Lacio.

resultado tan importante.» Había terminado. Eneas le replica lo siguiente: «Los muchos talentos de plata y de oro de que me hablas, ahórralos para tus hijos. Ese negocio de guerra lo ha estropeado ya antes Turno, en el instante en que acabó con Palante. Esto es lo que sienten los manes de mi padre Anquises; esto, Julo.» Así diciendo, sujeta el casco con la izquierda y echándole atrás el cuello mientras imploraba, le mete la espada hasta la empuñadura. Y no lejos se halla Hemónides, sacerdote de Febo y la Trivia, cuyas sienes ceñía una cinta con flecos sagrados, todo relumbrante con la ropa y las insignias blancas. Arremetiendo con él lo persigue por el llano, y cuando resbala, se pone encima de él y lo inmola y lo cubre de enorme sombra; las armas las recoge Seresto y las lleva a hombros, un trofeo para ti, rey Gradivo[26].

Reorganizan el frente el que nació de la estirpe de Vulcano, Céculo, y Umbrón, que venía de los montes marsos.[27] El dardánida los embiste. Con la acerada espada había echado abajo la mano izquierda de Ánxur y todo el círculo del escudo (éste había dicho algo jactancioso, y había creído que sus palabras llevaban fuerza y acaso tenía los ánimos por las nubes, y se había prometido la canicie y largos años). Con la pasión que llevaba, Tárquito, a quien había parido Dríope para Fauno, el morador de las selvas, le salió al paso exultante con sus refulgentes armas. Eneas echando atrás la lanza le apesga la loriga y el considerable peso del escudo. Luego derriba por tierra la cabeza del guerrero que habla fútilmente y quería seguir, y haciendo rodar su tibio tronco, dice sobre él lo siguiente con enemigo

26. Marte.
27. Pueblo del Lacio.

pecho: «Quédate ahí tirado, inspirando temor. No te depositará en tierra tu excelente madre, ni recargará el mausoleo de tu padre con tu cuerpo: te quedarás para las rapaces aves o las olas te llevarán sumergido en el agua y los hambrientos peces lamerán tus heridas.» Acto seguido persigue a Anteo y Luca, la primera línea de Turno, y al valiente Nuna, y al pelirrojo Camerte, vástago del animoso Volcente, que fue el más rico del campo ausonio y reinó en la silenciosa Amiclas. Como Egeón,[28] que dicen que tenía cien brazos y cien manos y echaba fuego de sus cincuenta bocas y pechos, cuando se revolvía contra los rayos de Júpiter con tantos escudos iguales y empuñaba tantas espadas: así se desata Eneas victorioso por toda la llanura, una vez que se calentó el filo de su acero. Pues he aquí que se dirige contra los caballos de la cuadriga de Nifeo y el pecho de éste enfrente de él. Y aquéllos cuando le vieron avanzar a lo lejos mascullando maldiciones, se volvieron de miedo y retrocediendo sin gobierno, derriban a su conductor y arrastran el carro a la playa. En esto, se mete por medio Lúcago con su blanca biga, y su hermano Líger; mas el hermano gobierna los caballos con las riendas, el combativo Lúcago voltea la espada empuñándola. No toleró Eneas que se animasen con tan gran hervor; saltó y apareció delante con la lanza enarbolada. Líger le dijo: «No son los caballos de Diomedes ni el carro de Aquiles los que estás viendo, ni los llanos de Troya: ahora alcanzaremos el final de la guerra y de tu vida en estas tierras.» Tales palabras del loco Líger vuelan por lo ancho. Mas el héroe troyano no son palabras las que prepara para responderle; pues arroja la

28. Un gigante.

jabalina contra su enemigo. Cuando Lúcago estaba aguijoneando a los percherones con la espada, inclinado y doblado sobre las riendas, tomando posición para la pelea con el pie izquierdo echado adelante, la lanza llega por debajo de los bordes inferiores del refulgente escudo y a continuación le agujerea la ingle izquierda; despedido del carro se revuelve moribundo en el suelo. El justo Eneas le habla con palabras amargas: «Lúcago, no ha sido la cobarde huida de tus caballos la que ha traicionado tu carro, ni las vanas sombras de los enemigos los han espantado. Tú mismo has saltado de sus ruedas y abandonas el pescante.» Así diciendo esto, agarró los percherones; el infortunado hermano extendía sus manos indefensas, caído asimismo del carro: «Por ti, por los padres que así te engendraron, héroe troyano, perdóname la vida, y compadécete de mis súplicas.» Con más palabras contestó Eneas a las suyas: «No era eso lo que decías hace un momento. Muere, y no abandones a tu hermano, su hermano que eres.» Entonces abre con el arma las entretelas del alma, el pecho. Tales muertes causaba por el campo el caudillo dardanio, enfurecido como un torrente de agua o un negro huracán. Finalmente, rompen fuera y abandonan el campamento el niño Ascanio y la juventud troyana, inútilmente asediada.

Entretanto, Júpiter interpela a Juno por voluntad propia: «Oh hermana mía, a la vez que gratísima esposa, como pensabas, Venus (no te equivocas de opinión) alienta el bando troyano, la diestra de los héroes no está despierta para la guerra ni su ánimo es fiero ni resistente al peligro.» Juno le responde con humildad: «¿Por qué, oh hermosísimo esposo, me tiras de la lengua, desvalida y temerosa de tus palabras como estoy? Si tu amor

tuviese la fuerza que en otro tiempo tuvo y que es la que debía tener, pues no me negarías, todopoderoso como eres, esto: sacar a Turno del combate y poder guardarlo sano y salvo para su padre Dauno. Ahora, que muera y sufra el castigo de los teucros con su sangre piadosa. Sin embargo, trae el nombre de origen nuestro, y su tatarabuelo es Pilumno; y muchas veces colmó tus umbrales con mano generosa y muchas ofrendas.»

El rey del etéreo Olimpo le habló brevemente del siguiente modo: «Si me pides la demora de la muerte inmediata y una tregua para el joven, llamado a caer, y crees que así arreglo el asunto, quita de en medio con una huida a Turno y sustráelo de su inminente destino. Hasta este punto cabe hacer concesiones. Pero si debajo de esos ruegos se esconde algún favor más profundo, y crees que se puede remover y cambiar toda la guerra, alimentas esperanzas vanas.»

Y Juno, derramando lágrimas ante esto: «¿Qué si lo que rehúsas de palabra lo concedieses de corazón, y esta vida quedase garantizada para Turno? Ahora le aguarda un grave final sin ser culpable, o yo estoy engañada respecto a la verdad. Por lo que, ¡ojalá me engañe, ay, con un falso temor, y tú, que puedes, vuelvas en mejor tus designios!»

Cuando hubo dicho esto, se echó de inmediato del alto cielo, rodeada de una nube y portando la tempestad por el aire, y se encaminó hacia el ejército de Ilión y los campamentos laurentes. Luego, adorna la diosa con las armas dardanias una sombra delgada sin fuerzas, como hueca nube, con el aspecto de Eneas (fenómeno que causa maravilla ver) y finge el escudo y los penachos de la cabeza divina, le confiere palabras hueras, le confiere una voz sin raciocinio y remeda sus andares. Como las

figuras que dicen que revuelan al producirse la muerte o como los sueños que engañan los sentidos dormidos. Ahora bien, la imagen exulta encantada en primera fila, y reta al héroe con los dardos y lo provoca de palabra. Turno cierra con él y de lejos le arroja la zumbante lanza; el fantasma vuelve la espalda y cambia su dirección. Entonces es cuando Turno creyó que Eneas daba la vuelta y retrocedía, y en su alma abrigó turbiamente una vana esperanza: «¿Adónde huyes, Eneas? No abandones el matrimonio pactado; esta diestra te dará la tierra que has buscado por el agua.» Diciendo esto a grandes voces le persigue y lleva empuñada la espada relampagueante; y no ve que los vientos se llevan su gozo.

Por casualidad había un barco, sujeto al saliente de una alta roca, con las escaleras dispuestas fuera y el puente preparado, en el que había llegado el rey Osinio[29] desde las costas del Clusio. Aquí se lanza para esconderse la temblorosa imagen del fugitivo Eneas; y Turno insiste con no menor audacia, y franquea los obstáculos, y salta por encima del alto puente. Apenas había tocado la proa: la hija de Saturno rompe la amarra y roba por el mar revuelto la nave desatada. Y Eneas a su vez, lo desafía al combate cuando ya no estaba allí: despacha a la muerte muchas figuras señeras que le salen al paso. Entonces, la ligera imagen ya no busca más un escondite, sino que volando a lo alto se confundió con una nube negra, cuando mientras tanto la corriente lleva a Turno en medio del mar. Vuelve la vista, ignorante de lo acaecido y sin agradecer su salvación y tiende sus dos manos a las estrellas a la vez que dice: «Padre Todopo-

29. Aliado de Eneas.

deroso, ¿de un delito tan grande me consideraste reo, y tal castigo quisiste que sufriese? ¿Adónde me llevan? ¿Cómo he salido? ¿Por dónde huir para volver y en qué condiciones? ¿Volveré a ver los muros o el campamento de los laurentes? ¿Qué será de aquel puñado de héroes que me siguieron a mí y mis armas? A todos los cuales (¡oh aberración!) he abandonado a una muerte inenarrable, y ahora veo errantes y oigo los lamentos de los que caen. ¿Qué hago? ¿Qué tierra suficientemente profunda puede abrírseme ya? Mejor, tened compasión, vosotros, oh vientos. Llevad el barco a los acantilados, a las escolleras (yo, Turno, os lo pido voluntariamente) y meted las sirtes en los crueles bajíos, adonde no me sigan los rútulos ni la fama sabedora.» Esto diciendo, fluctúa su espíritu ora en un sentido ora en otro. ¿Se meterá la punta fuera de sí por deshonor tan grande y se atravesará las costillas con la dura espada? ¿O se lanzará en medio de las olas para dirigirse al curvado litoral nadando y reincorporarse de nuevo a la guerra contra los teucros?

Tres veces intentó ambos expedientes; tres veces lo contuvo la grandiosa Juno y compadeciéndose en su interior reprimió al joven. Se desliza surcando alta mar con oleaje y marea favorables, y arriba a la antigua ciudad de su padre Dauno.

Ahora bien, entretanto Mecencio enardecido por inspiración de Júpiter le sucede en la lucha y ataca a los teucros triunfantes. Convergen las tropas tirrenas y a él entre todos, al héroe sólo, atacan con su odio y sus numerosos disparos. Él, como un escollo que avanza en el vasto mar, cara a la furia de los vientos y expuesto al agua, aguanta toda la fuerza y amenazas del mar y del cielo, permaneciendo inmóvil con todo, abate por tierra

a Hebro, descendencia de Dolicaon y con él a Látago y al fugitivo Palmo, pero a Látago le alcanza en la boca y en la cara, que le hacía frente, con una piedra, un enorme fragmento de roca; a Palmo lo hace doblarse como un cobarde cortándole los tendones. Y regala las armas a Lauso para que las lleve en sus hombros y clave en la cabeza las cimeras. Igualmente a Evante el frigio y a Mimante, compañero de la misma edad de Paris, a quien Teano dio a luz para su padre Ámico la misma noche que la Ciseida,[30] embarazada de una antorcha alumbró a Paris;[31] éste reposa en la ciudad de su padre; la costa laurente guarda al desconocido Mimante. Y como el jabalí que durante muchos años defendió el Vésulo[32] cubierto de pinos, y muchos la marisma laurentina, en los cañaverales de cuya selva se ha criado, es levantado de los altos montes por el mordisco de los perros, y después que ha caído en la red se queda quieto y gruñe terriblemente y se le ponen de punta las cerdas de los cuartos delanteros, y nadie tiene agallas de chincharlo ni acercársele más, sino que lo incordian de lejos con dardos y gritos sin riesgo; no de otro modo aquellos contra quienes va la justa ira de Mecencio no tienen valor ninguno de enfrentársele con la espada empuñada; lo desafían de lejos con tiros y gran griterío. Pero él, impávido, no sabe a qué parte tirar, rechinando los dientes, y desprende las lanzas del escudo.

Había llegado de los antiguos territorios de Córito[33] Acron, individuo griego, que abandonó desterrado su matrimonio sin consumar: cuando vio a éste a lo lejos perturbando el centro de la línea de combate con sus

30. Hécuba, hija del rey de Tracia Ciseo.
31. Troyano con un importante papel en la guerra de Troya. Muere a manos de Patroclo.
32. Monte Viso, vecino al Po.
33. Hijo de Júpiter y padre de Dárdano.

plumas rojas y la púrpura de la esposa que tenía prometida, como un león hambriento, que recorre una y otra vez el alto aprisco (pues le estimula un hambre loca), si acaso divisa una cabra huyendo o un ciervo que se destaca con los cuernos, se pone contento, abriendo la descomunal boca y estira la melena, y se echa encima de la carne y no se despega de ella; la sangre negra baña su hocico malvado; así se abalanza Mecencio, ebrio de alegría, contra las apretadas filas de los enemigos. Es abatido el infortunado Acron, y con los zancajos aporrea la tierra negra jadeando, y mancha de sangre las armas rotas; y no se dignó, en cambio, de derribar a Orodes que huía, ni de hacerle una herida en la espalda tirándole un dardo; le salió corriendo al paso por delante, y se enfrentó de hombre a hombre, sin aprovecharse de la ventaja, sino con las valientes armas. Luego que le derribó, le puso encima el pie y la lanza, apretándole: «Parte no despreciable de la guerra, soldados, el alto Orodes está abatido.» Los compañeros lanzan un hurra, acompañando el feliz peán.[34] Pero Orodes, jadeando, dice: «No sin que me venguen vas a alegrarte por mucho tiempo victorioso, quienquiera que seas; también a ti te espera idéntico destino y pronto te tenderás en esta misma tierra.» Al cual respondió Mecencio con una sonrisa entreverada de cólera: «Ahora muere. De mí, en cambio, el padre de los dioses y el rey de los hombres verá.» Esto diciendo hundió la lanza en su cuerpo. A él le atenaza los ojos una dura paz y un sueño de hierro; sus pupilas se cierran en una noche eterna.

Cédico degüella a Alcátoo, Sacrátor a Hidaspes,

34. Cántico guerrero de la victoria que al parecer había entonado Mecencio.

Rapón a Partenio y a Orses, duro de pelar, Mesapo a Cronio y a Eriquetes, hijo de Licaón, aquél, caído en tierra por haber resbalado de su caballo desbocado, a éste, como infante. También como infante se había adelantado Agis, el licio; a quien, sin embargo, derriba Válero que poseía la dote del valor de sus antepasados; y a Tronio Salio, y a Salio Nealces, que destacaba con la jabalina y la flecha que sorprende de lejos.

Ya el grave Marte igualaba las pérdidas y las muertes recíprocas; al par repartían mandobles y al par se desplomaban los vencedores y los vencidos; ni unos ni otros conocían la huida. Los dioses, en la mansión de Júpiter, se compadecen de la vana furia de los dos bandos, y de que los mortales padezcan tan grandes sufrimientos; de un lado mira Venus, del otro, frente a ella, Juno, la hija de Saturno. La pálida Tisífone[35] se desata en medio de los millares de hombres. Pero ahora Mecencio avanza como un huracán por la llanura, blandiendo su enorme lanza. Como el gran Orión, cuando marcha a pie por medio de los grandiosos pantanos de Nereo,[36] abriéndose camino, sobresale de las aguas hombros arriba, o cuando trae de los altos montes un añoso quejigo y camina por el suelo y esconde la cabeza entre las nubes: tal se infiltra Mecencio entre las vastas armas.

Eneas, que le había echado el ojo a lo largo de las filas, se prepara para salir a su paso frente a él. Aquél le aguarda impertérrito, esperando a su gallardo enemigo, y se mantiene en pie con toda su corpulencia; y midiendo con la vista el espacio que precisaba la lanza, dice: «¡Que la divinidad y el dardo que estoy blandiendo para

35. Una de las tres Furias, la «vengadora del homicidio».
36. El mar.

arrojar, me asistan ahora con su favor! Voy a hacer de ti, Lauso, el trofeo viviente del bandido Eneas con los despojos que arranque de su cuerpo.» Dijo, y lanzó desde lejos la zumbante lanza; mas ésta, volando, rebotó en el escudo, y se clavó lejos en el singular Antor, entre el costado y el bazo; Antor, compañero de Hércules, que proveniente de Argos se había juntado a Evandro, y se había establecido en la ciudad ítala. Es abatido el infortunado con la herida destinada a otro, y mira al cielo, y al morir recuerda su dulce Argos. Entonces el justo Eneas arroja su lanza; la cual atravesó el abombado círculo de triple chapa de bronce, las hiladas de lino y la obra tejida con tres pieles de toro y se encajó profundamente en la ingle; pero no se llevó sus fuerzas. Rápidamente Eneas, contento al ver la sangre del tirreno, extrae del muslo la espada y carga hervoroso contra el guerrero embarullado. Dio un ¡ay! profundo por amor a su querido padre Lauso, al verle, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Aquí yo desde luego no voy a silenciar el suceso de tu dura muerte ni tus hechos óptimos, si el tiempo ha de dar de algún modo credibilidad a tu grandiosa obra, ni tampoco a ti, joven digno de recuerdo.

Mecencio retrocedía, volviendo atrás sus pasos, inservible y trabado, y arrastraba en el escudo el astil de su enemigo. El joven saltó y se interpuso entre los combatientes, y cuando Eneas levantaba la diestra y asestaba el golpe frenó el acero y detuvo al autor retardándole; los compañeros siguen con gran griterío, hasta que se aleja el padre protegido con la rodela del hijo, y arrojan dardos y mantienen alejado al enemigo con sus tiros. Eneas se encoleriza y se mantiene a cubierto. Y como cuando descargan las nubes un chaparrón de granizo,

todos los labradores huyen de los campos, y todos los campesinos y el caminante se guarece bajo un seguro cobijo, o en las riberas de un río, o bajo la cornisa de una alta roca, mientras llueve en las tierras, para seguir con la tarea del día cuando vuelve el sol: asaeteado de este modo por tiros de todas las direcciones, Eneas aguanta el chaparrón de la guerra hasta que cesa de tronar por completo y grita a Lauso y amenaza a Lauso: «¿Adónde te precipitas a morir, con atrevimiento que es superior a tus fuerzas? El amor a tu padre te deja a descubierto sin que te des cuenta.» Y él no exulta menos loco; y ya la cólera cruel del caudillo dardanio aumenta de tensión, y las Parcas recogen las puntas de los hilos de Lauso: pues Eneas impulsa la fuerte espada para atravesar al joven, y la entierra entera. El acero atravesó la rodela, arma ligera para sus amenazas, y la túnica que le había bordado con blando oro la madre, y la sangre cubrió el pliegue; la vida se fue triste a los manes por el aire, y abandonó el cuerpo. Ahora bien, cuando el hijo de Anquises vio la mirada y la cara del moribundo, la cara pálida en forma maravillosa, lanzó un profundo lamento lleno de compasión, y alargó su mano derecha, y a su mente acudió el recuerdo de su padre. «¿Qué te dará ahora, muchacho digno de lástima, por ese gesto tuyo, qué te dará el justo Eneas que sea digno de tan gran carácter? Ten para ti las armas con las que te alegrabas; y te devuelvo a los manes y a la ceniza de tus padres, si esta atención significa algo. A pesar de todo, dentro de tu infortunio aliviarás tu desgraciada muerte con esto: caes a manos del gran Eneas.» Él por sí mismo llama a los vacilantes compañeros y levanta de tierra el cuerpo en que la sangre manchaba el pelo peinado a la moda.

Entretanto el padre junto a la corriente del río

tiberino limpiaba las heridas con agua, y descansaba el cuerpo apoyado en el tronco de un árbol. Lejos cuelga de las ramas el casco de bronce y las pesadas armas descansan en el prado. A su alrededor están de pie jóvenes escogidos; él mismo, enfermo, jadeante, da alivio a su cuello con la larga barba flotándole en el pecho; pregunta sin cesar por Lauso y sin parar envía quienes vayan a buscarle y le lleven los encargos de su triste padre. ¡Ay!, pero a Lauso lo llevaban sobre el escudo los compañeros llorando, grande como él era y vencido por una herida grande. De lejos reconoció los lamentos su alma, que presagiaba la desgracia. Ensucia su blanco pelo con abundante polvo y extiende al cielo las palmas de sus manos y se da apretones en el cuerpo. «¿Tantas ganas de vivir se apoderaron de mí, hijo, que permití que te pusieras tú, a quien engendré, ante las manos del enemigo en lugar mío? ¿Me hallo a salvo yo, tu padre, en virtud de estas heridas tuyas, viviendo por tu muerte? ¡Ay, ahora, al final, es la muerte un infortunio para mí, desgraciado! ¡Ahora la herida ha penetrado hasta lo hondo! Y encima yo, hijo, he manchado tu nombre con mi deshonor, pues por el odio que suscité me expulsaron del trono y del cetro paterno. Debí haber pagado mi castigo ante la patria y el odio de los míos: con toda clase de muertes habría entregado yo mismo mi alma pecadora. En cambio, sigo vivo, y no abandono aún a los hombres y la luz. Pero los abandonaré.» Al tiempo que decía esto se levanta sobre el muslo herido, y aunque las fuerzas le flaquean, a causa de la profunda herida, sin desmayar, ordena que le traigan el caballo. Éste era su orgullo, éste, su consuelo; con él salía victorioso de todas las guerras. Se dirige a él que estaba alicaído y le dice así: «Roebo, mucho tiempo hemos

vivido, si alguna cosa de los mortales dura mucho tiempo. O bien hoy volverás victorioso con aquellos despojos sangrientos y la cabeza de Eneas y serás vengador junto conmigo del dolor por Lauso, o bien, si fuerza alguna abre camino, sucumbirás a la vez; pues yo creo, valerosísimo, que no te dignarás admitir órdenes ajenas, ni a los teucros por amos.» Dijo, y montando acomodó en su grupa el cuerpo al que estaba acostumbrada y cargó ambas manos con agudos dardos, refulgiendo en bronce su cabeza, engallado con la cimera de caballo. De este modo hizo la carrera arrebatado al centro de la tropa. En su corazón sólo bulle su enorme pundonor y la locura mezclada con la pena.

Y aquí llamó a Eneas tres veces en alta voz. Eneas, pues, le reconoció, y reza alegre: «¡Así lo quiera el Padre de los dioses, así, el alto Apolo! Puedes empezar la pelea.» Eso sólo dijo, y acude a su encuentro con la lanza enarbolada. Y él dijo a su vez: «¿A qué asustarme, después de haberme arrebatado a mi hijo, más que cruel? Éste era el único camino por el que podías perderme. Ni temo la muerte, ni respeto a dios alguno. Deja: pues vengo dispuesto a morir, y antes te traigo este regalo.» Dijo, y soltó el dardo contra su enemigo; luego lanza uno tras otro, girando en gran círculo; pero aguanta el áureo escudo. Tres veces cabalgó en círculo, girando a la izquierda, en torno a Eneas que se mantenía de pie, arrojando dardos de su mano; tres veces gira sobre sí mismo el héroe troyano, soportando con el broncíneo parapeto la descomunal selva.[37] Luego, cuando se harta de esperar tanto tiempo y de arrancar tantos dardos, y se ve apurado por trabar combate en desventaja, maqui-

37. Es decir, de dardos.

nando sin cesar consigo mismo, finalmente salta ya, y arroja la lanza entre las huecas sienes del caballo batallador. Se levanta de manos el cuadrúpedo y patea el aire con los cascos, y al tirar al jinete le sigue él mismo cayendo sobre aquél, y queda de cabeza hacia adelante con una pata dislocada. Con el griterío encienden el cielo los troyanos y los latinos. Eneas sale volando, y saca la espada de la vaina, y dice desde su altura: «¿Dónde está ahora aquel famoso Mecencio, aquella brutal fuerza de ánimo?» Le responde el tirreno, conforme alzaba la mirada al cielo y se tragaba el cielo y recobró el conocimiento: «Amargo enemigo, ¿por qué gritas y me amenazas con la muerte? Nada es ilegítimo a la hora de dar muerte; y no he venido así al combate; ni mi hijo Lauso pactó contigo este pacto. Sólo te pido una cosa por el perdón que se da a los enemigos vencidos, si existe: que permitas que entierren mi cuerpo. Sé que me rodea el odio afilado de los míos: líbrame, te lo pido, de este ultraje. Y hazme compañero de mi hijo en la sepultura.» Esto dice, y encaja bien a sabiendas la espada en la garganta y exhala el alma en las armas con una oleada de sangre.

LIBRO UNDÉCIMO

La Aurora entretanto al surgir abandonó el Océano: Eneas, aunque sus sentimientos lo arrastran a dar tiempo para enterrar a sus camaradas y su mente está perturbada con la muerte, cumplía con sus votos a los dioses al despuntar el alba. Colocó encima de la tumba una enorme encina con las ramas cortadas de arriba abajo y la adorna con armas refulgentes, despojos del caudillo Mecencio, un trofeo para ti, gran Señor de la guerra;[1] ajusta las cimeras que chorreaban sangre y los dardos romos del héroe y la coraza atacada y perforada por doce sitios, y ata el escudo de bronce a la izquierda, y cuelga del cuello la espada de marfil. Luego exhorta a sus triunfales camaradas (pues toda la plantilla de generales le rodeaba, apelotonados a su alrededor), comenzando de este modo: «Una gran hazaña hemos realizado, soldados; lejos todo temor, en lo sucesivo; éstos son los despojos y primicias, las de un rey soberbio, y aquí está Mecencio, según lo han hecho mis manos; ahora nuestra marcha ha de ser al rey y a los muros latinos. Preparad vuestros ánimos para las armas, y tomad la guerra con esperanza desde ahora, para que tan pronto como los dioses nos aconsejen levantar las enseñas y sacar la juventud del campamento no nos

1. Se describe minuciosamente cómo se levanta un trofeo; el tronco del árbol parece simbolizar el cuerpo del guerrero vencido y muerto; en dicho árbol se cuelgan sus armas.

entorpezca por sorpresa contratiempo alguno ni nos retarde con el miedo un propósito cobarde. Mientras tanto, hagamos el entierro de nuestros camaradas y los cuerpos insepultos, que es la única honra que existe en el Aqueronte profundo. «Id», dice, «honrad con los últimos honores las almas singulares que con su sangre nos han deparado esta patria, y enviemos primero a la triste ciudad de Evandro a Palante, a quien no carente de valor se lo ha llevado el día negro y lo ha sepultado en la muerte amarga.»

Así dice derramando lágrimas y se retira al umbral donde el viejo Acoetes, que antes era escudero del parrasio Evandro, pero que entonces iba puesto de compañero de su querido pupilo con auspicios no felices, guardaba el cuerpo yacente del exánime Palante. A su alrededor estaban todo el grupo de criados y la multitud troyana, y las mujeres de Ilión con el triste pelo suelto según la tradición. Mas cuando Eneas penetró por las altas puertas, levantan a las estrellas un enorme lamento golpeándose el pecho, y el real retumba con el triste duelo. Cuando él vio la cabeza apoyada de Palante, blanco como la nieve, y la cara y la herida de la lanza ausonia descubierta en su liso pecho, se le saltan las lágrimas y dice así: «¿Te me ha arrebatado la fortuna, niño digno de compasión, cuando contenta venía, para que no vieses nuestro reino, ni volvieses vencedor al solar de tu padre? No había hecho yo al marchar esta promesa sobre ti a tu padre Evandro, cuando me despedía abrazado a mí, camino de un gran imperio, y me advertía lleno de temor que eran hombres combativos, que iban a ser los combates con una raza dura. Y sin duda él, engañado por completo con una vana esperanza, tal vez hace votos ahora y carga los altares de

ofrendas. Nosotros acompañamos tristes con vano honor al joven sin vida y que ya no debe nada a celestial alguno. ¡Infortunado, verás el cruel funeral de tu hijo! ¿Éste es el regreso y los triunfos que se esperaban de nosotros? ¿Ésta es mi solemne promesa? Mas no lo verás, Evandro, con las vergonzosas heridas de haber huido. Y no desearás tú, padre, una cruel muerte con tu hijo a salvo. ¡Ay de mí, qué protección tan grande pierde Ausonia y qué grande la pierdes tú, Julo!»

Cuando hubo hecho estos lloros, ordena levantar el cadáver digno de lástima, y envía mil hombres elegidos de todo el ejército para que le acompañen en el último honor y estén presentes a las lágrimas del padre, exiguo consuelo del enorme duelo, pero debido al desgraciado padre. Sin pereza, algunos entretejen un zarzo, unas andas blandas, con varas de madroño y ramas de encina y sombrean el féretro construido con una capa de hojas. Entonces alzan al joven y lo colocan en la rústica parihuela: como la flor cortada por el pulgar de una muchacha o de la blanda violeta, o del lánguido jacinto, a la que todavía no se le ha ido el brillo ni su belleza, pero ya no la alimenta la madre tierra ni le suministra fuerzas. Entonces Eneas sacó dos vestidos estampados en oro y púrpura, que en tiempos le había hecho con sus propias manos la sidonia Didó, encantada con sus labores, y había intercalado en urdimbre oro delgado. Con uno de éstos amortaja entristecido al joven (honra postrema) y rodea con un envoltorio su pelo destinado a arder; y además amontona los despojos del combate con los laurentes, y ordena que traigan en larga fila el botín. Añade los caballos y las armas de que había despojado al enemigo. Había atado también a la espalda las manos de quienes destinaba como fúnebre ofrenda

a las sombras, con la intención de salpicar las llamas con la sangre derramada. Y ordena que los propios jefes lleven colgadas al pecho las armas de los enemigos y que se graben los nombres de éstos en ellas.[2] Ayudan a marchar al infortunado Acoetes, agobiado por los años, que ora se desgarra el pecho con los puños, ora la cara con las uñas, y que se desploma al suelo cuan largo es. Guían también los carros manchados con la sangre de los rútulos. Detrás va sin distintivos el batallador caballo Etón,[3] que derrama lágrimas y humedece sus belfos con gruesas gotas. Otros llevan la lanza y el yelmo; pues el resto lo posee Turno, el vencedor. A continuación viene la falange, teucros, y todos los tirrenos y los arcadios con las armas a la funerala. Después que toda la fila de la comitiva hubo avanzado buen trecho, se detuvo Eneas y añadió lo siguiente con un profundo suspiro: «El mismo destino horrendo de la guerra nos llama a nosotros a partir de ahora a otras lágrimas: Salud hasta la eternidad, grandioso Palante, y adiós hasta la eternidad.» Y sin decir más se encaminaba hacia los altos muros, y llevaba sus pasos al interior del campamento.

Y ya estaban allí los parlamentarios de la ciudad latina, velados con ramas de olivo, a pedir una tregua: que les devolviesen los cuerpos que yacían desparramados por obra de las armas en los campos y les permitiese enterrarlos en su tumba; con los vencidos y privados de la vida no había contienda alguna; que respetase a los que una vez había llamado anfitriones y suegros. El bueno de Eneas responde con su perdón a aquellos que le pedían cosas no despreciables y agrega además lo

2. La idea es que los jefes troyanos porten las armas de los enemigos que derrotó Palante y en unas tablas, probablemente, el nombre de esos enemigos.

3. Etón, es uno de los caballos de Héctor.

siguiente: «¿Qué inmerecida fortuna, latinos, os ha implicado en una guerra tan grande, hasta el punto de rehuir nuestra amistad? ¿La paz me pedís para los muertos y los que han perecido en el azar de la guerra? Yo desde luego querría concedérsela también a los vivos. Y no habría venido si el destino no me hubiese deparado el sitio y el asentamiento; y no estoy guerreando contra vuestro pueblo: vuestro rey abandonó el trato de hospitalidad y prefirió confiar en las armas de Turno. Más justo habría sido enfrentar a esta muerte a Turno. Si está dispuesto a concluir la guerra por la fuerza, si está dispuesto a expulsar a los teucros bueno habría sido que se enfrentase conmigo con estas armas. Habría seguido vivo aquel al que la divinidad o su diestra le hubiese concedido la vida. Ahora, id, y entregad al fuego a vuestros desgraciados conciudadanos.» Había terminado Eneas. Ellos quedaron perplejos, en silencio, y vueltos entre sí se miraban a la cara.

Entonces el más viejo, Drances, eterno enemigo con su odio y sus reproches del joven Turno, le replica a su vez comenzando a decir de este modo: «Oh grande por la fama, más grande por las armas, héroe troyano, ¿con qué alabanzas podría ensalzarte hasta el cielo? ¿Debo admirar antes tu justicia, o tus hechos de guerra? Nosotros, por supuesto, trasladaremos agradecidos estas palabras a nuestra ciudad patria, y te aliaremos al rey Latino, si la fortuna brindase un camino como fuera. Que Turno se busque sus alianzas. Que hasta nos será gustoso levantar la mole, debida al destino, de las murallas y transportar a nuestras espaldas los sillares troyanos.» Esto dijo, y todos con una sola voz gritaban lo mismo. Pactaron doce días, y durante la tregua interpuesta los teucros anduvieron mezclados impune-

mente con los latinos por las selvas y collados. El alto fresno cruje con la acerada hacha de dos filos; tiran pinos que suben hasta las estrellas; y no cesan de rajar con las cuñas robles y oloroso cedro ni de transportar quejigos en las carretas quejumbrosas.

Y ya la fama volando, anunciadora de tan gran duelo, llega a Evandro y a las casas y murallas de Evandro, diciendo de la llegada al Lacio del poco antes vencedor Palante. Los arcadios se volcaron a las puertas y según una vieja tradición arramblaron con las antorchas fúnebres; el camino reluce con la larga hilera de llamas e ilumina los campos en una buena extensión. Por el lado contrario asoma la comitiva de los frigios y enlaza con la procesión plañidera. Cuando las madres vieron que llegaban a los edificios, encienden en gritos la ciudad entristecida. Mas tampoco hay fuerza alguna capaz de retener a Evandro, sino que viene al centro de la gente. Depositado el féretro, se echó encima de Palante, y allí se queda derramando lágrimas y lamentándose, y a duras penas el dolor dio paso finalmente a las palabras: «No es ésta la promesa que habías hecho a tu padre, Palante, de aceptar arriesgarte con precaución al cruel Marte. No era desconocedor de lo mucho que podía la nueva gloria en las armas y el dulcísimo honor del primer combate. ¡Desgraciadas primicias las del joven, y dura experiencia de la reciente guerra! ¡Y ninguno de los dioses escuchó mis votos ni mis ruegos! ¡Y tú, oh santísima esposa, feliz por tu muerte, que no te ha reservado para este dolor! En cambio yo he sobrepasado mi destino viviendo, hasta quedar superviviente, siendo el padre. ¡Ojalá me hubiesen acribillado a tiros los rútulos siguiendo las armas aliadas! ¡Habría sido yo el que hubiese entregado el alma y esta procesión me

traería a casa a mí, no a Palante! Y no os lo reprocho a vosotros, teucros, ni al pacto con vosotros ni a las manos que nos dimos en señal de hospitalidad; esa suerte me estaba deparada en la vejez. Pues si a mi hijo aguardaba una muerte prematura, hubiese sido preferible que hubiera caído conduciendo a los teucros al Lacio después de matar miles de volscos. Y es que, Palante, yo no puedo honrarte con otro funeral que con el que te honra el justo Eneas, que con el que te honran los grandes frigios, y los caudillos tirrenos y todo el ejército de los tirrenos. Grandes trofeos traen de los que tu diestra manda a la muerte. Tú también, Turno, te levantarías como un inmenso tronco con armas,[4] si yo tuviese tu edad y la misma fuerza de los años. Pero, desgraciado de mí, ¿por qué entretengo a los teucros lejos de sus armas? Marchaos, y acordaos de trasladar a vuestro rey este encargo: de que siga sustentando una vida odiosa después de perecer Palante, es causa tu diestra, que ves que nos debe a Turno al hijo y al padre. Sólo este punto le falta a tus hazañas y a tus éxitos. No busco los goces de la vida; y no tengo derecho, sino a dárselos a mi hijo en los manes profundos.»

Entretanto la aurora había traído la luz nutricia a los míseros mortales, acarreando obras y trabajos. Ya el padre Eneas, ya Tarcón levantado las piras en el curvado litoral. Allí levantaron cada cual los cuerpos de los suyos según la costumbre de sus padres; y cuando les prendieron el fuego negro el alto cielo se oculta en tinieblas con el humo. Tres veces corrieron ataviados con las refulgentes armas en torno de las hogueras encendidas; tres veces cabalgaron a caballo en torno al triste fuego

4. Recuérdese cómo se erige un trofeo.

funeral y brotaron de su boca los gritos de rigor. La tierra se humedece de lágrimas, se humedecen las armas. Al cielo llega el clamor de los hombres y el toque de las trompetas. Aquí arrojan al fuego, unos, los despojos que habían arrebatado a los latinos muertos, los cascos y las vistosas espadas y los frenos y las ruedas que se ponen al rojo vivo; otros, las pertenencias conocidas, los escudos de los propios muertos y sus armas poco felices. Alrededor sacrifican muchos bueyes a la Muerte y degüellan para las llamas puercos, cubiertos de pelos, y ganados robados de todos los campos. Luego contemplan en toda la playa cómo arden sus camaradas, y montan guardia en torno a las piras medio quemadas y no pueden arrancarse de allí, hasta que la noche húmeda hace regresar el cielo tachonado de brillantes estrellas.

Y asimismo los desgraciados latinos levantaron innumerables piras en una zona bien distante; y por una parte entierran muchos cadáveres de héroes, y por la otra, los levantan para transportarlos a los campos vecinos, y los devuelven a la ciudad; los restantes, un enorme montón de muertos irreconocibles, los queman sin contarlos ni hacer distinciones; luego, los vastos campos rivalizan en resplandor por todas partes con las numerosas hogueras. La luz del tercer día había disipado la fría sombra del cielo, con tristeza recogían el alto montón de ceniza y los huesos mezclados de los fuegos y les echaban encima una tibia capa de tierra. Luego, ya en las casas, en la ciudad del riquísimo Latino, se producía el barullo principal y la mayor parte del largo duelo. Aquí estaban las madres y las desgraciadas nueras, aquí, los pechos queridos de las entristecidas hermanas, y los niños, huérfanos de sus padres. Maldicen la guerra maléfica y el matrimonio de Turno; él en

persona con las armas, con el acero piden que bata él, que reclama para sí el reino de Italia y los primeros honores. Agrava el hecho con su hostilidad Drances, y exige que se le cite a él solo, que se mande al combate sólo a Turno. En contra había al mismo tiempo muchos pareceres expuestos con distintas palabras a favor de Turno; y el gran nombre de la reina le da cobijo; la mucha fama sustenta al joven con sus merecidos trofeos.

En medio de este ajetreo, en medio del ardor de la disputa, he aquí que encima traen las respuestas los tristes embajadores de la gran ciudad de Diomedes: nada se había ganado con todo el gasto de tan grandes obras; de nada habían valido los regalos, ni el oro ni las grandes súplicas; otras armas habían de buscar los latinos, o pedir la paz al rey troyano. El propio rey Latino se queda abatido con el enorme duelo. La cólera de los dioses y los túmulos frescos ante su vista le advierten de que a Eneas lo trae manifiestamente la potencia divina por obra del destino. En consecuencia, convoca una gran asamblea dentro de los altos umbrales con los principales de los suyos, mandados a llamar por orden propia. Aquéllos acudieron, y fluyen al palacio real llenando las calles. En medio, con la frente nada alegre, toma asiento Latino, el mayor de edad y el primero por el cetro. Y entonces ordena hablar a los embajadores que habían regresado de la ciudad etolia, para que vuelvan a contar, y vuelve a preguntarles las respuestas todas punto por punto. Luego, las lenguas guardaron silencio, y Vénulo, obediente, comienza a hablar así:

«Hemos visto, oh compatriotas, a Diomedes y el campamento argivo, y hemos recorrido el camino superando todas las dificultades, y tocamos la mano con la que cayó la tierra de Ilión. Aquél estaba fundando

victorioso en los campos del Gárgano yápige[5] la ciudad de Argiripa, sobrenombre de su linaje patrio. Después que estuvimos en el interior y se nos dio permiso para hablar allí delante, les ofrecemos los regalos, y le informamos de nuestro nombre y patria, quiénes habían provocado la guerra, qué motivos nos había conducido a Arpos. Después de oírnos él respondió lo siguiente con voz sosegada: "Oh pueblos afortunados, reino de Saturno, ausonios antiguos, ¿qué fortuna desafía vuestra paz y os persuade a meteros en guerras que ignoráis? Todos cuantos hemos violado con el acero los campos de Ilión (omito aquello que realizamos con nuestro batallar al pie de las altas murallas, los héroes que arrolla el famoso Simunte) uno tras otro estamos sufriendo por el mundo inenarrables tormentos y el castigo de nuestros delitos, constituyendo un grupo que hasta a Príamo causaría lástima; lo sabe la amarga estrella de Minerva[6] y los escollos euboicos y el vengador Cafereo[7]. Después de aquella campaña, arrastrados a costas distantes, el Atrida Menelao pasa su exilio en las columnas de Proteo[8] y Ulises ha visto los ciclopes del Etna. ¿Voy a hablar del reino de Neoptólemo y del hogar arrasado de Idomeneo?[9] ¿De los locros que habitan en la costa libia?[10] El propio generalísimo micénico[11] de los grandes aqueos sucumbió a manos de su abominable esposa en el

5. Monte de Apulia; Diomedes acababa de vencer a los mesapios, pueblo enemigo.
6. Referencia a la tormenta que diezmó en el mar a los griegos a su regreso de la guerra de Troya.
7. Promontorio de Eubea, en Grecia, donde encalló la armada griega.
8. Extremidad de Egipto.
9. Rey de Creta. Participó en la guerra de Troya y a su regreso, azotada su flota por una tempestad, el rey prometió sacrificar a la primera persona que se encontrase en su reino si salía sano y salvo del mar. Esta persona fue su hijo. A continuación, una epidemia asoló Creta y los habitantes expulsaron a Idomeneo en la seguridad de que éste había excitado la cólera divina. Se dirigió al sur de Italia y se estableció en Salento.
10. Los locrios siguieron a Áyax después de la guerra de Troya y algunos se establecieron en la costa norte de África.
11. Agamenón, que fue muerto por su esposa Clitemnestra.

propio umbral de la puerta; tras la derrota de Asia estaba al acecho un adúltero.[12] ¡Que los dioses me hayan negado que volviese a los altares patrios y viese mi anhelada esposa y la hermosa Calidón![13] Todavía ahora se suceden prodigios que dan escalofríos ver, y compañeros míos perdidos ascendieron al cielo con alas y rondan por los ríos convertidos en aves (¡ay tormentos maléficos de los míos!) y hacen resonar los escollos con sus trinos lacrimosos. Esto ya tenía que esperarlo yo desde aquel preciso momento en que ataqué, loco, el cuerpo celestial y dañé con una herida la mano derecha de Venus. No empujadme, de verdad, no me empujéis a luchas como ésas. Y yo no tengo ninguna guerra con los teucros después de la destrucción de Troya; ni me acuerdo ni me alegro de los viejos males. Los regalos que me traéis desde las orillas de vuestra patria, devolvédselos a Eneas. Nos plantamos frente a él con nuestras ásperas lanzas y trabamos combate cuerpo a cuerpo: creedme a mí que sé por experiencia cómo se agiganta con el escudo, qué huracán es manejando la lanza. Además, si la tierra del Ida hubiese criado dos hombres semejantes, el dárdano habría llegado hasta las ciudades de Ínaco[14] y Grecia lloraría con el destino opuesto. Todo el tiempo que hubo que demorarse ante las murallas de la dura Troya, la victoria de los griegos estuvo en manos de Héctor y Eneas y tuvo que diferir su paso hasta el décimo año. Ambos destacan por su ánimo, ambos, por sus singulares armas. Éste le aventaja en humanidad. Que vuestras diestras se unan para formalizar el pacto, en la forma que se os ofrece; ah, pero cuidad que las

12. Egisto, amante y cómplice de Clitemnestra.
13. Ciudad al oeste de Grecia.
14. Es decir, griegas. Ínaco es río y rey de Argos.

armas no choquen con las armas." A un tiempo has oído, óptimo rey, cuál es la respuesta del rey y cuál su opinión respecto a la gran guerra.»

Apenas habían dicho esto los embajadores, y por las turbadas bocas de los ausónidas corrió un variado murmullo: como cuando las piedras retienen los turbulentos ríos, se produce un murmullo al no hallar salida el agua y retumban las riberas vecinas con el ruido de las aguas. Tan pronto como se calmaron los ánimos y las trémulas bocas se aquietaron, después de encomendarse a los dioses, empieza el rey desde su alto trono:

«Antes hubiera querido, yo al menos, latinos, que hubiésemos discutido nuestros supremos intereses, y eso habría sido mejor; no convocar la asamblea en una circunstancia tal, cuando el enemigo asedia las murallas. Una guerra inoportuna, compatriotas, estamos haciendo con el pueblo de los dioses y héroes invictos, a quienes ningún combate fatiga, ni pueden soltar la espada sino vencidos. Si pusisteis alguna esperanza en atraeros las armas de los etolios, abandonadla. Cada uno en su propia esperanza; pero cuán estrecha es ésta, lo veis. Las restantes cosas, en qué derrumbamiento se hallan abatidas y postradas, lo tenéis claramente a la vista y lo podéis palpar con las manos. Y no acuso a nadie: se puso cuanto valor pudo ponerse; hemos combatido con todas las fuerzas del reino. Ahora solamente voy a decir cuál es la idea que tengo en mi dudosa mente y con pocas palabras (prestad atención) os la voy a explicar. Tengo un viejo terreno muy cercano al río etrusco, que se prolonga hacia poniente y por el norte llega hasta la frontera con los sicanos. Lo siembran los auruncios y los rútulos, y trabajan con la reja los duros cerros, y tienen como pastos la parte más áspera de

éstos. Cedamos en amistad a los teucros toda esta comarca con la franja de pinos del alto monte; y propongámosles leyes justas en el pacto y llamémosles para asociarles al reino; que se establezcan, si tan grande es su deseo, y funden sus murallas. Pero si su intención es conquistar otros territorios y otra nación y les es posible salir de nuestro suelo, construyámosle veinte naves con roble ítalo, o más, si pueden llenarlas; toda la madera está depositada junto al agua; que ellos mismos indiquen el número y modelo de las naos; nosotros les proporcionaremos el bronce, la mano de obra, los astilleros. Además, es mi voluntad que vayan cien parlamentarios latinos de primer rango a trasladarles mis palabras y ratificar el pacto, y que en las manos lleven por delante las ramas de la paz, cargados de regalos: talentos de oro y marfil, y la silla y la trábea, dintintivos de nuestro reino. Deliberad en común y buscad socorro a nuestra precaria situación.»

Entonces otra vez el hostil Drances, a quien la gloria de Turno desasosegaba con una envidia atravesada y amargos aguijones, sumamente rico, y mejor con la lengua, pero para la guerra una mano fría, a quien se tenía en las deliberaciones por colaborador nada desdeñable, poderoso para las revueltas (la nobleza materna le confería un orgulloso linaje, oscureciendo la rama paterna), se levanta, y carga y aumenta la cólera con estas palabras: «Propones, oh buen rey, un asunto para nadie oscuro, y que no precisa de nuestra voz; todos confiesan saber qué exige la fortuna del pueblo, pero dudan en decirlo. Que dé libertad para hablar y baje sus humos aquel por cuyo infausto auspicio y costumbres siniestras (voy a decirlo desde luego, aunque me amenace con las armas y la muerte) vemos que han caído tantos caudillos

como luminarias y toda la ciudad se ha postrado en duelo, mientras Troya acosa el campamento confiada en la huida y aterroriza al cielo con las armas. Ten a bien añadir todavía uno a esos regalos que en cantidad ordenas se envíen y prometan a los dardánidas; uno solo, óptimo rey: que no te va a forzar la violencia de nadie a que no entregues como padre tu hija al singular yerno y digno matrimonio, y establezcas esta paz con pacto eterno. Pero si tan gran terror se ha apoderado de las mentes y los corazones, supliquemos a él en persona, y pidámosle la gracia a él en persona, que ceda, y devuelva a la patria y al rey sus propios derechos.[15] ¿Por qué expones tantas veces a un peligro abierto a los desgraciados ciudadanos, oh cabeza y causa de estas desgracias del Lacio? Ninguna salvación hay en la guerra; todos te pedimos la paz, Turno, y a un tiempo, sólo una prenda inviolable de paz. Yo, que tú te imaginas enemigo tuyo, y que no me importa serlo, soy el primero, mira, que vengo como suplicante. Apiádate de los tuyos, depón tu actitud, y retírate derrotado. Batidos, hemos visto suficientes muertes y hemos despoblado grandes campos. O bien, si te mueve la fama, si tantas fuerzas albergas en tu pecho, y si la dote del palacio real te es tan cara, ten redaños y opón tu pecho, confiado, cara al enemigo. ¿Hay derecho a que, para que a Turno le toque una esposa regia, nosotros, almas viles, una masa insepulta a la que nadie llora, rodemos por los llanos? Tú también, si tienes alguna fuerza, si tienes algo de Marte, el de tus padres, mírale a él cara a cara, que es el que te desafía.»

Con semejantes palabras se encendió la violencia de

15. Dicho irónicamente acerca de Turno, como si el derecho sobre la hija de Latino le correspondiese a él.

Turno; da un suspiro y rompe de lo hondo del pecho con estas palabras: «Generosa es la facilidad para hablar que tienes siempre, Drances, cuando las guerras reclaman brazos; y te presentas el primero cuando se convoca a los padres. Mas no hay que llenar la curia de palabras, que se te escapan volando grandiosas cuando estás seguro, cuando al enemigo lo separa la barbacana de los muros y los fosos no se inundan de sangre. Sigue tronando con tu discurso, que es a lo que estás acostumbrado; y acúsame tú de tener miedo, Drances, toda vez que tu mano ha hecho tantos estragos y hacinamientos entre los teucros, y por doquier adornas los campos con tus trofeos. Lo que un valor lleno de vitalidad puede, te cabe experimentarlo; y no hemos de buscar enemigos lejos, por supuesto. Están cercando por todas partes los muros. ¿Salimos contra ellos? ¿Por qué vacilas? ¿Es que siempre tu Marte radicará en la lengua llena de viento y en esas piernas de desertor? ¿Yo derrotado? ¿Es que nadie, esperpento, puede acusarme con razón de derrotado, si ha de ver aumentar el Tíber desbordando con la sangre de los troyanos y desplomarse la casa entera de Evandro junto con su estirpe, y a los arcadios despojados de las armas? No es ésa la prueba que tienen de mí Bitias y el enorme Pándaro y los miles que envié victoriosamente al Tártaro en un día, encerrado entre los muros y cercado por el terraplén de los enemigos. "No hay ninguna salvación en la guerra." Vaticina tal cosa para la cabeza del dardanio y para tus asuntos, loco. No dejes, anda, de liarlo todo en el gran miedo, ni de ensalzar las fuerzas de un pueblo dos veces vencido, y subestimar en cambio las armas de Latino. Ahora tiemblan también ante las armas frigias los próceres de los mirmídones, ahora también, el hijo de Tideo y Aqui-

les de Larisa y el río Áufido[16] retrocede ante las aguas del Adriático. Y también, cuando ese artero criminal se finge asustado ante mis bravatas y agría la acusación con el miedo. Nunca vas a perder semejante alma por obra de mi mano (deja de moverte); que habite contigo y esté dentro de ese cuerpo. Ahora me dirijo a ti, y a tus importantes proposiciones, padre. Si no pones ninguna esperanza futura en nuestra armas, si estamos tan abandonados, y, derrotado una vez el ejército, hemos caído en picado, y la fortuna no tiene vuelta, pidamos la paz, y tendamos nuestras manos indefensas. Aunque, oh si hubiese aquí algo de valor acostumbrado, afortunado más que ninguno en sus esfuerzos y alma singular aquel que para no ver tal sucumbió muriendo y mordió el polvo una vez con su boca. Pero todavía tenemos recursos y una juventud intacta y nos quedan como auxilio las ciudades y pueblos de Italia; pero si también para los troyanos vino la gloria con mucha sangre (ellos tienen sus muertos y la tempestad azota igualmente a todos), ¿por qué desfallecemos sin honor delante del umbral? ¿Por qué el temblor se apodera del cuerpo antes de que suene la trompeta? Los días y la acción cambiante del tiempo imprevisible ha convertido en mejor muchas cosas; la fortuna alternante, en su ir y venir, se ha burlado de muchos y de nuevo los ha puesto en tierra firme. No serán un auxilio para nosotros el etolio y Arpos: ahora bien, lo será Mesapo y el feliz Tolumnio y los capitanes que enviaron tantos pueblos. Y no será chica la gloria que acompañe a los reclutados en el Lacio y en los campos laurentes. Tenemos también a Camila, del extraordinario pueblo de los volscos, que manda una

16. Río de la Apulia con desembocadura en el Adriático.

columna de caballería, escuadrones que florecen con el bronce. Pero si a mí sólo me reclaman los teucros al combate, y en esto se está de acuerdo, y soy un obstáculo tan grande para los intereses comunes, no odia a tal extremo ni rehúye estas manos la victoria, que rehúse hacer algún intento por una esperanza tan grande. Iré animosamente a su encuentro aunque se muestre como el gran Aquiles, aunque vista aquél armas iguales fabricadas por las manos de Vulcano. A vosotros y a mi suegro Latino, yo, Turno, que no voy a la zaga de nadie en el valor de los antiguos, he ofrecido mi vida. "Sólo a ti te desafía Eneas." Y que me desafíe pido. Que no sea más bien Drantes el que pague con la muerte esto si es ira de los dioses ni lo recoja si es valor y gloria.»

Ellos trataban esto encarnizadamente sobre la ambigua situación; Eneas levantaba el campamento y sus tropas. He aquí que una noticia se cuela en el palacio real con enorme revuelo y llena la ciudad de grandes temores: los teucros y el contingente tirreno bajaban por toda la llanura en formación de combate desde el río Tíber. Inmediatamente se conturbaron los ánimos y los corazones de la gente se encogieron y la indignación se intensificó con aguijones no blandos. Nerviosamente piden armar sus manos; la juventud grita «¡armas!», lloran y balbucean entristecidos los padres. Entonces se levanta al aire un gran clamor con división de opiniones: no de otro modo a como cuando acaso se posan en un profundo bosque las bandadas de pájaros, o en el río de Padusa,[17] rico en peces, dejan oír su canto en las parlanchinas aguas los roncos cisnes. «Pues ea», dijo Turno, aprovechando la ocasión, «mantened la asam-

17. Afluente del Po.

blea y alabad la paz sentados: aquéllos se abalanzan al reino con las armas.» Y sin decir más se levantó apresuradamente y salió veloz de la alta mansión. «Tú, Voluso, ordena a las secciones de los volscos que se armen; guía también a los rútulos», dice. «Mesapo y Coras con su hermano, desplegad la caballería en armas por el ancho llano. Que una parte refuerce las entradas y tome las torres. El resto de las fuerzas ataque conmigo por donde les ordene.»

De toda la ciudad corren sin dudarlo a los muros. El propio padre Latino abandona la asamblea y sus grandes proyectos y los aplaza, consternado por las amargas circunstancias, y se hace muchos reproches por no haber aceptado voluntariamente al dardanio Eneas y haberle llevado por yerno a la ciudad. Otros excavan fosos delante de las puertas, o acarrean piedras y palos. La ronca trompeta da la sangrienta señal de la guerra. Entonces las matronas y los niños se pusieron a lo largo de los muros en abigarrado círculo; a todos llama la última tragedia. Igualmente asciende al templo y la alta ciudadela de Palas la reina con una gran comitiva de madres, portando ofrendas, y a su lado le acompaña la virgen Lavinia, causa de tan gran mal, con sus honestos ojos bajos. Vienen a continuación las madres y fumigan el templo con incienso y desde el alto umbral dejan escapar tristes voces: «Virgen Tritonia, patrona de las armas, señora de la guerra, parte con tu mano el dardo del pirata frigio, y tírale a él de boca en el suelo y aniquílalo al pie de las altas puertas.» El propio Turno se viste para el combate febrilmente, lleno de furia. Y ya precisamente enfundado en su coraza rutilante aparecía erizado con las escamas de bronce, y se había embutido las pantorrillas en oro, con las sienes aún desnudas,

y había ceñido la espada al costado, y resplandecía en oro corriendo abajo de la alta ciudadela, y exulta de ánimos, y en su esperanza toma ya al enemigo: como cuando escapa del pesebre rompiendo el ronzal el caballo, finalmente libre, y tomando por suyo el campo abierto, o se dirige a pastar con la yeguada o acostumbrado a bañarse en una conocida corriente de agua hace cabriolas y relincha pletórico de vitalidad, irguiendo en alto la cerviz, y las crines bailan por su cuello, por su pecho.

Salió a su encuentro Camila seguida de las tropas volscas, y ante las mismas puertas la reina saltó del caballo, a imitación de la cual la cohorte entera se deslizó a tierra abandonando los caballos. Entonces dice lo siguiente: «Turno, si el valiente puede tener confianza en sí mismo razonablemente, yo tengo valor y prometo chocar con el escuadrón de los compañeros de Eneas y salir al paso para enfrentarme sola a la caballería tirrena. Déjame a mí correr la primera el riesgo de la guerra; tú quédate con la infantería junto a los muros, y guarda las murallas.» Turno dijo a esto, clavando los ojos en la escalofriante virgen: «Oh virgen, decoro de Italia, ¿qué gracias puedo darte o pagarte? Mas de momento, toda vez que ese ánimo tuyo está por encima de todo, comparte la brega conmigo. Eneas, si es digno de crédito lo que se rumorea y comunican las avanzadillas que hemos despachado, ha enviado por delante el malvado jinetes armados a la ligera a batir los campos; él, por su parte, avanza sobre la ciudad franqueando las desérticas escarpaduras del monte por un puerto. Preparo una operación secreta en un sendero encajonado de la selva, apostando soldados armados en los extremos de la garganta. Tú aguarda la caballería tirrena y entra en

combate; contigo estará el combativo Mesapo y los escuadrones latinos, y el contingente de Tiburto; asume tú también el papel de general.» Así dice, y con idénticas palabras anima al combate a Mesapo y a los capitanes aliados, y marcha contra el enemigo.

Hay un valle orientado en forma de arco, apropiado para una sorpresa y una emboscada armada, que constriñe de uno y otro lado un flanco negro de denso follaje, adonde conduce un sendero minúsculo y llevan unas gargantas estrechas y unos accesos escabrosos. Encima de él, sobre los picos y la elevada cima del monte, se extiende una planicie inexplorada, y una retirada segura, en caso de querer entrar en combate por derecha o por izquierda o apostarse en las elevaciones y deja caer rodando gruesos peñascos. Aquí se traslada el joven siguiendo un itinerario conocido, y se posesionó del lugar apostándose en las peligrosas selvas.

Entretanto en las mansiones superiores, la hija de Latona interpelaba a Opis, una de sus virginales acompañantes y de su sagrada comitiva, y echaba por su boca estas amargas palabras: «Marcha a una cruel guerra Camila, oh virgen, y en vano se ciñe nuestras armas, querida como me es más que las demás. Pues que no es ése un amor nuevo que le ha entrado a Diana y ha conmovido su alma con repentina dulzura. Expulsada del reino de Priverno[18] por odio y su desatada violencia, cuando Métabo salía de la vieja ciudad, la recogió niña al huir en medio de los combates de la guerra como compañera del destierro, y por el nombre de su madre Casmila, la llamó, cambiándolo parcialmente, Camila. Llevándola delante de sí en su propio regazo se encami-

18. Ciudad de los volscos, hoy Piperno.

naba a los extensos cerros de los bosques solitarios; los crueles tiros lo asediaban por doquier, y los volscos revoloteaban alrededor con la tropa desplegada. He aquí que en medio de la huida, el Amaseno[19] desbordado cubría de espuma el borde de las orillas; tan gran aguacero había descargado de las nubes. Aquél preparándose para nadar se ve retardado por el cariño de la niña y teme por su querida carga. Cuando le daba vueltas a todo consigo mismo, de repente y con esfuerzo se le asentó esta idea: una pica descomunal que acaso llevaba en su robusta mano el batallador, de roble endurecido al fuego y macizos nudos, en ésta[20] sujeta a la hija, envolviéndola en la corteza y el corcho del alcornoque, y la ata oportunamente en el centro de la lanza; y blandiéndola con su enorme derecha, habla así al cielo: "Nutricia habitante de los bosques, virgen, hija de Latona, a ti te ofrezco ésta como esclava, yo que soy su propio padre: con tus armas, las primeras, en sus manos, escapa suplicante del enemigo por los aires. Acógela, diosa, como tuya (a ti te pongo por testigo) ahora que es confiada a la dudosa brisa." Dijo, y echando atrás el astil con el brazo encogido lo lanza; se oyó el estrépito del agua; por encima de la voraz corriente pasa huyendo la infortunada Camila en la pica zumbante. Mas Métabo, a su vez, cuando se le echaba encima el gran batallón, se confía al río, y del césped de hierba arranca victorioso la lanza con la muchachita, un regalo de la Trivia. Ninguna ciudad le recibió a él bajo techado, ninguna, dentro de sus murallas, y ni él hubiese dado su brazo a torcer dado su fiero carácter, y pasó la vida en los solitarios montes de los pastores. Aquí alimentaba a su hija entre zarzas

19. Río del Lacio que desemboca en el mar Tirreno, hoy es el río Amaseno.
20. Con este cambio de construcción en el original.

y vericuetos espinosos con los pezones y la leche animal de una yegua gregaria, ordeñando sus ubres sobre los tiernos labios. Tan pronto como la cría empezó a hacer huellas con las plantas de sus pies, armó sus manos con el agudo dardo, y colgó al hombro de la pequeña las flechas y el arco. En vez de una diadema de oro, en vez de cubrirse con una capa larga, de su cabeza pende por la espalda la piel de un tigre. Ya entonces disparó dardos infantiles con su tierna mano, y volteó en torno a la cabeza la honda con pulida correa y abatió una grulla estrimonia o un blanco cisne. Muchas madres la desearon en vano por nuera en las ciudades tirrenas; contenta con sólo Diana cultiva sin mancha eterno amor a las armas y a la virginidad. Me habría gustado que no se hubiese visto arrastrada a una campaña como ésta, en su afán de desafiar a los teucros, ahora sería una de mis compañeras y querida por mí. Mas, ¡ea!, toda vez que la tiene atenazada un amargo destino, deslízate del cielo, ninfa, y ve a ver los territorios latinos, donde se traba triste lucha con infausto agüero. Toma esto, y saca de la aljaba una flecha vengadora: págueme con ésta su culpa en sangre quienquiera que violare con herida su sagrado cuerpo, troyano, o itálico, da igual. Luego, en una hueca nube, llevaré yo a la tumba el cuerpo de la desdichada y sus armas no despojadas y la devolveré a la patria.» Dijo; mas ella dejóse caer zumbando por las ligeras brisas del cielo, envuelto su cuerpo en negro nubarrón.

Mas entretanto las fuerzas troyanas se acercan a los muros, y los capitanes etruscos y todos los cuerpos de caballería, agrupados numéricamente en escuadrones. Caracolean por toda la llanura los cuadrúpedos relinchando, y revolviéndose a una parte o a la otra, resisten a las apretadas riendas; luego, un campo de hierro se

eriza extensamente en lanzas, y las llanuras relumbran con las armas en alto. A su vez, igualmente Mesapo y los rápidos latinos y Coras y su hermano y el escuadrón de la virgen Camila aparecen enfrente en el llano, y alargan bien las lanzas con las diestras extendidas, y sacuden las flechas; y cobra ardor la llegada de los guerreros y el relincho de los caballos. Y ya que habían llegado ambos bandos a tiro de flecha hicieron alto: de repente irrumpen con gritos y azuzan los fogosos corceles; al mismo tiempo por doquier hacen disparos continuos como copos de nieve, y el cielo se cubre de sombra. Acto seguido chocan Tirreno y el combativo Acónteo apoyándose en sus lanzas enfrentadas y son los primeros que provocan una caída de enorme estrépito, y desgarran y rompen el pecho con el pecho de los cuadrúpedos; Acónteo sale despedido como un rayo o la bala que acciona la catapulta, y cae de cabeza lejos, y se deja la vida en el aire.

Al punto se rompió el frente y dando la espalda los latinos arrojan las rodelas y vuelven los caballos hacia los muros. Los troyanos presionan; a la cabeza, guía los escuadrones Asilas. Y ya se acercaban a las puertas, y de nuevo los latinos levantan el griterío, y hacen torcer los blandos cuellos;[21] éstos huyen, y retroceden bien atrás a rienda suelta: como cuando se agita el mar alternando sus embestidas y ora rula a tierra y recubre los escollos con agua y espuma y baña la última arena con su manto, ora rehúye voraz las rocas absorbiéndolas arrodilladas en la marea y abandona la costa en el reflujo de sus aguas. Dos veces empujaron a los rútulos los etruscos haciéndoles volver a las murallas; dos veces, rechazados,

21. De los caballos, bien entendido.

vuelven la vista atrás, cubriéndose las espaldas con los escudos. Pero cuando entablaron el tercer combate, se trabaron entre sí todas las fuerzas, y cada hombre elige un hombre, entonces es cuando se oyen los gemidos de los moribundos y ruedan en los charcos de sangre las armas y los cuerpos y los caballos muertos mezclados con la carnicería de los hombres; se entabla una áspera contienda. Orsíloco lanzó la lanza contra el caballo de Rémulo, pues que sentía espanto de atacarle a él directamente y le dejó el hierro en la oreja. Con el impacto se encabrita el caballo furioso y sin poder sufrir la herida yergue el pecho y levanta en alto las patas. El jinete cae despedido rodando al suelo. Catilo derriba a Yolas y a Herminio, hombre de gran espíritu, de gran cuerpo y anatomía, en cuya cabeza descubierta se divisa una rubia cabellera, y sus hombros van desnudos; y no le asustan las heridas; con tan gran corpulencia se enfrenta a las armas. La lanza impulsada vibra entre sus anchos hombros, y, atravesándole, dobla en dos al héroe de dolor. En todas partes mana la sangre negra; dan muerte con el acero a porfía y buscan una muerte hermosa con las heridas.

Y por su parte en medio de la matanza exulta con su aljaba la amazona Camila, privada de un pecho para combatir;[22] y ora multiplica los escurridizos dardos, esparciéndolos con la mano, ora agarra incansable con la diestra el hacha de dos filos; en su hombro tintinea el arco de oro y las armas de Diana. Incluso a veces cuando retrocede y da la espalda, ella apunta con las fugitivas flechas volviendo el arco. ¡Ah!, y además, a su alrededor van las compañeras escogidas, la virgen Larina y Tula

22. Como las Amazonas, Camila, bien llevaba un pecho descubierto, bien se había cortado uno, como era costumbre. Entiéndase cualquiera de las dos versiones.

y Tarpeya, blandiendo la segur de bronce, mujeres de Italia, que la propia divina Camila eligió para ornato suyo, colaboradoras excelentes en paz y en guerra: igual que las amazonas tracias cuando patean los ríos de Termodonte[23] y batallan con sus pintadas armas, tanto en torno a Hipólita[24] como cuando regresa en su carro la marcial Pentesilea[25] y en medio de una barahúnda de gritos guerreros exultan los batallones femeninos con las peltas de media luna.

¿A quién abates primero con tu dardo, a quién el último, áspera virgen? ¿Cuántos cuerpos moribundos echas por tierra? El primero a Euneo, hijo de Clitio; su pecho desguarnecido lo atraviesa cuando se le pone enfrente con el largo abeto. Aquél cae vomitando ríos de sangre, y muerde la tierra ensangrentada, y en la agonía se revuelca sobre su propia herida. Luego, a Liris; sobre él, a Págaso; de ellos, el uno, mientras recoge las riendas al rodar de su caballo con el vientre atravesado, el otro, mientras se le acerca y le tiende la diestra desarmada. Cuando resbala, de cabeza, y a un mismo tiempo se derrumban. A éstos agrega a Amastro Hipótades, y de lejos persigue acosándolos a Téreo y Harpálico y Demofonte y Cromis; y cuantos dardos tiró la virgen, arrojándolos con su mano, tantos héroes frigios cayeron. Lejos campea Úrnito con armas inhabituales, cazador en caballo pullés, cuyos anchos hombros cubre para combatir la piel arrancada a un novillo, su cabeza la protegen la enorme abertura de la boca y las mandíbulas de un lobo con los dientes blancos y arma sus manos un chuzo rústico; él caracolea en medio de los escuadrones

23. Lugares donde habitan las Amazonas.
24. Reina de las Amazonas.
25. Famosa Amazona.

y sobresale con la cabeza entera. Ella le echa el ojo y lo atraviesa (y no costaba trabajo porque la columna había vuelto la espalda) y desde su altura le dice con ánimo hostil lo siguiente: «¿Creíste, tirreno, que estabas persiguiendo alimañas en las selvas? Ha llegado el día que os haga tragar vuestras palabras con armas de mujer. Mas con todo llevarás a los manes de tus padres la gloria no trivial de haber caído por un tiro de Camila.»

A continuación, bate a Orsíloco y Butes, las dos figuras más señeras de los teucros: mas a Butes le clavó la jabalina vuelto de espaldas entre la loriga y el yelmo, por donde se entrevé el cuello conforme va sentado y cuelga la rodela del brazo izquierdo; a Orsíloco, huyendo y perseguida en un amplio círculo, lo burla dejando que el giro se estreche y persigue a su perseguidor; entonces, alzándose más, mientras el guerrero le implora y dirige muchas súplicas, le asesta por dos veces con la fuerte segur a través de las armas y los huesos. La herida riega su cara con los cálidos sesos. Cae sobre ella y queda agarrotado de repente, asustado al verla, el batallador hijo de Auno, habitante del Apenino, no el último de los lígures, mientras el destino le permitía engañar.[26] Aquél, cuando ve que ya no podía rehuir el combate corriese donde corriese ni sacudirse a la reina que tenía encima, tiró por montar su angaño con cálculo y astucia, y empieza así: «¿Qué de particular tiene que una mujer se confíe a un caballo de buena casta? Deja de perseguirme, y arriésgate a un cuerpo a cuerpo conmigo en suelo llano y traba un combate a pie: ya te enterarás de a quién depara la sorpresa la gloria, que es una veleta.» Dijo; mas ella, enfurecida y encendida por agudo dolor pasa el

26. Los lígures tenían fama de embusteros y arteros.

caballo a una compañera, y le hace frente con las armas apropiadas, de pie, con la espada desnuda y sin temor alguno con su rodela sin insignia. Mas el joven, creyendo que había ganado con el engaño, sale volando por su parte sin tardanza alguna, y volviendo riendas se aleja fugitivo y pica rápidamente al cuadrúpedo con las espuelas de hierro. «Falso lígur, y en vano engreído en tu espíritu orgulloso, inútilmente has remedado las artimañas de tu padre, y el engaño no te devolverá sano y salvo al embustero Auno.» Esto dice la virgen y echando chispas con sus veloces plantas adelanta al caballo de una carrera, y cogiéndose a los frenos le ataca de frente y se cobra el castigo en la sangre del enemigo: con la misma facilidad con que el gavilán, ave sagrada, alcanza volando del alto risco a la paloma, encimada en las nubes, y la retiene agarrada y la despedaza con las corvas patas; luego la sangre y las plumas arrancadas se deslizan desde el cielo.

Mas el alto sembrador de los hombres y los dioses no está sentado en el encumbrado Olimpo sin contemplar esto con sus propios ojos. El padre incita al cruel combate al tirreno Tarcón y le mete dentro la cólera con aguijones no blandos. Conque avanza a caballo Tarcón entre las muertes y las columnas en retirada, y arenga con diferentes palabras los escuadrones, llamando a cada cual por su nombre, y reintegra al combate a los derrotados. «¿Qué miedo, oh tirrenos, que jamás vais a reaccionar, siempre, ¡ay!, indolentes, qué cobardía tan grande os ha entrado en el corazón? ¿Una mujer os persigue en desbandada y pone en fuga estas columnas? ¿Para qué llevamos en las diestras el acero, para qué estos dardos? ¡Ah!, mas no sois cobardes para Venus y los combates nocturnos, ni cuando la curvada flauta

ha anunciado las danzas de Baco. Aguardad a los manjares y los vasos de una mesa llena (éste es vuestro amor, ésta, vuestra afición) mientras el harúspice favorable anuncia el sacrificio y la cebada víctima llama a los altos bosques.» Diciendo esto, azuza el caballo en medio de la gente, dispuesto a morir él también y se encara turbulento con Vénulo, y tras tirar de él el caballo abraza al enemigo con la derecha y se lo lleva apresurado, con mucha fuerza, delante de sí mismo. Se levanta al cielo el griterío, y todos los latinos a un tiempo dirigieron los ojos allí. Vuela por la llanura Tarcón echando chispas y llevándose las armas y el guerrero; luego, desmocha el hierro de la punta de la lanza del mismo y palpa las partes desguarnecidas por donde inferirle la herida mortal; aquél, pugnando en contra, sujeta la diestra lejos de su garganta y elude la fuerza con la fuerza. Y como cuando el águila se lleva una serpiente que ha agarrado volando a lo alto y la atenaza con las patas y le clava las uñas; mas la serpiente herida se retuerce en espirales sinuosas y se eriza con las escamas de punta y le silba la boca, poniéndose tiesa; el águila no deja de chincharla, aunque se resiste, con el corvo pico, al tiempo que bate el aire con las alas: no de otro modo transporta Tarcón en triunfo su presa de las líneas tiburtinas. Siguiendo su ejemplo y feliz arrojo corren al frente los meónidas. Entonces Arrunte, deuda del destino, corre en torno a la veloz Camila, sacándole ventaja con el dardo y su mucha pericia, y prueba a ver por dónde es más fácil la suerte. Por dondequiera que se encaminó la enfurecida virgen en medio de las filas, por allí penetra Arrunte y sigue sus pasos furtivamente. Por donde regresa ella victoriosa y vuelve sus pasos del enemigo, por allí desvía el joven a escondidas sus rápidas

riendas. Vaga ora por una entrada, ora por otra y hace completo el recorrido por todo lugar y blande con malicia la lanza certera.

Casualmente Cloreo, consagrado a Cíbelos, y en otro tiempo sacerdote, refulgía a lo lejos, distinguiéndose en las armas frigias, espoleaba a su caballo, cubierto de espuma, cuyo aparejo era una piel con escamas de bronce a manera de plumas, abrochada con oro. Él asimismo, relumbrante en el azul exótico y en púrpura, calaba flechas gortinias en el cuerno de su arco licio; el arco en sus hombros era de oro, y de oro era el casco del adivino; luego, había atado en un nudo con un broche de amarillo oro la clámide azafranada y los pliegues susurrantes de la fina tela, bordada con aguja la túnica y la bárbara vestimenta de las piernas. A éste la virgen, bien para colgar en los templos armas troyanas, bien para mostrarse con oro de prisioneros, le seguía, ciega cazadora, solo de todo el concierto del combate e iba sin precaverse enardecida por todas las filas por el femenino amor de botín y despojos, cuando hallando por fin la oportunidad Arrunte suelta su dardo desde la emboscada y ruega a los dioses de arriba con estas palabras: «Supremo dios Apolo, guardián del santo Soracte,[27] a quien somos los primeros en venerar, por quien se alimenta el calor del pino en un montón, y confiados en tu amor los adoradores ponemos las huellas en mitad del fuego sobre muchas ascuas, concédeme, Padre Todopoderoso, que borre este deshonor de nuestras armas. No busco el botín o el trofeo de la virgen derrotada, ni despojos algunos; los demás hechos me proporcionarán la gloria; con tal de que esta maléfica peste caiga abatida

27. Monte de los faliscos consagrado a Apolo.

con la herida que yo le cause, volveré sin gloria a las ciudades de mi patria.»

Le escuchó Febo y decidió mentalmente concederle una parte de su petición; la otra parte la dispersó en las brisas veloces: le concedió al suplicante abatir de súbita muerte a la consternada Camila; que su alta patria le viese de vuelta, no se le otorgó y el huracán se llevó sus palabras en los notos. Conque, cuando la lanza, salida de su mano, produjo silbido en el aire, todos los volscos a una pusieron viva atención en la reina y a ella dirigieron sus ojos. Pero ella no reparó ni en el aire ni en el sonido ni en el tiro que venía del cielo, hasta que la lanza llegó a su seno descubierto y se afianzó a él, y penetrando profundamente bebió su sangre virginal. Acuden corriendo agitadas sus compañeras, y sostienen a su dueña que se desploma. Más asustado que nadie huye Arrunte, con una mezcla de alegría y de miedo, y ya no se atreve a confiar más en la lanza ni a enfrentarse a los tiros de la virgen. Y como el lobo que antes que le persigan los tiros enemigos se esconde al instante despistándose por los altos montes, después de haber muerto un pastor o un gran novillo, consciente del audaz hecho, y recogiendo bonitamente la cola la esconde despavorida bajo el vientre, y se encamina a las selvas, no de otra manera se quitó de la vista confuso Arrunte, y contento con escapar se mezcló en medio de las armas. Moribunda, ella trata de sacar el dardo con la mano; pero entre los huesos, la barra de hierro está alojada con profunda herida hasta las costillas. Se desploma exangüe; sus ojos fríos se eclipsan con la muerte; el color otrora purpúreo abandonó su cara. Entonces, así, expirando, habla a Aca, una de sus compañeras, entre todas la única en la que ponía confianza Camila, con la que compartía sus

cuitas; y dícele esto así: «Hasta aquí he podido, hermana Aca; ahora me aniquila una herida atroz y todo se oscurece a mi alrededor con tinieblas. Sal huyendo, y llévale a Turno estos encargos postreros míos: que me sustituya en la contienda y mantenga alejados a los teucros de la ciudad. Y ahora, adiós.» Al tiempo que decía estas palabras abandonaba las riendas, doblándose en tierra contra su voluntad. Luego, se fue quedando yerta poco a poco en todo el cuerpo, y dejó caer el cuello lánguido y la cabeza tomada por la muerte y abandonó las armas, y la vida escapó con un gemido indignada a las sombras de abajo. Entonces es cuando un griterío inmenso se alza y hiere los áureos astros; el combate se recrudece abatida Camila; atacan simultáneamente en denso pelotón todo el ejército de los teucros y los capitanes tirrenos y los escuadrones arcadios de Evandro.

Por su parte Opis, la guardiana de la Trivia, ya hace tiempo que está sentada en alto en la cima de los montes, y contempla sin temor los combates. Y cuando vio a lo lejos en medio del clamor de los jóvenes irritados a Camila, aplastada por amarga muerte, dio un gemido y sacó de lo hondo de su pecho estas palabras:

«¡Ay virgen, demasiado, demasiado cruel suplicio pagaste, por intentar desafiar a los teucros en la guerra! Y no te aprovechó haber venerado sola entre las zarzas a Diana, ni haber llevado al hombro nuestras aljabas. Sin embargo no te dejó sin honor tu reina ya en la hora final de tu muerte; y esta muerte no será sin renombre entre los pueblos ni sufrirás la fama sin venganza. Pues quienquiera que ha sido el que ha violado tu cuerpo con la herida, lo pagará con la correspondiente muerte.» Estaba al pie de un alto monte la tumba del rey

Dercenio, antiguo laurente, construida con un montón de tierra y cubierta con encinas sombrías. Aquí se planta como primera instancia la hermosísima diosa en rápido movimiento y desde el alto túmulo espía a Arrunte. Cuando le vio resplandeciente en sus armas y gratuitamente orgulloso, le dice: «¿Por qué te vas a apartarte? Dirige aquí tus pasos, ven aquí dispuesto a morir, a recoger la digna recompensa de Camila.» Dijo, y la tracia extrajo de la dorada aljaba una veloz saeta, y tensó contra su enemigo el cuerno de su arco y lo estiró lejos, hasta que los curvados extremos se juntaron entre sí y tocaba ya con las manos en el mismo plano, la punta de hierro con la izquierda, con la derecha y la cuerda, el seno. Acto seguido Arrunte oyó el silbido de la flecha y el aire zumbando al mismo tiempo que se incrustó en su pecho. Los compañeros, que se habían olvidado de él, lo dejan expirando y dando los últimos gemidos en un lugar ignorado del polvoroso llano. Opis se retira con sus alas al Olimpo etéreo.

El escuadrón armado a la ligera de Camila huye el primero, al perder a su dueña; consternados huyen los rútulos, huye el combativo Atinas, y los capitanes desorganizados y las compañías diezmadas buscan un lugar seguro, y volviendo grupas se dirigen a caballo a las murallas. Y nadie es capaz de aguantar a los teucros que se echan encima, portando la muerte, ni de hacerles frente, sino que vuelven con los arcos flojos en sus hombros desmayados, y el casco de los cuadrúpedos sacude en su carrera la llanura polvorienta. El polvo removido llega en oleadas a los muros con su negra nube y las madres que se golpean el pecho desde sus atalayas levantan su femenino griterío hasta las estrellas del cielo. A aquellos que irrumpieron corriendo los primeros por

las puertas abiertas, los hostiga por detrás el tropel de los enemigos en desordenada formación. Y no escapan de la miserable muerte, sino que en el mismo umbral, en las murallas de su patria y en la seguridad de sus casas entregan el alma acribillados. Una parte cerraba las puertas; y no se atreven a abrir camino a los compañeros ni a recibirlos, aunque suplicaban, dentro de las murallas; y se origina una desgraciadísima matanza entre los que defienden la entrada con las armas y los que se abalanzaban contra esas armas. Dejados fuera ante los ojos y caras de sus padres, que derraman lágrimas, una parte cae rodando de cabeza en los fosos empujados por la avalancha, otra parte, ofuscada y nerviosa, tiran de los frenos y arremeten contra las puertas y las jambas de duro material. Las propias madres en un desesperado intento (se lo dicta el amor verdadero de la patria), cuando vieron a Camila, desde los muros arrojan frenéticas chuzos con las manos y apresuradamente usan como si fuese hierro los leños de roble duro y estacas con las puntas chamuscadas, y sienten el ardor de morir las primeras defendiendo las murallas.

Entretanto una noticia fatídica abruma a Turno en las selvas, y Aca trae al joven una enorme inquietud: que habían sido aniquiladas las tropas de los volscos, que había caído Camila, que los enemigos los acosaban a muerte y habían arramblado con todo por el favor de Marte, que ya el miedo alcanzaba las murallas. Él, lleno de furor (y los crueles designios de Júpiter así lo exigen) abandona las colinas en que había tomado posición, deja el áspero bosque. Apenas había salido del ángulo de visión y echaba por el llano, cuando el padre Eneas, que había penetrado por el desfiladero libre, franquea el puerto y rebasa la sombría selva. De este

modo ambos avanzan apresuradamente hacia los muros con todas las fuerzas, y no distan muchos pasos uno del otro. Y todo a un tiempo Eneas divisó a lo lejos que los llanos humeaban de polvo y vio las columnas laurentes, y Turno reconoció al cruel Eneas en armas y oyó el trote que llegaba y los resoplidos de los caballos. E inmediatamente hubiesen entrado en combate, empeñándose en la lucha, si Febo, color de rosa, no estuviese bañando ya en las aguas iberas sus cansados caballos y trayendo otra vez la noche, al fenecer el día. Levantan el campamento delante de la ciudad y vallan las murallas.

LIBRO DUODÉCIMO

Cuando Turno ve que los latinos quebrantados por el revés bélico han desfallecido, que ahora se le exigen sus promesas, que lo señalan con la vista, por su cuenta y riesgo se enardece en forma implacable y levanta su ánimo. Igual que el león herido en el pecho por la grave herida de los cazadores en los campos cartagineses, es entonces cuando mueve sus armas y se ufana, sacudiendo la desgreñada melena del cuello y parte impávido el dardo que le ha clavado el cazador y ruge con la boca ensangrentada: no de otro modo se enciende Turno y cobra fuerza su violencia. Entonces habla así al rey, diciendo sombríamente: «Por parte de Turno no hay tardanza alguna; nada hay por lo que tengan que retractarse de sus palabras los cobardes compañeros de Eneas ni rehusar a lo pactado. Voy a atacar. Haz los sacrificios, padre, y tómame juramento. O he de enviar con esta mano al Tártaro al dardanio, desertor del Asia (los latinos pueden sentarse y contemplar el espectáculo) y limpiar con el acero yo solo la común acusación,[1] o que nos tome por vencidos y ceda por esposa Lavinia.»

Latino le respondió con ánimo sosegado: «Oh joven de alma singular, cuanto sobresales tú en valor salvaje, a tanto mayor coste es justo que yo vele y sopese todas

1. De cobardía y temor de los rútulos.

las alternativas lleno de temor. Tienes el reino de tu padre Dauno, tienes muchas plazas fuertes conquistadas por tu brazo; igualmente Latino tiene oro y un espíritu liberal. Hay otras mujeres sin casar en el Lacio y los campos laurentes, y no deshonrosas por el linaje. Permíteme revelarte estas cosas que no son cómodas de decir sin tapujo alguno; al mismo tiempo graba en tu alma esto: las leyes divinas prohibían que yo uniese mi hija a ninguno de los antiguos pretendientes, y eso lo vaticinaban todos los dioses y los hombres. Vencido por el amor que te tengo, vencido por el parentesco de la sangre, y las lágrimas de mi triste esposa, rompí todas las ataduras: sustraje la prometida al yerno; he empuñado armas impías. Por ello ves, Turno, los sinsabores, las guerras que me persiguen, qué grandes fatigas tienes que sufrir tú el primero. Vencidos dos veces en gran combate, a duras penas defendemos las esperanzas itálicas en la ciudad. Aún ahora está caliente con nuestra sangre el curso del Tíber, y los inmensos campos blanquean de huesos. ¿A dónde voy y vengo tantas veces? ¿Qué locura cambia mi mente? Si estoy dispuesto a aliarlos conmigo cuando fenezca Turno, ¿por qué no evito mejor el combate cuando está sano y salvo? ¿Qué dirán nuestros parientes los rútulos, qué dirá el resto de Italia, si te expongo a la muerte (¡que la suerte refute mis palabras!) a ti que pretendes a nuestra hija y el lazo con nosotros? Repara en la diversidad de los acontecimientos en la guerra; apiádate de tu longevo padre, a quien ahora entristecido separa tanto su patria Árdea.»

En modo alguno se aplaca la violencia de Turno con las palabras; sube más y es peor el remedio que la enfermedad. Tan pronto como pudo hablar, remachó en los siguientes términos: «El cuidado que te tomas por

mí, ese cuidado, te lo ruego, excelente amigo, deja de tenerlo por mí, y permíteme que pacte mi muerte a cambio de la gloria. También nosotros, padre, desparramamos dardos y acero no débil con nuestra diestra; también nuestras heridas producen sangre. Lejos de él estará su diosa madre, la que lo protege cuando huye en una nube femenina y se oculta en las vanas sombras.»

¡Ay!, pero la reina, asustada por el nuevo lance de la lucha, lloraba, y sujetaba a su apasionado yerno, determinada a morir: «Turno, por estas lágrimas, por si el dolor de Amata te llega en alguna forma al corazón (tú eres ahora la única esperanza, tú, el descanso de la desgraciada vejez; en tus manos se halla la honra y el imperio de Latino; en ti se apoya y reclina toda la casa) sólo una cosa te pido: desiste de trabar combate con los teucros. Cualquiera que sea la suerte que te espera en esa contienda, también me espera a mí; al mismo tiempo abandonaré esta odiosa luz, y no veré prisionera a Eneas como yerno mío.» Lavinia escuchó las palabras de su madre con lágrimas, bañando sus perfumadas mejillas, en las que puso fuego un intenso rubor, que corrió por su encendida cara. Como si alguien mancha con sangrienta púrpura el marfil indio, o como cuando los lirios blancos enrojecen mezclados con muchas rosas: semejantes colores le salían a la muchacha en la cara. A Turno lo turba el amor, y clava en la virgen su mirada. Más se enardece con las armas, y habla a Amata con pocas palabras:

«No me agobies con tus lágrimas, no, por favor, ni con tan grave augurio, oh madre, cuando estoy para salir a la contienda del duro Marte; pues que no tiene Turno libertad para retardar su muerte. Ve, Idmón, y comunica estas palabras que no han de gustarle al tirano frigio:

cuando mañana enrojezca en el cielo la aurora transportada en sus ruedas de púrpura, no azuce a los teucros contra los rútulos; que descansen las armas de los teucros, y los rútulos: zanjemos la cuestión de la guerra con nuestra propia sangre; que se gane a su esposa Lavinia en aquel llano.»

Así que hubo pronunciado estas palabras y se hubo retirado apresuradamente al interior de la casa, pide los caballos, y se ufana de verlos relinchar ante su cara; la propia Oritia se los había dado como un honor a Pilumno,[2] y sobrepasaban en blancura a la nieve y al viento corriendo. Los rodean los diligentes aurigas y con las manos palmean sus pechos que resuenan y peinan las crines de su cuello. A continuación cubre sus hombros con una loriga rígida, de oro y grisáceo bronce; al mismo tiempo ajusta para manejarla la espada y el escudo y los pivotes de la roja cimera. Era la espada la que el propio dios, señor del fuego, había fabricado a su padre Dauno y había templado al rojo vivo en el agua estigia. Luego, agarra con fuerza la fuerte lanza, despojo del auruncio Áctor, que estaba apoyada en una enorme columna en medio del edificio, y la blande haciéndola vibrar, diciendo a gritos: «Ahora, oh lanza que jamás has defraudado mis invocaciones, ahora se presenta el momento; a ti el grandioso Áctor, a ti te lleva ahora la diestra de Turno; facilítame abatir el cuerpo del afeminado frigio y desgarrar su loriga arrancándosela con la fuerte mano, y ensuciar en el polvo sus cabellos ensortijados con el hierro caliente y empapados en mirra.» Esta furia le agita, y por toda la boca le saltan chispas en su ardor; el fuego brilla en sus acerados ojos. Como cuando un toro arranca

2. Divinidad romana muy oscura y abuelo de Turno.

bramidos terroríficos en su primer combate y ensaya mandar su fuerza a los cuernos, apretando contra el tronco de un árbol, y embiste al viento a cornadas, o preludia la lucha esparciendo arena.

Y entretanto Eneas aguijonea no menos a Marte, peligroso con las armas de su madre, y va aumentando su cólera, gozoso de arreglar la guerra con el pacto propuesto. Luego, consuela a los compañeros y a Julo, lleno de miedo y tristeza, enseñándoles su destino, y ordena que unos hombres lleven una respuesta precisa al rey Latino y le presenten las condiciones de paz.

Apenas amaneció el día siguiente, salpicaba la luz los altos montes, cuando inmediatamente los caballos del Sol se levantan del profundo abismo y respiran luz por sus narices distendidas. El campo para la pelea lo preparaban, midiéndolo, hombres rútulos y teucros al pie de las murallas de la gran ciudad, y en el centro, los hogares y los altares de hierba para los dioses comunes. Otros traían agua y fuego, cubiertos con el limo[3] y con las sienes ceñidas de verbena. Avanza la legión de los ausónidas y en apretadas filas se esparcen por las puertas llenas. A continuación avanza como una riada todo el ejército troyano y tirreno con sus abigarradas armas, no de otro modo armados con el acero como si los convocara el áspero combate de Marte. Los propios caudillos revuelan en medio de los miles de hombres emperifollados con oro y púrpura, Mnesteo, del linaje de Asáraco, y el valeroso Asilas, y Mesapo, domador de caballos, descendencia de Neptuno. Y cuando al dar la señal cada cual se apartó a su sitio, clavan las lanzas en tierra

3. Especie de vestido con una franja bordada que usaban los sacrificadores.

y apoyan los escudos. Luego, desparramándose por la curiosidad, las madres y el pueblo desarmado y los viejos inútiles se apostaron en las torres y en los tejados de las casas, y otros se colocan junto a las elevadas puertas.

Mas Juno desde lo alto de la elevación que ahora se llama monte Albano (entonces ni tenía nombre ni honor ni gloria) contemplaba, echada su visual, el llano y los dos ejércitos de laurentes y troyanos y la ciudad de Latino. Inmediatamente habló la diosa a la hermana de Turno, otra diosa que preside los lagos y los ríos sonoros; este honor le había consagrado a ella el alto rey del cielo, Júpiter, por haberle arrebatado la virginidad: «Ninfa, ornato de los ríos, la más grata a mi espíritu, sabes cómo te he preferido a ti a todas las latinas cualesquiera que subieron al lecho desagradecido del magnánimo Júpiter, y te he colocado gustosa en un rincón del cielo: entérate, Yuturna, para que no tengas que reprocharme, de tu propio dolor. En la medida que pareció que la fortuna lo aceptaba y las Parcas permitían que las cosas fueran bien para el Lacio, yo he protegido a Turno y tus murallas: ahora veo que el joven corre a enfrentarse a un destino inicuo, y se aproxima el día de las Parcas y la fuerza enemiga. No puedo mirar con mis ojos esta lucha, no puedo mirar el pacto. Tú, si te atreves a algo más inmediato en pro de tu hermano, adelante; te sienta bien. Quizá vendrán días más venturosos para los desgraciados.»

Apenas dijo esto, cuando Yuturna vertió lágrimas de sus ojos, y se golpeó con la mano tres o cuatro veces su hermoso pecho. «No es éste momento para las lágrimas», dice Juno, la hija de Saturno; «date prisa, y salva a tu hermano de la muerte si hay algún medio; o pro-

mueve tú la guerra y desbarata el pacto jurado. Yo garantizo tu atrevimiento.» Tras haberla animado de este modo, la abandonó llena de incertidumbre y perturbada con la triste herida de su alma.

Entretanto salen los reyes: Latino viaja con gran boato en un carro de cuatro tiros; doce rayos dorados, símbolo de su abuelo el Sol,[4] ciñen sus refulgentes sienes; Turno va en una biga blanca, arrugando en su mano dos astiles de ancha hoja. Luego, el padre Eneas, origen de la estirpe romana, encendido con su escudo estelar y las armas celestes, y a su lado, Ascanio, la otra esperanza de la gran Roma, salen del campamento, y el sacerdote con un vestido sin estampar, trajo la cría de una marrana llena de cerdas y una oveja sin trasquilar, y arrimó el animal a los altares encendidos. Ellos, dirigiendo sus ojos a la salida del sol, rocían harina salada con las manos, y señalan con el hierro la parte alta de las sienes de los animales[5] y hacen la libación de los altares con las copas. Entonces, el justo Eneas, empuñando la espada, reza así:

«Sea ahora testigo de mi plegaria el Sol y esta Tierra, por la que he podido soportar tan grandes sufrimientos, y el Padre Todopoderoso, y tú, su esposa, la hija de Saturno, ya más propicia, ya, diosa, te lo ruego; y tú, ínclito Marte, que orientas bajo tu poder, padre, todas las guerras. Invoco las fuentes y los ríos y el temor del alto cielo y las potencias divinas que hay en el mar azulenco: si acaso la victoria recayese sobre el ausonio Turno, el acuerdo es que los vencidos se marchen a la ciudad de Evandro; se marchará del campo Julo; y en lo sucesivo los compañeros de Eneas no volverán a empu-

4. Pues su madre Marica pasa por hija del Sol.
5. Es decir, cortan un poco de pelo antes de sacrificarlos, como ya hemos visto.

ñar arma alguna para repetir la guerra ni desafiarán este reino con el acero. Pero si la Victoria nos otorgase el favor de Marte (como más bien creo, y ojalá, más bien, lo confirmen con su poder los dioses) yo ni exigiré que los ítalos obedezcan a los teucros, ni pretendo el reino para mí; que ambos pueblos sin haber vencido se confíen a un pacto eterno con leyes equitativas; les daré la religión y los dioses; que mande en el ejército mi suegro Latino, que detente el sagrado poder mi suegro; a mí me levantarán las murallas los teucros, y Lavinia dará su nombre a la ciudad.»

Así habla Eneas; a continuación sigue Latino del modo siguiente, mirando al cielo y extendiendo su diestra a las estrellas: «Por estos mismos juro yo, Eneas: la Tierra, el Mar, las Estrellas, y los dos hijos de Latona[6] y Jano bifronte, y el poder de los dioses infernales y los sagrarios del duro Dite. Que escuche esto el Padre, que sanciona los pactos con su rayo. Toco los altares; pongo por testigos al fuego y a los dioses que están entre nosotros: no habrá un día que vea romperse esta paz y este pacto con los ítalos, rueden como rueden los acontecimientos; y ninguna fuerza me hará desviarme a mí voluntariamente, no, así sumerja la tierra en las aguas, confundiéndola con la lluvia, y desprenda el cielo al interior del Tártaro. Como este cetro (pues casualmente llevaba el cetro en la mano derecha) jamás echará ramas de ligera fronda ni sombras, desde el punto y hora que cortado de la mismísima raíz en las selvas está privado de madre, y ha perdido las hojas y las ramas con el acero; otrora era árbol, ahora las manos del orfebre lo han engastado en el bronce decorativo, y lo ha dado a los

6. Aquí, el Sol y la Luna.

padres latinos para que lo lleven.» Con semejantes razones ratificaban el pacto entre sí en medio de la concurrencia de los próceres. Luego, degüellan para las llamas las ovejas ritualmente consagradas, y les arrancan las entrañas todavía vivas, y atiborran los altares con platos rebosantes.

Ahora bien, por lo que respecta a los rútulos, ya hacía tiempo que les parecía esta lucha desigual, y se confundían sus pechos con emociones encontradas. Más entonces, cuando los ven más cerca con fuerzas desiguales. Coadyuva el hecho de que Turno avanzó con andares sigilosos y veneraba suplicantemente el altar con la mirada baja y coadyuvan las mejillas demacradas y la palidez de su cuerpo juvenil. Tan pronto como su hermana Yuturna vio que se extendía este tipo de conversación y que los sentimientos de la gente se resquebrajaban y eran dispares, en medio del ejército, remedando en el aspecto a Camerte (cuyo linaje era importante desde sus antepasados, y preclaro el renombre del valor de su padre, y él mismo sumamente combativo con las armas) en medio del ejército[7] se introduce, sabiendo lo que se hacía y propala variados rumores, y dice lo siguiente: «¿No os da vergüenza, oh rútulos, exponer sólo una vida en nombre de semejantes hombres como estáis reunidos? ¿Es que no somos iguales en número o fuerzas? Mirad, todos éstos son troyanos y arcadios, y las manos del destino, Etruria, enemistada con Turno. Apenas si tenemos enemigo si peleamos uno por uno. Él, desde luego, subirá por su fama hasta los dioses, a cuyos altares se ofrenda, y será llevado vivo en boca de la gente. Nosotros seremos

7. Repetido en el original.

obligados a obedecer a unos soberbios, perdiendo la patria, pues que ahora estamos sentados inactivos en los campos.»

Con semejantes palabras se encendió más y más cada vez la opinión de los jóvenes, y el murmullo serpea por las filas. Los propios laurentes cambiaron y los propios latinos. Los que esperaban ya el descanso del combate para sí y la salvación de la situación, ahora quieren las armas, y ruegan que se deje sin efecto el pacto, y se compadecen de la suerte inicua de Turno. A esto añade Yuturna otra cosa más importante, y hace una señal en el alto cielo, que perturbó las mentes de los ítalos con más eficacia que ninguna otra, y los sorprendió con un prodigio. Pues la amarillenta ave de Júpiter, volando en el cielo rojizo, perseguía las aves de las riberas, el tropel bullicioso de la bandada alada, cuando de repente, descendiendo a las aguas, arrebata la malvada con sus corvas patas un cisne que se destacaba. Los ítalos pusieron tensa atención, y todas las aves emprenden la huida graznando (cosa que maravilla ver) y oscurecen el cielo con las alas, y, formando una nube, acosan en el aire al enemigo, hasta que vencido por la fuerza y por su propio peso desfalleció el águila y soltó de sus uñas la presa en el río, y huyó bien adentro de las nubes. Entonces es cuando los rútulos saludan con un griterío el augurio y desembarazan sus manos; y el augur Tolumnio dice el primero: «Esto era, esto, lo que tantas veces busqué con mis votos. Lo acepto y reconozco a los dioses; bajo mi dirección, bajo la mía, coged, oh desgraciados, el hierro, que un malvado extranjero os asusta con la guerra como a indefensas aves, y tala vuestras costas por la fuerza. Él buscará la huida e izará velas sobre la mar profunda a toque de campanas. Vosotros

cerrad filas con un único espíritu y defended en la lucha al rey que os han arrebatado.»

Dijo, y corriendo adelante, disparó un dardo contra los enemigos que se hallaban enfrente; el estridente cornejo produce un silbido y corta certero las brisas. Esto y alzarse un ingente griterío fue todo uno, y todas las hileras se perturbaron, y los corazones se recalentaron con el revuelo. La lanza volando, conforme estaban casualmente de pie enfrente nueve hermanos con sus hermosísimas figuras, los que había criado, ella sola, tantos como eran, para Arcadio su esposa tirrena Gilipo, le entró a uno que estaba en medio por donde el cinturón cosido se aprieta al estómago y la hebilla muerde las junturas de los costados, un joven de belleza singular y refulgentes armas, y traspasa sus costillas y lo extiende en la arena amarilla. ¡Ay!, pero los hermanos, falange animosa y encendida por la pena, empuñan, los unos, las espadas en sus manos, los otros, agarran la jabalina arrojadiza, y se precipitan ciegos. Frente a ellos salen corriendo los batallones de los laurentes; a continuación, avanzan a su vez, en densas oleadas, los troyanos y los agilinos y los arcadios con sus pintadas armas. De este modo de todos se apodera un único deseo: ventilar el asunto con el acero. Saquearon los altares; por todo el cielo va una turbia tempestad de dardos y descarga un aguacero de hierro. Se llevan las crateras y los fuegos. Huye el propio Latino, volviendo a llevarse los dioses pisoteados sin concluir el pacto. Ponen otros los frenos a los caballos o se montan de un salto en ellos, y allí están con las espadas empuñadas.

Mesapo, ansioso de desbaratar el pacto, espanta echándole el caballo encima al rey tirreno Aulestes que llevaba la diadema real; éste se va precipitadamente para

atrás, y el desgraciado se traba con cabeza y hombros en los altares que estaban levantados a sus espaldas. Mas Mesapo llega volando hervoroso con la lanza, y con una jabalina a manera de viga le hiere con mucha fuerza desde la altura de su caballo, cuando le suplicaba sin cesar, y le habla así: «Lo tiene;[8] ésta es una mejor víctima ofrecida a los grandes dioses.» Acuden corriendo los ítalos, y despojan los miembros calientes. Saliendo al paso, Corineo agarra del altar una estaca medio quemada, y conforme llegaba Ébuso a darle un golpe le sacude en la cara con las llamas; su enorme barba relumbró y al chamuscarse produjo un brillo; detrás de la estaca sigue el guerrero y con la izquierda agarra la melena de su embarullado enemigo, y, poniéndole la rodilla, aprieta y da con él en tierra. En esta posición le hiere en el costado con la rígida espada. Padalirio persigue con la espada desnuda a Also, un pastor que salta entre los tiros en la primera línea y ya va a su alcance. Aquél, echando atrás la segur, le abre la frente por la mitad y el mentón, conforme le da la cara, y baña sus armas por entero con la sangre que salpica. A él le atenaza los ojos una dura paz y un sueño de hierro; sus pupilas se cierran en una noche eterna.

Mas, ¡ay!, el justo Eneas, tendía su mano desarmada con la cabeza descubierta, y llamaba a gritos a los suyos: ¿Adónde os precipitáis? ¿Qué clase de discordia es esta que surge de repente? ¡Ay, contened vuestra ira! Ya se ha hecho el pacto y arreglado todas las condiciones; sólo yo tengo derecho a batirme; dejadme a mí, y quitaos el miedo: yo haré bueno el pacto con mi mano; estos sacrificios me deben ya a Turno.» En medio de estas

8. Frase del espectáculo de gladiadores, para significar que uno de los combatientes ha mordido el polvo.

palabras, en medio de estas razones, he aquí que una flecha zumbando con sus alas se deslizó hasta el héroe, sin que se supiera qué mano la impulsó, quién la había volteado, qué casualidad o qué divinidad deparó tan gran gloria a los rútulos; la gloria del insigne hecho no salió a la superficie y nadie se vanaglorió de la herida de Eneas.

Cuando Turno vio que Eneas se retiraba de la línea de combate y a los capitanes que se turbaban, se enardece lleno de hervor con una súbita esperanza. Pide los caballos y al tiempo las armas y de un brinco salta orgulloso al carro y maneja las riendas con sus manos. Volando de aquí allá envía a la muerte a muchas figuras señeras. Arrolla a muchos dejándolos medio muertos o machaca con el carro las filas, o agarrando las lanzas las arroja a los fugitivos. Igual que cuando junto a las corrientes del Hebro[9] se excita el sangriento Marte y hace sonar su escudo, y azuza sus caballos fogosos promoviendo guerra; éstos vuelan por la llanura abierta por delante de los notos y el céfiro; gimen los últimos confines de Tracia con el trote de sus patas; y a su alrededor avanza la cara del negro Terror, y de la Ira, y de la Emboscada, acompañamiento del dios: de esa manera espolea Turno lleno de alegría en medio del combate sus caballos que echan humo de sudor, saltando sobre los enemigos miserablemente muertos; las apresuradas pezuñas salpican rocíos de sangre y pisotean la arena empapada de viscosidad. Y ya mandó a la muerte a Esténelo y a Támiro y Folo, a éste y éste cuerpo a cuerpo, a aquél, desde lejos, a los dos Imbrásidas, Glauco y Lades, a los que el propio Ímbraso había

9. Río de Tracia.

criado en Licia y los había equipado con armas que lo mismo servían para trabar combate cuerpo a cuerpo que para dejar atrás a los vientos a caballo.

En otra parte, entra en medio del combate Eumedes, descendencia ilustre por la guerra del antiguo Dolón, que en el nombre recordaba al abuelo, y en el brazo y el espíritu a su padre, que antaño, cuando fue a espiar el campamento de los dánaos, se atrevió a pedir para sí como recompensa el carro y los caballos del Pelida. El hijo de Tideo, le pagó a él por tal osadía con otra recompensa y ya no sigue vivo para aspirar a los caballos de Aquiles. Cuando Turno vio a éste de lejos por la llanura abierta, después de perseguirle con el ligero dardo por un buen trecho vacío, detiene los caballos de su biga y salta del carro, y cae sobre él que se hallaba medio asfixiado y había resbalado, y apretándole con el pie en el cuello le arrebata la espada de la diestra y se la clava relampagueante en la garganta bien adentro, y agrega encima lo siguiente: «Toma, troyano, mide con tu cadáver los campos y la Hesperia que buscaste con la guerra; ésta es la recompensa que sacan los que se atrevieron a desafiarme con el acero; así fundan sus murallas.» Manda a hacerle compañía a Abutes, tirándole la jabalina y a Clóreo y Síbar y Dares y Tersíloco y Timetes que había resbalado por el cuello de su arisco caballo. Y como cuando el soplo del bóreas edonio brama en medio del Egeo, y el oleaje llega a la costa; por donde se abaten los vientos, las nubes salen huyendo del cielo. Así por dondequiera que atrocha Turno ceden ante él las filas y el frente se apresura a hacerse un pelotón; su ímpetu le lleva y la brisa agita su penacho volador conforme avanza de frente el carro. No soportó Fegeo su insistencia y sus jactanciosos rugidos. Se lanzó

delante del carro y con la derecha torció los hocicos de los apresurados caballos que cubrían de espuma los frenos. Mientras es arrastrado y cuelga del yugo, persigue a éste, al descubierto como estaba, una ancha alabarda y clavándose en la loriga de dos libras se la rompe, y rasguña con su herida la superficie del cuerpo. Mas él iba contra el enemigo, parapetándose en el escudo y buscaba su defensa en la espada que había desenvainado, cuando la rueda y el eje con el impulso de la carrera lo empujó y derribó por el suelo, y Turno que iba en su persecución, metiéndole la espada entre la parte inferior del casco y los bordes superiores de la coraza, le llevó la cabeza, y dejó su tronco en la arena.

Y mientras el victorioso Turno produce estas muertes en los llanos, entretanto Mnesteo y el fiel Acates y Ascanio, que les acompañaba, pusieron en el campamento a Eneas, ensangrentado y apoyándose en la larga lanza a cada paso que daba. Se llena de rabia y pugna por arrancarse el dardo partiendo la caña, y reclama en su auxilio el medio más inmediato, que sajen con la ancha espada la herida y desgarren hasta lo hondo el escondrijo del dardo y lo envíen de nuevo a la batalla. Y ya estaba allí Yápige Yasida, amado por Febo más que nadie, a quien cautivo de violento amor, Apolo había querido dar encantado en una ocasión sus propias artes, sus propios dones, el augurio, la cítara y las veloces flechas. Yápige prefirió, para alargar el destino de su padre, enfermo de muerte, conocer el poder de las hierbas y la práctica de la medicina y manejar sin gloria las muchas artes. De pie estaba mascullando maldiciones Eneas, apoyado en la enorme lanza, en medio de la gran concurrencia de los jóvenes y el entristecido Julo, sin dejarse conmover por las lágrimas. Aquél, ya viejo, con

las mangas de la túnica arremangada a la manera peonia[10] brega sin cesar inútilmente con su mano médica y las poderosas hierbas de Febo, manipula con la derecha en el dardo y agarra el hierro con la tenaza mordaz. La fortuna no le lleva por ningún camino; nada auxilia Apolo, el patrón;[11] y el cruel horror se intensifica más y más por los llanos, y la desgracia se avecina. Ya ven que el cielo es todo polvo, los jinetes están a las puertas y densos dardos caen en medio del campamento. Llega al cielo el triste clamor de los jóvenes que pelean y caen bajo el duro Marte.

Entonces Venus, su madre, estremecida por el dolor indigno de su hijo, arranca en el Ida de Creta el díctamo,[12] una planta de hojas lanuginosas y espigas con flores purpúreas; no desconocen la hierba las cabras monteses, cuando las rápidas flechas se clavan en su lomo. Esta planta trajo Venus, embozando su cara con un nimbo oscuro; con ella tiñe el agua que ha vertido en un recipiente brillante, preparando en secreto la medicina, y salpica en él los salutíferos jugos de la artemisa y la fragante pánace. El longevo Yápige, sin saberlo, aplicó esta agua a la herida, y por supuesto desapareció de repente todo el dolor del cuerpo, toda la sangre dejó de fluir del fondo de la herida. Inmediatamente la flecha se vino con la mano sin que nadie la forzara y volvieron a su estado primitivo las fuerzas renovadas. «¡Traed aprisa las armas del paladín! ¿Os estáis parados?» Grita Yápige, y es el primero en encenderle el ánimo contra el enemigo. «No sucede esto por medios humanos, no por

10. Quiere decir, a la manera de los médicos, por cuanto el peán es el canto de Apolo, que es el que confiere el arte de curar.

11. Es decir, del arte médico.

12. Actualmente sigue recibiendo el nombre de díctamo crético, y tiene valor curativo.

el magisterio de mi arte, y no es mi diestra la que te salva, Eneas: un dios mayor te mueve y se reintegra a obras mayores.» Eneas, ávido de combatir, había enfundado en oro las pantorrillas por uno y otro lado, y odia perder tiempo, y blande la lanza. Así que tiene ajustado el escudo a su costado y la loriga a su espalda, abraza a Ascanio rodeado de armas, y dándole un fugaz beso a través del casco, le dice: «Aprende de mí, muchacho, qué es el valor y el verdadero esfuerzo, la suerte, de otros; ahora mi diestra te defenderá en la guerra y te conducirá donde hay grandes recompensas; más tarde, cuando llegues a edad madura, procura acordarte de ello, y cuando evoques en tu alma el ejemplo de los tuyos, sean una incitación para ti tu padre Eneas y tu tío materno, Héctor.»

Cuando hubo pronunciado estas palabras, se echó fuera con su corpachón por las puertas, blandiendo en la mano su descomunal dardo; simultáneamente se abalanzan en denso grupo Anteo y Mnesteo, y todo el tropel desaparece abandonando el campamento. Entonces, se confunde la llanura con un polvo cegador, y la tierra tiembla apisonada por el batir de las patas. Desde una barbacana, enfrente, los vio llegar Turno, los vieron los ausonios y un temblor helado corrió por lo hondo de sus huesos; antes que ningún latino los oyó Yuturna y reconoció el ruido, y temblando huyó hacia atrás. Eneas vuela, y conduce apresuradamente su negra columna por el campo abierto. Igual que cuando se desencadena el temporal y una nube marcha a través del mar hacia las tierras; el corazón de los desgraciados labradores, ¡ay!, que barrunta la nube a lo lejos, se llena de espanto; aquélla producirá caídas de árboles y estragos en los sembrados; todo lo arrollará extensamente; antes vuelan

y traen el ruido a las costas los vientos: tal conduce su columna contra los adversarios el enemigo, el caudillo roeteo; cada grupo se apelotona apretadamente en formación triangular. Timbreo hiere con la espada al robusto Osir, Mnesteo a Arcetio; Acates degüella a Epulón, y Gias a Ufente; cae el propio augur Tolumnio, que fue el primero que disparó el dardo contra los enemigos que tenía enfrente. Se levanta el griterío al cielo, y derrotados a su vez los rútulos vuelven la espalda por los campos cubiertos de polvo en su huida. Eneas no se digna derribar de muerte a los fugitivos ni responde cuando le atacan a pie firme o le tiran dardos; sólo sigue los pasos de Turno, buscándole en la densa polvareda, sólo a él desafía al combate.

Agitada su mente por miedo a esto, la heroína Yuturna, empuja a Metisco, el auriga de Turno, que iba con las riendas enroscadas, y lo hace caer encima del timón, dejándolo apartado. Lo sustituye ella misma, y maneja con sus manos las onduladas riendas, simulando en todo a Metisco: voz, figura, armas. Como cuando la negra golondrina revolotea por la gran mansión de un señor rico y recorre volando los altos zaguanes, cogiendo un poco de alimento y comida para los parlanchines golondrinos, y ora aletea por los pórticos vacíos, ora en torno de los húmedos estanques: de parecida manera va Yuturna por medio de los enemigos y lo recorre todo volando en su apresurado carro; y ora muestra aquí, ora allí a su hermano en triunfo; y no le permite trabar combate; vuela desviándose lejos. No menos sale al paso Eneas y sigue sus retorcidos giros, y va tras los pasos del héroe y lo llama con grandes voces por las filas desordenadas. Cuantas veces puso sus ojos en el enemigo y probó a correr tras la huida de los caballos, que tenían

alas en las patas, tantas veces torció el carro Yuturna, llevándoselo lejos. ¡Ay!, ¿qué puede hacer? En vano fluctúa en un mar agitado, y distintas ideas llevan su espíritu a contradecirse. Mesapo conforme llevaba acaso en su izquierda en veloz carrera dos astiles con punta de hierro, como si fuesen una pluma, le apunta uno de ellos y lo lanza con certero golpe. Eneas se detuvo y se protegió tras el escudo, poniéndose en cuclillas; pero la rápida lanza se llevó la parte alta del casco y le desprendió de él las cimeras más altas. Entonces es cuando sube su rabia y obligado por la trampa, cuando vio que los caballos y el carro se alejaban, poniendo insistentemente por testigo a Júpiter y los altares del pacto estropeado, ya finalmente se lanza al centro, y con el favor de Marte suscita espantable una cruel carnicería indiscriminadamente, y da rienda suelta a toda su cólera.

¿Qué dios me explica ahora las atrocidades, quién puede explicar en el poema las diferentes muertes, y la caída de los capitanes, que alternativamente causan por toda la llanura ora Turno, ora el héroe troyano? ¿Cómo decidiste, Júpiter, que chocasen en tan gran levantamiento pueblos llamados a vivir en eterna paz? Al rútulo Sucrón (su lucha con éste fijó por primera vez un sitio a los troyanos que atacaban precipitadamente) sin que le hiciese perder mucho tiempo, lo alcanza Eneas en un costado, y por donde el desenlace llega antes, le impulsa la espada a través de las costillas, ese zarzo del pecho. Turno hiere a Ámico y a su hermano Diores, derribándolos del caballo y atacándoles a pie, al primero conforme llegaba, con la larga lanza, al segundo, con la espada, y cuelga en el carro las dos cabezas cortadas, y las transporta rociando sangre. Aquél envía a la muerte a Talon y Tánais y el valeroso Cetego, a los tres en el

mismo encuentro, y al triste Onites, que lleva el nombre de Equión y el linaje de su madre Peridía. Éste, a los hermanos que llegaron de Licia y los campos de Apolo, y a Menetes, el joven arcadio que odió en vano la guerra, que había tenido su oficio y su pobre casa en torno a las corrientes del Lerna,[13] la abundante en peces, y no conoció la regalada vida de los poderosos y su padre sembraba en una tierra arrendada. Y como se mete fuego por diversos sitios a una selva reseca y las ramas crepitantes de laurel; o cuando los espumosos ríos producen ruido en su arrebatada caída de los altos montes, y corren al mar labrándose cada uno su propio camino: no con menos ímpetu van arrollando por los combates Eneas y Turno; ahora, ahora, hierve la ira dentro; se rompen pechos que no saben ser vencidos, ahora van a herir con todas sus fuerzas.

Éste[14] a Murrano, que aireaba a sus abuelos y los antiguos nombres de sus abuelos, cuyo linaje todo ascendía por los reyes latinos, lo golpea con una piedra, atizándole un enorme peñasco, y lo tira de cabeza al suelo; las ruedas lo arrollaron bajo las correas y el yugo; los rápidos cascos de los caballos, que no se acuerdan de su dueño, lo pisotean con repetidas pisadas. Aquél[15] sale corriendo delante de Hilo que venía desatado y con jactanciosos y descomunales rugidos, y le apunta el dardo a las doradas sienes: la lanza se quedó vibrando a través del yelmo en el cerebro atravesado. Y tu diestra no te salvó de Turno, Créteo, el más valiente de los griegos; ni sus dioses protegieron a Cupenco, al llegar Eneas; ofreció el pecho de frente al hierro, y no

13. Laguna de la Argólide, en Grecia.
14. Eneas.
15. Turno.

aprovechó al desgraciado el obstáculo del escudo de bronce. A ti también te vieron los campos laurentes, Éolo, caer y cubrir la tierra con tu espalda en una buena extensión; caes tú, a quien no pudieron batir las falanges argivas, ni el destructor del reino de Príamo, Aquiles. Aquí estaba la meta de tu muerte: tu alta casa al pie del Ida, tu alta casa en Lirneso,[16] en el suelo laurente, el sepulcro. Las tropas, todas absolutamente, se enzarzaron, y todos los latinos, todos los dardánidas, Mnesteo, y el combativo Seresto, y Mesapo, domador de caballos, y el valeroso Asilas, y la falange de etruscos, y los escuadrones arcadios de Evandro, cada uno se esfuerza por sí, echando el resto de sus fuerzas. Y no hay dilación ni descanso; contienden en una lucha generalizada.

Entonces la hermosísima madre de Eneas le infundió a Eneas la idea de ir a los muros y dirigir rápidamente a la ciudad su ejército y asestar un golpe a los latinos en una operación relámpago. Cuando en su seguir tras los pasos de Turno en todas direcciones a lo largo de las filas, volvía la vista a un lado y otro, ve él la ciudad que no arriesgaba nada en tan gran guerra y se hallaba impunemente tranquila. Al punto le enciende la idea de un combate más importante; llama a los capitanes Mnesteo y Sergesto y el valeroso Seresto, y toma una prominencia donde se reúne la restante legión de los teucros, y en filas prietas no abandonan los escudos ni las jabalinas. Colocándose en el medio, en lo alto de la elevación, dice: «No haya tardanza alguna en mis palabras. Júpiter está por nosotros; y no me ande nadie demasiado remiso porque la operación es rápida. La ciudad, causa de la guerra, el propio reino de Latino, si no confiesan aceptar

16. Ciudad de la Tróade.

el freno y obedecer vencidos, la voy a destruir hoy y poner sus humeantes tejados a ras con el suelo. ¡Vamos!, ¿es que voy a esperar a que Turno le dé la gana de consentir pelear conmigo, y a que quiera enfrentarse de nuevo después de vencido? Ésta es la cabeza, oh compañeros, éste es el pivote de la nefasta guerra. Traed antorchas rápido, y volved a pedir el pacto con las llamas.» Había terminado, y todos con ánimo igualmente competitivo forman la cuña y marchan en cerrada formación a los muros. De repente aparecieron las escaleras y el fuego, de repente. Otros salen corriendo hacia las puertas y degüellan a los primeros; otros tiran de los dardos y ensombrecen el cielo a tiros. El propio Eneas, entre los primeros, extiende la diestra al pie de las murallas y recrimina con grandes voces a Latino y pone por testigos a los dioses de que es la segunda vez que se ve obligado a combatir, que ya son enemigos por dos veces los ítalos, que éste es el segundo pacto que se rompe. Surge la discordia entre los nerviosos ciudadanos: los unos exigen abrir la ciudad y quitar los cerrojos a las puertas para los dardánidas, tratan de arrastrar a las murallas al propio rey. Otros traen armas y se aprestan a defender los muros: como cuando un pastor siguió la pista a las abejas encerradas en una roca pómez llena de agujeros, y la inundó de humo excitante; ellas discurren en el interior por su real de cera inquietas por su vida y con grandes zumbidos arrecian en su cólera; por la colmena se difunde un negro olor; luego, con ciego murmullo,[17] las piedras resuenan por dentro; el humo sube al aire libre.

Esta mala suerte acaece también a los agotados lati-

17. Adviértase la confusión entre las sensaciones del olfato y la vista.

nos, que zarandeó hasta los cimientos toda la ciudad con el duelo. La reina, cuando ve desde palacio llegar al enemigo, que habían trepado a los muros, que el fuego volaba hacia las casas, que en parte alguna le hacían frente las tropas rútulas, que no existían los batallones de Turno, la desdichada cree que el joven ha perecido en el fragor del combate, y perturbada mentalmente por un súbito solor, grita que ella es la causa culpable y la cabeza de los males, y diciendo muchas cosas enloquecida en su triste furor, rasga con la mano su capa de púrpura, determinada a morir, y ata el nudo de su espantosa muerte en una viga alta. Cuando las desgraciadas latinas se enteraron de este infortunio, primero su hija Lavinia, mesándose con la mano su pelo claro y arañándose sus mejillas de rosa, luego, el restante grupo, sufren el delirio en su torno; el edificio resuena a todo lo ancho con los plañidos. A continuación, el infortunado rumor se extiende por toda la ciudad; la moral se resquebraja; Latino va con la vestimenta hecha girones, estupefacto por el sino de su esposa y el derrumbamiento de la ciudad y ensucia sus canas manchándolas de polvo asqueroso.

Entretanto en la otra punta de la llanura el batallador Turno persigue a unos pocos dispersos, ya más sosegado, ya cada vez menos alegre con el triunfo de sus caballos. La brisa le trajo este griterío confuso con sus ciegos terrores y el ruido de la abatida ciudad y su murmullo infausto hirieron sus oídos atentos. «¡Ay de mí! ¿Por qué se agitan las murallas con tan gran duelo? ¿Qué griterío es ése tan grande que se escapa de la ciudad alejada?» Así dice, y se detiene fuera de sí, tirando de las riendas. Y a él, conforme la hermana, transformada con el aspecto del auriga Metisco, gobernaba el carro y los

caballos y las riendas, viene a hablarle con las siguientes palabras: «Por aquí, Turno, sigamos a los descendientes de Troya, por donde más cerca nos muestra la victoria el camino; hay otros que pueden defender con su brazo las casas. Eneas ataca a los ítalos y traba combate; infirámosles nosotros también crueles muertes a los teucros; no te retirarás inferior en número ni en el honor de la lucha.» A lo cual respondió Turno: «Oh hermana, ya hace tiempo que te conocí, cuando con tus mañas enturbiaste el pacto y te incorporaste a esta guerra y ahora en vano intentas hacer ver que no eres diosa. Pero ¿quién quiso mandarte del Olimpo a sufrir tan grandes fatigas? ¿Acaso para que vieses la cruel muerte de tu desgraciado hermano? Pues, ¿qué tengo que hacer? ¿Qué fortuna promete ya la salvación? Yo mismo vi ante mis propios ojos a Murrano (no existe otro que me sea más querido que éste) llamarme a voces mientras caía con su corpulencia vencido por una enorme herida. Cayó el desgraciado Ufente para no ver nuestro deshonor; los teucros se apoderan de su cuerpo y de sus armas. ¿Voy a tolerar que destruyan mi casa, que es lo único que queda de mi hacienda? ¿Y no voy a refutar las palabras de Drances con mi diestra? ¿Volverá la espalda y verá huir a Turno esta tierra? ¿Es que hasta morir seguirá siendo una desgracia? Vosotros, oh manes, sedme propicios, puesto que de los dioses de arriba me he enajenado la voluntad. Descenderé, alma santificada, hasta vosotros, sin saber de esa culpa, jamás indigno de nuestros grandes antepasados.»

Apenas había dicho esto, y eh aquí que viene volando por medio de los enemigos, montado en su caballo espumoso, Saces, con la cara herida por una flecha que le llegó de frente, y se derrumba implorando por su

nombre a Turno: «Turno, en ti está la última salvación; compadécete de los tuyos. Eneas nos fulmina con sus armas, y amenaza desmantelar y entregar a la devastación el alto alcázar; y ya vuelan las antorchas a las casas. Hacia ti vuelven sus caras, hacia ti, sus ojos, los latinos; el propio rey Latino duda a quiénes llamará por yernos o a qué pacto plegarse. Además, la reina, que tanto confiaba en ti, ha muerto por su propia mano, huyendo aterrorizada de la luz. Solamente mantienen el frente delante de las puertas Mesapo y el combativo Atinas. Alrededor de éstos, están a uno y otro lado las apretadas falanges, un trigal de hierro se encrespa con las espadas empuñadas: tú caracoleas con el carro en el prado desértico.» Turno se quedó atónito, confundido con la variada panorámica de la situación, y permaneció silencioso con la mirada fija; en su corazón sólo bulle su enorme pundonor y la locura mezclada con la pena, y su amor agitado por las Furias y su valor alerta. Tan pronto como se disiparon las sombras y las luz volvió a su cerebro, entretorció turbio los ardientes globos de sus ojos a las murallas, y desde el carro miró a la gran ciudad.

He aquí que por otro lado, envolviendo los pisos salía en oleadas hasta el cielo un remolino de llamas y dominaba la torre, la torre que él mismo había levantado con trabadas vigas y en cuyo suelo había puesto ruedas y había tendido altos puentes. «Ya, ya, hermana, triunfa el destino; desiste de retrasarme; sigamos adonde llama el dios y la dura fortuna. Tengo decidido trabar combate con Eneas; tengo decidido sufrir cualquier amargura a precio de muerte; y no me vas a ver más tiempo deshonrado, hermana. Déjame, te lo ruego, que enloquezca antes con esta locura.» Dijo, y rápidamente dio un salto del carro al campo, y se abalanza entre enemi-

gos, entre los disparos, y abandona a su triste hermana, y prorrumpe con arrebatada carrera por medio de las filas. Y como cuando rueda precipitadamente de la cima de un monte una roca, que arrancó el viento o desprendió un turbio aguacero, o se desgajó resquebrajándose por la vejez y los años. La peligrosa roca corre por la ladera con gran impulso, y rebota en el suelo, arrollando consigo selvas, manadas y hombres: así, entre las filas desordenadas, se abalanza Turno hacia los muros de la ciudad, donde en una gran extensión está empapada la tierra con la sangre derramada, y la brisa zumba con los astiles; y hace una señal con la mano, y a la vez empieza con gran voz: «Ya basta, rútulos, y vosotros también, latinos, alto el fuego; cualquiera que sea la suerte, mía es; más justo es que yo solo lave las manchas del pacto, y ventile el asunto con el acero.» Todos se retiraron del centro, y despejaron el lugar.

Mas el padre Eneas, al oír el nombre de Turno, abandona los muros, abandona el alto alcázar, y echa por la borda toda tardanza, interrumpe todas las operaciones, exultante de alegría, y hace resonar sus armas escalofriantemente: igual que cuando muge el gran Atos[18] o el gran Érice, o cuando muge con sus chispeantes encinares el propio gran padre Apenino y se ufana de sus cimas nevadas con que se yergue a las brisas. Ya para entonces se habían puesto a mirar atentamente los rútulos y los troyanos y todos los ítalos, los que ocupaban las almenas de las murallas, y los que batían los muros por la base con el ariete y descargaron sus armas de los hombros. El propio Latino se quedó pasmado de los grandes hombres, que, nacidos en zonas

18. Monte y promotorio de la Calcídica, al suroeste de la hoy llamada península de Athos.

distintas del mundo, se habían enfrentado entre sí a ventilar el asunto con el acero. Y ellos, cuando el campo quedó despejado con la llanura vacía, después de una apresurada carrera y de arrojar de lejos las armas, traban combate con los escudos y el sonoro bronce. La tierra da un gemido; luego, menudean frecuentemente tajos con las espadas; el azar y el valor se confunden en el mismo lance. Y como en el gran Sila[19] o el alto Taburno,[20] cuando en combate enemigo dos toros dirigen a sí sus frentes, se embisten corriendo y se apartan los caporales asustados; todo el ganado se queda mudo de miedo y las novillas dudan sobre quién mandará en el bosque, a quién seguirá toda la manada. Ellos, con mucha fuerza, se infieren heridas entre sí, y clavan, apretando a la contra, los cuernos y lavan con sangre copiosa sus cuellos, sus remos; todo el bosque hace eco de los bramidos. No de otro modo chocan con los escudos el troyano Eneas y el héroe daunio; un ingente fragor llena el aire. El propio Júpiter sostiene dos platillos en el fiel de la balanza, y coloca en ellos los diferentes destinos de los dos, a ver a quién condena el duelo, y bajo qué peso se inclina la muerte.

En este punto, salta Turno, creyéndose a buen recaudo, y se empina con todo el cuerpo alzando la espada bien alto, y amaga. Gritan los troyanos y los latinos nerviosos, y ambos bandos se quedan envarados. Mas ¡ay!, la traidora espada se parte, y abandona a Turno con su pasión en medio del mandoble, excepto que la huida vino en socorro suyo. Huye más veloz que el Euro, cuando vio la empuñadura desconocida y su diestra desarmada. Según se cuenta, cuando montaba precipita-

19. Bosque del Brucio.
20. Nombre de un grupo de montañas de la Campania, hoy Tavurno.

damente en los caballos únicos para el combate, habiéndose dejado la espada de su padre, había agarrado en su atolondramiento el acero de su auriga Metisco; y eso bastó todo el tiempo que los teucros volvían espaldas a la desbandada; mas así que se llegó a las armas del dios Vulcano, la espada mortal saltó hecha pedazos con el golpe, como el frágil hielo; los trozos relucen en la arena rubia. De modo que fuera de sí Turno se encamina huyendo a distintas partes del llano, y ora acá, ora allá, va trenzando inciertos giros. Pues por todas partes lo habían encerrado los teucros en círculo apretado, y por una parte lo cerca una vasta laguna y por la otra, las empinadas murallas.

Y entretanto Eneas, aunque a veces lo entorpecen sus rodillas, retardadas por la flecha, y se resisten a correr, no deja de perseguirle y va pisando con el pie el pie de Turno espantado: como cuando un perro de caza alcanza un ciervo encerrado por el río o cercado por el miedo a las plumas rojas[21] y lo incordia con carreras y ladridos; el ciervo por su parte, aterrorizado por la encerrona y la alta ribera, huye y vuelve a huir en mil direcciones; ahora bien el enérgico umbro[22] se le pega abriendo la boca, y ya, ya, le echa mano, y como si le hubiese echado mano hace crujir sus mandíbulas y el vano mordisco lo deja burlado. Entonces es cuando se levanta el griterío y alrededor responden las riberas y la laguna, y todo el cielo retumba con el tumulto. Turno, al par que huye, increpa al par a todos los rútulos, llamando a cada uno por su nombre, y pide la espada conocida. Eneas, a su vez, amenaza con la muerte y la ruina inminente a cualquiera que se le acerque, y asusta

21. Los cazadores ponían plumas rojas en una cuerda para introducir los ciervos en una red.
22. Una buena casta de perros.

a quienes están temblando, repitiendo sus amenazas de que destruirá la ciudad, y sigue a su alcance, herido. Cinco círculos completan a la carrera, y otros tantos vuelven a recorrer de aquí para allá; pues que no buscan trofeos ligeros o deportivos, sino que se ventila la vida y sangre de Turno.

Por casualidad había aquí plantado un acebuche de amargas hojas, consagrado a Fauno, árbol desde tiempo inmemorial venerable para los marineros, donde salvados de las olas solían clavar ofrendas y colgar sus ropas prometidas al dios laurente. Pero los teucros aunque estaba consagrado lo habían arrancado de raíz, sin hacer diferencia alguna, para poder combatir con el campo libre. Aquí se hallaba enhiesta la lanza de Eneas; el ímpetu la había llevado a clavarse allí y la mantenía en la correosa raíz. Se agachó el dardánida y quiso arrancar el hierro con la mano, y perseguir con la lanza a quien no podía echar mano a la carrera. Entonces es cuando Turno, loco de terror, dice: «Fauno, ten piedad, te lo ruego, y tú, tierra excelente, retén el hierro, si siempre he cumplido con tus honores, y que los compañeros de Eneas han profanado con la guerra.» Dijo, y no invocó en vana plegaria la ayuda del dios. Pues Eneas, después de forcejear un buen rato y de perder el tiempo con el correoso tronco, no fue capaz con fuerza alguna de desencajar el mordisco de la madera. Mientras se esfuerza enérgicamente y sigue probando, de nuevo sale corriendo la diosa daunia, transformada con el aspecto del auriga Metisco, y devuelve la espada a su hermano. Venus, indignada de la concesión hecha a la osada ninfa, intervino y arrancó de la profunda raíz la jabalina. Ellos, eufóricos con las armas y los ánimos recobrados, el uno, confiando en la espada, el otro, agresivo y estirado con

su lanza, se plantan jadeantes cara al marcial combate.

Entretanto el rey del todopoderoso Olimpo habla a Juno, que contempla las alternativas del combate desde una parda nube: «¿Cuándo llegará el final de una vez, esposa? ¿Qué es lo que queda ya? Tú también sabes, y admites saberlo, que Eneas se debe al cielo como indígete[23] y que el destino le ensalza a las estrellas. ¿Qué tramas? ¿Qué esperanza te tiene pegada a las heladas nubes? ¿Habría estado bien que un dios fuese ultrajado con la herida de un mortal? ¿O que agarraras la espada (¿pues qué podría hacer Yuturna sin ti?) y se la devolvieses a Turno, acrecentando la fuerza de los vencidos? Desiste ya de una vez, y déjate convencer con mis ruegos, para que no te concoma en silencio tan gran dolor ni vuelvan a asaltarme una vez tras otra las tristes cuitas que se traslucen de tu dulce semblante. Se ha llegado al punto final. Pudiste maltratar a los troyanos por tierra y por mar, encender una guerra nefanda, descalabrar una casa y llenar de luto un matrimonio; te prohíbo que sigas haciendo más pruebas.» Así se expresó Júpiter, y del modo siguiente lo hizo a su vez la diosa, hija de Saturno, con la cara gacha: «Porque yo conocía desde luego, gran Júpiter, esa tu voluntad, he abandonado contra mi deseo a Turno y las tierras; y no me verías tú ahora sola en la mansión aérea sufriendo lo habido y por haber, sino que estaría en pie en el propio frente de lucha, armada de llamas, y arrastraría a los teucros al combate enemigo. Confieso que aconsejé a Yuturna que socorriese a su desgraciado hermano y por su vida le hice probar una temeridad excesiva, no hasta el punto, sin embargo, de que lanzase dardos y tensase el arco. Lo

23. Nombre que reciben los héroes al ser deificados.

juro por la cabeza implacable de la fuente estigia, que es el único temor que se ha impuesto a los dioses de arriba. Y ahora me retiro de verdad, y abandono los combates, que aborrezco. Encarecidamente te pido esto que no está sujeto a ninguna ley del destino, por el Lacio, por la majestad de los tuyos: cuando ya hayan hecho la paz con el feliz matrimonio (sea), cuando ya hayan acordado las leyes y los pactos, no ordenes, por favor, que los autóctonos latinos cambien su viejo nombre, ni los hagas troyanos ni que se llamen teucros, ni que el pueblo cambie la lengua ni trastoque su vestimenta. Sea el Lacio, sean los reyes albanos por los siglos, sea la descendencia romana potente con el valor itálico; sucumbió, y permite que haya sucumbido junto con su nombre, Troya.»

Sonriéndole dijo el revelador de los hombres y las cosas: «Eres hermana de Júpiter y el segundo hijo de Saturno: ¡semejantes olas de cólera agitas en tu pecho! Mas, ¡ea!, reprime la locura a que te has entregado en vano: te concedo lo que quieres, y me doy por vencido voluntariamente. Los ausonios mantendrán su lengua patria y sus costumbres, y su nombre será como es; los teucros se establecerán debajo, mezclados sólo físicamente. Agregaré sus costumbres y ritos sagrados y haré que todos los latinos tengan una sola lengua. La raza que saldrá de aquí, mezclada con la sangre ausonia, verás que supera en fervor religioso a los hombres y a los dioses, y nación alguna celebrará igualmente tus honores.» Juno dijo sí a estas palabras, y llena de alegría cambió de idea. Entretanto, sale del cielo y abandona la nube.

Entonces, el padre, por su parte, cavila consigo un giro de los acontecimientos, y se dispone a apartar a Yuturna de las armas del hermano. Hay dos pestes

gemelas que llevan el nombre de Maléficas, a las que junto a la tartárea Megera[24] la Noche intempestiva alumbró en uno y el mismo parto y puso por trenzas idénticas espirales de serpientes y les agregó alas hinchadas de viento. Éstas aparecen junto al trono de Júpiter y en el umbral del despiadado rey, y agudizan el miedo a los sufridos mortales, cada vez que el rey de los dioses trama la muerte escalofriante y las enfermedades, o aterroriza con la guerra a las ciudades que se lo han merecido. A una de éstas envió rápidamente del sumo éter Júpiter, y le ordenó que corriese al encuentro de Yuturna para llevar su augurio. Aquélla vuela y en veloz remolino marcha a la tierra. No de otro modo a como impulsada por el nervio a través de la nube la flecha que armó el parto con la hiel del cruel veneno, el parto o el cidonio[25] ha arrojado, tiro mortal de necesidad, y zumbando e ignorada traspasa las veloces sombras: tal se lanza la hija de la Noche, y se encaminó a las tierras. Así que ve las tropas de Ilión y los batallones de Turno, se encogió súbitamente en la figura de un pájaro pequeño, que posado a veces en las tumbas y tejados solitarios impertinentemente canta de noche hasta tarde en las sombras. Transformada con este aspecto la peste pasa y vuelve a pasar resonando ante el rostro de Turno, y bate el escudo con las alas. Un extraño agarrotamiento envaró sus miembros de miedo y el pelo se le quedó tieso de espanto, y no le salía la voz de la garganta.

¡Ay!, pero cuando reconoció de lejos el zumbido y las alas de la Maléfica, la desdichada Yuturna suelta y mesa sus cabellos. Mientras se araña la cara con las uñas y golpea el pecho con los puños, dice la hermana: «¿En

24. Una de las Furias.
25. Cretense.

qué te puede ayudar ahora tu hermana, Turno? ¿Qué es lo que me queda ya a mí, por dura que sea? ¿Por qué medio podría prorrogar la luz de tu vida? ¿Puedo yo hacer frente a un agüero tan grande? Ya, ya, abandono el frente. No atemorizadme, que estoy temblando, pájaros repugnantes; reconozco el batir de las alas y el sonido letal; no se me escapan las altivas órdenes del magnánimo Júpiter. ¿Esto es lo que me da a cambio de la virginidad? ¿A qué me concedió la vida eterna? ¿Por qué me han quitado la condición mortal? Al menos podría ahora poner fin a tan grandes sufrimientos, y acompañar a mi desgraciado hermano entre las sombras. ¿Yo inmortal? ¿Es que algo mío me será dulce sin ti, hermano? ¡Ay, ojalá la tierra se me abra suficientemente profunda y me envíe diosa como soy a los profundos manes!» Sólo esto dijo, y cubrió su cabeza con la verdosa capa, sollozando sin cesar, y la diosa se zambulló en el profundo río.

Eneas ataca a su vez y blande el dardo, enorme, como un árbol, y habla así con perversa intención: «¿Qué tardanza hay todavía ahora? ¿A qué te retardas ya, Turno? No es a la carrera, con las armas peligrosas debemos combatir cuerpo a cuerpo. Adopta tú mismo el aspecto que quieras, y haz todo el acopio que puedas de valor y de maña; ya puedes desear subir con alas a los remotos astros, o esconderte, encerrándote en el centro de la tierra.» Turno, meneando la cabeza, dijo: «No me aterrorizan tus encendidas palabras, bravucón: los dioses me aterrorizan y la enemistad de Júpiter.» Y sin decir más, mira el contorno de una enorme piedra, una piedra vieja, enorme, que acaso estaba en el llano puesta como mojón de campo, para solventar la querella de las tierras. A duras penas podrían subirla a su cuello doce hombres

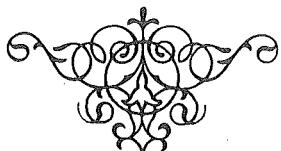
escogidos, de la clase de hombres que produce ahora la tierra. El héroe agarrándola con mano nerviosa, la apuntaba contra su enemigo, empinándose más alto y cogiendo carrerilla. Mas no se reconoce al correr ni al moverse, ni al levantar las manos ni remover la descomunal piedra. Vacilan sus rodillas, la sangre se le quedó helada de frío. Luego, la piedra lanzada por el héroe, volteada a través del vacío, ni recorrió toda la distancia, ni llevó su golpe. Y como en sueños parece que queremos continuar una ávida carrera y sucumbimos agotados en medio del intento; no tiene fuerza la lengua, no sirve el conocido vigor del cuerpo, ni sale la voz ni las palabras: así a Turno por dondequiera que buscó una salida con su valor, la maléfica diosa le niega el éxito. Entonces nacen en su pecho variados sentimientos; contempla a los rútulos y la ciudad, y vacila de miedo, y tiembla ante el disparo que se avecina, ni ve adónde retirarse, ni con qué fuerza atacar al enemigo, ni dónde está su carro ni a su hermana la auriga.

Mientras vacila, Eneas blande el dardo fatal, calculando la suerte con la vista, y lo lanza con todas sus ganas desde lejos. No zumban así las piedras impulsadas por una máquina mural,[26] ni tan gran chisporroteo salta con el rayo. Vuela como un negro remolino la lanza llevando la cruel destrucción, y taladra los bordes de la loriga, y el círculo del escudo de siete capas, por la parte exterior. Zumbando atraviesa el muslo. Cae alcanzado a tierra el enorme Turno doblándose por las corvas. Se levantan gimiendo los rútulos, y todo el monte devuelve el eco alrededor, y los altos bosques repiten extensamente el grito. Turno, extendiendo a fuer de suplicante sus

26. La artillería que ataca las murallas lanzando piedras.

humildes ojos y su diestra implorante, dice: «Yo me lo he ganado, y no quiero negarlo. Haz uso de tu suerte. Si puede afectarte de alguna manera la consideración de un padre desgraciado (tú también tuviste un padre, Anquises, en semejantes circunstancias), apiádate, te lo ruego, de la vejez de Dauno y devuélveme a los míos, o si prefieres, mi cuerpo privado de la luz de la vida. Has vencido, y los ausonios han visto que el vencido ha tendido sus manos; tuya es Lavinia por esposa: no sigas adelante con tus odios.» Se quedó envarado con sus armas el combativo Eneas, girando sus ojos, y reprimió su derecha. Y ya habían empezado a hacerle cambiar sus palabras, sintiéndose cada vez más vacilante, cuando en lo alto del hombro apareció el infortunado cinturón y brillaron las correas del niño Palante con sus conocidos cascabeles, a quien Turno había vencido y postrado con la herida y llevaba en sus hombros la insignia de su enemigo. Eneas, así que bebió con sus ojos el recuerdo del cruel dolor y el despojo, encendido de furia y espantable de cólera, grita: «¿Tú te me vas a escapar de aquí vestido con los despojos de los míos? Palante te inmola con esta herida, Palante se cobra el castigo de una sangre criminal.» Diciendo esto, lleno de hervor, entierra el acero en su pecho que le da frente. Y a aquél, ¡ay!, se le relajan los músculos de frío, y la vida escapó con un gemido indignada a las sombras de abajo.

FIN DE
«LA ENEIDA»

ÍNDICE POR LIBROS

LIBRO PRIMERO
Página 35
LIBRO SEGUNDO
Página 67
LIBRO TERCERO
Página 99
LIBRO CUARTO
Página 129
LIBRO QUINTO
Página 157
LIBRO SEXTO
Página 191
LIBRO SÉPTIMO
Página 229
LIBRO OCTAVO
Página 261
LIBRO NOVENO
Página 289
LIBRO DÉCIMO
Página 319
LIBRO UNDÉCIMO
Página 353
LIBRO DUODÉCIMO
Página 387